

LÓPEZ DE ÚBEDA, FRANCISCO (S. XVI y XVII)

LA PÍCARA JUSTINA

Prólogo al Lector
Prólogo Summario
Introducción General

Número Primero Del melindre al pelo de la pluma
Número Segundo Del melindre a la mancha
Número Tercero Del melindre a la culebrilla

LIBRO PRIMERO INTITULADO LA PÍCARA MONTAÑESA

Capítulo Primero De la escribana figgada
Número Primero Del figgón medroso
Número Segundo De la contrafigga colérica
Capítulo Segundo Del abolengo alegre
Número Primero Del abolengo parlero
Número Segundo Del abolengo festivo
Capítulo tercero De la vida de el mesón
Número Primero De el mesonero consejero
Número Segundo De la mesonera astuta
Número Tercero De la muerte de los mesoneros

LIBRO SEGUNDO INTITULADO LA PÍCARA ROMERA

Capítulo Primero De la romera bailona
Número Primero De la castañeta repentina
Número Segundo Del escudero enfadoso
Número Tercero Del convite alegre y triste
Número Cuarto Del robo de Justina
Capítulo Segundo De la bigornia burlada
Número Primero De la entretenedora astuta
Número Segundo Del parlamento loco
Número Tercero De los beodos burlados

Segunda parte del Libro Segundo de La Pícaro Romera

Capítulo Primero De la Jornada de León
Número Primero Del afeite mal empleado
Número Segundo De la pulla del fullero
Número Tercero De la entrada de León
Número Primero De la del penseque
Número Segundo De la vergonzosa engañadora
Número Tercero De la burla del ermitaño
Capítulo Tercero De las dos cartas graciosas
Capítulo Cuarto De la romera de León
Número Primero De la romera dormida y dispierta
Número Segundo Del asno perdido
Número Tercero De la romera envergonzante

Número Cuarto Del pleito de la romera con Justina

Número Quinto Del engaño meloso

Tercera parte del Libro Segundo de La pícara romera

Capítulo Primero De la mirona gustosa

Número Primero De la mirona fisgante

Número Segundo Del barbero embobado

Capítulo Segundo De la bizma de Sancha Gómez

Número Primero De la enfermedad de Sancha la gorda

Número Segundo De la bizma pegajosa

Capítulo Tercero Del bobo atrevido

Capítulo Cuarto De la partida de León

Número Primero De la despedida de Sancha

Número Segundo Del desenojo astuto

Número Tercero De los trajes de montañeses y coritos

LIBRO TERCERO DE LA PÍCARA PLEITISTA

Capítulo Primero *De la hermana perseguida*

Capítulo Segundo *De la marquesa de las motas*

Capítulo Tercero *De la vieja morisca*

Capítulo Cuarto *De la heredera inserta*

Capítulo Quinto *Del sacristán importuno*

Capítulo Sexto *De la partida de Rioseco*

LIBRO CUARTO DE LA PÍCARA NOVIA

Capítulo Primero *Del pretendiente tornero llamado Maximino*

Capítulo Segundo *Del pretensor disciplinante*

Capítulo Tercero *De los pretendientes que ni quiero ni creo*

Capítulo Cuarto *De las obligaciones de amor*

Capítulo Quinto *De la boda del mesón*

PRÓLOGO AL LECTOR

En el cual declara el autor el intento de todos los tomos y libros de La pícara Justina

Hombres doctísimos, graves y calificados, en cuya doctrina, erudición y ejemplo ha hallado el mundo desengaño, las Escuelas luz, la christiandad muro y la Iglesia ciudadanos, han resistido varonilmente a gentes perdidas y holgazanas y a sus fautores, los cuales, con apariencia y máscara de virtud, han querido introducir y apoyar comedias y libros profanos tan inútiles como lascivos, tan gustosos para el sentido cuan dañosos para el alma. Esta ha sido obra propia de varones evangélicos, los cuales no consienten que la honra propia del Evangelio (que consiste en una publicidad y notoriedad famosa) se dé a fútiles e impertinentes representaciones de cosas más dignas de perpetuo olvido que de estamparse en las memorias humanas. Y que no es justo que el nombre de libro, que se dio a la historia de la genealogía y predicación evangélica de Christo, se aplique a los que contienen cosas tan ajenas de lo que Christo edificó con su doctrina y pretendió en su venida.

Estos insignes varones han mostrado en esto ser custodios angelicales, que defienden los sentidos para que por ellos no entre al alma memoria del pecado ni aun de su sombra, tan dañosa cuan mortífera; han probado ser jardineros del dulcísimo paraíso de Christo, pues han

pretendido que, para que las tiernas plantas (que son los niños christianos) crezcan en la virtud sin impedimento, no les ocupen viendo o leyendo en su tierna edad cosas lascivas, las cuales, para imprimirse en ellos, halla sus sujetos de cera y, para despedirse, de bronce; hase visto ser leídos en los santos de la Iglesia y criados a los pechos de su doctrina sin discrepar un punto della, pues por ella han juzgado cuán dañoso es en la Iglesia de Dios usar semejantes libros y asistir a las tales representaciones; han mostrado en esto su modestia y mortificación rara, junta con una gran charidad, pues, a trueco del universal provecho de las almas, han carecido y querido carecer destos gustos, siendo ellos los que por la gran capacidad de su ingenio pudieran mejor juzgar de qué cosa sea gusto, si ya no es que la divina contemplación, a que son dados, les quita el tener por gustos los que el mundo aprueba por tales. Finalmente, entre otras grandes virtudes suyas, dignas de eterna memoria, han mostrado el valor de su christiano pecho, pues ni el gusto de los potentados holgazanes que amparan este partido, ni los importunos ruegos, ni promesas de grandes intereses y ofertas, ni la contradicción de sabios placenteros ha sido parte para que no contradigan a un tan perjudicial cáncer de la salud del alma, a un hechizo de la carne, a una phantástica ilusión del demonio, y (por decirlo todo), han resistido a un cosario infernal, el cual, a trueco de juguetes niños, compra y captiva las almas y las engaña como a negros bozales, obra propia de quien cumple y amplifica la de la redemptión de Christo y misterios de la redemptión de las almas, que fue el fin que trajo a Dios del cielo al suelo, y a ellos a la Iglesia, madre suya, en buena hora y feliz día.

Mas como sea verdad que el vicio es el más valido y sus defensores más en número y la verdad tan atropellada, ya se han introducido tales y tan raras representaciones, tan inútiles libros, que, en la muchedumbre del vulgo que sigue esta opinión, ha anegado y ahogado tan sanctos consejos, cuales son los que referido tengo destos sanctos varones, admitiendo sin distinción alguna cualquier libro, lectura o escrito o representación de cualquier cosa por más mentirosa y vana que sea. Y callo el agravio que hacen (aun los mismos que escriben a lo divino) a las cosas divinas de que tratan, hinchéndolas de profanidades y, por lo menos, de impropiedades y mentiras, con que las cosas de suyo buenas vienen a ser más dañosas que las que de suyo son dañosas y malas. De aquí infiero que si el siglo presente siguiera tan docto y sano consejo como el de estos famosos varones, no me atreviera aun a imaginar el estampar este libro; pero atendiendo a que no hay rincón que no esté lleno de romances impresos, inútiles, lascivos, picantes, audaces, improprios, mentirosos, ni pueblo donde no se represente amores en hábitos y trajes y con ademanes que incentivan el amor carnal; y, por otra parte, no hay quien arrastre a leer un libro de devoción, ni una historia de un sancto, me he determinado a sacar a luz este juguete, que hice siendo estudiante en Alcalá, a ratos perdidos, aunque algo aumentado después que salió a luz el libro del Pícaro, tan recibido. Este hice por me entretener y especular los enredos del mundo en que vía andar. Esto saldrá a ruego de discretos e instancia de amigos. Diles el sí. ¿Cumplirélo? No más, sí. Pero será de manera que en mis escritos temple el veneno de cosas tan profanas con algunas cosas útiles y provechosas, no sólo en enseñanza de flores retóricas, varia humanidad y letura, y leyendo en ejercicio toda el arte poética con raras y nunca vistas maneras de composición, sino también enseñando virtudes y desengaños emboscados donde no se piensa, usando de lo que los médicos platicamos, los cuales, de un simple venenoso, hacemos medicamento útil, con añadirle otro simple de buenas calidades, y de esta conmistión sacamos una perfecta medicina purgativa o preservativa, más o menos, según el atemperamento o conmistión que es necesaria.

Si este libro fuera todo de vanidades, no era justo imprimirse; si todo fuera de santidades, leyéranle pocos (que ya se tiene por tiempo ocioso, según se gasta poco); pues para que le lean todos, y juntamente parezca bien a los cuerdos y, prudentes y deseosos de aprovechar, di en un medio, y fue que, después de hacer un largo alarde de las ordinarias vanidades en que una mujer libre se suele distraer desde sus principios, añadí, como por vía de resumpción o

moralidad (al tono de las fábulas de Hisopo y jero-blíficos de Agatón) consejos y advertencias útiles, sacadas y hechas a propósito de lo que se dice y trata.

No es mi intención, ni hallarás que he pretendido, contar amores al tono del libro de Celestina; antes, si bien lo miras, he huido de eso totalmente, porque siempre que de eso trato voy a la ligera, no contando lo que pertenece a la materia de deshonestidad, sino lo que pertenece a los hurtos ardidosos de Justina. Porque en esto he querido pertuadir y amonestar que ya en estos tiempos las mujeres perdidas no cesan sus gustos para satisfacer a su sensualidad (que esto fuera menos mal), sino que hacen desto trato, ordenándolo a una insaciable codicia de dinero; de modo que más parecen mercaderas, tratantes de sus desventurados apetitos, que engañadas de sus sensuales gustos. Y no sólo lo parece así, pero lo es.

Demás, que a un hombre cuerdo y honesto, aunque no le entretienen leturas de amores deshonestos, pero enredos de hurtillos graciosos le dan gusto, sin dispendio de su gravedad, en especial con el aditamento de la resumpción y moralidad que tengo dicho. Y deste modo de escribir no soy yo el primer autor, pues la lengua latina, entre aquellos a quien era materna, tiene estampado mucho desto, como se verá en Terencio, Marcial y otros, a quien han dado benévolo oído muchos hombres cuerdos, sabios y honestos. Pienso que los que así escriben, añadiendo semejantes resumptions a historias frívolas y vanas, imitan en parte al Autor natural, que de la nieve helada y despegadiza saca lana cálida y continuada, y de la niebla húmeda saca ceniza seca, y del duro y desabrido cristal saca menudos y blandos bocados de pan suave.

Consulté este libro con algunos hombres espirituales, a quien tengo sumo respecto, y sin cuyo consentimiento no me fiara de mí mismo, y dijéronme de mi libro que, así como Dios permitía males para sacar dellos bienes, y junto con el pecado suele juntar aviso, escarmiento y aun llamamiento de los escarmentados, así (supuesto que en estos tiempos miserables tan desenfrenadamente se apetece la memoria de cosas vanas y profanísimas) es bien que se permita esta historia desta mujer vana (que por la mayor parte es verdadera, de que soy testigo) con que, junto con los malos ejemplos de su vida, se ponga (como aquí se pone) el aviso de los que pretendemos que escarmienten en cabeza ajena. Bien sé que en otro tiempo no fueran deste parecer, y así me lo dijeron, ni yo sin su parecer me fiara de mí mismo; pero, por esta vez, probemos; y permítaseme que pruebe, si acaso tantos como están resueltos de leer, así como así, leturas profanas y aun deshonestas, leyendo aquí consejos insertos en las mismas vanidades, de que tantos gustan, tornarán sobre sí y acabarán de conocer los enredos de la vida en que viven, los fines desastrados del vicio y los daños de sus desordenados gustos. Y, finalmente, probemos si acaso por aquí conocerán cuán fútil y de poca estima y precio es la vida de los que sólo viven a ley de sus antojos, que es la ley que Séneca llamó ley desleal y Cicerón ley espuria o adúltera.

En este libro hallará la doncella el conocimiento de su perdición, los peligros en que se pone una libre mujer que no se rinde al consejo de otros; aprenderán las casadas los inconvenientes de los malos ejemplos y mala crianza de sus hijas; los estudiantes, los soldados, los oficiales, los mesoneros, los ministros de justicia, y, finalmente, todos los hombres, de cualquier calidad y estado, aprenderán los enredos de que se han de librar, los peligros que han de huir, los pecados que les pueden saltar las almas. Aquí hallarás todos cuantos sucesos pueden venir y acaecer a una mujer libre; y (si no me engaño) verás que no hay estado de hombre humano, ni enredo, ni maraña para lo cual no halles desengaño en esta letura. Aun lo mismo que huele a estilo vano no saldrá todo junto atendiendo al gasto propio y al gusto ajeno. No doy este libro por muestra, antes prometo que lo que no está impreso es aún mejor; que Dios comenzó por lo mejor, pero los hombres vamos de menos a más.

Puse dos consideraciones en dos balanzas de mi pensamiento. La una fue que acaso algunos, leyendo este libro, sería posible aprendiesen algún enredo que no atinaran sin la letura suya. Diome pena, que sabe el Señor temo el ofender su majestad divina como al infierno, cuanto y más ser cathedrático y enseñar a pecar desde la cátedra de pestilencia. Puse en otra balanza, que muchos (y aun todos los que leyeren este libro) sacarán dél antídoto para saber huir de muchas ocasiones y de varios enredos que hoy día la circe de nuestra carne tiene solapados debajo de sus gustillos y entretenimientos; mas pesó tanto la segunda balanza, que atropelló el peso del primer inconveniente. Demás de que ya son tan públicos los pecadores y los pecados, escándalos y malos ejemplos, ruines representaciones de entremeses y aun comedias, alcahueterías y romances, coplas y cartas, cantares, cuentos y dichos, que ya no hay por qué temer el poner por escrito en papel lo que con letras vivas de obras y costumbres manifiestas anda publicado, pregonado y blasonado por las plazas y cantones. Que éste es el tiempo en que, por nuestros pecados, ya los malos pecan tan de oficio, que se precian de pecar como si cada especie de pecado, cuanto más inorme y feo es, tanto más compitiera con la gloria de un famoso artificio, sciencia, hazaña o valentía muy famosa.

Finalmente, pienso (debajo de mejor parecer) ser muy lícito mi intento, y si no, condénense las historias gravísimas que refieren insignes bellaquerías de hombres facinerosos, lascivos y insolentes; condénese el procesar a vista de testigos y de todo el mundo, y el relatar feísimos crímenes y delitos, según y como se hace en las reales salas del crimen, donde reside suma gravedad, acuerdo y peso; condénense los edictos en que se hace pública pesquisa de crímenes enormes y graves; condénense las reprehensiones de los predicadores que hacen invectivas contra algunos vicios, en presencia de algunos que están sin memoria e imaginación dellos. Pero, pues esto no se condena, antes es santo y justo, quiero que, por lo menos, se conceda que mi libro es (no digo santo, que eso fuera presunción loca, ni tal cual es la menor de las cosas que he referido), pero, a lo menos, concédase que el permitirse será justo, pues no hay en él número ni capítulo que no se aplique a la reformation espiritual de los varios estados del mundo.

Sin esta utilidad, tiene mi libro otra y es que no piensen los mundanos engañadores que tienen sciencia que no se alcanza de los buenos y sencillos por especulación y buen discurso, ya que no por experiencia. Y para conseguir este santo fin que prometo, había determinado hacer un tratado al fin deste libro, en el cual pusiese solas las resumpciones y aplicaciones al propósito espiritual; y movióme el pretender que estuviese cada cosa por sí y no ocupase un mismo lugar uno que otro. Pero, mejor mirado, me pareció cosa impertinente. Lo uno, porque el mundano, después de leído lo que a su gusto toca, no hará caso de las aplicaciones ni enseñanzas espirituales, que son muy fuera de su intento, siendo éste el mío principal. Lo otro, porque después de leídos tantos números y capítulos, no se podría percibir bien ni con suficiente distinción adonde viene cada cosa. Y por esto me determiné de encajar cada cosa en su lugar, que es a fin del capítulo y número, lo cual puse muy breve y sucintamente, no porque sea lo que menos yo pretendo, sino porque si pusiera esto difusa y largamente, destruyera mi mismo intento; que quien hoy día dice cosas espirituales larga y defusamente, puede entender que no será oído; ca en estos tiempos, estas cosas de espíritu, aun dichas brevemente, cansan y aun enojan.

Quiera Dios que yo haya acertado con el fin verdadero, y el pío lector con el que mi buen celo le ofrece, a honra y gloria de Dios, que es el fin de nuestros fines.

PRÓLOGO SUMMARIO

De ambos tomos de La Pícaro Justina

Justina fue mujer de raro ingenio, feliz memoria, amorosa y risueña, de buen cuerpo, talle y brío; ojos zarcos, pelinegra, nariz aguileña y color moreno. De conversación suave, única en dar apodos, fue dada a leer libros de romance, con ocasión de unos que acaso hubo su padre de un huésped humanista que, pasando por su mesón, dejó en él libros, humanidad y pellejo. Y así, no hay enredo en Celestina, chistes en Momo simplezas en Lázaro, elegancia en Guevara, chistes en Eufrosina, enredos en Patrañuelo, cuentos en Asno de oro, y, generalmente, no hay cosa buena en romancero, comedia, ni poeta español cuya nata aquí no tenga y cuya quinta esencia no saque.

La suma destes tomos véala el lector en una copiosa tabla; mas, si con más brevedad quieres una breve descripción de quién es Justina y todo lo que en estos dos tomos se contiene, oye la cláusula siguiente que ella escribió a Guzmán de Alfarache antes de celebrarse el casamiento:

«Yo, mi señor don Pícaro, soy la melindrosa escribana, la honrosa pelona, la manchega al uso, la engulle figas, la que contrafigo, la figuera, la festiva, la de aires bola, la mesonera astuta, la ojienjuta, la celeminera, la bailona, la espabila gordos, la del adufe, la del rebenque, la carretera, la entretenedora, la aldeana de las burlas, la del amapola, la escalfa fulleros, la adivinadora, la del penseque, la vergonzosa a lo nuevo, la del ermitaño, la encartadora, la despierta dormida, la trueca burras, la envergonzante, la romera pleitista, la del engaño meloso, la mirona, la de Bertol, la bizmadera, la esquilmona, la defantasmadora, la desenojadora, la de los coritos, la deshermanada, la marquesa de las motas, la nieta pegadiza, la heredera inserta, la devota maridable, la busca roldanes, la ahidalgada, la alojada, la abortona, la bien celada, la del parlamento, la del mogollón, la amistadera, la santiguadera, la depositaria, la gitana, la palatina, la lloradora enjuta, la del pésame y río, la viuda con chirimías, la del tornero, la del deciplinante, la paseada, la enseña niñas, la maldice viejas, la del gato, la respostona, la desmayadiza, la dorada, la del novio en pelo, la honruda, la del persuadido novio, la contrasta celos, la conquista bolsas, la testamentaria, la estratagemera, la del serpentón, la del trasgo, la conjuradora, la mata viejos, la barqueada, la loca vengativa, la astorgana, la despachadora, la santiaguesa, la de Julián, la burgalesa, la salmantina, la ama salamanquesa, la papelista, la excusa barajas, la castañera, la novia de mi señor don Pícaro Guzmán de Alfarache, a quien ofrezco cabrahigar su picardía para que dure los años de mi deseo.»

Estos epítetos son cifra de los más graciosos cuentos, aunque no de todos los números, porque son muchos más. Pero porque aquí se ponen tan sucintamente, remito al lector a la tabla siguiente.

Introducción General

Para todos los tomos y libros escrita de mano de Justina intitulada La melindrosa escribana

Divídese esta INTRODUCCIÓN en tres números

NÚMERO PRIMERO

Del melindre al pelo de la pluma

REDONDILLAS

Cuando comenzó Justina
A escribir su historia en suma,
Se pegó un pelo a su pluma,
Y al alma y lengua mohína.

Suma del número.
Y con aquesta ocasión.
Dice símbolos del pelo,
Para hacer su introducción

Un pelo tiene esta mi negra pluma. ¡Ay, pluma mía, pluma mía! ¡Cuán mala sois para amiga, pues mientras más os trato, más a pique estáis de prender en un pelo y borrarlo todo! Pero no se me hace nuevo que me hagáis poca amistad, siendo (como lo sois) pluma de pato; el cual, por ser ave que ya mora en el agua como pez, ya en la tierra como animal terrestre, ya en el aire como ave, fue siempre símbolo y figura de amistad inconstante, si ya no dicen los escribanos de el número, y aun los sin número, que con ellos han hecho treguas sus plumas. En fin, señor pelo, no me dejáis escribir.

No sé si dé rienda al enojo o si saboree el freno a la gana de reírme, viendo que se ha empataado la corriente de mi historia, y que todo pende en el pelo de una pluma de pato. Mas no hay para qué empataarme; antes os confieso, pluma mía, que casi me viene a pelo el gustar de el que tenéis, porque imagino que con él me decís mil verdades de un golpe y un golpe de mil verdades. Y entenderéis el cómo si os cuento un cuento que puede ser cuento de cuentos.

La prudentísima reina doña Isabel, prez y honor de los dos reinos, queriendo persuadir al rey don Fernando que cierta derrota y jornada que intentaba era tan contra su gusto, cuan contra el buen acierto, volvió los ojos a unas malvas que estaban en el camino y, mirándolas, le dijo:

-Señor, si el camino donde están malvas, y no otra cosa, nos hubiera de hablar en esta ocasión a vos y a mí, ¿de qué tratará?

Respondió el rey:

-Vos lo diréis, señora.

Entonces dijo la reina:

-Claro es que el camino donde solas las malvas sirvieran de lengua no supieran, en esta ocasión, decirnos a mí ni a vos otra cosa, sino mal vas.

Volvió la rienda el prudentísimo monarca, y, sonriéndose, dijo a su Isabela:

-No entendí que las malvas sabían hablar tan a propósito y tan bien.

La reina, echando el sello a su prudentísimo discurso y cathecismo, dijo:

-No os espantéis, señor, de que las malvas hablen tan bien, porque los yerros de los reyes, como son personas tan públicas y comunes, por secretos que sean, las piedras los murmuran y las malvas los pregonan.

Dijo la reina por extremo bien.

Que aun allá fingió el poeta que por doquiera que caminaba Júpiter, rey de los dioses, llevaba delante de sí, como pajes de hacha, sol y luna y todas las estrellas, para que el mundo y dioses menores viesan los caminos por donde su rey andaba. Y otro pintó a un rey cargado de los ojos de sus vasallos.

Mirad, pues, ¡oh pelos de mi pluma!, cuánto me honráis y cuánto os debo, pues, para decir mis yerros, mis tachas y mis manchas, hacéis lengua de vuestros pelos, como si fueran yerros de real persona, que las malvas los pregonan. Así que, de haberse atravesado este pelo, y de lo que yo alcanzo, por la judicaria picaral, colijo para conmigo que mi pluma ha tomado lengua (aunque de borra) para hablarme. Sin duda, que me quiere dar matraca por ver que me hago coronista de mi misma vida. En lo cierto estoy, como si lo adivinara. Ella es matraca. Al arma, señora pluma. Aquí estoy, y resumo fielmente lo que me decís, porque en pago escribáis con fidelidad lo que yo os dijere.

¿Ofrecéisme ese pelo para que cubra las manchas de mi vida, o decísme, a lo socarrón, que a mis manchas nunca las cubrirá pelo? Agradézcóos la buena obra, pero no la buena voluntad, ni menos la sana intención. Mas entendéd que no pretendo (como otros historiadores) manchar el papel con borrones de mentiras, para por este camino cubrir las manchas de mi linaje y persona; antes, pienso pintarme tal cual soy, que tan bien se vende una pintura fea, si es con arte, como una muy hermosa y bella; y tan bien hizo Dios la luna, con que descubrir la noche oscura, como el sol, con que se ve el claro y resplandeciente día. En las plantas hacen labor las espinas, en los tiempos el verano, y en el orden del universo también hacen su figura los terrestres y ponzoñosos animales; y, finalmente, todo lo hizo Dios hermoso y feo. Dígolo a propósito, que no será fuera dél pintar una pícara, una libre, una pieza suelta, hecha dama a puro andar de casa en casa como peón de ajedrez; que todo es de provecho, si no es el unto del moscardón. Los que pretendieren entretenimiento, tras el gasto hallarán el gusto. No quiero, pluma mía, que vuestras manchas cubran las de mi vida, que (si es que mi historia ha de ser retrato verdadero, sin tener que retratar de lo mentado), siendo pícara, es forzoso pintarme con manchas y mechas, pico y picote, venta y monte, a uso de la mandilandinga. Y entendéd que las manchas de la vida picaresca, si es que se ha de contar y cantar en canto llano, son como las del pellejo de pía, onza, tigre, pórfido, taracea y jaspe, que son cosas las cuales con cada mancha añaden un cero a su valor.

Mas ya querréis decirme, pluma mía, que el pelo de vuestros puntos está llamando a la puerta y al cerrojo de las amargas memorias de mi pelona francesa. Parecéisme al galán que, por quejarse de un golpe de los desvíos presentes y daños pasados de su dama, hizo que le sacasen de invención, echado e un pelambre, con un mote que decía:

Acordaos de un olvidado,
Que por vos está pelado.

Así vos, con ese pelo, queréis publicar mi pelona antes que yo la escriba. Según eso, ya me parece, señora pluma, que me mandáis destocar y poner in puribus, como a luchador romano, y que animando vuestros puntos a la batalla, viéndolos con pelo y a mí sin él, tocáis al arma y les hacéis el parlamento, fundándolo en el que se suele practicar en la batalla del ajedrez, que dice: cuando tuvieres un pelo más que él, pelo a pelo te pela con él. Confiésoos de plano, señora pluma, que, con solo un pelo que se os ha pegado a los puntos, me lleváis conocida ventaja; y confieso, si ya por tanto confesar no me llaman confesa, que los pelos que de ordinario traigo sobre mí, andan más sobre su palabra que sobre mi cabeza, que tienen más de bienes muebles que de raíces, que son como naranjas rojas puestas en arco triunfal, que adornan plantas que no conocen por madres, ni aun por parientas. Y que son mis cabellos de manera que, si me toco de almirante, temo barajas de postre, no tanto por el chinchón (que

como ha tanto que soy condesa de Cabra no temo golpes de frente), cuanto porque mis cabellos son amovibles y borneadizos, temo que al primer tope vuelva barras al almirante y descubra el calvatuero de mi casquete, el cual, como está bruñido sobre negro parece pavonado como pomo de espada.

¿Toda esta fanega de confusiones confieso que hay para ello? Digo que sí. Concedo que soy pelona docientas docenas de veces. ¿Seré yo la primera que anocheció sana en España y amaneció enferma en Francia?. ¿Seré yo la primera camuesa colorada por defuera y podrida por de dentro? ¿Seré yo el primer sepulchro vivo? ¿Seré yo el primer alcázar en quien los frontispicios están adornados de ricos jaspes, pórfidos y alabastros, encubriendo muchos ocultos embutidos de tosca mampostería, y otras partes tan secretas como necesarias? ¿Seré yo la primera ciudad de limpias y hermosas plazas y calles, cuyos arrabales son una sentina de mil viscosidades? ¿Seré yo la primera planta cuya raíz secó y marchitó el roedor caracol? ¿Seré yo la primer mujer que al pasar el lodo diga las tres verdades de un golpe, cuando, enfaldándome por todos lados, diga: muy sucio está esto?; en fin, ¿seré yo la primera fruta que huelo bien y sepa mal? No me corro de eso, señora la de los pelos; antes pretendo descubrir mis males, porque es cosa averiguada que pocos supieran vivir sanos si no supieran de lo que otros han enfermado; que los discretos escriben el arancel de su propia salud en el cuerpo de otro enfermo, y no hay notomía que menos cueste y más valga que la que hace la noticia propia y la experiencia ajena. ¿Y piensa el dómine pelo que de eso me corro yo? ¡Dolor de mí, si supieran los señores cofrades del grillimón, que me corría yo de pagar culpas obscuras con penas claras! No, mi reina; que ya se sabe que un mismo oficial es el que tunde las cejas y la vergüenza y, de camino, con el tocino de las tijeras, unta las mejillas para desterrar el roscicler de las corridas. Un clavo saca otro. Como este mal es todo corrimientos, con él se quitan los corrimientos, y así se ve que ningún pelado se corre, por más que lluevan figas y matracas. Otra tecla toque, señor pelo, que esa, por más que se curse, nunca me sonó mal. Antes, en buena fe, que me holgase saber si hogaño los señores cofrades publican congregación, porque, como quien soy, juro, a lo menos como quien fui (que el otro juramento daba el golpe en vago), de ir, por honrar su junta, más cargada de parches por la cara, que si ella fuera privilegio rodado y ellos sellos pendientes.

¡Desmelenadas, desmelenadas de nosotras, si cuando nuestros gustos dieron al dolor la tenencia de nuestros cuerpos, desterraran para siempre de nuestras almas el consuelo!; como si el alma no pudiera o no supiera dar posada a muchos gustos que vienen en hábito de peregrinos, mientras el cuerpo llora y afana. Sin pelo salí del vientre de mi madre y sin pelo tornaré a él; y si alguno pensare que nací con pelo, como hija de selvajes, terné el consuelo de la rana.

Dicen las fábulas, a propósito de que nadie hay contento con su suerte, que la rana, en realidad de verdad, nació con pelo, pero no tanto que no naciese con mucha más envidia que pelo; y de quien tuvo envidia fue del cisne y de la mosca. Del cisne, porque cantaba dulcemente en el agua, y de la mosca, porque dormía todo el invierno sin cuidado. Y así pidió a Júpiter le diese modo como ella durmiese todo el invierno y cantase todo el verano. El Júpiter oyó benignamente su petición, y la dijo:

-Hermana rana, harás lo que me pedís; mas para conseguir el efecto que pretendéis, es necesario que os pelemos, y del pelo que os quitaremos se os infundirá una almohada sobre que durmáis todo el invierno como la mosca, y del mismo pelo os haremos una lengua, de borra con que al verano cantéis, no con tanta melodía como el cisne, pero con más gusto y mejor ocasión, pues él canta para convidar a la muerte, pero vos cantaréis para entretener la vida.

Pelóse la rana, y el pelarse le valió conseguir su gusto y su petición.

A propósito. Los pelados tenemos este consuelo: que si algún tiempo fuimos gente de pelo y ahora no le tenemos más que por la palma (Dios sea loado), podemos decir que del pelo hecimos almohada para dormir, mientras los sanos están en misa y sermón, imitando las moscas, que todo el invierno son de la cofradía de los siete dormientes; y, juntamente, hecimos lengua de borra para decir de todos sin empacho. Y viene esto bien con el refrán de los del hospital de la folga, en Toledo, que dice: «los pelados son hidalgos eclesiásticos y pájaros harpados». Y dícenlo, porque los de nuestra facción sin pena pierden la misa y sin vergüenza la fama. Dicen de todos más que relator en sala de crimen, y aun de sí no callan; y si una vez dan barreno a la cuba del secreto, hasta las heces derrama. Para decir de los otros son como galeotes en galera, y para pregonar su caza son como gallinas ponedoras, que para un huevo atruenan un barrio.

Sor pelo: sepa que, si en el discurso de la matraca de la pelona lo quisiéramos meter a voces, no nos faltara cómo echarlo por la venta de la zarzaparrilla. Mil escapatorias tuviéramos, que sesenta son las especies de las bubas (como las de la locura), y se apela de una para otra, por vía de agravio. Y más yo, que a puro pasar clases, estoy de la otra parte de las bubas; pero no es mi desiño que salgan las monas de máscara, sino que se venda cada cosa por lo que es. Si yo quiero, después de haber sido ladrona del tiempo, predicar al pie de la horca, ¿quién me puede condenar, si no es algún sin alma, que no quiere escarmentar en cabeza ajena? El cisne canta su muerte, el cínife los daños de la canícula, la rana los ardores del verano, el carro su carga y su peligro, y el invierno pregona, con trompetas y atabales del cielo, los rayos y tempestades. Según esto, ni es injusto ni indecente que permitan el cielo y el suelo el que sea pregonera de sus males la misma que los labró por sus manos, y que con el mismo estilo con que hablaba, cuando sin sentir nada (o por sentir demasiado), se le pegó esta roña, diga ahora, a lo pícaro y libre, lo que cuesta el haberlo sido. Así que, para con este artículo de retarme en España lo que pequé en Francia, ya he cumplido.

Mas paréceme que me dice mi pluma que se le ofrece otro escrúpulo, en prosecución de lo que significa el pelo atravesado a tal coyuntura, y es lo siguiente:

Díceme mi pelo que me llamó pelona, no por bubosa, sino por pobre. ¡Oh, qué lindo! Hablara yo entre once y mona, cuando contrapuntea el cochino. Sepa, señor pelo, que viene a pospelo esa injuria, y aun no la tengo por tal, ni habrá pícara que tal sienta, porque pobreza y picardía salieron de una misma cantera, sino que la picardía tuvo dicha en caer en algunas buenas manos que la han pulido y puesto en más frontispicios que rétulos de comedias; y a la pobreza la arrimaron en la casa de una viuda vieja y triste, la cual, queriéndola labrar para sacar della un mortero para hacer salsas de viandantes, sacó della un cepo de limosna. Y por tanto, como la sangre sin fuego hierva, donde quiera que se encuentran pobreza y picardía se dan el abrazo que se descostillan. Y yo, que del ripio del mortero de la vieja cogí más que nadie, tan lejos estoy de correrme de eso y de que me llaméis pelona, que antes es el mote que ciñe el blasón de mi gloria y adorna el festón y cuartel de mis armas.

Llamóme pobre y pícara mi pluma, ¡gran cosa!, ¡como si los pobres no tuvieran la piamáter en su sitio! ¿Es porque no tengo más que unas jervigillas, y esas ruines? Pues emperador ha habido tan desherrado, que tenía unos zapatos solos, y para remendarlos se quedaba en casa, hecho pisador de uva o torneador de tinteros, que son oficios de a pie mondo. ¿Es porque los pícaros siempre que comemos vamos a menos? Pues capitán ha habido a quien príncipes tributarios suyos le encontraron cenando nabos pasados por agua, dando en ellos con tal prisa y furia, que se podía decir con toda propiedad que era la batalla naval. ¿Es porque los pobres traemos el testamento en la uña del meñique? Pues romanos cónsules ha habido, para cuyo

entierro fue forzoso pedir limosna, sin haber muerto con otra deuda más que la del cuerpo a la dura tierra, ¿Ello es, en resolución, que los pícaros somos pobres, mendigones, menesterosos? Pues ¿no sabes, pluma mía, que la diosa Pandora fue pobre, y por serlo tuvo ventura y aun acción a que todos los dioses la contribuyesen galas, cada cual la suya?

El pobre sobre todas las haciendas tiene juro, y aun el español tiene votos, porque siempre el pobre español pide jurando y votando. Si juntamente con ser yo pobre fuera soberbia, tuviera por gran afrenta el llamarme pelona, como también la misma diosa tuvo por afrenta que se lo llamasen, cuando (por haber sido pobre y soberbia) la desplumaron y pelaron toda los mismos dioses que la habían dado sus ricas y preciosas plumas, y por afrentoso nombre la llamaron la pelona o la pelada. Y de ahí ha venido que a algunos pobres hidalgos, que de ordinario traen la bolsa tan llena de soberbia cuan vacía de moneda, y piensan que por el barreno del casco han de evaporar el aire y yerran el golpe, los llaman pelones, porque son pobres pelones como la diosa pelada. Esos se podrán correr del titulillo, pues son pandorgos pelados; pero yo, pobreta, que no hay hombre a quien no me someta, no tengo por afrentoso el nombre. ¡Tristes pícaras! Si nos preciamos de emplumadas, mal; si de peladas, también. Digo que del mal, lo menos; más quiero ser pelada que emplumada.

Paréceme, señor pelo, que no hay ya qué hacer aquí, pues, cuanto me ha querido decir, no encaja. Podría yo jugar con él al juego que llaman los niños pelos a la mar y echarle con un soplo a galeras, y no estoy muy fuera de hacerlo. Pero antes que le dé yo vaya y se vaya, le quiero hacer una fanega de mercedes, y son: que le doy licencia para que se alabe de que, sin saber lo que ha hecho, me ha hecho sacar del arca un celemín de rethórica, porque, con atravesármese en la pluma y discurrir los símbolos de el pelo y de los pelones, he tenido buena ocasión para pintar mi persona y cualidades, lo cual es documento rethórico y necesario para cualquier persona que escribe historia suya o ajena, pues debe en el exordio poner una suma del sujeto cuya es, describiendo su persona y cualidades, en especial aquellas que más a cargo suyo toma el historiador. De manera que mi pluma, aprovechándose de sola la travesía de un pelo, ha cifrado mi vida y persona mejor y más a lo breve que el que escribió la Ilíada de Homero y la encerró debajo de una cáscara de una nuez. Ni fue mejor abreviador el artífice Mimercedes. Sólo un pelo de mi pluma ha hablado que soy pobre, pícara, tundida de cejas y de vergüenza, y que de puro pobre he de dar en comer tierra, para tener mejor merecido que la tierra me coma a mí, que si me rasco la cabeza no me come el pelo, y según mi pluma lleva la corriente atrevida y disoluta, a poca más licencia, la tomará para ponerme de lodo, porque quien me ha dado seis nombres de P, conviene a saber: pícara, pobre, poca vergüenza, pelona y pelada, ¿qué he de esperar, sino que como la pluma tiene la P dentro de su casa y el alquiler pagado, me ponga algún otro nombre de P que me eche a puertas? Mas antes que nos pope, quiero soplarle, aunque me llamen soplona.

APROVECHAMIENTO

De lo que has leído en este número primero (lector christiano) colegirás que hoy día se precian de sus pecados los pecadores, como los de Sodoma, que con el fuego de sus vicios merecieron el fuego que les abrasó. Es, sin duda, que el mundo y demonio, por fomentar la liga que tienen hecha con la carne, nuestra enemiga, acreditan y honran los vicios carnales.

NÚMERO SEGUNDO

Del melindre a la mancha

QUINTILLAS

Por soplar, manchó Justina
Saya, tocas, dedos, palma,
Y por el mal que adivina,
Aunque no era tinta fina,
Le llegó la mancha al alma.

Que no hay más justo recelo
Que temer manchas de lengua,
Pues no hay jabón en el suelo
Que, si te manchan un pelo,
Te pueda sacar la mengua.

¡Ay, que me entinté palma, lengua, toca y dedo por quitar un pelo! Ya yo sabía, señora tinta, que vivo en cuaresma y con velaciones cerradas, sin que ella viniera muy aguda a echar sobre el retablo de mis dedos otro de duelos, con el guardapolvo de su luto. Pues no nos coque, que tiempo hubo en el cual, si yo quisiera, me sobrarian sacrismochos que de un instante a otro me quitaran el guardapolvo y me pusieran de veinte y cinco. Pasó aquel tiempo, vino otro. No es culpa mía. Atribúyolo a la fortuna que es ciega, al tiempo que es loco, al albedrío humano que es voltario, y, para decir verdad, parte de culpa tienen unos sulquillos que me han salido a la cara, que algunos los llaman rugas; y engáñanse, no lo son, sino que mi rostro es muy blando de carona, y los cabellos soltadizos, que de noche se me han derribado por cuello, cara y frente, me sulcaron la carne y me dejaron estas señales, y yo, de puro enojada contra tan traviesos cabellos, los segué un agosto, y me unté con sangre de morciélagos, porque no naciesen más cabellos tan villanos y tan amigos de arar tierra virgen. Y aunque hallé remedio para dar carta de lasto a mis cabellos, no le he descubierto para embeber estas alforzas o bregaduras del rostro, que parece hojaldrado.

Una bruja me dijo que no se me diese nada, que diz que las rayas de mi rostro no se me echaban de ver más que por la palma. ¡Tómame el consuelo! ¡Como si en la palma no se vieran las rayas! Ahora bien, pasé de la raya y saliéronme muchas rayas. No importa, que el alma tiene muchos agujeros y, si huye de la cara, acude a la lengua.

Consuélome con que si la tinta se entona, por lo mucho que reluce, a poder de goma preparada, tiempo hubo en el que relucía mi cara como bien acecalada; tiempo en el cual mi cara andaba al olio, mudando más figuras que juego de primera, ejercitando más metamorphosis que están escritos en el poeta de las Odas, mudando más colores que el camaleón, estrujando pasas, encalando carbón, desgerrumando redomas; en fin, tiempo en el cual estaba en mi mano ser blanca o negra, morena o rubia, alegre o triste, hermosa o fea, diosa o sin días. Verdad es que como esta arte estabularía requiere sciencia y potencia, yo lo compasaba de modo que la potencia la encomendaba a mi mocedad y a mis manos, y la sciencia a tres redomas y dos salseras. Y con esto, cuando tañían a concejo en mi villa el día de fiesta cantaba yo al son de mi bandurria tres y dos son cinco, y a Dios; que esquilan.

Mas ¡ay!, que no hay tanta infelicidad quanto haber sido dichosa una persona. Este amargo trago, aquesta memoria triste debo yo a la mancha y fealdad que la tinta ha querido poner en los dedos con que yo solía hacer estas maravillas. Mas creedme, señora tinta, que aunque más ufana estéis de haber manchado mis dedos, toca y lengua, y tras esto lo estéis de que la mancha vuestra me llegó al alma, por lo menos no podréis negarme que habéis calificado mi historia, porque de haber vos dado a entender que ya no tengo sumilleres de corps, ni de cortina, ni sacrismochos despolvorantes desojados por mi contemplación, creerán que soy

escritora descarnada, desocupada de mociles ejercicios, que ni me vierto ni divierto, que estoy machucha, que soy de mollera cerrada, que soy cogitabunda y pensativa, y no como otros historiadores de jaque de ponte bien que de la noche a la mañana hacen madurar una historia como si fuera rábano. Pero, porque no se alabe tanto la hermana tinta, ni se precie de manchega y de que se halla bien con estas carnes pecadoras, a fe que la he de quitar con saliva.

¡Ay! ¡Ay! ¡Por el siglo del buen Diego Díez, mi padre, que he mojado tres veces el dedo con saliva en ayunas y no quiere salir la mancha! Demonio es la negra tinta, pues aunque fuera serpiente, hubiéramos ya aventádola y aun muértola, que, según dicen en alabanza del ayuno, la saliva en ayunas mata las serpientes. Mas, según veo, esta tinta, mientras más la escupo, cunde tanto como si fuera olio, con que asientan y se entrañan la tinta y colores. Por mi fe, que lleva camino de pedir término peremptorio y meses de plazo antes de salir a cumplir el destierro. Aun si fuese peor de sacar una mancha de las carnes que de los vestidos, sería el diablo.

Peor está que estaba. Juro como mujer de bien, a lo menos, como mujer de buenos, que por quitar la mancha del dedo, se me ha entintado la saya blanca de cotonia, puesta de hoy. Ya es esto mal pronóstico. Tiros son a mi fama, irremediable pena. Que, en fin, para el vestido hay jabón, pero no para la mengua en la fama, contra quien esta mancha arma la mamona, estando en ley jirolfica, y quiere que mi misma pluma dispare contra mí la ballestilla.

¡Ay de mí! Por soberbia me tiene la fortuna, pues así me trata, pareciéndole que para humillar mi entonación son necesarias todas estas diligencias. ¡Oh fortuna! Admito la advertencia, pero niego el presupuesto. Nadie piense que el intitularme pícara es humildad superba, o que pretendo hacer lo que algunos, los cuales, disfrazando su nombre o debajo de bucólicas églogas y diálogos pastoriles, intentan lisonjear a otros y ensalzarse a sí mismos, volviendo las trabas en sueltas, trepando con grillos de cordel y sacando caras de hombres debajo de las máscaras de monas. Que quien entendiere bien qué cosa es nombrarme la pícara, dará por creído que tomo otro rumbo y voy ajena de toda soberbia y altivez.

Herodes se ensoberbeció tanto un día que se vio adornado con ricas topas de tela, reverberantes con el sol, que deslumbrado del resplandor de su vestido, o por mejor decir, de su ignorancia, dio en decir que era Dios y que como a tal le adorasen. Mas como el cielo es enemigo de soberbios (y tanto que por no poder sufrirlos dio con la carga en el suelo y aun en el infierno), quiso confundir su soberbia loca a papirotes, y aun a menos. Confundióle con manchas, las cuales, cayendo sobre la ropa, le traspasaron el alma, como si cada gota llevara una saeta de celestial fuego envuelta en sí. Y fue que un día le envió tanta agua y con ella manchas sobre su vestido rico, con que le dio a entender que su nueva divinidad era ahogadiza y pasada por agua, y aun aperdigada a ser pasada por fuego. Justo castigo, no lo niego. Justa pena contra quien, por verse vestido de oro, se olvida que es de polvo y lodo, como si el oro y cuantos ricos metales hay no trajesen consigo la memoria de la muerte y corrupción, en razón de que las arenas exhaladas, corrompidas y acabadas, en virtud de su corrupción, se convierten en saphyros y en las demás piedras y metales preciosos. Y la misma memoria traen las sedas consigo, por haberlas tejido y labrado un gusano, el cual, por unos mismos pasos va caminando a la muerte y a hacer su tela.

Mas, ¿a qué propósito se ha enfrascado Justina en el miércoles de Ceniza, no habiendo pasado Carnestolendas? Yo te lo diré, amigo preguntador. A un Herodes relleno de divinidad postiza, bien fue que la tinta le diese a entender que tenía más de manchego que de inmortal dios. Pero ni de mi vestido, ni del nombre que me doy en esta historia, ¿qué soberbia se puede presumir, para que así me humille el cielo? Es, sin duda, que me tienen por tan soberbia los

murmuradores destes mis escritos, que han pedido al cielo que, para humillar mi entono, no se contente con haberme echado en remojo a puro hacer saliva, sino que llueva agua de Guinea sobre mis vestidos. Pues, por mi fe, que no hay para qué.

Ya sería posible que esta culpa no estuviese en mí, sino en mi saya. Mas, por cierto, que no sé yo, saya mía, qué culpas sean las vuestras que merezcan tan desproporcionadas penas; antes, de verdad, afirmo que en mi vida tuve saya que más en estado de inocencia viviese.

Diome esta saya un inocente de los que caen por verano, habrá cuatro días, con tan sana intención y con tantas reverencias, que tuve escrúpulo de vestir saya tan reverenciada y reverenda, imaginando si acaso la había rifado a alguna imagen, como el otro que azotaron porque, después de haber ganado a San Antón la moneda, le rifó todas las cochinitas que le encomendasen aquel año. Y lo mismo hizo con una Sancta Lucía, a quien, después de ganado el dinero que tenía para aceite a la lámpara, le dijo:

-Señora Santa Lucía, una noche, y sin ojos, bien os podréis acostar a oscuras.

Con su salsa se lo coma, que, a lo menos, si pudo rifar la moneda a estos santos, pero no los docientos amapolos que le mandaron asentar los señores inquisidores por estas insolencias y otras semejantes, que ni en burlas ni en veras es bueno partir peras con los santos, que son nuestros amos. Así que quizá este era rifasayas, como el otro era rifa cochinos. Pero débome de engañar. Sin duda fue que aquel bendito que me dio la saya había sido fraile novicio, y al dármele no me habló por no quebrar silencio, si ya no es que las niñas de sus ojos (como niñas, en fin, parleras) me hablaron un montón de cosicas. También es verdad que ayer, que se contaron tres días después de la data, salió, como ahogado, a la orilla del río, donde me columbró, yendo yo a una ermita de un ventero, y me dijo dos o tres razones pavonadas, en que me apuntó algo tocante a la saya. Mas como yo estaba ya ensayada y ero moza de buenas costumbres y mejores pasos, y el hombre no sonaba, no dejé el portante, sino, a lo envarado, le volví a mirar con unos ojos que enfrenaran un berraco, y desde aquel punto y hora quedó tan a tapón el pobre noviciote, que no me ha dicho chus ni mus. Así que la saya no tiene la culpa, la pecadora, y no sería justo que si la culpa es mía, lo pague ella. Señora saya, que ya se pasó el tiempo de los Sicconios, Píndaros, Colonios, en el cual ahorcaban los sayos y sayas de los malhechores, lo cual, después, la gentilidad tomó por jiroblífico de la injusticia que hacen los jueces cuando imponen al inocente la culpa del malhechor.

Mas ya podría ser que alguna otra saya mía, compañera vuestra, os hubiese pegado ruines mañas merecedoras destas manchas, que esto de malas mañas pégase más que frisa de verdugo a carnes de público penitente.

Mas, ¿qué hago de espulgar culpas de mi saya? Ya no me falta sino mirar si en el alforza se le ha retraído algún pecado nefando o alguna descomunió de matar candelas, según ando echándola hurones que husmeen los deméritos que la acarrearón la mácula. Mas, ¿para qué me gasto, para qué me consumo en despabilar las entendederas? ¿Qué puede haber sido el haberme manchado, lo primero los dedos, y lo segundo el vestido, sino un pronóstico y figura de lo que me ha de suceder acerca de mi libro, si ya no me ha sucedido? Los dedos, ¿no son con quien escribo mi historia? Pues ¿quién duda sino que el haber caído en ellos mancha pronostica las muchas que han de poner o imponer a mis escritos?

Acuérdome haber leído que, tomando Aristóteles la pluma en la mano para escribir ciertas cosas contra Platón, cayó una china de lo alto, la cual le hirió en el pulgar y, aunque no era nada agorero, dijo:

-Dedo apedreado no puede apedrear bien.

Y cesó por entonces de impugnar a Platón.

A propósito: mancharse mi dedo, y con el mismo material que le había de ayudar a escribir, es cierto pronóstico de que pondrán tachas o impondrán mácula y dolo en los dedos que lo escriben, cuanto y más en la intención mía y en la perfección desta mi obra. Y el haberseme manchado la saya con que yo me adorno es indicio de que no sólo en la substancia desta historia pondrán los murmuradores falta y dolo, pero aun en el modo del decir y en el ornato della, conviene a saber: en los cuentos accesorios, fábulas, jiroglíficos, humanidades y erudición retórica pondrán más faltas que hay en el juego de la pelota. Pero pongan, que les llamaré gallinas; murmuren, que sobre lo que se habla no están impuestos millones; dessubstancien, que no les engordará el caldo esforzado que de aquí sacaren; digan, que de Dios dijeron; deslustren, desadornen. ¿Saben con qué me consuelo? Con una carretada de refranes: arrastren la colcha para que se goce la moza; tras diez días de ayunque de herrero, duerme al son el perro; tañe el esquilón y duermen los tordos al son; al son que llora la vieja, canta el cura en la iglesia.

¡Afuera murmuradores cuyas lenguas son acicates de mi intención!

Cuanto y más que el tiempo, aunque es todo locura, todo lo cura, y es cierto que ningún otro médico da tan infalibles recetas para curar un desengaño. Y por eso dijo bien un poeta:

-No hay mancha que con algo no se quite, ni detracción que el tiempo no desquite.

Si yo manchare ajenas vidas, linajes, estados, oficios o personas, o descubriere algún nocivo secreto, el cielo manche mi honor. Mas, pues no trato de eso, ¿por qué me quieren matare?

-Venga jabón, Marina, no te de pena mi mal, que como dice el refrán, no temas mancha que sale con agua.

Donosa hisopada, que así me ha salmonado la saya. ¡Vive diez, que como la saya es blanca y se ha salpimentado con tinta, parece naípe de suplicacionero! Mas no importa, que las astutas, de un momento a otro, hacemos verano y mudamos rostro, edad y casa. ¡Qué aliño para no mudar saya! ¡Vive diez! No digo yo saya, pero a poder de miel cerotera entraremos en tantas mudas que mudemos el pellejo como la culebra o ciliebra, que así la llaman unas benditas de mi barrio, que llaman a las zapatillas, daifas; a las ligas, tenedorcillos; a las calzas, taleguillas; al faldellín, cerco menor; a las piernas, listoncillas; al culantro, cilantro; a las turmas del carnero, hígado blanco, y usan otros nombres a este tono que les debieron de hallar en la catepina machorra, a quien atribuyó la otra Melibea, que decía que este nombre asno se había de escribir con equis.

Pero, dejados asnos a un lado, venga papel, Marina.

APROVECHAMIENTO

Especial vicio es de gente perdida no llorar los graves desastres de su alma y lamentar ligeros daños del cuerpo. Tal se pinta esta mujercilla, la cual llora la mancha de una saya como su total ruina, y de sus inormes pecados no hace caso. Deste género de gente dijo el Propheta: tienen manchas desde la cabeza a los pies, y (siquiera) no cuidan del fin en que vendrán a parar males tamaños.

NÚMERO TERCERO

Del melindre a la culebrilla

SONETO DE PIES AGUDOS

AL MEDIO Y AL FIN

Púsose a escribir Justina, y vio
Pintada una culebra en el papel.
Espantóse y llamó al ángel San Miguel,
Diciendo: ¡Ay, que es culebra, y me mordió!
Mas ¿si es pintada? Sí es. Mas bien se yo
Que la culebra es símbolo cruel.
Franqueóla el temor, luchó con él,
Es cobarde el temor, y amainó.
Ya que vio la figura sin temor,
Discurre así: ¿Acaso este animal
Anuncia sólo mal? No. Pues ¿qué más?
Bienes. ¿Cuáles son? Fuerza y valor,
Prudencia, sanidad. ¡Oh pesia tal!
¿Qué me detengo, pesar de Barrabás?

-Jesús, mi bien! ¿Qué has traído aquí, Marina?

Buena sea la hora que nombré culebra, pues veo con mis ojos la que con la boca nombré. Mas ¿si es dragón? ¿Si me ha mordido? ¿Si me moriré? ¡Ay Dios! Al rostro me mira, debe de ser salta rostro. ¡Válgame San Miguel que venció al diablo, San Raphael que mató al pece, válgame San Jorge que mató la araña, y S. Daniel que venció a los leones, válgame Sancta Cathalina y Sancta Marina, abogadas contra las bestias fieras! ¡Ayme, dónde huiré! Mas ¡qué boba soy!, que no es cosa viva, sino culebra pintada en el papel, que llaman de culebrilla. Ya parece que se me ha tornado el alma al cuerpo; ya no tengo miedo. Mas ¡ay, qué necia! ¡Qué presto nos consolamos las mujeres con cosas pintadas! Debe de ser porque somos amigas de andarlo siempre. Mas, si va a decir verdad, por mal pronóstico tengo ver pintada culebra en el papel en quien estampo mis conceptos, y, especialmente, me da pena el haberla visto al tiempo que tomé la pluma en la mano.

Tornó sobre sí Justina, y vio que la culebra era pintada en el papel.

¡No fuera este papel de la mano! Ya siquiera, con serlo, persuadiérame a que después de escrito tuviera mano para hacerme mercedes y me acarreará honra y provecho, dándome a maravedí el palmo. ¡No fuera este papel de la mano, para ganar por ella a los que blasfemaren destos renglones por ser obras de las mías! Si fuera de la mano, creyera que era mostrador del reloj, con que pintan a la esperanza cuerda. Pero siendo de culebrilla, entenderé que es amenaza de la envidia, cuyas armas fueron una sierpe o culebra que va engullendo un corazón.

¡Ay mi Dios! Papel mío, ya que no sois de la mano, ¿por qué no fuistes del corazón, para que en la historia donde hago alarde de algunos empleos del mío fuéades tan felice pronóstico como yo deseo? Necesidad teníades de corazón para mostrarle en las adversidades en que os

habéis de ver, y aun cuando tuviéades dos como las perdices de Faflagonia, no fueran de sobra. Mientras un animal muerto tiene dentro de sí el corazón, tarde y mal le penetra el fuego. Y así, si vos, aunque váis muerto, tuviéades corazón, tarde os venciera el fuego de la envidia de mis contrarios, los cuales, por momentos, intentarán alquitranaros con el fuego de sus lenguas fogosas. Pero, siendo de culebrilla, pensaré que sois el fogoso cancerbero o que habéis de ser traidor y ofreceros a quien de vos se quisiere servir para atacar contra mí la culebrina de su intención infernal.

En ver que tenéis culebrilla o dragón pintado se me caen las alas de águila, tan propias de mi arriscado ingenio, y me parece que, así como es propiedad del dragón subirse al encumbrado nido de la real águila, donde, con el veneno que allí pone, quitara la vida a sus polluelos, si el águila no se valiera de la preciosa piedra etites, llamada comúnmente piedra del águila, que es única para malos partos, para ser gratos y amorosos, y tiene otras excelentes propiedades. Así pienso que, cuando yo más me encumbrare en el nido de la altísima elocuencia, cuando más levantara el estilo sobre las nubes de la retórica, entonces el villano y terrestre vulgo hará alas de la envidia y veneno de la murmuración, y querrá, como el dragón, oprimir los polluelos de mi entendimiento, que son mis conceptos y discursos ingeniosos, que creo son particulares, por haber sido engendrados de un ingenio razonablejonazo, crecidos con lección varia, aumentados con la experiencia, acompañados y bañados de dulces facetias que, demás de ser sin perjuicio de nadie, van en un estilo muy aparejado para dar bohemio a los principotes, cansados de cansar y estar cansados.

Mas, ¿de qué temo?, ¿qué me acobarda? Ya pensará alguno que soy agorera, y tengo tanto de eso como de ermitaña. ¿Es posible que la culebra sólo anuncia males y sólo es tablilla de malas mensajerías? No lo creo. No hay animal cuyas propiedades, en todo y por todo, sean tan malignas que, a vueltas de algunas nocivas, no tenga otras útiles y provechosas. La hormiga con su gulosía daña y con su diligencia enseña; la abeja con su miel convida y con su agujón atemoriza; el león con su cólera mata y con su nobleza acaricia; el águila con su fiereza persigue al dragón, mas con su realeza ampara los hijos de la cigüeña montañesa, su media hermana; los elementos con sus excesos matan y con su temperamento vivifican; los animales venenosos, con lo mismo que dañan, aprovechan a los heridos; luego no es de creer que haya animal el cual no tenga algunas buenas cualidades que sean pronósticos de algún buen suceso. Según eso, algo de bueno habrá en la culebrilla que me prometa un venturoso fin. Milagro es que no se me acuerde a mí lo bueno que significa la culebrilla, que no hay hoja en los jiroblíficos, ni en cuantos autores romancistas hay, que yo no tenga cancelada, rayada y notada. Doyme en la frente con la palma para preguntar a mi memoria si está en casa. ¡Ya, ya!, ya se me acuerdan mil primores acerca del símbolo y buen anuncio de la culebrilla.

Moza, abre esas ventanas, que, según me yerve de concetos esta cholla, no hay papel en casa de Anica la papelera, ni tinta en los tinteros, para comenzar a discantar los alegres pronósticos que me anuncia para en este caso la culebrilla, cuyo temor he rendido con la memoria de lo que tengo de escribir a este propósito.

Por cierto, si bien lo miro, antes tengo por anuncio de gran consuelo que el papel en quien deposito mis conceptos y mi sabiduría sea de culebrillas. Lo primero, porque quien viere que mis escritos tienen por arma y blasón una culebra, pensarán que soy otra diosa Sophía, reina de la elocuencia, y que me convertí en culebra, no para engañar al dormido Adán, como los herejes valentinianos lo afirmaron de la dicha diosa Sophía, vuelta en culebrilla, sino para enseñar sabiduría a los dormidos que no saben en qué mundo viven, según como lo canta el poético choro de la misma Sophía vuelta en culebra. Y, en parte, no se engañará quien pensare de mí aquesto, porque yo, en el discurso deste mi libro, no quiero engañar como sirena, ni adormecer como Cándida, ni transformar como Circe o Medea, ni deslumbrar como Silvia,

que si esto pretendiera no pusiera las redes en la plaza del mundo ni las marañas por escrito y de molde. Quiero despertar amodorrados ignorantes, amonestar y enseñar a los simples para que sepan huir de lo mismo que al parecer persuado. No hablo con los necios, que para ser oidores de mi sala, a los tales cuéntolos por sordos, y aun ternía a gran merced si para en caso de leer fuesen ciegos, que desta suerte pensaría que, siéndolo, me serían más aceptas las oraciones que me rezasen a cierra ojos, que con ellos. Así que, lo primero, la culebrilla os significa desengañadora elocuencia mía.

Pintan a Aristóteles como que traslada sus escritos del corazón de una culebra, por ser ella símbolo de la prudencia, astucia y sabiduría. Y así debo entender e el papel que a mi autoridad importa que el papel en quien yo escribo sea de culebrilla, porque de aquí colegirán mis devotos, si gustaren, y mis enemigos aunque les pese, que mucho de lo que aquí dije lo trasladé del mismo original, de quien Aristóteles trasladó la sciencia con que se alumbró el orbe.

Esculapio, dios de la medicina, tuvo por armas y blasón una culebrilla argentada, en memoria de que en figura de culebra hizo en Sicionia milagrosas curas, en especial en materia de ojos. Esto me viene muy a propósito, porque la culebrilla me promete, y yo me prometo, que con mis escritos he de curar y desengañar muchos ciegos; conviene, a saber: madres descuidadas, padres necios, inocentes niñas, errados mancebos, labradores tochos, estudiantes bocirrubios, viejos locos, viudas fáciles, jueces tardos. Y debérseme ha el blasón de segunda Esculapia, pues lo que la culebra rasguña, mis obras lo dibujan. Y si faltare quien me diga un amén, por lo menos, podré decir que una escritora ha dicho gran bien de mis cosas, y será tanta verdad como que yo soy nacida y tengo boca.

El dios Mercurio era el dios de los discretos, de los facetos, de los graciosos y bien hablantes, y este tenía por armas una hermosa culebra enroscada en un báculo de oro. Según eso, norabuena os vea yo, culebrilla mía, enroscada en el papel sobre quien yo recliné mi corazón y mis manos. Pues con esto entenderán los que en vos vieren mis obras, que no les quiero dar pena, sino buenas nuevas, como el dios Mercurio; que les hablo con donaire y gracia y sin daño de barras; que, si con lisonjas unto el casco, por lo menos no es unto sin sal; que, si amago, no ofendo; que, si cuento, no canso; que, si una liendre hurto a la fama de alguno, le restituyo un caballo; que con los discretos hablo bien, y con los necios hablo en necio para que me entiendan. En fin, todas son gracias de Mercurio, y si doy algún disgustillo, es con palo de oro, que es como palos de dama, que ni dañan ni matan.

Pero ya que tantas cosas se me acuerdan en pro del prójimo, querría dar con alguna en derecho de mi dedo, por no ser del bando de los galeotes, que dicen no se haber ensillado para ellos el refrán que dice: «más cerca está la camisa que el sayo».

¡Ya! ¡Ya! ¡Una boa! La culebra, para no dar a la muerte franco el postigo de los oídos, por donde el encantador la guía, cose el un oído con el suelo, y el otro zúrcele con la cola, para que, a puerta cerrada, se torne la muerte y aun el diablo. ¡Oh culebrilla, amiga mía, y qué bien me está remirarme en el espejo que me aclara vuestro catecismo, y aprender en él y en vos cómo me he de defender de los que, so capa de melosas lisonjas, me baldonan! Bien sé que destos sirenos enmascarados me han de salir a cantar y ladrar juntamente.

-Buena está la picarada, señor licenciado.

Otro dirá:

-Gentil picardía.

Otro:

-¡Oh qué pícaro libro!

Otro dirá:

-Buena está la justinada.

Otros:

-Bueno es el concetillo, agudo pensamiento, gánasela a Celestina y al Pícaro.

¡Dolor de mí, si yo no supiera que hay mordiladas insertas en unción de casco y pullas envueltas en lisonjas, y aun envidias enroscadas en alabanzas! Hermanitos, a otro perro.

Mil años ha que hice esta obrecilla. Para aquel tiempo, sobraba, y si no fueran mocitos, que de lástima no me han dejado vaciar esta conserva, ya hubiera este librito ídose por su pie a la especería. Dícenme que está muy bueno el librito picarero, y que se holgarán con él. Vayáis norabuena, librito mío, que más cuestan los naipes y valen menos. Si ello el libro está bueno, buen provecho les haga, y si malo, perdonen, que mal se pueden purgar bien los enfermos si yo me pongo ahora muy de espacio a purgar la pícara. Mas ¡ay!, que se me olvidaba que ero mujer y me llamo Justina. Vayan con Dios, que estábamos hablando yo y el señor don papel de culebrilla.

Señor don papel: como digo de mi cuento, si alguno destos hombriperros o perrihombres os saliere a cantar por delante y a morder por detrás, no tengáis pena, que (teniendo culebrilla), con los que os ladraren, jugaréis de diente, y con los que os cantaren con lisonja o sin lisonja, haréis lo que la culebra, cosiendo el un oído con el suelo de humildad y el otro con la cola de despedida.

El ignorante vulgo es de casta de perro de aldea, que halaga al saphio mal vestido, y ladra y muerde al caballero bien ataviado que pasa de camino, no teniendo otra causa deste mal acierto que su natural ignorancia y el no tener trato ordinario con los de hábito semejante. Así el vulgo ignorante, como no conoce ni sabe qué cosa es una discreción en hábito peregrino, a vulto ladra a la fama del autor, y aun si puede morder, se ceba asaz.

Culebra tenéis, papel mío; defendeos. Si a lo grave que tenéis os perdieren el respecto, silbades, y aprovechaos de que tenéis culebra, y tenéis de pícaro lo que yo de pícara. Y si prohibiaren, morder, que los dientes no se hicieron para echar melecinas. Sólo os pido que si llegare un Pérez de Guzmán el Bueno, os rindáis a su grandeza, acompañada de su hidalga intención y noble proceder, que ni por Pérez tendrá pereza en haceros bien, ni por Guzmán le será nuevo el usar de cortesía. Y, generalmente, quiero que os rindáis y sujetéis al noble lector que con bondad pasare los ojos por vuestros sanos consejos, vestidos con el zurrón de chistes y gracias picarescas, que, en fin, tenéis culebra, y es vuestro oficio andar pecho por tierra.

Ahora bien, mal o bien preparado, ya tengo papel sin temor, dedo sin mancha y pluma sin pelos. Puesta estoy a figura para escribir. No me faltaba sino que vos, señor tintero, os entonásedes y hubiésemos menester haceros otros tantos conjuros. Mas yo os fío que, siendo tan proprio de cornudos el sufrir, siendo vos de puro cuerno (por bien lo nombremos), forzoso será que sufráis estocadas de pluma que os saquen sangre tinta, y tengáis tanta paciencia cuanta suele tener una olla de mondonguera o malcocinada, en la cual (según decía Cisneros), es mucho de ponderar que, aunque tan de ordinario es combatida de esmerilazos de cuchar

herrera, jamás quebró, ni estalló, ni hendió por los lados más que si las tales ollas fueran encantadas.

¡Agua va! Desvíense, que lo tengo todo a punto, y va de historia.

APROVECHAMIENTO

La verdadera sabiduría es luz que no sólo descubre su objeto, pero a sí misma se manifiesta a quien la posee, de manera que nadie hay que mejor sepa lo que sabe o lo que ignora que aquel en quien la ciencia está. Y, por el contrario, el ignorante la primera ignorancia que tiene es de que es ignorante. De aquí es que con razón pinta el author esta mujercilla tan hueca de cuatro jiroblíficos que leyó en cualquier romancero, en el entretanto que se le secaban los paños o traían el medio para medir cebada, que le parece que no hay sabio de Grecia a quien no la gane, ni hombre que no envidie su sabiduría y elocuencia.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

De la escribana fisgada

NÚMERO PRIMERO

Del fisgón medroso

OCTAVAS DE ESDRÚJULOS

Al comenzar Justina, entró Perlícaro,
Llamado el matraquista, semi astrólogo,
Miró a medio mogate, al uso pícaro,
Y viendo un libro sin título ni prólogo,
Hizo el columbrón y pino de Ícaro,
Tosió, sentóse, y dijo: Yo, el theólogo,
Condeno por nefando ese capítulo,
Pues va sin nombre, prólogo ni título.
¡Ah, sora chronicon! ¿Ya es deífica?

¿No responde? Pues oya: es un mal pésimo,
Que porque ha visto ya que no es prolífica,
De en coronista el año quincuagésimo.
Métase a bruja, que es arte más pacífica.
¿Qué aguarda? Ello ha de ser, y no al centésimo.
Corrióse Justina, bravea como un Hércules,
Aquel que dio famoso nombre al miércoles.

Nació Justina Díez, la pícara, el año de las nacidas, que fue bisesto, a los seis de agosto, en el signo Virgo, a las seis de la boba allá.

¿Ya soy nacida? ¡Ox, que hace frío! ¡Tapagija, que me verán nacer desnuda! Tórnome al vientre de mi señora madre, que no quiero que mi nacimiento sea de golpe, como cerradura de loba. Más vale salir de dos golpes, como voto a Dios de carretero manchego. Quiero marchar de retorno a la panza de mi madre, aunque vaya de vacío, y estaréme uchoando de talanquera, que todo lo he bien menester para responder al reto de un fisgón, que, andando ayer cuellidegollado, ha salido hoy con una escarola de lienzo tan aporcada como engomada, más tieso y carrancudo que si hubiera desayunádose con seis tazones de asador. Y, para los que no le conocen, yo les pintaré su traza, postura y talle.

Llámase Perlícaro, a contemplación de una su doña Almiraz, que por el gran concepto que concibió de sus buenas partes, le llamó Perlícaro, dándole nombre de perla por su hermosura, y el de Ícaro por la alteza de su redomada sabiondez. Mejor me parece a mí que fuera denominarle Perlícaro, de que en ser murmurador de ventaja era perro ladrador (que el perro símbolo fue de la murmuración por el ladrar, como de la lisonja por el lamer), y en el trato era pícaro, y de uno y otro se venía a hacer la chimera de un Perlícaro. Mas pase, que esto de dar nombres jacarandinos es pintar como querer.

Entró el muy pícaro husmeando como perro perdiguero, jugando de punta y talón, como si pisara sobre huevos, deshombreciéndose por mirar lo que yo hacía, haciendo columbrones de sobre ojo con la mano sobre la frente, empinándose por momentos, al modo que los pícaros se realzan y alean de revuelto, cuando dicen que hacen los pinicos de Ícaro.

Ya que confrontó conmigo y tuvo llena la barjuleta de lo que pensaba decir de repens, comenzó a retorcer y hilar un bigote más corpulento que maroma de guindar campanas, mirando de lado y sobre hombro, como juez de comisión a criados alquilones, torcido el ojo izquierdo a fuer de balletero, cabizbajándose a ratos más que oveja en siesta, volteando la lengua sobre el arco de sus dientes con más priesa que perro de ciego cuando salta por la buena tabernera, con un si es no es de asperges de narices, hablando algo gangoso como monja que canta con antojos, y, a puntería, me habló así:

-Sora Justiniga, sora pícara en requinta, ¿de cuándo acá da en ser chronicona de su vida y milagritos? ¿Escribe la historia de Penélope, de Circe, de Porcia y de otras desta birlada? ¿Su vida guachapea? Bien hace, que quizá no hallará otro historiador que contara la vida de una persona tan necesaria como secreta. Pocos hubiera que a cuatro azadonadas de su leyenda no quedaran oliendo a pastel de ronda. Para coronista no tiene poco andado, que algún día habrá tenido más de cuatro coronas en su casa. ¿Tienes verecundia, coronista de Bercebuc? ¡Qué madre Teresa para escribir sus ocultos éxtasis, raptos y devociones! ¡Qué Eneas para contar a Dido cómo salió libre y sin daño de los abrasadores incendios de la tierra y de los recios infortunios y borrascas de la mar! ¡Qué César para comentar sus hazañas, indignas de que otro que él las tomase en la lengua o pluma, ya corta por envidiosa, ya larga por lisonjera! ¡Qué Esdras para contar la reparación de su pueblo, que obró con una mano y escribió con otra! ¡Qué Moisés para escribir el Pentateuco sancto! ¡Maldita sea la manta que te escupió! Mas yo me perdono porque voarced me perdone, y me deje llegar otro palmito.

A buen tiempo llegué, señora niña, pues vine a punto en que, por mi gran culpa, la vi nacer envuelta en las pares de los dos oficios más comunes de la república. Pregunte a mamá si quiere que la enalbarde, con miel y huevos hueros, unas torrijas y haga por ella los demás oficios de partero. Mas ¿cómo no gritó su madre pariendo una hija tan grande? Aunque debe de ser que como v. m. es hija tercera, y su madre pare como descosida, la parió sin pujo, como quien se purga con pepinos. Dígale a su madre si quiere unas cuentas de leche para desenconar los pezones. ¡Dígaselo, ande, ea! Aunque no, téngase. No se tenga. La verdad en mi almario, que cumpliera todo lo que la he ofrecido, si su madre tuviera la mitad de años que

v. m. alcanza por el presente. No se me enoje, daifa, que vengo enfermo de vómitos. Y aun ahora emprendio.

Dígame (así se vea sin esa ruga que le hace la mamona en la frente), ¿en qué ley de historia trágica halló voarced que se puede comenzar un libro sin prólogo, ni capítulo sin título? Este capítulo ¿cómo puede ser capítulo sin cabeza? Este libro ¿cómo lo puede ser sin título, prólogo, ni sobrescrito? ¿Es este, acaso, el original del libro de los naipes? ¿Ella es la humanista? Por cierto, si no supiera más de otras humanidades que de estas escritas, pocas cuentas tuviera que rematar en el valle de Josafat.

En esto, tosió, y con gran astrondidad se sentó. Y, como si fuera un senador o concilista, dijo:

-Digo yo, el licenciado Perlícaro, ortógrapho, músico, perspectivo, mathemático, arismético, geómetra, astrónomo, gramático, poeta, retórico, dialéctico, phísico, médico, flebótomo, notomista, metaphísico y theólogo, que declaro ser este primer capítulo y todo el libro el segundo pecado nefando, pues no tiene nombre, prólogo, ni título. Señora suputante, la que fue nacida del año moquero, en el mes gatuno, ¿a cuántos números o capítulos piensa poner el de mi camarada el alférez Santolaja, llamado por otro nombre el moscón celibato, que fue su marido? ¿No ha de decirnos con muy buena corriente cómo la barqueó, y lo de la purga surrepticia con que le hizo aflojar las cinchas un coto? Avíseme cuando aportare a los arrabales deste capítulo, que yo le pondré de mi mano una o dos márgenes sacadas del río Letheo. Haréle una tabla señalando en ella los lugares comunes de su vida y leyenda, que todos lo han sido desde que su edad encontró con cero, y con la tabla le haré un par de cornucopias no malas. Y aun, si yo quiero, le haré un sotano (digo un soneto) para la cabezada de su libro, porque parezca madeja con cuenda, que, si llega a gozarla, no será la primera madeja de que goce. Y si voarced no quiere que su libro lleve pies ni cabeza, ahórquese en buen día claro, y aun esto no habrá lugar, porque si para colgarla no tiene cabellos, ni pies, ni cabeza, aun para ahorcada no será de provecho. Espéreme, que yo daré la postrer bocada luego, que no acierto a morir de súpito.

Díganos, madre Berecinta, si acaso es su intención traspalarnos su vida a enviones de capítulos y sorbetones de números, como si fueran las obras del buen S. Buenaventura (buena nos la dé Dios), ¿por qué se olvidaba los mejores dos tercios de su historia, lo primero, el abolengo de la christiandad de su padre, cuyos abuelos son tan conocidos que nadie lo puede ignorar, si no es quien no sabe que aquellos son christianos a quien dan el sancto bautismo, especialmente cuando son gente que lo hace a sabiendas? Lo segundo, ¿por qué no alegró la fiesta con la cascabelada de los abuelos de parte de madre, que si los pusiera en ringla sonaran más que recua encascabelada? Pues aun, sin estos dos líos, se olvidó otro muy perteneciente a su vida, declárome: ¿por qué calló su concepción, refiriéndonos por estupendísimo portento que supo callar los nueve meses que anduvo en el vientre de aquella su madrona, que en el cuerpo fue ballena y en el alma Celestina? ¿Tan poco le parece que hay que hacer en comprehender lo que hizo en el comedio de aquellos nueve meses de su taciturnidad increíble? Yo seguro que en toda aquella nuevemesada no anduvo ella queda, sino que hizo algún enredo allá en las tripas de su madre, como se escribe en la historia de aquel gran trapacista Falencio (todos somos historieros), el cual en los nueve meses que estuvo en el vientre de su madre, en estando ella dormida, le sacaba algunas tripas y se las iba a vender a las bodegoneras. ¡Ah mi reñona! ¿A nada responde? ¿Ya se nos hace deífica, después que tiene de historia lo que se podía digerir con dos de jirapliega? ¿No oye? No, que está muerta. Pues vaya de responso a humo muerto.

Ánima pecadora: sábetete que si va a jeringar verdades por red de matraca, que me parece pésimamente que ahora des en esa flaqueza. ¿Cómo? ¿Ahora que había voarced de

aprovecharse de su experiencia para ser maestra de principiántigas, y medio mundo, da en escriba? ¿Háse tardado toda su vida en hacer cortar plumas, tornear tinteros y bruñir papel, sin haber escrito cosa que sea de provecho, y ahora quiere en el más breve tercio de su vida guachapear historias? En fin, que después que la experiencia le enseña que no es prolífica, ni está de provecho para hacer oficios en derecho de nuestro dedo, ¿quiere dar tan en derecho de los suyos, que pretende sublimar en los cuernos de la luna una vida que ha tantos años que anda en los del toro? ¿Y para eso pone en cabeza de mayorazgo que nació en el signo Virgo, olvidándose que aquella hora hubo eclipsi entre Virgo y Capricornio, y quedó Virgo de lodo? ¿Halo por dejar oficios rencillosos y tomar oficio pacífico? Pues métase a bruja, que la mitad del camino tiene andado; ¿a cuándo aguarda? Ello ha de ser, pues es cierto que es v. m. tan diligente, que no ha de haber barranco que no navegue, ni mal paso por do no ande. ¿Por ventura, piensa ser bruja en el año matusaleno? No lo crea, que sería mucho durar vasija tan tresnada, que a mucho que pisa la sogá ya se roza. Yo bien estoy, señora miadora, que después de ser quincuagésima de en carnestolendas, pero no historiógrafa. Según eso, ¿a cuándo aguarda? Diráme que es mocita la recién nacida. No medre don Perlícaro, si a buena cuenta, tomada el bisiesto en que nació hasta el presente en que estamos, no hace hoy cuarenta y ocho, tan justos como baraja de naipes, si ya no es que los cinco ceros y un cinco le vengan a plana ringlón por aforrarse con la mejor pinta de entrés.

Aquí puso mi paciencia el non plus ultra a la espera de la enfadosa matraca. Ya has oído lo que me dijo este alquilador de verbos. ¿Qué sería bueno que hiciese en este caso una matrona como yo? Enojarse a todo reventar. Y dirán: ¿de qué? Yo te lo diré, amigo preguntador, si me dejas tomar huelgo para el salto.

No se me hizo nuevo que hubiese matracas en el mundo, ni que a él viniese quien diese vayas, que el dios de amor las dio a la muerte en diferentes casos y en coyunturas en que el amor tomó por empresa los mismos muertos amantes que la misma muerte había señalado por triunfo de su vitoria. No me dio pena que fray Menos diese matraca a fray Más, pues en las historias consta que ha habido criados que se han puesto a dar matraca a príncipes, sus señores. Tampoco me pareció cosa indigna de pechos nobles sufrir vayas y fisgas de fisgones rateros y de medio mocate, que aun el águila, según vemos, muestra su realéza y condicionaza hidalga en estar muy paciente y serena cuando la corneja se pone, papo a papo, a partir peras con ella, y aun a hacer della burla con visajes y ademanes, sin que esto gaste un adarme de su paciencia. Tanto, que algunos philósofos griegos dieron esto por jiroblífico de la paciencia, a que su misma realéza les obliga a los monarchas.

Pues dirás, ¿de qué se enojó Justina? Dirélo. Cómeme el pelo. Ahora bien, yo lo diré a sorbitos, que los que enfermamos de corrimientos no podemos estar tan a punto como los otros. Vaya el primer sorbetoncito.

Enojéme, enojéme de que a tan mal tiempo y en tal mala sazón, como era al punto que tomaba la pluma en la mano para sacar mis partos a luz me hablasen a la mano. No ha salido mala la deshecha de mi enojo y no poco verisímil la razón de mi enfado. Y por si alguno pensare que la razón que he dado es christiana, verdadera y cathólica, yo la quiero confirmar, y sea con una fabulita que no yede. ¿Acuérdanse de la fábula de la zorra que, por otra causa semejante a esta, se enojó, como yo, y echó su maldición a una gata preñada en agosto, y desde entonces salieron los gatos agostizos desmedrados? Pues si no sabes la fábula, oye, que con la fábula de la zorra me destetó mi madre.

Estaba la zorra en una ría, y como siempre anda a buscar de comer de lance, parece ser que quiso engañar a las sardinas para cumplir con su buen deseo de cuaresmar por agosto, y para esto dio en escribir una carta a las sardinas del mar. Escribió, y decía la carta así:

«Señoras sardinas: el salmón, mi señor, besa a vuestras mercedes las manos, y dice que, por acá, en agosto hay frío en rostro, y así que vuestras mercedes se vengán acercando adonde suelen, que ahora es buen tiempo, entre siega y vendimia, que andan los pescadores en la labor del campo y le dan franco a vuestras mercedes. Por charidad, las amonesto que no aguarden a venir cuando suelen, que, como las han caído en el chorrillo, no dejarán piante ni mamante a quien no pongan cerco y maten (matados ellos se vean, que tan injustamente persiguen a vuestras mercedes). A mí no me va nada, mensajero soy del señor salmón. Pesarmeía de su daño, por lo mucho que me muero por vuestras mercedes, y también creo se morirán vuestras mercedes por mí. Y, con tanto, nuestro Señor guarde a vuestras mercedes de falsos y engañadores. Fecha en Alba a los Hígados de agosto.»

Ya que firmó su carta la hermana zorra, contrahaciendo la firma del salmón lo mejor que supo, una gata preñada que allí estaba (pareciéndole que la treta iba buena y que si las sardinas anticipaban su venida, ella y la zorra sacarían el vientre de mal año), de puro contento, comenzó a retozar, y el retozo fue tal, que repeló la zorra, quebró la pluma, borró el papel, y lo peor fue que puso la carta de máscara e imposibilitó el leerla. La zorra (viendo que se le iba el mensajero, que era la lamprea, y que tenía poco tiempo y menos papel), viendo su traza resuelta en retozos y su intento tan deshecho como su vientre desesperado, maldijo con todo su corazón a la gata y a cuanto en el vientre traía, diciendo:

-Asados veas tus hijos como sardinas.

Comprendió la maldición a la pobre gata, y, desde entonces, salieron los gatos agostizos tan desmedrados y friolentos que, a trueco de calentarse, se ponen a asar como sardinas.

Quejóse la gata criminalmente de la zorra ante el león, y dijo:

-Muy poderoso señor: Yo, doña gata, digo: que tengo alquilados por un tanto todos los retozos de mar y tierra, sin embargo de que todo el linaje gatuno y todos mis antepasados han tenido ejecutoria desto y privilegios inmemorial. Y, siendo así, que (usando yo deste mi dicho privilegio y ejecutoria) cierto día retocé un poco con ciertas menudencias, la madre zorra me ha echado maldiciones que me han perjudicado a mí y a mis hijos. Por tanto, v. alteza me desagравie. Y pido justicia, etc.

Dióse un traslado a la zorra, la cual, en descargo de la sobredicha acusación, dijo así:

-Muy poderoso señor: Yo, doña zorra, digo: que, respondiendo al cargo que falsamente me impone nuestra hermana la gata, afirmo que (caso negado que yo la haya maldecido a ella y a su generación) no lo hice por impedirle sus retozos, que en esto ni entro ni salgo, retoce hasta que reviente, aunque fuera bien que una gata, que es gata de bien y ya madura y preñada, mirara cuán mal le está andarse ahora en retozos. Mas, pues dice que ha ganado privilegio o comprádolo, retoce; pero, señor león, cada cosa en su tiempo. ¿Es bueno que al punto que yo escribo mi carta y hago mi hacienda, y aun la suya, venga la hermana gata con sus manos lavadas y lo eche todo a mal? Antes digo que yo soy la agraviada y ella debe ser castigada con la pena del talión, como acusadora inicua, y pido justicia, etc.

El león, como padre, en fin, proveyó una justicia de entre compadres, y mandó que la gata pidiese perdón a la zorra y no hubiese pleito entre personas de una profesión.

A propósito, yo no digo que quien tiene por oficio el fisgar no viva de matracas, que es su oficio, como el de la gata retozar, Pero quéjome que haya venido a hablar a la mano a una persona cargada de concetos, a tiempo que comenzaba a parir y hacer hacienda, que fue tanto

como helar sobre yemas de vid y ventear sobre cierna de espiga. Esta fue la causa de mi enojo para quien lo quisiere creer. Pero si va a no meter la verdad entre cachibaches, sábetete que me enojé... ¿De qué? ¿Dirélo? Otra vez me rasco. Vaya: de que me llamó vieja de cuarenta y ocho años al menorete, y aun, si lo notaste, me llamó quin cuagésima, que es la edad en que las mujeres apelamos para Noé. Quiero decir: apelamos para decir que no es así, aunque nos metan el libro del bautismo en las niñas de los ojos, que antes nuestras niñas, por ser niñas, aborrecen semejante libro, que para ellas no es libro de vida, sino de muerte. Son burlas tan pesadas que no hay mujer, por athlantada que sea, que pueda llevar onza dellas. El querer que la mujer guste destas burlas es querer darle un burro para perro de falda y que guste de sus coces como si fueran paticas de un don Florisel lanudo. El que gusta de decir las semejantes gracias, es tanto como tener gusto de ver patalear las gentes, como hacía Perico de Soria, el de la aguja de descoser almas y tripas; es dar en lo vivo; es ser segundas parcas.

Pardies, yo me corrí. Enojéme, y hecha una onza de enojo y una arroba de cólera, le dije en esta guisa.

APROVECHAMIENTO

Concedió a los hombres el Autor de naturaleza la política comunicación de palabras, y el uso dellas para ayudarse unos a otros en las miserias desta trabajosa peregrinación, para pedirse socorro en los trabajos, para alentar el amor del prójimo y de Dios, último bien nuestro. Pero los hombres ignorantes y viciosos adulteran la lengua y las palabras, usando dellas para comunicar entre sí mismos cosas frusleras y vanas, más propias para calladas que dignas de salir a luz. Tales son las que en las fisgas y matracas usan de ordinario pajes, estudiantes, damas cortesanas y gentes de la factión de Justina y Perlícaro, como viste en el número pasado y verás en el siguiente.

NÚMERO SEGUNDO

De la contrafísica colérica

TERCETOS DE ESDRÚJULOS

Justina está de cólera frenética,
Por ver que la llamaron quincuagésima,
Como si aquesto fuera ser somética

¡Miente, remiente (le dije) el muy picaño!, que no tengo tantos años como matrícula el contador del diablo, y no porque sea burro de raza ha de retozar con los años, que es burla asnal.

Sepa que la edad de una mujer en teniendo cero es de cera para en caso de andar con ella. No sin causa, mandan los obispos que los años de una persona se queden en la iglesia, en el libro del bautismo, y guarden el libro los mismos curas que guardan los pecados en secreto, todo a fin que nadie ande ni toque ni se burle con los años de nadie. Y pues se precia de haber comido del salpicón de Silva de varia lección, ¿parécele que fuera tan grave afrenta y maldición ser las mujeres estériles (según consta de las historias), si no fuera que la esterilidad es ajuar de viejas? ¿No sabe que aun los milanos, en sintiéndose viejos (corridos de serlo) no parecen entre gentes, y por no parecer, perecen de hambre? La culebra, por no parecer vieja, se mete en prensa de piedra, aunque le duela, y el águila demostola el pico por no parecerlo, y

aun se echa a cocer en agua caliente para renovar sus plumas, porque tiene de coro el refrán que dice: padecí cochura por hermosura.

Y aun los niños le pudieran enseñar esto, pues, para significar cuán aborrecible es la vejez, dicen que el repelarles los cabellos por la parte más sensible y delicada (que es la mayor pena que ellos conocen) la llaman estira viejos.

Y pues v. m. toda su vida ha vivido a ratos perdidos, ¿por qué algunos de los que ha ocupado en leer cartispitis no los aplicó a leer que los griegos, para encarecer cuán odiosa es la vejez aun a los mismos dioses, dijeron que porque una vez entró a ver el cielo, mandó Júpiter que se hiciesen dos escobas de dos rayos y con ellas barriesen el sitio donde la vejez estampó sus plantas, como si su mal olor pudiera corromper lo incorruptible? Y las fábulas refieren que en la república de Gauja, una mujer riñó con dos verdades, llamada la una vieja sois, la otra fea sois, y, finalmente, no paró hasta que las acusó falsamente por sométicas, induciendo muchas mujeres que fuesen testigos; fue de modo que quemaron públicamente por sométicas las dos verdades. ¡Mire él, si yo fuera de las mujeres de aquel tiempo, a qué figurilla se habían puesto! Siempre estas verdades saben a nueces verdes.

Diráme que, pues los hombres no se añusgan de que los llamen viejos, antes se afrentan de que los llamen mozos, tampoco es justo que Justina se enoje de que se lo digan. ¡Oh, qué gentil entablar para un penseque! Bien parece que no es hombre, pues no sabe en qué cae el serlo, ni dónde el hombre tiene el tuétano ni la mujer la cañada, y de ignorar estos principios le viene el errar los fines. Es como el otro desollador principiante que, en estando un animal sin orejas, decía que no se podía atinar dónde estaba la cola, porque la ignorancia de los principios es erradora de colas. Si quiere saber que lo que ha dicho allá entre cuero y carne no tiene entre sí más semejanza que un huevo con unas medias calzas, sepa que los hombres, sólo por tener derecho a enfadar de oficio, huelgan que los llamen viejos. Pero las mujeres, como huelgan de ser bonazas, provechosas, salsa de gusto, pollas comedoras, rabanitos de mayo, perritos de falda, por eso gustan de parecer mocitas y desgustan de que las llamen talludas.

Y si va a hablar a lo gordo, como quien gobierna el mundo desde el banco del Cid, sepa que el hombre fue hecho para enseñar y gobernar, en lo cual las mujeres ni damos ni tomamos. La mujer fue hecha principalmente para ayudarle (no a este oficio, sino a otros de a ratos, conviene a saber:) a la propagación del linaje humano y a cuidar de la familia. De aquí nace (atención por charidad), de aquí nace que porque el varón en la vejez está más a propósito para el gobierno por estar más instruido y experimentado, lo mismo es llamarle viejo que decirle un requiebro, y le pesa encontrar con Jordanes que le remocen (digo de día, que de noche hay otro calendario). Por el contrario, la mujer, como fue hecha para ayuda de cámara, en viendo que los años se van de cámaras y los hombres las tienen por decírselo, ponen un gesto de pujo, y el llamarlas mozas o niñas es tañerles una almendrada. Y por eso dijo aquel gran trovador de las plateras:

Si quies gozar lo que goza,
Y lo que el sabio aconseja,
Llamarás moza a la vieja,
Carilla y niña a la moza.

Dígame, irregular, ¿hame visto dejar de comer nueces por falta de muelas?, ¿soy yo como él, que para refinar y ennegrecer la barba overa se peina con es carpidor de plomo, y no ve el pobreto que está como el puerro, con porretas verdes y raíces blancas? No gasto yo mi patrimonio, como él, en agallas, ferreto, nueces, granadas, piñones, mirra, salvia y lejía, con que hace unguento y liga para que el rey negro restaure su barbacana.

Y ya que le parece mal que yo sea historiadora de mi vida, no lo sea él de mis años, ni es bien que se meta en hacer cuentas justas un tan público pecador como él. Sepa que si parece que tengo rugas, es que cuando me enojo con hidarruines como él, hago alforzas en el rostro para embeber la cólera. Y créame que a no saber que ha poco que le hizo de corona el dueño de la montancha, Dios es mi padre, que le diera un cabe a vista de oficiales. Haga cuenta que no soy nacida y que en el vientre de mi madre me estoy todavía, que acá sabremos nacer y ser nacidas sin que nos madure ni partee el muy comadrero. Lo que podrá hacer es: a la señora su espada virginal la partee y saque del vientre de la vaina, que a fe de hija de agrio y nieta de dulce, que pienso que la vaina de la dicha durindana ha mucho años que está preñada, teniendo dentro en sí el intacto Joannes me fecit. Nacidas o por nacer, así nos quieren en nuestra casa.

Y el capítulo del viejo yo le pondré de modo que le amargue y sepan todos cómo mi marido Santolaja, si fue moscón, le picó en las mataduras, y (aunque celibato) le bregó a coces la barriga al muy lebrón. Que si él tuviera sangre en el ojo (aunque parezca pulla el hablar así), no había que atreverse a mirarme a este gеме de cara que Dios aquí me puso, ni a estos ojos pecadores, con los cuales le vi tender como cuerpo de notomía y darle más azotes que a pulpo en pila. Todo se andará.

¿Y quién le mete a él ahora en si cuento o no cuento mi conceta? ¿No sabe que los christianos ni tenemos nombre, ni edad, ni historia hasta estar bautizados, siquiera de socorro?

Aún podría ser que una sola cárcel que le falta de visitar le hiciese yo que la tresnase y me soñase. ¡Hola, hola!, ¡conmigo no! ¿Y hace gestos? Por el siglo de mis maridos, que le meta esta pluma por los ojos y le escriba con ella una carta en la piamáter, haciendo tinta de sus sesos, y le despache a las mil, de modo que esta noche llegue a cenar sus sesos con los sesenta caballeros que hundió la tierra.

Enojéme con tales ademanes, que se espantó el valentón, mostrándose tan liebre como yo libre. Y, más por costumbre vieja que por audacia nueva, retocó y espolvoreó la halda del chapeo, y mirándome con un ojo de vergüenza y otro de miedo, me dijo lo siguiente el medroso fisgón, entonando en vt:

-Perdone sarcé, sora Justisísima, que no entendí que tenía calafateada esa ánima de tan varia historia, ni entendí que voarced había acusado a la verdad por somética.

Al punto, baje la mano para desenvainar un chapín valenciano, mas él comenzó a huir y medir tierra a varas de pescar, y, de trecho en trecho, tornaba a mirar como ciervo acosado, cuidando si acaso se le aparecía mi chapín en forma de bala o lágrima de Moisés, que, en fin, los corridos, el nombre se lo dice, que tienen caras de tornillo para bornearse y pies de pluma para el traspontín.

Cansada quedo de acuchillarme con un necio, que es tanto como batallar con una fantasma, que para herir es furia infernal y para herida es aire. Y, por tanto, reservo para el día y capítulo siguiente el dar a mi libro cabeza, pues la mía, por ahora, está encalmada y bocinada de oír las dichas roncerías o rocinerías deste asnal mancebo, el cual (para que veas quién es), pretendiendo hacer su información para graduarse de cola en Alcolá, intentó probar que descendía de Balaán, y sacó en limpio que por línea recta descendía del asna de Balaán.

APROVECHAMIENTO

Algunas mujeres hay de tan poco peso, que les pesa de que las llamen viejas, y no porque les pese de carecer de fuerzas con que servir a Dios (que es la causa porque les debería pesar), sino porque, aun cuando el mundo y la carne les despiden de sus vanidades, no se quieren dar por entendidas. Y no sienten otras injurias, y sienten que les digan la verdad más cierta de cuantas hay.

CAPÍTULO SEGUNDO

DEL ABOLENGO ALEGRE

NÚMERO PRIMERO

Del abolengo parlero

REDONDILLAS CON SU ESTRIBO

Cada cual de sus abuelos
Dan a Justina una cosa,
Como a Pandora , la diosa
Que emplumaron en los cielos.

Melindres, el titerero,
El suplicacionero, andar,
El tropelista, engañar,
Y locuras, el barbero,

El mascarero, alegrones,
Gaitero, quita pesares,
Y el mesón, que pida pares
Cuando le ofrecieren nones.

Mas, ¿cuál será Justina,
Cuál su sciencia,
Que es de tantos enredos
Quinta esencia?

Dicen que el consejo que da un necio es comparado al oro, porque es cosa de tanto precio, que no menoscaba su estima el hallarse entre lodo y cieno. Y asimismo el consejo, aunque se halle en la boca de un necio, es de gran valor y estima. Es también comparado el consejo que da un necio a flor que nace de abrojos, al sol de invierno, a la comida quitada de la boca de león, a la presa cogida a ave de rapiña, a invierno, que con lo que yela aprovecha, a la comida del puerco, que se vuelve en substancia regalada, al palo con que azotan el pulpo, que azotando aprovecha. Así, las palabras de un necio, aunque por ser de su boca enfadan y enojan, pero por ser consejo regalan y aprovechan. También el consejo que se da acaso es comparado al estiércol de ovejas, que queda acaso y hace gran provecho a la heredad.

¿Dónde va S. Geminiano con sus símiles? Dígolo, porque ya que aquel necio importuno me dejó espinada, mordida, apaleada y estercolada, será bueno aprovecharme del consejo que me dio, diciendo que para que mi libro no fuese hombre sin cabeza ni madeja sin cuenda, contase mi abolengo. ¡Por vida de mi gusto, que lo he de hacer! ¡A fe, que les he de dar un alegrón de abuelos con que ande la risa al galope!

Mas ¿qué hago? ¿Historia de linaje (y linaje propio) he de escribir? ¿Quién creará que no he de decir más mentiras que letras?, que si el pintar (que es poco más que acaso) es al tanto del querer, el hacerse uno honrado (que es cosa tan pretendida), ¿quién habrá que no lo ajuste con su gusto, aunque sea necesario desbastar la verdad para que venga al justo? Decía un Guzmán intruso, caballero de don al quitar, camarada de un marido que me tuvo:

-Nadie hay que tenga licencia para pintar armas en su casa, que no ponga un castillo y un león, que para esto basta ser castellano o leonés. Y si los oradores tienen licencia para dar el nombre de la cabeza a los pies, sin que se les pueda decir que juegan a punta con cabeza, también pueden los vasallos aplicar para sí los títulos reales, pues todos somos miembro de rey.

Viene muy a cuento el de un sastre, natural de la provincia de Picardía, el cual vino a ser rico, y se llamó Pimentel, y puso en la portada de su casa un muy fanfarrón escudo de piedra y en él las armas de los Pimenteles. Tuvo soplo de esto la justicia (que quizá fue la fragua símbolo de la justicia, porque la una y otra cosa se gobierna a soplos), y mandóle que, o borrarse la pimentelada, o declarase la causa de haberse armado caballero tan de cal y canto y puesto las venerables veneras de los Pimenteles, no habiendo para ello otro fundamento que el haber sacado la piedra de la cantera de su rollo.

Respondió el caballero sastre:

Con cuán poco fundamento se ponen armas. -Señor, las razones que me han movido a que lo escrito sea escrito son tres: la primera, que el cantero las puso; la segunda, porque me costó mi dinero; la tercera, que lo mandé hacer por mi devoción y en memoria de las muchas veneras que traje en mi sombrero, yendo y viniendo en romería a Santiago tres veces, en los cuales viajes me hice rico con limosnas, y en agradecimiento y reconocimiento pongo estas veneras. Y el que me quiere quitar mi devoción no está dos dedos de hereje.

El juez, que era christiano temeroso, respondió:

-¡A la Inquisición, chitón!

Y el sastre se salió con lo que quiso.

Así que todos se salen con poner las armas que pueden pagar, en especial los que son de la mi provincia de Picardía. Y si los pedís razón, cumplen con un pie de banco y con que les costó su dinero. ¿Qué será lo que tan poco cuesta como escribir uno de su linaje lo que soñó? Como el otro, que dijo haber descendido su linaje de la casa de los reyes de Aragón, y fue porque algunos de sus antepasados, mozos de caballos de la Casa Real, huyendo, de miedo de sus amos, se hicieron descolgar en unos cestos desde la muralla abajo, y esto fue descender de la Casa Real.

Pues, ¿Qué en este tiempo, en el cual en materia de linajes hay tantas opiniones como mezclas? Verdad es que algún buen voto ha habido de que en España, y aun en todo el mundo, no hay sino solos dos linajes: el uno se llama tener, y el otro, no tener. Y no me

espanto, que la codicia del dinero es mondonguera y hace morcillas de sangre de toda broza, por ser toda de un color. Y cierto que no es de espantar que haya tantas opiniones de un linaje, porque después que en una casa entran cuatro o cinco mujeres, cada cual con su suerte, con pan de diezmo o con morcilla rellena, ¿quién atinará cuál es lo gordo, cuál es lo magro, cuál es el piñón, o cuál es el ajo o calavera? Bien haya el tiempo que hacían la torre y el que alcanzó el mundo antes de ser pasado por agua, que en aquellos tiempos todos eran guzmanes y todos eran villanos. Y así, los escritores que se quieren engrandecer toman de atrás el salto, acógense a la torre de Babel o al arca de Noé y salen tan godos como Ramiro Núñez.

El buen pícaro halo de ser por herencia. Empero, esto de sacar su piedra de la cantera de la torre o del archivo de Noé no se entiende con la escritora que se intitula Pícara, pues para fundar su intento, debe probar que la picardía es herencia; donde no, será pícara de tres al cuarto.

Y si alguno pensare que por el mismo caso que me hago fundadora de la picardía, se cree de mí que, así como todos los fundadores de casas grandes se preciaron de altísimos principios, así yo me he de hacer de a par de Deus, ¡no, no! No fundo yo Roma, para decir de mí (como dijeron los romanos de Rémulo, su sanguinolento fundador) que soy hija de Marte, nacida por el costado de Iliá, virgen incorrupta; que si Rómulo fue de casta de dolor de costado, la fundadora de la picardía es de casta de dolor de piedra, que acude a las vías de la vejiga, que es camino real. No quiero yo fundar la república latina, como Eneas, de quien fingieron ser hijo de los dioses, aunque no se le lució, cuando, al salir de Troya, se aperdigó para asado, y, al entrar en Italia, para cocido. Que la pícara nació de las tejas abajo, como tordo. No fundo la escuela de Platón para fingir (como fingieron dél sus discípulos los platoncillos) que nací de una sombra y de la intracta virgen Pericción. Hijo le hicieron de virgen y de sombra. Era agudo. Debía de ser hijo de alguna doncella relamida, y su padre debía de ser de a sombra de tejado, y, por eso, cátales hijo de como Budda, para decir de mí, como mintieron dél, y de Celso, y de Aureoto y Cecloponto, que fueron hijos de vírgines sombra. No soy de casta de sueño, que nazco a la sombra. No fundo yo la escuela de los gimnosofistas, incorruptas, como si el parir fuera rebueldo o estornudo. Ni soy tan hereja ni tan necia.

Pregunto: ¿de qué les sirvió a las palomas el honrarlas los poetas con decir que son abuelas de Eneas y madres o hijas de Venus?, ¿por ventura, por eso, túvoles más respecto el pan en que las empanan o el asador en que las asan? Pues ¿de qué le sirve a la pícara pobre hacerse marquesa del Gasto, si luego han de ver que soy marquesa de Trapisonda y de la Piojera y condesa de Gitanos?

Yo confieso que este es un tiempo en que el zapatero, porque tiene calidad, se llama Zapata, y el pastelero gordo, Godo; el que enriqueció, Enríquez, y el que es más rico, Manrique; el ladrón a quien le lució lo que hurtó, Hurtado; el que adquirió hacienda con trampas y mentiras, Mendoza; el sastre, que a puro hurtar girones fue marqués de paño infiel, Girón; el herrador parroquiado, Herrera; el próspero ganadero de ovejas y cabras, Cabrera; el vaquero, rico de cabezas irracionales y pobre de la racional, Cabeza de Vaca; y el caudaloso morisco, Mora; y el que acuña más moneda, Acuña; quien goza dinero, Guzmán. Todo esto, y más que yo me sé, pasa hoy día, pero norabuena pase, que esto y mucho más merece el dinero. Pero la ilustrísima picardía no va por esa derrota, porque eso es querer engualdrapar las verdades.

Ea, Justina, ya que no quieren veros nacer monda y redonda, sino que vais con raíces y todo, para que adonde quiera que os planten deis fruto, decid vuestra prosapia; vean que sois pícara de ocho costados, y no como otros, que son pícaros de quién te me enojó Isabel, que al menor repiquete de broquel, se meten a ganapanes. Una gente que en no hallando a quien servir, cátales pícaro, y, puesto en el oficio, vive forzado y anda triste contra todo orden de picardía.

Yo mostraré cómo soy pícara desde labinición (como dicen los de las gallaruzas), soy pícara de a macha martillo.

Dijo un labrador de Campos, de los del buen tiempo, a mi padre:

-Señor Díez, acá, entre los labradores, tenemos por nosotros, que el macho, para ser buen macho, ha de ser bien amachado , el caballo bien acaballado, el burro bien aburrado y el labrador, para ser buen labrador, bien alabradorado.

Aquí entró mi padre, y dijo:

-Y el mesonero bien amesonero .

Aquí entra Justina, y dice :

-Y la pícara bien apicarada.

Por lo cual no enmantaré cosa que a nuestra picardía pertenezca.

Nació mi padre en un pueblo que llaman Castillo de Luna, en el condado de Luna, y mi madre era natural de Cea. Y si no saben dónde es Cea, yo se lo diré: es Cea junto a Sahagún, es Sahagún un pueblo donde reside una reverendísima cuba, la cual, como casi siempre está tan vacía como hueca, da en entonada, y dicen que la deben trigo y centeno, el cual se le paga siempre. A lo menos, después acá que pasó el año del muermo, digo, del catarro, nunca la hincheron de líquido, sino de trigo y centeno. Aquel año de la moquera se hinchó de mosto, y cupo tanto en ella, que molió un molino con él. ¡Bravo espectáculo!, ¡qué sería ver salir sangre de aquella hermosa ballena, herida por las manos de algún inhumano modorro de ropa parda! Y si no conocen a Cea por la cercanía de esta dama, yo se le pintaré. Es Cea un pueblo que está en dos tercios, como lío de sardina. Otros dicen que parece puramente alforjuelas, en razón de que al principio y al fin del pueblo están muchas casas apiñadas y en medio está una puente, que es la faja con que se traba el alforjuela. A lo menos, si las mujeres de aquel pueblo diesen en ser mal entalladas y alforjadas, excusa ternían, por nacer en una villa que parece molde de alforjas. Finalmente, es Cea una villa llana como la palma, no de la mano, sino de las que llevan dátiles. De aquí colegirás, lector christiano (y aunque seas moro colegirás lo mismo) que siendo mi padre natural del Castillo y condado de Luna, puede decir la pícara Justina que de parte de padre es lunática, a pesar de su colodrillo, y siendo de Cea mi madre, podré decir que de parte de madre soy ceática, a pesar de mis caderas.

Mas por no torcer el orden de una generación tan importante, diré primero de mis abuelos machunos y hembrunos y luego diré de mis padres. Ello, yo no sé por qué mi padre no me llamó la torda o la papagaya, pues mis padres todos tuvieron oficios que no eran nada deslenguados, antes eran el crisol de la parla. Pero llamáronme Justina porque yo había de mantener la justa de la picardía, y Díez, porque soy la décima esencia de todos ellos, cuanto y más la quinta.

Fue mi padre hijo de un suplicacionero, el cual, en barajas y cestos y gastos de bergantines cosarios traía más de cincuenta escudos en trato. Él fue el que inventó traer los criados barajas, y por eso le llamaban, por mal nombre, el de Barajas. Él fue el que inventó el echar la buena barba y compuso el terlincampuz de tabla a tabla. En su tiempo, los que ahora se llaman barquillos, se llamaban suplicaciones, porque debajo de cada oblea iban otras muchas que hacían una manera de doblez, mas las de ahora, como no tienen doblez debajo, sino una oblea desplegada en forma de barco, llámanse barquillos. Es vergüenza, todo está sofisticado.

Este mi abuelo enviaba todos sus ministros y agentes con general licencia, para que, en campo raso y cuerpo a cuerpo, aguardasen a todo jugador de primera y quínoles, mas no de otro juego, atento a que cartas conocidas (cuales eran las que daba él a los suyos) para ningún otro juego valen lo que para éstos. En los puntos de los naipes tenía notables cifras y había buenos discípulos de cifra. Por oírle echar una buena barba y repicar un terlincampuz se podía ir tres leguas a verle uno, aunque fuera ciego. Murió en Barcelona, a la lengua del agua, y con su lengua, a lo menos, por su lengua, hubo palabras con un rufo, el cual le echó de un traspontín abajo, y aunque puesto de rodillas le hizo suplicaciones, el rufo le hizo barquillo en el agua. No era muy malo este oficio para una espía doble o un enfermo de bazo, pero mi padre no se aplicó a él, porque era barrigudo y pesado, y así, de ordinario, se estaba recogido en casa de su padre, cosiendo monteras y aderezando banastas para los bergantines yentes y vinientes que sulcaban el asturiano seno.

Mi bisabuelo tuvo títeres en Sevilla, los más bien vestidos y acomodados de retablo que jamás entraron en aquel pueblo. Era pequeño, no mayor que del codo a la mano, que dél a sus títeres sólo había diferencia de hablar por cerbatana o sin ella. Lo que es decir la arenga o plática era cosa del otro jueves. Una lengua tenía arpada como tordo, una boca grande, que algunas veces pensaban que había de voltear por la boca. Daba tanto gusto el verle hacer la arenga titerera, que por oírle se iban desvalidas tras él fruterías, castañeras y turroneiras, sin dejar en guarda de su tienda más que el sombrero o calentador. ¡Malogrado deste cuitado!, que, como parecía gurrión o pardal, dio en aparearse y agarrarse tanto a hembras, que después de haberle comido los dineros, vestidos, mulos, títeres y retablo, le comieron la salud y vida y lo dejaron hecho títere en un hospital. Cuando quiso tomar y, morirse, dio en frenético, y desenfrenóse tanto, que un día se le antojó que era toro de títeres y que las había con una cruz de piedra que había en el zaguán del hospital, y después de hechas algunas suertes en su camisa y en otra de la hospitalera, embistió con la cruz de piedra, diciendo:

-¡Apera, que te aqueno!

Y embiste con mi cruz tan fuertemente, que se quedó allí al pie de la letra.

La hospitalera era simple y bonaza, y viéndole morir así, decía:

-¡Ay, el mi bendito, al pie de la cruz murió hablando con ella!

Este abuelo nos dejó un pesar, y es que algunos bellacos, por hacer mal a sus sucesores, nos dicen que nuestro abuelo se mató en la cruz.

Mi tercer abuelo de parte de padre alcanzó buen siglo; fue de los primeros que trajeron el masicoral y tropelías a España. Casó con una volteadora, gran oficiala de todas vueltas y larga de tarea, la cual, con morir de más de cincuenta años, después un año tísica, murió volando. Su marido no quiso casarse más por no ver volar más mujeres. Ganó tanto dinero al oficio, que hombres muy honrados y muy estirados le quitaban el sombrero; y es esto tanta verdad, que un hombre, tan honrado que le sobraba un palmo de honra sobre la cabeza, y tan estirado que murió en la horca, un día quitó a mi tartatarabuelo el sombrero, de tal modo que por pocas le quitarala vida a vueltas del sombrero. Fue el cuento que mi terterabuelo estaba un día haciendo una tropella llamada los nueve pasajes de embudón, y por donaire (que era amigo de decirlos), dijo a fuer de gitano:

-¡Garda la bulza!

Y armó cierta mamona a una faltriguera.

Oyólo el hombre (que era honrado por parte de su mujer), y creyendo que de veras había montería de bolsas, dio un torniscón a mi tropelista en la cámara de popa, con que le derribó solas dos muelas que le habían quedado de resto en el juego de las encías, y, de recudida, el sombrero que tenía en la cabeza y, dentro dél, la mitad del oficio. Era desgraciado en riñas, que de ahí a poco en una se le cayeron todos los dientes; y fue el caso que, por decir otra gracia, le sucedió otra desgracia en que a cierto roldanillo ratero se le deslizó un puño de dedos y, como habían de dar en otra parte, le dio en los dientes y quedaron vacantes las encías. El pobre tropelista (como aun para hablar entre dientes no tenía resto), viendo que no le podían entender palabra de las arengas, más que si las tropelías fueran arábigas, se fue, de corrido, a una granja de Guadalupe, donde entendía en pasar higo, y el sol de Guadalupe, como le vio un día en una higuera, redondico, arrugado y negro, pensó que era higo pollino y pasóle desta vida a la otra. Tres días después de muerto le tuvo el sol en la higuera, holgándose con él, y los tordos gorjeando al redor, que no tuvo otros parientes más llegados que celebrasen sus exequias.

De los otros abuelos de parte de padre, no sé otra cosa más de que eran un poco más allá del monte Tabor, y uno se llamó Taborda. Y así, si no se hallaren en este catálogo, hallarse han en el que hizo el presidente Cirino, que ellos y los chuzones están en una misma hoja.

Los parientes de parte de madre son christianos más conocidos, que no hay niño que no se acuerde de cuando se quedaron en España por amor que tomaron a la tierra y las muestras que dieron de christianos, y con qué gracia respondían al cura a cuanto les preguntaba. Luego los besarás las manos.

Ves aquí el abolengo parlón de quien nació Justina parlona. Sólo les hago ventaja a mis abuelos, que ellos parlaban cuando el oficio lo pedía, pero yo a los oficios mudos hago parleros.

APROVECHAMIENTO

No hay perdición ni libertad cuyo principio y fomento no sea la demasiada parlería.

NÚMERO SEGUNDO

Del abolengo festivo

GLOSA

Nace y vive y trota al son.
Siempre engendra un bailador
El padre tamboritero,
Pero siempre con un fuero;
Que si acaso da en señor,
Se torna siempre a pandero.
Y porque estos aranceles
No tuviesen excepción,
Justina (que en conclusión
Es hija de cascabeles)
Nace y vive y trota al son.

Tengo por averiguada cosa que los hijos no sólo heredamos de nuestros padres los malos originales y los bienes naturales, pero malo y bueno lo barremos, aunque no sea natural,

especialmente las hijas, que el día que nos casan barremos la casa, y el día que nacemos, del cuerpo de Eva heredamos las mujeres ser gulosas y decir que sabe bien lo que sólo probamos con el antojo; hablar de gana, aunque sea con serpientes, como quiera que tengan cara y hablen gordo; comprar un pequeño gusto, aunque cueste la honra de un linaje; poner a riesgo un hombre por un juguete; echar la culpa al diablo de lo que peca la carne, y, finalmente, heredamos comprar caro y vender barato. Y no me digas que estos males se heredan, porque de puro usados se hacen connaturales, y por eso se heredan como naturales. Cree que no es así, sino que viejo y nuevo, natural y accesorio, todo lo heredan los hijos. Leonción, médico famoso, pintó los hijos como quiso, sólo con mirar atentamente una hermosa imagen de Venus y Cupido un poco antes de el conflicto maridable. Las preñadas imprimen en los hijos la señal de una flor, si la huelen con intensidad. Yo he leído que es cosa muy natural que, si las ovejas poco antes de concebir miran con intensidad varas descortezadas, saldrán los corderos manchados. Pero en las cosas racionales hay más notorios ejemplos: una ama ladrona crió con su leche a un emperador, y salió tan inclinado a hurtar, que por satisfacer su inclinación hurtaba; pero, para remediar este daño, pregonó el emperador que cuando, se hallase faltar alguna hacienda mueble a algún cortesano, la primera diligencia que hiciese la justicia fuese buscarla en su imperial palacio. Nise, mamólo en la leche.

¿Adónde vas, hermana Justina, cargada de prólogos de bulas? ¡Ay, hermano lector! Iba a persuadirte que no te admires si en el discurso de mi historia me vieres, no sólo parlonas, en cumplimiento de la herencia que viste en el número pasado, pero loca saltadera, brincadera, bailadera, gaitera, porque, como verás en el número presente, es también herencia de madre.

Hallarás en el discurso desta historia que soy cofrada de la ventosilla, que antes me faltará el huelgo que un cuento. No te escandalice, que tengo abuelo barbero. Colegirás de mi leyenda que soy moza alegre y de la tierra, que me retoza la risa en los dientes y el corazón en los hijares, y que soy moza de las de castañeta y aires bola, que como la guinda y, por no perder tiempo, apunto a la alilla. No te espantes, que tuve abuelo tamboritero, a quien no le holgaba miembro. Verásme echar muchas veces por lo flautado; no se te haga nuevo, que tuve abuelo flautista, y parece nací con la flauta inserta en el cuerpo, según gusto della. Verás, finalmente, varios enredos, trajes, figuras, estratagemas, disimulos y solapos. No te espantes, que soy nieta de un mascarero y, como tengo dicho, de los padres, madres y lechonas (digo, de las que nos dan leche) chupamos, a vueltas de la sangre, los humores y costumbres, como si fuéramos los hijos esponjas de nuestros ascendientes.

Vaya de abolengo festivo, que harto hago no le intitular el loco. Y sí hiciera, si no fuera porque no me dijeran que les ensucio el oficio, como dijo el hijo del zapatero, cuando, mientras fue a su padre con un recado, un pasajero se ensució en la esportilla; tornó abajo el muchacho, y hallando el mal recado, comenzó a dar voces, diciendo:

-¡Padre, que nos han ensuciado el oficio, aquí del rey y del papa!

Fue, pues, el padre de mi madre, mi abuelo, y era barbero, el cual, de solas figuras de monas, gatos muertos, armas de túbulo y retazos de monumentos, tenía empleados en su tienda más de seis docenas de reales; y aunque en casa no había seso, había muchas bacías, y aun no había cosa en casa que no lo fuese, en especial su bolsa, que siempre repetía para bolsa de arrepentida jamás hizo la barba a un hombre que le faltase cuento. Almohaba una guitarra por extremo; vez hubo que, por hacer las crines al potro rucio, desechó buenas barbas de su tienda. Muerto por comedias, y ¿cómo muerto?, en Málaga, saliendo a representar la figura de Móstoles, cayó una teja de un tejado que le desmostoló.

Mi bisabuelo era mascarero, y aun más que carero, que era carísimo. Vivía en Plasencia, donde ganó en alquileres de máscaras, cascabeles y aderezos de farsas muy buenos reales. En lo que él solía echar mucho clavo era en la cuenta de los cascabeles que daba a los danzantes de las aldeas, porque los buenos de los labradores, como venían con gran prisa de llevar los vestidos para ponerse galanes, malcontábanse, porque, al llevar, contábanse a lo sordo, y al traer, contábanse de sorna, y con esto pagaban la cascabelada. Su mujer, a ratos perdidos, hacía aloja, y por dársela un día a su marido en otro rato perdido, perdió el marido: porque por dársela muy fría de nieve la aloja, le alojó el ánima desta vida a la otra, que todo es barrio y pared en medio, y no muy gruesas las paredes.

Mi tertarabuelo materno fue gaitero y tamboritero, vecino de un lugar de Extremadura que llaman Malpartida, que es un lugar que, con estar junto a Plasencia, no simboliza con él más que si Malpartida fuese lugar de la China. El día de las danzas de el Curpus, o en cualquier otro de alegría, el que llevaba a este mi abuelo no pensaba que hacía poco. Hacía hablar a un tamborino, dado que algunas veces hubo menester hacerle que callase algunas tamboriladas, que, si las parlara, fueran más sonadas que nariz con romadizo. No había moza que no gustase de tenerle contento y ser su parroquiana, teniendo muy en la memoria aquel refrán que dice: a ruido de gaitero érame yo casamentero.

No le holgaba miembro; con la boca hacía el son al baile y, al de el matrimonio con los ojos. A un volver barras, sacara él de la lunada de un corrillo una sartenada de novios fritos. Verdad es que no eran los matrimonios de aquel tiempo tan campanudos como los de éste, en el cual son necesarios muchos arrequives para matrimoniarse de modo que aproveche. Por cierto, con más propiedad le pudieran llamar a mi abuelo muñidor de matrimonios que tamboritero. Y todo lo hacía el mi bendito por ganar un real y dejar a sus hijos bien puestos; y salió con ello, pues nos dejó un tamborino relleno de tarjas, que para aquel tiempo era un tesoro. Y porque gatos de dos pies no goloseasen la cañada de el tamborilete, le tenía el mi buen Arias Gonzalo colgado en una estaca muy alta, como atambor ganado en buena guerra. Y decía el buen viejo, con grande desimulación, que no descolgaba aquel tamborino porque era vínculo heredado de su padre, fulano Garzón, tamborinero también de fama, y que le tenía por consuelo de su memoria, y que el día que no le viese, no estaría en sí, y que quería más aquel tamborino roto y remendado que cien sanos. Y, de cuando en cuando, dábale golpecitos, y decía:

-Más valéis vos, Antona, que la corte toda.

Todas verdades apuradas.

Este murió de desgracia; y fue que, yendo un día de Corpus como capitán de más de docientos tamborileros que se juntan en Plasencia a tamborilar la procesión, tañendo su flauta y tamborino, bien devoto (a lo menos, bien descuidado de lo que podía suceder), sucedió que andaba de bardanza en la procesión un hidalguete de los de la casa de Doña Nufla, el cual (de pesadumbre que mi viejo le había desentablado una amistad de una diechiochena, para acensuarla a otro parroquiano suyo por dos años, o como la su merced fuese) viéndole descuidado, le dio una gran puñada en la hondonada de la flauta y atestósela en el garguero. Debía de tener el pasapán estrecho, y atoró la gaita como si se la hubieran encolado con las vías del garguelo. Y lo peor fue que, al entrar, se llevó de mancomún tras sí los dientes que encontró en el camino, como si la gaita no supiera entrar sin aposentadores. Esta fue gaita, esta fue cuña, esta fue diablo de Palermo, que nunca quiso salir, hasta que de un estirijón se la sacó de el cuerpo un tabernero, pareciéndole que lo mismo era sacar una gaita de aquel cuerpo, que sacar un embudo de un cuero empegado. Y también, como más amigo, quiso ser verdugo en trance semejante. En fin, de aquel envión salió la gaita, y junto a ella, revuelta, aquella animita saltadera, trotadera, brincadera, bailadera, sotadera, que parecía un azogue.

Murió en su oficio y su oficio murió en él, que después acá no ha habido tamboritero de consolación en todo aquel buen partido de Malpartida.

APROVECHAMIENTO

Muchos hombres de oficios alegres, cuales son tamboriteros y gaiteros, son nocivos en la república y dignos de gran castigo, porque en achaque de entretenimientos lícitos, incitan y mueven a cosas dañosas, en lo cual imitan a los que acompañaron la idolatría con el juego.

CAPÍTULO TERCERO

DE LA VIDA DE EL MESÓN

NÚMERO PRIMERO

De el mesonero consejero

OCTAVA DE PIES CORTADOS

na, Los padres de la Pícara Justi
ros, Que fueron en Mansilla mesone
ja, Siendo, como son, padres y ella hi
jos. La enseñan y la dan sanos conse
da, Como el consejo a gusto no se olvi
ne, Estos, por serlo tanto, los retie
dre, Que ya no hay quien se humille a madre o pa
dre, Si no es que al justo con su gusto cua

Vitupera artificiosamente el mesón, pareciendo que le quiere loar. La primera pluma que se ha ensillado en Castilla para alabar la vida de el mesón será ésta, que tengo pico a viento esperando si viene el arriero de el Parnaso y me trae alguna carraca con que hacer la costa de la buena barba de el mesón. ¿No viene? Pues crean que he recorrido hasta el pajar de las mulas y los moldes de las loas y no hallo molde que diga de el mesón cosa que de contar sea. Consuélome con que podré decir que los moldes se erraron, que son grandes erradores. Pero allá en Castilla la Vieja, un rincón se me olvidaba; dígolo por un librito intitulado la Eufrosina, que leí siendo doncella, en el cual se refiere de un discrético poeta que, para alabar el mesón, dijo que Abrahán se preció, en vida, de ventero de ángeles y, en muerte, de mesonero de los peregrinos y pasajeros del limbo, los cuales tuvieron posada en su seno. Pero este escritor monobiblio no advirtió dos cosas: lo uno, que es necedad traer tales personas en materias tales, y lo otro, porque Abrahán dio de comer a su costa en su casa a los vivos, y a los del limbo no llevó blanca de posada, lo cual no habla con los mesoneros deste mundo, ni tal milagro acaeció en casa de mi padre. Demás de que yo no me quiero meter en historias divinas, no porque las ignoro, sino porque las adoro.

Jirolíficos del mesón. Veamos si enristro con algo que de contar sea. Para alabar a los mesoneros, unos les comparan a los grajos, otros a las hormigas, otros a las abejas, otros a las cigüeñas, porque todas estas aves hacen oficio de mesoneras con los huéspedes de su especie, entre las cuales quien más se adelanta es el grajo, porque no sólo hospeda la cigüeña cuando pasa por su casa, pero la acompaña hasta ponerla en salvamento cuando va o viene de

veranear. Y quizá de aquí les vino a los mesoneros ser tan amigos de tener de munición grajos empanados.

Mesoneros, por qué amigos de provisión de grajos en pan.

Ya te veo estar gorjeando por decirme que ninguno destes símbolos cuadran con el mesonaje porque ninguna destas aves mesoneras pide dinero de cama ni de posada. ¡Oh, pues si todo lo quieres tan guisado, hazte preñada! Vaya otra. El mesonero es como la tierra, y el pasajero como río. Verdad es que el río, por donde pasa, moja, y al mesón también siempre se le pega algo. Es el mesón como la boca, y el pasajero es como la comida. Verdad es, que siempre la boca medra, siquiera en probaduras, y lo mismo el mesón. Finalmente, el mesón es como olla nueva, que siempre toma el olor de lo que en ella se echa; si el que pasa es próspero, queda el mesón oliendo a bienes, y si pobre, la casa huele a trapos y la cama a piojos. ¿Qué más loor quieres del mesón que compararle a la tierra, que es madre de los vivos, y al agua, que es el espejo en quien nos remiramos todos? ¿Qué te contaré?, un dios mesonero hubo; verdad es que le desterraron del cielo por alcahuete.

No se me logra cosa buena que diga del mesón. A esta va, que parece que hago pinicos de jineta, y a cada paso trota el potro. La mayor alabanza que yo hallo del mesón es que no es tan malo como el infierno, porque el infierno tiene las almas por fuerza y para siempre, y con no gastar con los huéspedes un cuarto de carbón, los hace pagar el pato y la posada. Pero el mesón, cuando mucho, es purgatorio de bolsas, y en purgándose las gentes, salen luego de allí, y aun los hace salir.

¡Ah, ah! ¿Es por ahí la grandeza del mesón? ¡Oh, mesón, mesón!, eres esponja de bienes, prueba de magnánimos, escuela de discretos, universidad del mundo, margen de varios ríos, purgatorio de bolsas, cueva encantada, espuela de caminantes, desquiladero apacible, vendimia dulce, y, por decirlo todo, sois tan dichosos los mesones y mesoneros, que tenéis por abogado a mi buen padre Diego Díez y a mi buena madre, ambos mesoneros en la real de Mansilla de las Mulas, cuyos consejos y astucias verás en este número, que, si le lees, no te habrás holgado tanto en toda tu vida después que naciste.

Mi padre y mi madre no quisieron tener oficios tan trafagones como sus antecesores, porque (como eran barrigudos) quisieron ganar de comer, a pie quedo. Pusieron mesón en Mansilla, que después se llamó de las Mulas por una hazaña mía que tengo escrita abajo. Es pueblo pasajero y de gente llana del reino de León, aunque pese al refrán que dice: amigo de León, tuyo seja, que mío non.

Verdad es que no asentó de todo punto el mesón, hasta que nos vio a sus hijas buenas mozas y recias para servir; que un mesón muele los lomos a una mujer, si no hay quien la ayude a llevar la carga. El día que asentó el mesón, éramos tres hermanas, buenas mozas y de buen fregado (otras tres gracias), bien avenidas en lo público, aunque en lo secreto cada cual estornudaba como el humor la ayudaba. No eran nada lerdas, mas, pardiez, yo era un águila caudal entre todas mis hermanas; víales el juego a legua, mas el mío para ellas era de pasa pasa.

Mis hermanos todos se fueron a romper por el mundo, y asentáronse en la soldadesca. Sólo quedó en casa Nicolasillo, mochacho hábil, que le enviaban por ocho de vino y sisaba doce; era el misterio que vendía el jarro en un cuarto y decía que se le había vertido el vino y quebrado el jarro. Este quedó para llevar al río las mulas de los huéspedes y ir por recado de noche, que a nosotras no nos lo consentían, porque había en el pueblo pisaverdes trasgueros, que es villa de buen gentío, y lo fino de la ronda es en la calle de los mesones, y lo acendrado

de el mujeriego es el mesonaje. En buena fe, que una noche que se me antojó ir por vino a una taberna que estaba junto al cementerio, me sepultó mi padre el jarro en las espaldas, y alegando que llevaba salvoconducto de mi madre, fue a ella y la jarreó las costillas, y nos dejó tales a ella y a mí que, a puro gastar encienso macho en bizmarnos, quedamos oliendo a vísperas por más de medio año.

Pero todos estos daños desquitaba mi buen padre con sanos consejos, y tan sanos, que nunca les dolió diente ni muela. Mientras el pulmón me sirviere de abanillo, no se me olvidará la plática que nos hizo nuestro padre a sus hijas el día que puso el mesón en perfectión y con todo buen recado de empeñan y suela. ¡Buen mesón tengas donde quiera que te coja la noche, que tan bueno tú lo paraste, mi buen Diego Díez, mi señor y mi bien y mi regalo, corona y gloria de los mesoneros, que no parecían tus consejos sino parlamento de un gran capitán! Y a mis ojos chorreaban lagrimoncitas. Pero estoy de prisa y no me puedo detener a llorar.

Y porque veas la crianza de mí padre, te quiero contar la plática que nos hizo el día que dedicó su casa a los huéspedes, que es la siguiente:

-Hijas: la carta del mesón y la cédula de la postura pública de la cebada esté siempre alta y firme. No haya junto a ella arca, banco, silla, escabel, ni otro cualquier estribadero o arrimadero, porque no se atreva algún bellaco a hacer cuenta sin la huésped y examinar y cotejar por el arancel si yo relanzo mi hacienda, que, vive Crispo, que no se ganó a mecer los niños de la rollona. No quiera nadie hacer examen de mi conciencia a costa de mi sudor.

cebada no se mida al ojo, antes el arca en que estuviere esté en otro aposento más adentro del portal, y sea obscuro, y al medir, siempre, la que midiere, vuelva barras a quien la pidiere recado. Las medidas estén siempre dentro del arca, porque mientras os dicen quíteme allá esas pajas, esté la medida conclusa. El rasero no os obligo a tenerle en el arca, que, si hay tiento, el rasero está en la mano. Y si por la prisa, o por comprarse cara la cebada, o con celo de hacer bien por vuestro padre, quisiéredes medir con el celemín del gusto y con el rasero del ojo, bien podréis, que más valen vuestras manos que un medio celemín, y vuestros ojos más que mil raseros. Y por eso os encargo que la cebada esté siempre en parte abscondida, y el arca no tenga otro fiador de la tapa más que vuestra cabeza, y con eso estorbaréis que os husmeen el arca; que no es bien que si está una moza honrada con medida en las manos, la hable nadie a la mano, cuanto y más que la medida de un medio celemín no es palabra de rey, que no puede tornar atrás y bornearse un poco, ni es calle de plaza, que no puede tener altibajos, ni es mesa de trucos, que no puede hacer hoyos, que el medio celemín tan bien duerme de lado como de barriga.

En año de carestía, ya sabéis que la cebada, si la dais un hervorcito, crece mucho y pierde poco, y aun es de provecho para las bestias que andan lastimadas con tolanos; y quien más medra es la bolsa de el mesonero, si se corre el oficio y no le amarga el caldo del cocimiento. Y años tales, en que se compra cara la cebada (y aunque sea barata, que no debe nada lo barato a lo caro), tened siempre de munición algunos granzones que revolver con la cebada, que para quien lo quisiere creer, aquello es la nata, y para el que no, es la espuma. Sople y avienten, que así lo hacen las viejas en las eras, cuanto y más que, si las bestias son buenas, de todo comen, y si no, aun zarazas no merecen.

Cuando el huésped os dijere:

-Señora huésped, ¿qué habrá que comer?

Encárgoos, por lo que debéis a la fidelidad de vuestros oficios, que aunque tengáis en casa la cosa, no digáis que la tenéis. Encareced la cura, que para tasar, de las puertas adentro, cada cual es señor de su casa. Cuando trajéredes lo que os encargare, decid que lo que os pidieron lo comprastes al vecino a precio de ruegos y dineros, para que al vecino se pague la hacienda y a vosotros la salsa y la gracia.

Pocas palabras, y cuándo.

Con los huéspedes, menos palabras que gracias, más donaire que respuestas. No pongo puertas al mar, aunque el mar sí con quien hablardes. Siempre tierra en medio, que la mujer es cosa para de lejos, que es como figura de cera, como pintura al temple, librea de oropel, labor de masa, forma de emprenta, cadáver de embalsamado añejo, polvos de clavete de azucena, que en tocándolos se descomponen, deslustran y deshacen.

Cualquiera demostración que hubiéredes de hacer de alguna gracia, donaire o servicio, sea antes de comer, porque el pasajero todas las células libra en el cambio de la comida y, alzadas las mesas haced cuenta que se alzó el cambio.

Al primero o segundo plato de servicio, tendréis mucha advertencia si hubieren enviado algo a vuestra madre porque si no, tendréis entrada vendiéndola por prefiada antojadiza, que ninguno habrá tan incrédulo que viéndola con tan gran barriga, no lo crea, ni sea tan mal christiano que, de miedo que no se pierda un alma, no lo haga. Y no reparéis en si os creerán, que con mozas de esperanza no hay quien no tenga fe cuanto y más que encontraréis creederos que os crean, si decís que yo estoy preñado y que de aqueso traigo tan levantado el pecho.

Y porque no os quejéis de que todos los consejos que os he dado son para nobis, oíd: cuando estuviéredes en la mesa delante de los huéspedes, sacaréis de la vuelta del delantal, o de entre corpiño y saya, un mendrugo de pan, o cosa que lo valga, y valdrán harto, que por eso dijo el refrán: el francés, hueso de tocino, y la mesonera, pan en el corpiño. Y sea el pan tan duro y seco, que sólo el verlo provoque a lástima y gana de proveeros de algún socorro y remojar la obra. Y si este tiro saliere incierto, a causa de que algunos a la hora de comer miran hacia le redaño, llamad una vecina que, con ocasión de vender algo, que sea o no sea necesario, conquiste su benignidad y levante los golillas a la gana de daros algo con presupuesto que habéis de ir horras a todo y mancomunaros, que lo que hoy por tú, mañana por yo. Y cuando no haya más que estrujar y todos los cañales estén requeridos, dejad entrar a los pobres, dando primer lugar a los que sirven en casa; y si viéredes que éstos negocian mal, licencia tenéis para abogar por ellos, pues aun los clérigos y frailes pueden (según derechos que me han platicado) abogar por los pobres en las causas civiles.

En dándoos algo, no aguardéis que segunde, porque se tiene por medio milagro que uno destos datarios rehaga la chaza. A primer quilmo, recoged la tijera, que no nace lana tan presto. Aprended del gato, que mientras tiene en la mano el primer ratón, no espera segundo hasta orearse un rato. Huid luego; nadie piense que sois alquilonas o que tornastes a censo lo que se os dio de gracia. Ida una, entre otra y haga las mismas diligencias, hasta ver el hondón a todo.

La que quite la mesa, quítela sin reírse, porque no la hagan fiadora y ejecuten por la que se hizo invisible. Antes, de mi consejo, ha de entrar a quitar la mesa la que menos bien hubiere recibido, y entre rostrituerta y ceñuda que unos pensarán que lo hace de celos, otros que de envidia, otros que de hambre, otros que de indispueta, lo cual, como decía un discreto, la

obscuridad de que se hace boca de lobo. Item, se advierte a la tal moza quitante que si le dieran cosa de poco momento, no la tome, sino diga:

-Déjelo ahí, señor galán, en esa mesa, y presto, que me quiero ir a comer, y de camino lo daré a un pobre.

Y al alzar la mesa, revuélvalo con los manteles, que de derecho toda sobra es sombra que sigue al cuerpo del mantel. Ademán es éste tan eficaz, que muchos, por no ser notados de mezquinos, dejan emboscar en los manteles el pan entero, el pedazo de queso, tocino, conserva, etc. Y cuando hubiere este lance, sed diestras. No haya bien caído la caza, cuando la amortajéis en los manteles, no llegue algún criado que desvalije el mantel y lo meta en corbona y os quite la caza de las uñas, que hay huéspedes astutos que traen hecho monopolio con sus criados y dícholes que a cuenta de los amos está el ser reyes, y a la de los criados ser tinientes. Y para hacerse mejor todo esto, convendrá que deis traza de embarazar los criados en algún ejercicio nada desabrido, mientras se hace la siega y se levanta de eras, que lo que una vez traspusiéredes de un aposento a otro, es morcilla de gato.

Alzada la mesa, suelen los huéspedes chorrear de rebalsa gracias excusadas, pretendiendo evaporar la comida a costa de una pobreta. Este es el Magallanes en que suele haber naufragio. ¡Hola, avisón! Huid evaporaciones de sobrecomida. En chirlando más de lo que es uso y costumbre, dejádmelos en golito, y si columbráredes que se levantan a montear la caza, hablad alto, que será pedir favor, y si no os valiere, asomaos a la ventana y decid a voces:

- ¡Nicolasillo, Nicolasillo!

Que como los Nicolases son obligados de la castidad, proveerá Dios de que os oya yo. Demás de que yo siempre estoy cerca de mi casa, y al primer vocear vendré, como que me vengo a mi casa o a lo que Dios me diere a mí de gracia y a ellos de pena. Veréisme que entro más sesgo que si me hubiera desayunado con seis palmos de garrote, más severo que un Cid y más grave que el conde Fernán González. No hayáis miedo que, en viéndome a mí que vengo y a vosotras que huís de padre, hombre chiste, que por eso dijo el refrán: No hay mejor perro que sombra de mesonero. Hijas, si no estuviere en casa más de una de vosotras, una ha de hacer todas las tres figuras, conviene a saber: que antes de comer sea perrillo de falda halagüeño, mientras comen galgo hambriento, y al levantar de eras, liebre huida.

Encárgoos mucho que todo lo que entrare en vuestra casa lo honréis mucho; no digo a los hombres, que en eso bailaréis al son y haréis conforme a los méritos de cada cual, que de los hombres no hay que tener pena, pues cada cual tiene boca alquilada y pagada para alabarse a sí. A los que habéis de honrar son las cosas, que no saben hablar y volver por sí. Declárome: si viene a vuestra casa un gato muerto, honralde, y decid que es liebre; al gallo llámale capón; al grajo, palomino; a la carpa, lancurdía; a la lancurdía, trucha; al pato, pavo. Las frutas nunca digáis que son vecinas de Mansilla, que es decir que son villanas y montañesas, sino que vinieron de Bretaña con los godos, que es villanía no honrar, pues la honra torna siempre a su oriente. Y en tiempos que hay tantos dones pegadizos, como piojo de cárcel, no os duelan estos bautismos, que en el mesón hay pilas para todo.

A lo que empanáredes, hacelde el vestido holgado para que crezca, que si no creciere será por su culpa, y con eso podréis vosotras decir que es la trucha tan grande como parece. Que estos yertos son como los de los médicos, y aun mejores, que aquéllos los cubre la tierra y a éstos el pan, que es cara de Dios, como dicen los niños.

Nunca digáis que vuestra ropa no es limpia, que en España es cosa afrentosa. Y para vencer tretas de huéspedes que, para ver si la sábana está limpia, miran si está tiesa o sin arrugas, si cruje o no (como si hubiéramos de almidonar las sábanas), para esto, lo que habéis de hacer es rociarlas y empujarlas, que con esto podréis hacer información que son limpias de todos cuatro costados.

De día, yo os doy licencia que vais por vino y por recado a partes públicas. Y no sea como una criada que tuve, que la enviaba por pasteles y iba por ellos a los centenos, y si la reñía, me respondía:

-¡Eso merece quien se ha tardado por traer bien hojaldrada la cosa y la carne aperdigada!

Y vez hubo que la di un real de a cuatro para que trajese para comer lo que le pareciese, y trájolo todo de ñesferos. Reñíla. Díjela, qué comida era aquella. Respondió:

-¿Él no me dijo que trajese lo que mejor me pareciese?, pues esto es lo que mejor me pareció.

Tened mejor ojo que esta bobitonta. Cuando algún huésped os dijere que le vais por vino, preguntalde en alta voz que la oyan todos:

-Señor, ¿cuánto quiere v. m. que le trayan de vino?

Que es buena treta (la cual llamaba un pariente mío la treta del atambor), porque los huéspedes, parte por vergüenza de ver gran jarro, parte porque no piensen que son mezquinos y acreditarse de liberales, envían por más vino del que han menester. Y hacen bien que, si el vino es bueno, jamás se pierde, y aunque sea malo, sirve para lechugas. Hacen bien, rebién, buena pascua les de Dios, que cuatro maravedís que un hombre alcanza son para lucir con ellos fuera de su casa y pagar su trabajo a una moza honrada que se desvela en almohazar el gusto a los huéspedes.

Tampoco se os olvide que nunca falte una de vosotras a la puerta, bien compuesta y arreada, que una moza a la puerta de mesón sirve de tablilla y altabaque, en especial si es de noche y junto a la cancela.

En lo que no habéis de perder punto es cuando les oyéredes boquear a los huéspedes que quieren jugar, porque esto es una mina. Con tres us, decía un tío mío, mesonero de Arévalo, que se enriquecían los mesones, y eran las us, uelas, uarato, uarajas. Y baraja tengo yo en mi casa que ha entrado en percha de ochenta veces arriba, y nunca salió a ver luz sin alumbrarse con un real de a cuatro. Al más pobre que pidiere baraja, se la dad, no se diga de vosotras que queréis mal a pobres. Confiésoos que oí a un hombre de buen rejo que el inventor del naípe había puesto en la baraja tres maneras de figuras, conviene a saber: sota, caballo y rey, y que esto denotaba que el juego no le han de usar sino tres géneros de personas: una señorota, que es sota sincopada, un caballero y un rey. Pero también oí que le respondió un amigo que estaba par dél:

-Señor bacalarío zurraverbos: advierta v. m., que aunque los pobres y pícaros no entran en la figura del rey de oros o de espadas, pero entran en la de copas y bastos.

¿Qué os parece de la respuesta? Pues yo fui el responsorio.

Atento eso, no quitéis a nadie su derecho. Jueguen todos con unos mismos naipes, mientras no se mandare que los ilustres y señores vasallos paguen ocho reales por cada baraja y los pobres dos reales.

Por aquí sacarás, lector benevirlo (digo, benévolo), la discreción de mi padre, su erudición y maestría. Bien le llamaron a él Diego Díez; Diego Diez mil le pudieran llamar, pues en sólo él había la estucia y saber que pudiera hacer famosos a diez mil, y le pudieran cantar las mozas del mesón el cantar de Carmona, que dice: Más valéis vos, Diego Gil, que otros cien mil.

APROVECHAMIENTO

Hay mesoneros tan mal inclinados y disolutos, que hallarás en sus casas aposentados más vicios que personas. En ellas se aposenta la codicia, la sensualidad, el ocio, la parlería y el engaño, y, sobre todo, el mal ejemplo y libertad, lo cual es causa de gran perdición en la república christiana.

NÚMERO SEGUNDO

De la mesonera astuta

REDONDILLAS DE PIES CORTADOS

Nunca de rabo de puer,
Se pudo hacer buen viro,
Ni para vihuela, cuer
De palo, leña o garro.

Cual el árbol, tal la fru,
Pu la ma y pu la hi,
Pu la man que las cobí,
Y el pobre yerno cornu.

Ya que sabes quién fue Fernando, no puedo absconderte a Isabel. Yo, hermano lector, ya adivino que en oyendo quién fue mi madre, te has de santiguar de mí como de la Bermuda. ¿Qué quieres? Díerame tú otro molde, y saliera yo más amoldada. Soy fruta de aquel árbol y terrón de aquella vena. ¿Qué me pides?

Escucha, y oirás las hazañas de otra Celestina a lo mecánico.

Mi madre era menos boquipanda que su matrimonio. Todos los recados que nos enviaba eran con las dos niñas de sus ojos, los cuales traía siempre a puntería de bodocazos. Era por extremo imaginativa. Nuestros pensamientos eran su melonar, y siempre calaba melones. Decía que nos quería como a los ojos. Y para untarme el casco, me decía:

-A tus hermanos quiérolos como a los ojos de la puente, y a ti como a los de la cara.

Oyólo una hermana mía cierta vez, y dijo:

-Pagadas estamos, madre, que no faltarán ojos que sean tan cosa de aire, a cuyo amor la compare.

Entonces ella, que era astuta, dijo:

-Calla, boba, que quien pasa por un río, tanto quiere que la puente tenga los ojos en pie, como que lo estén los de su cara, pues le va la vida.

Con esto nos dejó contentas.

La verdad es que me quería mucho, y debíamelo, que le presté mucha masa en que empanar secretos tan graves, que el menor que mi padre husmeara la despernara, y quizá, si esto hiciera, acertara con el malhechor. Mas Dios me libre que yo sea como otras, que en haciéndose preñadas de un secreto, luego enferman de vómitos.

Era muy caritativa, tanto, que quitaba la comida de la boca para dar a quien nunca vio ni esperaba dél hazas ni viñas. Verdad es que lo daba pagándose, y que lo que valía cuatro vendía en cuarenta, pero todo es contar por cuatros.

Muy de ordinario nos decía que la mejor provisión que podíamos hacer era de palominos empanados, porque lo uno es carne dura, y lo otro, puestos en pan, son tan grandes como los hace quien los vende. Que las empanadoras somos de la calidad de los reyes, que en haciendo cubrir una cosa, la damos título de grande. Y lo otro, porque si fuere grajo, nadie habrá que lo jure ni denuncie, como denunciaron del otro villano cortador y obligado en tierra de Campos, que pesó una burra en la carnicería y, yendo a su casa por carne, respondió un niño, hijo suyo, a los que importunaban por ella, diciendo:

-¡Válganos el diablo!, ¿tiene mi padre cada día una burra que pesar?

Aquellos son hurtos bobos y peso de muchos pesares, que una burra hay muchos que la conocen tan bien como a la madre que los parió, pero un grajo, después de pelado y metido en la ataúd, el diablo que conozca si es palomino, o cernícalo, o pito, o cualquier cosa.

Gran mujer de pedir prestada a una bestia la mitad de la ración y darle una libranza para el primer mesón.

Era tan compasiva de los pobres, que a ninguno recibía, sólo por no le ver malpasar en su mesón por falta de dinero, que quisiera ella que cuantos entraban en su casa les diera Dios mucha hacienda y con qué hacer mercedes.

En su vida aderezó comida que no cobrase pasaporte, ni armó ave caballera en asador que, demás de sacarle la quinta esencia en forma de pringue para tostas, no le hiciese la salva, por tratarla como a caballera. Y para excusar las mermas y alcabalas que por su propia autoridad cobraba de todas las cosas asadas, usaba donosas tretas, las cuales, cuando nos las platicaba, decía que era la lección de la confusa. Unas veces se excusaba con decir que los huéspedes se habían tardado en venir y el gato dádose prisa a llevar; otras veces soldaba la rotura con ceniza, como hondón de caldera rota; otras veces quemaba lo desmantelado con un tizoncito, delicadamente, que parecía todo una pieza, lo asado y lo castrado; otras (y esto era en caso desesperado) hacía un guisadillo, atendiendo siempre a dos cosas: la una, que llevase poco coste, y lo otro, que no fuese muy sabroso. Aquí anegaba todas sus faltas, y solía decir:

-Mirad, hijas, una cazuela es excusa barajas, porque como allí se mete todo confuso, hueso y pulpa, viene a tener verdad el refrán viejo, que a río vuelto, ganancia de pescadores y pescadoras. Y, creedme, que los huéspedes se obligan mucho y dan de sí más que calza de

aguja, si ven que las mesoneras les guardan el aire al apetito del comer. Pongo caso, hijas, que vaya mal guisado (que así ha de ser siempre); luego dicen:

-El guisado, así, así. La intención fue buena, no supo más la pobreta, que quien esto hizo sin decírselo, hiciera más si más supiera.

Y luego les veréis esquilar, diciendo:

-¡Señora María, señora María! (que no hay huésped que no llame María a toda moza de mesón, como si todas nacieran la mañana de las tres Marías).

O si no, dicen:

-¡Señora hermosa!

Que, como dijo el otro, para que una vieja sea moza, no hay otro remedio mejor que ser mesonera o ajusticiada, porque a la del mesón no hay pasajero que no diga:

-¡Hola, señora hermosa!

Y si a una mujer la sacan a justiciar, luego dicen:

-¡La más linda mujer y de más bellas carnes que se vio jamás!

-Así que, señora María, alcance de su guisado, que está como de su mano.

Aquí haya gran advertencia, que la tal moza, en tal caso, ha de hablar como inocente y vergonzosa, diciendo:

-En verdad, que compré por amor de sus mercedes un ochavo de especias y un maravedí de vinagre y ajos, para que la cazuela sabiese bien a sus mercedes, y dejé en prendas la mi sortija de plata, que no tengo otra.

Y tras esto, hijitas, un reverencia, que estáis a pique de que, si es hombre liberal, os dé una buena pieza en pago del empeño de vuestra sortija y sin haber enajenado ni perdido nada.

No acabara hoy si te contara por extenso sus tretas. Concluyo con decirte que para abrasar la casa, le sobran dos hervorritos de imaginación, y para hacernos perder pie a todos, no había menester echar toda la presa. Con todo eso, decía de mí:

-Justinica, tú serás flor de tu linaje, que cuando a mí me deslumbras, a más de cuatro encandilarás.

Y por verme tan bien aplicada, y por las buenas muestras que siempre di, gustaba mucho de platicarme todos estos ejercicios que he referido y otros que callo.

Estos trastos heredé de mi madre, sin quedar cachibacho que no me traspalase. ¿Qué quieres? Quien da lo que tiene, no debe nada, y quien enseña lo que sabe, menos.

Las águilas enseñan a sus hijos a que miren el sol de hito en hito, porque como nacen con los ojos húmedos y tiernos, pretenden que el sol se los deseque y aclare, para que vean la caza de lejos y se abalancen a ella, por ser esta propiedad única del águila, la cual, desde lo altísimo

de las nubes, ve al cordero en la tierra y los peces en el agua de los profundos ríos, y bajando con la furia de un rayo, divide con las alas el agua y saca los peces del abismo.

Así (puedo decir), en esta materia era mi madre un águila, pues aclaró mis tiernos ojos para considerar la caza desde lejos y saberla sacar, aunque más encubierta estuviese en un mar de dificultades. Verdad es que yo no había menester mucho apetite, ni me costó muchos pellizcos el aprender, en lo cual hice ventaja a los aguilochos, y grande, porque ellos son lerdos y tan perezosos, que es necesario que la madre, a punzadas y herronadas los saque del nido, y aun a veces los cuelga de las uñas y los hace mirar por fuerza al sol. Y por eso fingieron los poetas que en el general repartimiento de los oficios, el águila se inclinó a ser ballestera, y tiraba al sol bodocazos y no erraba tiro.

La paloma enseña a sus pichones a barrer y limpiar el nido, porque no es puerca como la oropéndola que, teniendo doradas plumas, tiene enlodado el nido, lo cual es símbolo de las mujeres, las cuales salen a vistas vestidas de oro y dejan un aposento más sucio que una letrina. Pues ¿qué mucho que la palomita de mi madre me enseñase a barrer y limpiar, no sólo la casa, pero las bolsas y alforjas de los recueros y aceiteros, que son más sucias que ojos de médico y nidos de oropéndola? Muchos puedo contar, a quienes el celo de enseñar sus hijos los ha hecho maestros de todo el mundo, especialmente en Egipto. Todo bueno y sancto.

Pero mis padres no sabían otros jiroblíficos, sino jacarandina, ni otras sciencias, sino conjugar a rapio rapis por meus, mea meum. ¿De qué te espantas? Oye un cuento a propósito.

Cierto soldado quiso ganar de comer a poca costa, y para esto se puso a lo escolástico, aunque algo bastardillo, un bonete algo lardosillo y muy metido hasta la cóncava; un cuello sólo asomado, aunque respuntado de grasa; una cara a humo muerto, un sayo sayón, un ferreruelo largo y angosto como cédula de sacar prendas, unas calzas que se reían del tiempo, un zapato empanado, un andar de Pero Hernández, un mirar de brujulistas, un meterse de hombros como concomido; una voz modesta y baja, aunque tenía el bellacón más chorro que un pollino; y un cuello torcido, como remate de cuchar; otro segundo Pavón, de quien te daré noticia después de andadas algunas millas desta historia. Con esta figura y talle, se hizo pedagogo intruso y ayo de algunos, a quien engañó en la mitad del justo precio. Especialmente engañó a un caballero que confió dél un hijo suyo para que fuese su ayo. Díjole el caballero:

-Mire, padre, que le encargo este mochacho, que es travieso, para que le imponga. No sepa cosa buena que no se la enseñe.

El dómine ayo se lo prometió así, y cumpliólo. El ayo, a tercer día, comenzó a leer la cartilla a su alumno, y díjole:

-Mocito, ¿él piensa que yo soy alguno de los siete de Grecia? Engañase. ¿Piensa que es todo oro lo que reluce? Engañase. ¿Piensa que hace el hábito al mono? Engañase. ¿Piensa que soy quien piensa? Engañase. ¡Vive Christobalillo!, que aunque le quiera enseñar cosa buena, yo no sé otra, sino dos: una de guerra y otra de paz. De paz, es un boquivuelto, y ver si pinta, y hago a todos tope donde topare. Y por más señas, ve aquí la baraja. Lo de guerra, otro que tal: tome esa espada, uñas arriba, punta al ojo, el pie siga a la cara.

Medró tan bien el caballerito, que, a pocos días andados, se fueron ambos a Sevilla, y en el camino comieron lo que hurtaron, y en llegando a Sevilla, hurtaron lo que comieron.

Este fue el bellacón por quien se inventó el entremés que dicen: no le enseñaba a matar, sino a ser el obediente Isaac.

Así que, hermano lector, cada cual enseña lo que sabe, aunque no todos saben lo que enseñan.

APROVECHAMIENTO

Podráse decir de algunas madres deste tiempo que son para sus hijas más crueles que avestruces, y que las que por naturaleza y obligación debían ser misericordiosas, comen y cuecen sus hijos, como dijo Jeremías. Porque, ¿qué más propio cocer y tragar sus hijos puede haber que cocerlos en maldades y aprender en ellos el fuego del pecado y deshacer sus almas con ruines consejos y ejemplos?

NÚMERO TERCERO

De la muerte de los mesoneros

SEXTILLAS

Diego Díez desafió
A romance y a latín
A la muerte;
ella venció
Y al Diego Díez le metió
En un medio celemín,
Con que vencido quedó.

La mujer del mesonero
Sustituyó el batallón,
Mas también la dio tapón,
Porque la atestó el garguero
Con longaniza y carnero,
Y así triumphó del mesón.

Siempre oí pregonar que las gentes como viven, mueren, salvo que viven con aire y mueren sin él; y que como pecan, penan, salvo que el gusto del pecar es enano y las penas del hogar son gigantes. Callo la historia de la perra y aperreada Jezabel y otros cuentos de las historias sacras, de hombres cuyos verdugos fueron sus mismos gustos, que en chapines de tan altos cuentos no me atrevo a andar sin caer.

Ahí está Diomedes, rey de Tracia, que fiará y abonará mi intento, pues él usó engordar sus caballos con carnes de reyes vencidos, y Hércules, con las suyas, dio un buen día a sus perros. También me fiará mi camarada Herodías que, por saltar y bailar sin estorbo, mandó cortar una cabeza y, después de cortada, punzó rabiosamente con un alfiler largo la lengua difunta; pero también ella murió bailando, y la hundió y cortó la cabeza un carámbano sobre quien andaba danzando.

Mi padre, en lo que siempre ponía mucho cuidado, era en esto de echar polvoradueque de granzones al medir la cebada, según y como nos lo notificó el día de la erección mesonil. Un día me mandó cargar la mano algo más de lo acostumbrado, y yo, como hija obediente, eché a osadas. Dormióse Homero. No reparó el buen padre que nos oía un caballero ratiño de junto a Portalegre, que estaba junto a la puerta triste del pajar, y era para sus bestias la cebada sobre quien granizaban granzones. Hubieron palabras; mi padre, de corrido, arrojó la sogá tras el

caldero; el caballero, de honrado, desenvainó un medio celemín, de que había sobra en casa, con el cual le dio en la nuca, a tan buena coyuntura, que le metió el ánima en el medio celemín y el cuerpo le tendió a la puerta del pajar. ¡Vean aquí!, en el medio celemín pecó y allí penó. A lo menos, podréme alabar que murió como un pájaro mi padre, y que fue tan enemigo de dar fastidio, que murió sin gastar un comino en su enfermedad.

Al caballero se le echaba bien de ver que era noble y principal, pues no hubo bien mi padre caído en el suelo, cuando le pidió perdón y le dijo que no lo decía por tanto, y otros cumplimientos muy de cortesano. Y si mi padre no tuviera excusa que estaba muerto, hubiera andado muy mal en no responderle muy buenas palabras. Era comedido el señor, y liberal. En viendo el mal recado, luego (para consolarnos), nos dio a cuantos estábamos en casa, a tres reales de a ocho, y a mi señora madre doce, por ver que llevaba este negocio con tanta paciencia, esperando a ver cómo lo hacía con ella y con nosotras aquel buen señor. Y con esto, nos obligaron (él con su dinero y mi madre con su mandato) a decir a la justicia que nadie le había hecho agravio a nuestro padre ni tocado al pelo de la ropa; y era verdad, que no le tocó en pelo ninguno, porque la parte que le tocó el medio celemín estaba pelada, sino que cayó de la escalera, como él lo solía hacer algunas noches. Y esto era verdad, y tanta, que una vez se quejó de un cucharetero porque le puso una mano de mortero en una escalera, y viéndola, dijo:

-¿Mano de mortero a mí para caer, hidarruín? ¿He yo menester mano de mortero ni otro appetite semejante para rodar cincuenta pasos de una escalera?

Con esta buena relación que dimos de nuestro padre, nos dejó la justicia.

Amortajámosle. Pusímosle en el aposento del horno, porque ya que no estuviese honradamente, estuviese hornadamente. Sobre el amortajarle hubimos palabras yo y mi madre, porque me dio una mortaja vergonzosilla, que (por ir rota a ciertas partes y vérsese el cuerpo a tarazonas) algunos pensaron que habíamos enterrado a mi padre con el rasero en la mano, en memoria de lo que había ganado con el medio celemín, y por tener de sobra los raseros. Desto había mucha risa y chacota en el entierro.

¡Tontos! ¡Por cierto, sí! ¡Las ganancias del Cid! Si supieran la buena obra que le había hecho el medio, no pensarán que le habíamos enterrado con el rasero. ¡Necios! ¡Mirad qué bastón de capitán, para antojárseles que le enterrábamos con él en la mano, sino un rasero negro y carcomido! Si mi madre en dar mortaja no anduviera tan medida, nadie saliera della en maliciar lo del rasero.

Tratamos de enlutarnos; y sí hiciéramos, sino que mi madre echó de ver que no habría luto que le viniese bien, porque era muy gorda, y así se puso a la malicia el luto. Aquella tarde toda no quisimos recibir pésames de nadie, porque dijo mi señora madre:

-Aún ahora mi marido está en casa, no quiero pésames.

Cerramos nuestra puerta, como gente recogida, y aunque quisimos velar al difunto, no pudimos, porque el ratiño de Portalegre, en viendo cerrar las puertas, nos convidó a una muy buena cena. Mi madre, como estábamos a puerta cerrada y sin nota, aceptó el convite. Verdad es que le dijo:

-Señor, somos muchas. O todas, o ninguna.

El caballero hizo a todas. Era honrado.

Fuímonos. Dejamos en guarda de mi señor padre un perrillo que teníamos. Linda pieza, valía por seis hombres, y así, nos pareció que para guarda aquello era lo que hacía al caso, que para lo que es responsos y oraciones, las de sobremesa habían de ser todas suyas. Con todo eso, el diablo del perrillo, como olió olla y carne, comenzó a ladrar por salir, y viendo que no le abríamos, fuese a quejar a su amo, que estaba tendido en el duro suelo. Y como vio que tampoco él se levantaba a abrir la puerta, pensando que era por falta de ser oído, determinó de decírselo al oído. Y como le pareció que no hacía caso dél ni de cuanto le decía, afrentóse, y en venganza le asió de una oreja; y viendo que perseveraba en su obstinación, sacóla con raíces y todo y trasplántola en el estómago. Con todo eso, por si era sordo de aquel oído, acudió al otro, acordándose que suele ser respuesta de discretos: a esotra puerta, que ésta no se abre. En fin, acudió a la otra oreja, hizo su arenga y la misma diligencia. El perro debió de hacer su cuenta: «éste está muy muerto y mis amas muy vivas; yo muerto de hambre y ellas de boda. Así que, ¿sin mí hacen la boda?, pues yo haré la mía sin ellos.» Y, pardiez, dióle de tajo y destajóle el cuerpo y cara, de modo que no le conociera el mismo diablo con ser su camarada.

Cuando yo llegué y vi al perro harto de carne de mesonero, y la cara de mi padre tan descarada, y el cuerpo tan emperrado, dióme lástima, y aun yo creyera que la tenía mi madre, si no la oyera decir:

-¡Valga el diablo tanto muerto! ¿Dónde tengo yo ahora aquí hilo y aguja para andar a coser muertos?

Por ahí lo remendamos, aunque mal. Lo que es la carne no tuvo remiendo. Yo quisiera quitar unos pedazos de carne a un tabernero vecino, pero como mi padre era mesonero, no venía bien remendarlo con carne de tabernero, que es remendar paño de Londres con sayal.

Con esto, determinamos enterrarle muy en haz y en paz. Mi madre no chistó más que si ella fuera la muerta, y aun el caballero la dijo que si hablaba, la acusaría de que había echado a su marido a los perros. Era discreta, vio lo que le convenía, ¿qué le había, ni qué habíamos de hacer?, ya era muerto, lo perdido no era mucho, lo que él había de hacer en casa nosotras lo sabíamos de coro, y aún mi madre vivía de sobra. Aquel señor era comedido, mi padre le dio la ocasión. Cuando le pidiéramos la muerte, sólo fuera enriquecer justicias y empobrecernos nosotras, y perder los patacones que nos dio bueno a bueno, sin pleitos ni barajas. ¿Qué había que hacer sino pedir a la tierra que, pues cubre tantos yertos de médico y purga, cubriese uno de un caballero y un medio celemín?

En el entierro no lloramos mucho, que no llevamos palabras hechas. Mi madre era muy ojienjuta, y nosotras no podíamos llorar si no era comenzando madre y yendo arreo; y aunque comenzara, no sé si pudiéramos seguir la corriente de sus lágrimas, porque íbamos muy ocupadas en mirar no hiciesen rabos los mantos, que era invierno y los habíamos de tornar a sus dueños en acabándose la tragedia. A lo menos, no enterré yo así a mis dos maridos. Veráslo.

Una verdad no podré negar, y es que, cuando me mandaron enlutar, me holgué como los niños cuando los mandan poner calzones nuevos. Mis hermanas lo mismo. Y sucedió que, a un mismo tiempo, tuvimos gana de ver al espejo cómo nos estaba el luto y qué pantorrilla nos hacía. Mas por haber gente delante, y unas de empacho de otras, no osábamos descubrirnos ni salir a mirarnos en él. Pero como todas éramos chimeristas, cada cual dio su traza para mirarse al espejo.

Una, la más boba, dijo:

-Quiero poner ese espejo a la boca de padre, por ver si echa vaho y cubre el espejo.

¡Qué aliño para quien, sobre muerto, estaba atenazado con dientes de perro! No se admitió su voto, ni sirvió de más que de desenlutar un poco mi risa.

Otra, algo más hábil, dijo:

-Quiero ver si está firme el clavo deste espejo, porque como entran tantos, no entre alguno que le derribe.

Mas yo dije:

-Mostrádmeme acá, que en día de mortuorio no parece bien espejo aquí, quiéromele guardar en el arca.

Mi madre dio su alcaldada, y le pidió para ver si le habíamos quebrado, y con este achaque se miró a su sabor y me le dio, diciendo:

-Toma, Justina, guárdale, que ya de poco servirá en esta casa.

De modo que, cada cual por su camino, dio un golpe al espejo, según los méritos de su discreción, y consiguió su gusto.

En fin, llevámosle a la Iglesia. A fe que, si él fuera por su pie, no llegara tan presto a ella. Tornámonos a casa y corrió el agua por do solía. Mas antes que la de mi corriente dé otro paso, te quiero referir una glosa que hizo un pisaverde a quien yo di cuenta muy de raíz del caso, y hazla que sirve de epitaphio del túmulo y blasón del príncipe de los mesoneros.

REDONDILLA

Que a Diego Díez, mesonero,
Le acabe un medio, es muy justo,
Que en medio del summo gusto,
Pide allí la muerte el fuero.

GLOSA

Un ratiño caballero,
Con un medio que arrojó,
Dio tal golpe a un mesonero,
Que fue el primero y postrero
Que en el medio el fin halló.

Prescrito ha la muerte un fuero.
Que a cuantos lleva y da fin
Los lleva por un rasero,
Mas no por el celemín
Que a Diego Díez, mesonero.

Mas hay ley que a yerro muera
El que con yerro mató,
Y es regla muy verdadera,

Que le miden a quienquiera
Por el medio que midió.

Y así, no te cause susto
Que a Diez un medio mató,
Ni digas que es caso injusto,
Que a quien por medio pecó,
Le acabe un medio, es muy justo.

¡Oh cierto y incierto fin!
¡Quién pudiera imaginar
Que te había de encontrar
Debajo de un celemín,
A la puerta de un pajar!

No me admira que se muera
En su cólera el adusto
O en medio de un gran disgusto;
Lo que pasmará a quienquiera
Que en medio del summo gusto.

Muerte, llévente los diablos.
¿Somos aquí rocines,
Que con medios celemines,
Nos dejas por los establos
Echos unos matachines?

Quien por ventas y mesones
Gastare, de hoy más, dinero,
Será muy gran majadero,
Sabiendo que con traiciones
Pide allí la muerte el fuero.

Yo no sé glosar, mas, a tino, me parece que mi padre, según era de resabido, debió de desafiar la muerte, y ella, por ganar honra en sacar del mundo a un hombre tan arraigado en él, le quiso meter en un medio celemín, porque se dijese della que sabe tanto, que supo meter a un mesonero en un medio celemín. Y no dudo, sino que, viendo mi madre vencido a su marido, quiso ella salir a vengar los cuernos y vencerla a bachillerías. Mas la muerte le dio tapaboca y aun tapagarguelo. Y, si quieres saber el cómo, oye.

Mi madre era muy devota de cosa de asador, en especial era perdida por cosa de longaniza y solomo. Sucedió, pues, que una noche, viendo que ciertos pedazos de longaniza medio asada pasaban carrera en la plaza de una chimenea, y, a caballo en su asador, corrían parejas con otra cuadrilla de pedazos de pierna de carnero, les mandó que, vista la presente, se apeasen del asador. Los pedazos de longaniza se excusaron con decir que no estaban tan bien asados como era razón, y que estando así no podrían hacer cosa que fuese de provecho. Los otros pedazos de pierna de carnero se excusaron con que estaban desnudos y en piernas, y que no se podían apearse sin tratarlo con su amo. Pero ella les dijo que, sin embargo, obedeciesen lo decretado. Ellos, por vía de fuerza, apelaron en segunda instancia para su amo, que era un tocinerero de Valladolid, pariente del de Villamañán, de quien te contaré un gracioso chiste en el libro segundo siguiente.

Lloraban los pobretos tanto, que por pocas apagaran el fuego a puro llorar, y ponían los suspiros en lo alto del cañón de la chimenea. Derretíanse de puro miedo, y siempre apellidando por sus amos. Pero el tocinero era de la condición del rey, que donde no está no parece, y así no pudieron ser socorridos de su amo.

Ella, vista su rebeldía, embiste con ellos, derríbalos del caballo, y así como estaban, metió la mayor parte dellos en la cárcel del estómago, y a los otros les temblaba la contera. Ella, que estaba encarnizada, bebida y embebida, vele aquí el tocinero que venía en favor de gente. Ella, por no ser sentida, metió sin mazcar más de dos varas de longaniza, repartida en cuadrillas, aunque mal ordenadas y peor mazcadas. Y como toda esta gente entró tan aprisa por el postiguillo del gznate y sin avisar a la mucha gente que había dentro que se arredrase, pardiez, atoró la cuadrilla de longaniza de modo que ni podía pasar atrás ni adelante, ni ella hablar ni respirar, porque estaba atacada hasta la gola.

Entró el tocinero y pedíale razón de sí y de su gente, mas a esotra puerta, que aquella estaba cerrada de longaniza. Y lo lindo era que demás de estar relleno el gznate, le sobraba fuera de la boca un pedazo de longaniza, que a unos parecía sierpe de armas con la lengua fuera; a otros, ahorcada; a otros, bota con llave; a otros, garguelo con rabo; a otros, que era boca recién nacida sin ombligo cortado; a otros, tropelista con trenzas en la boca; a otros, culebra a boca de vivar. Sólo al tocinero, que le dolían, le parecía emboscada de enemigos y cueva de ladrones y, en fin, le parecía sepultura de su longaniza.

Pedimos favor para que aquella longaniza desocupase el paso. Los criados del tocinero, enojados del tuerto que se había hecho a su amo y del derecho que a ellos se les había quitado, iban a emboscarla el asador por el gznate y, el más propicio, le metió la punta de un cuerno albar con que la maltrató no poco. En fin, quedó tan lisiada, que de harta y atormentada, de asada y asadorada, la dio dentro de cuatro horas una apoplejía que la asó el ánima y la sacó de este mundo malo, sin llevar más subsidio que la longaniza en la boca. Espantóme, a manera de decir, cómo pudo tan presto salir el ánima por un garguero tan acuñado. Decía un ladrón famoso que el ánima de un ladrón es de casta de agua de pozo, que no sale sin sogá. Mi madre, que se picaba de ladrona más que de boba, pudo decir esto mismo, y aun añadir que como los famosos mueren con sogá de seda, ella murió con sogá de longaniza, a lo menos, la muerte hízole más cortesía que a su abuelo el tamboritero, que malpartió de Malpartida, que a ella le tapó las vías con flauta de longaniza y al otro con flauta de madero. No sé, a toda mi generación la llevó la muerte por lo enflautado. Mucho me pesa; empero, vaya. Y tiraba de cantazos a su madre.

Lloré la muerte de mamá algo, no mucho, porque si ella tenía tapón en el gznate, yo le tenía en los ojos y no podían salir las lágrimas. Y hay veces que, aunque un hombre se sangre de la vena cebollera, no quiere salir gota de agua por los ojos, que las lágrimas andan con los tiempos, y aquél debía de ser estío de lágrimas, y aun podré decir que unas lagrimitas que se me rezumaron salían a tragantones. ¿Qué mucho? Vía que ya yo me podía criar sin madre, y también que ella me dejó enseñada desde el mortuorio de mi padre a hacer entierros enjutos y de poca costa.

Pues a fe, que del trapo que sobró a la mortaja, de puro cumplida, no se pudieran hacer muchas balas de papel ni muchas encamisadas. La dicha camisa era ciclana de mangas, que no tenía más de una, y era de pechos bajos, y tan bajos, que la hizo entrar a la sepultura a mi madre pecho por tierra. De espaldas no era muy cumplida, porque estaba aposta para deceplinante, y las faldas no carecían de celosías. Como no tenía la camisa más de una manga, allí la metí ambos brazos. Y créeme que no hice mal, que quizá si se los dejara sueltos ambos, se anduvieran de sepultura en sepultura buscando longaniza, y como no viese dónde topase,

echaría mano de lo que hallase, aunque fuesen tripas, y si algún muerto la riñera, no dudo sino que respondiera una necesidad con que se alborotaran los cementerios; o cuando mucho, dijera:

-Cada loco con su tema, y perdonen que topo.

Que eran dos bordones que ella tenía muy ordinario.

Cierto que, cuando la estábamos amortajando, la miraba a los ojos y me parecía que me hablaba con ellos tanto y tan a menudo, que el encaje dellos parecía jaula de papagayo, y no se me pudiera quitar el miedo y temor, sino que mirando cuán calafateado tenía el gznate, se echaba de ver que era muerte de a mazo y escoplo.

Mis hermanas también lloraron sus sorbitos, pero siempre guardándome la antigüedad en que yo jugase de mano y llorase la primera. Y todo con mucho decoro porque cuando la una lloraba, callaba la otra, que era para alabar a Dios oír el concierto de nuestro lloro. Parecíamos los morteros de Pamplona, que cuando uno alza, el otro abaja.

Lo que más sentí fue que quedó oliendo la casa a longaniza por más de seis meses, y el que guardaba los ataúdes se quejaba de lo mismo, porque según dijeron los que la llevaron a hombros, yendo allí, dio la cuerda y la longaniza, y fue tanta, que parecían trenzas de tropelista. Yo me espanto de mi madre que quisiese dejar acá aquella longaniza y no la enterrar en sagrado, como hizo el Cid con su querido Babieca. A fe, que si no fuera el mal olor que dejó en casa, que ella llevara más de cuatro responsos más de los que llevó, pero con este achaque, más de cuatro maldiciones llevó de sobra. Dios nos perdone a todos.

Misas no le dijimos muchas. Éramos tan bobas, que pensábamos que todos los niños de la doctrina a quien diésemos pan decían misas por ella, y repartimos una hogaza entre más de mil dellos que vinieron de diversas partes, y con esto hacíamos cuenta que la habíamos hecho decir de mil misas arriba. No le dijimos otra. Del dinero que había en casa, no osamos gastar nada en cosa de Iglesia, porque como no era muy bien ganado, temimos no se nos dijese que hurtábamos el puerco y dábamos los pies por Dios, y por no dar a Dios cosa mal ganada y ajena, retuvimos el dinero. Después, cuando quisimos con ellos hacer por su alma algún bien, ya nuestros hermanos nos habían hecho tanto mal, que no hubo lugar. Mi fe, pensamos que nos durara mucho el ser mandonas, y con esto, todo lo que se lloraba era de acarreo.

El llorar de veras fue cuando vinieron de Italia mis hermanos, rompidos de vestido y de vergüenza, y, sin ninguna, nos tomaron a mí y a mis hermanas los cetros del imperio, que eran las llaves de casa, y nos ganzuaron arcas y buchetas. Trepaban por las paredes a los socarrenes y desvanes con el orgullo que si entraran la Goleta, y todo por ver si había emboscada alguna pecunia, para lo cual no tuvimos otra defensa ni remedio, sino soltar la rienda al lloro y madurar los tragantones pasados. Como éramos bozales, no estábamos prevenidas de pendencieros. ¡No fuera ello ahora, que pudiera yo poner en campo unos doce pares, que ni por otros más necios diera un garbanzo, ni por más determinados un comino!

Contentárame que mis hermanas lo fueran mías, mas estaba de Dios que yo había de salir de Mansilla sin raíces, y así me dejaron, y nunca comimos buenas migas. Verlo has en el segundo libro, si allá llegamos.

Paréceme que te leo los labios, hermano letor, y que me preguntas y me mandas que te diga muy en particular el discurso de mi vida y aventuras del tiempo que fui mesonera con tutores y viví con mi madre. ¡Oh necio quien tal preguntas! ¿Qué vida quieres que cuente, sabiendo que bailaba al son que me hacía mi madre? Ea, déjame, no me importunes, ¡gentil disparatón!

No pienses que lo dejo porque es de echar a mal, que cosas hice que pudieran entrar con letra colorada en el calendario de Celestina, pero no quiero que se cuente por mío lo que hice a sombra de mi madre. ¿Quiéresme dejar? ¡Quita allá tu real de a ocho! ¿Dinero das? Pues si tanto me importunas, habré de pintar algo, aunque no sea sino el dedo del gigante, que por ahí sacarás quién fue Calleja. Una cláusula tenía yo ordenada para dejar en mi testamento en favor de una discípula; esa quiero poner aquí, y sea donación entre vivos en favor de las plateras del mesón, y serviráles de ejemplo, de espejo y de aviso, pues ella es una summa en que se suma y cifra lo que toca y pertenece a cuáles y quiénes, cuándo y cómo y para cuándo han de ser cual fui yo, que dice así, y va medio en copla:

La moza del mesón, esto es en conclusión: en andar, gonce; en pedir, pobre; de día, borrega; de noche, mega; en prometer, larga; en cumplir, manca; antes de mesa, perrilla; después de mesa, grifa; en enredos, hilo portugués; al fallo, puerco montés; lo empeñado, todo; lo vendido, nada o poco; una alforja de bailar y otra de trabajar; en la bolsa, munición; en la cara, siempre unción; cumplir con todos, amistad con los más bobos; lo pagado, pase; lo rogado, no vale; de ordinario alegría y siempre tapagija, y aires bola, y a Dios que esquilan, que con decir viene mamá y rascar la cofia se avientan los nublados, y no debo más.

Querría pedir a sus mercedes una licencia, y es para ser un poquito cuerda y durar como de lana, para enjaguarme los dientes con una consideración que me brinca en el colodrillo por salir a danzar en la boca a ringla con los dieciocho. Ya soy cuerda, dure lo que durare. Señores, los mis señores, compadeceos desta pobre que tales alhajas de inclinaciones heredó de aquella que la parió una vez y mil la tornó al vientre para renovar las marañas que en mí esculpió al principio.

Créanme que a veces me paro a imaginar que si fuera verdad que las almas se trasiegan de cuerpo a cuerpo, como dijeron ciertos filósofos bodegueros, sin duda creyera de mí que tenía a meses las almas de padre y madre. Y pues va de seso, digo que ahora me confirmo en que todas las cosas tornan al principio de do salieron. La tierra se va al centro, que es su principio; el agua al mar, que es su madre; la mariposa torna a morir en la pavesa, de quien fue hecha; el sol torna cada veinte y cuatro horas al punto donde nació y fue criado; los viejos se tornan a la edad que dio principio a su ser; la espiga madura y abundante de granos se tuerce e inclina por tornar a la tierra de a do salió, y el ave fénix vuelve a morir en las cenizas que dieron principio a su vida. Y el hombre... ¿Dónde vas a parar, Justina? Pardiez, que si no me hablaras a la mano, por pocas parara en el miércoles de Ceniza, y dijera:

-Acuérdate, hombre, que eres ceniza.

Mas no voy a eso, que cuando yo me hubiera de meter a predicadera de los encenizados, no me faltara qué decir, aunque no fuera sino lo que oí a un predicador que predicaba coplas desleídas, y viniendo a tratar del Evangelio de aquel día, dijo:

-Hermanas, el Evangelio que se ha cantado en la misa de hoy dice que el día que ayunáredes untéis la cabeza y lavéis la cara, mas vosotras las mujeres, como en todo andáis al revés, hacéis esto a la trocadilla, que untáis las caras y laváis las cabezas.

No me descontentó el puntillo de este padre ceniciento, porque valía cualquier dinero para si yo fuera quien le predicara, o para él, si el sermón fuera en la ronda, o entre las cercas, o en la lumbre asando castañas. Mas en el púlpito, pardiez que fue una de las catorce. Por otra parte, no me espanto, que quizá lo halló aquel bendito escrito en algún cartapacio de alquiler y se le dieron con condición que lo dijese todo como en ello se contenía, y emborrólo; o quizá de puro respeto o de vergüenza. También le excuso por, ignorante, pero no de ser ignorante.

Pero, ¿quién me hace a mí portazguera de púlpito ni alcabalera de echacuervos? Mas no importa, que las necias, digo, las mujeres, siempre tenemos pagado el alquiler de los cascabeles para entrar en esta danza.

Pero cierto que no iba a decir nada desto de prédicas, sino que se atravesó el acho y birléle. Iba a decirles que echen de ver que no hace poco quien, naciendo de tales madres, se refrena, ni mucho quien se desenfrena, que las hijas son esponjas de las madres.

A fe, que he estirado bien la cuerda del ser cuerda. Ya bostezo. ¡Jesús, mis brazos! Entumida estoy, cansada estoy de tanto asiento y enfadada de tanto seso. Ahora digo que no hay mayor trabajo que obligase un hombre a hablar en seso media hora. Pardiez, ya temía que me nacieran rugas en las entendederas; ya pensé criaba moho el molde de las aleluyas, y telarañas el de decir gracias; ya me daba brincos el corazón por decir de lo bien hilado, que los sentidos habituados a decir gracias son como danzantes de aldea, que si una vez se calzan los cascabeles para subir al tablado, no los harán detener cuarenta alcaldes de corte.

APROVECHAMIENTO

No dice mal esta libre mujer en que todas las cosas tornan a su principio, pero es culpable ella y otras de su jaez en no inferir deste punto que, pues el nuestro fue tierra, polvo y ceniza, obremos como quien teme al que puso al hombre este fin y paradero, y como quien agradece el haber salido de tal principio, y como quien ha de volver a Dios, que es universal principio.

LIBRO SEGUNDO

En que se trata de la jornada de Arenillas

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA ROMERA BAILONA

NÚMERO PRIMERO

De la castañeta repentina

CANCIÓN DE A OCHO

El gusto y libertad determinaron
Pintar una bandera
Con sus triumphos, motes y corona,
Y, aunque varios, en esto concordaron:
Libertad saque a Justina por romera,
El gusto saque a la misma por bailona.
Sea el mote: En Justina,
De gusto y libertad hay una mina.

Si es verdadero el título que los poetas dieron a la vida presente y a la inclinación natural que más florece, llamándola puerta del otro siglo, yo digo que los dos quicios de mi puerta (que son las dos más vehementes inclinaciones mías), fueron, y son, andar sin son y bailar al de un pandero. Otras dirán que quieren su alma más que sesenta panderos, mas yo digo de mí que

en el tiempo de mi mocedad quise más un pandero que a sesenta almas, porque muchas veces dejé de hacer lo que debía por no querer desempañarme. Dios me perdone.

Con un adufe en las manos, era yo un Orfeo, que si dél se dice que era tan dulce su música que hacía bailar las piedras, montes y peñascos, yo podré decir que era una Orfea, porque tarde hubo que cogí entre manos una moza montañesa, tosca, bronca, zafia y pesada, encogida, lerdá y tosca, y cuando vino la noche ya tenía encajados tres sonos, y los pies (con traerlos herrados de ramplón, con un zapato de fraile dominico) los meneaba como si fueran de pluma; y las manos, que un momento antes parecían trancas de puerta, andaban más listas que lanzaderas. Todo es caer en buenas manos, que quien las sabe, las tañe. Mas ¿qué mucho que fuese amiga de adufe, pues mamé en la leche la flauta y tamboril de mi agüelo, el que murió con la gaita atorada en el gaznate?

Antes que pase adelante, quiero contar un cuento a propósito de la gaita que tapó a mi abuelo las vías. A un comediante oí yo una vez apostar que nadie acertaría cómo es posible tapar siete agujeros con uno o uno con siete. Yo, acordándome de la muerte de mi abuelo, dije que los siete agujeros de la flauta los tapó mí abuelo con un agujero del gaznate, y el uno del gaznate con los siete de la flauta. Con esto, gané la apuesta, que fue unos chapines, con que me engré; aunque miento, que con ellos me humilló mi novio. Pero esto no es de aquí, sino del medio.

Así que, el un quicio o polo de mi vida fue ser gran bailadora, saltadera, adufera, castañetera, y la risa me retozaba en el cuerpo y, de cuando en cuando, me hacía gorgoritos en los dientes.

La segunda inclinación era andar mucho. Hubo un emperador que dijo que la mejor comida era la que venía de más lejos, y yo sentía que la mejor romería y estación era la de más lejos. Decía la otra: «el sancto que yo más visito es San Alejos». A la verdad, esto de ser las mujeres amigas de andar, general herencia es de todas. Y cierto que muchas veces he visto disputar cuál sea la causa por qué las mujeres generalmente somos andariegas, y será bien que yo dé mi alcaldada en esto, pues es caso propio de mi escuela.

Un librito que se intitula Cortes de las damas dice que en las cortes de las damas que se celebraron en el Parnaso se propuso esta cuestión, y que sobre ella hubieron varios pareceres. Unos dijeron que la primera mujer fue hecha de un hombre que estaba soñando, y que el sueño era que andaba por la posta una gran jornada sin saber adónde iba ni para qué, y que así salieron las mujeres tan andariegas, que salen de casa, y si las preguntáis dónde, dirán que van a salir de casa, y no hay más cuenta. Otro reprobó este parecer, diciendo que tan viva y despierta inclinación de andar no pudo tener principio en andador soñado, y así dijo que pensaba que el pedazo de hueso o carne de que fue formada la primera mujer fue hecho de tierra de mina de azogue, que es bullicioso, inquieto y andariego.

Otro dijo:

-No fue eso, sino que, en realidad de verdad, la mujer fue hecha de un hombre dormido, y él, cuando despertó, tentóse el lado del corazón, y hallando que tenía una costilla de menos, preguntó a la mujer:

-Hermana, ¿dónde está mi costilla? Dámela acá, que tú me la tienes.

La mujer comenzó a contar sus costillas, y viendo que no tenía costilla alguna de sobra, respondió:

-Hermano, tú debes de estar soñando todavía. Yo mis costillas me tengo y no tengo ninguna de más.

Replicó el hombre:

-Hermana, aquí no hay otra persona que me pueda haber descostillado. Tú me la has de dar o buscarla. Anda, ve, búscala y tráemela aquí.

La mujer se partió, y anduvo por todo el mundo pregonando:

-Si alguno hubiere hallado una costilla que se perdió a mi marido, o supiere quien tiene alguna de más, véngalo diciendo y pagarásele el hallazgo y el trabajo.

Y de aquí les vino a las mujeres que, como la primera iba pregonando, ellas salen vocineras, y como nunca acaban de hallar quien tenga una costilla de más, nacen inclinadas a andar en busca de la costilla y viendo si hallan hombres con alguna costilla de sobra.

Bien veo que esta es blasfemia para creída y fábula para reída y, para entendida símbolo y catecismo no malo. Pero vaya de cuento.

Llegó a las cortes un enamorado, y dijo:

-Las mujeres son cielos acá en la tierra, y por esto andan en perpetuo movimiento como los cielos.

Bien hubiera dicho este galán, si las mujeres fuéramos incorruptibles como los cielos, pero ni lo somos, ni él las buscaba así.

Muchos pareceres hubo que, por estar algo desarropados, no osan salir al teatro y también por dar lugar a que salga uno muy acertado, el cual dio la doncella Theodora, en el cual no sólo la razón de ser las mujeres amigas de andar, pero declaró la causa porque todas, por la mayor parte, somos amigas de bailar, en lo cual venció el parecer de otra discreta dama, que afirmó sólo ser natural en las mujeres el andar mucho, y que si son también amigas de bailar es por andar. Y vese en que las que pueden andar mucho, no bailan, sino andan. Pero las que no tienen licencia para andar mucho, bailan mucho, porque ya que no andan en largo, andan en ancho. Este parecer hace mucho agravio a todo el hembruno, porque es decir que son tan locas como el otro que se paseaba todo el día sobre un ladrillo solo, y si le reñían, decía:

-Necios, cuando viene la noche, tantas leguas he andado yo como un correo de a pie, sino que lo que él anda a lo largo lo ando yo en redondo.

Pero la doncella Theodora dio mejor en el punto, y de cada una de las dos inclinaciones de andar y bailar dio su distinta razón, aunque en alguna manera redujo ambas cosas a un principio y razón, y dijo así:

-Habéis de suponer, ilustres madamas y daifises, que aunque sea cosa tan natural como obligatoria que el hombre sea señor natural de su mujer, pero que el hombre tenga rendida a la mujer, aunque la pese, eso no es natural, sino contra su humana naturaleza, porque es captividad, pena, maldición y castigo. Y como sea natural el aborrecimiento desta servidumbre forzosa y contraria a la naturaleza, no hay cosa que más huyamos ni que más nos pene que el estar atenuadas contra nuestra voluntad a la de nuestros maridos, y generalmente a la obediencia de cualquier hombre. De aquí viene que el deseo de vernos libres desta

penalidad nos pone alas en los pies. Vean aquí la razón por qué somos andariegas. Y la que hay para que seamos tan amigas de bailar, es la siguiente: en el bailar hay dos cosas, la una es andar mucho, y la otra es alegrarnos mucho con el alegre son. Y como en el estar sujetas hay dos males, el uno estar atadas para no poder salir donde queremos, el otro estar tristes de vernos oprimidas, y tanto, que no hay necio a quien no le parezca que hace suerte en decir mal de nosotras, como si fuéramos todas burras de venta y en mala feria, que para ser compradas hayamos de ser vituperadas. Y como en el bailar hay dos bienes contra estos dos males, el uno el andar y el otro el alegrarnos, tomamos por medio de estas dos alas para huir de nuestras penas y estas dos capas para cubrir nuestras menguas. Y esta es la causa porque somos tan amigas de la baila, que encierra dos bienes contra dos males.

Celebróse mucho este parecer en las cortes, dando a Theodora la palma de discreta por una resolución tan atinada.

Así que, señores, no se espanten que Justina sea amiga de bailar y andar, pues además de ser herencia de agüelas, es propiedad de muchas, especialmente de todas. Verdad es que yo aumenté al mayorazgo lo que fue bueno de bienes libres, porque en toda mi vida otra hacienda hice ni otro thesoro atherosé, sino una mina de gusto y libertad. De modo que, aunque entre la libertad y el gusto hubieran sucedido las discordias que fingen los poetas, podrás creer que yo sola bastara a ponerlos en paz, dándoles en mí campo franco para dibujar en mí sus blasones, tropheos, victorias y ganancias. Que cuando el gusto me considera tan bailona y la libertad tan soltera y tan tronera, se contentan uno y otro con tener por armas y divisa a sola Justina, única amada suya y propria mina de todos los deleites suyos, confusión mía, escarmiento tuyo.

Muertos, pues, mi padre y madre, y entregados mis hermanos en el cuerpo de la hacienda, y aun en el alma della, que es la bolsa, sin decir más misas por sus ánimas que si murieran comentando el Alcorán o haciendo la barah, tomé ocasión de andarme de romería en romería, con achaque de hacer algo por ellos, porque se me deparase quien hiciese algo por mí. Y a fe de veras, que sí ahora no tuviera más malicia que entonces, valiera mi saya un manto de burato. Verdad es que era moza alegre y de la tierra, y, en viendo bailar, me retozaba la risa en el cuerpo, y para hacer yo cada semana siete romerías de a nueve leguas cada una, no había menester más razón que ver andar la veleta de ábrego.

La primera que hice, después que murió mi madre, fue a Arenillas la cual contaré por extenso, por cuanto en ella hubieron cosas dignas de memoria.

Es Arenillas un pueblo que cae junto a Cisneros, donde hay la behetría, de la cual dijo el otro bellacón que preguntó al diablo si entendía los aranceles de aquella behetría, y respondió que toda una noche había estudiádoslos y no los había podido entender. A esta romería fui desde mi casa de Mansilla. Salí de noche, como cigüeña que va a veranadero, aunque miento, que las cigüeñas nunca hombre las vio salir, mas a mí me vio un tabernero; por más señas, que me dijo, viéndome ir vestida de colorado:

-Colorada va la novia, ella resbalará, o cairá, o cairá.

Mal haya quien no le dio docientos por adivino, pues, en efecto de verdad, ya que no caí, resbalé.

A Arenillas llegué a las doce del día a lo menos, entre once y mona, cuando canta el gocho. Holguéme de ver en campo raso tantos campesinos que me olían a camisa limpia, que son los ámbares de aquella tierra. Viendo tanta gente, dije a mi vergüenza que me fuese a comprar unos berros a la Alhambra de Granada. Luego, como buen predicadero, di una vuelta al

auditorio con los ojos, y no sé qué fumecinos me dieron, que me parecía otro mundo. Vi de lejos que había baile y, pardiez, no me pude contener, que, sin apearme de la carreta, puse en razón mis castañuelas y en el aire repiqué mis castañetas de repica punto, a lo deligo, y di dos vueltas a buen son. Fue este movimiento tan natural en mí, tan repentino y de improviso, que cuando torné sobre mí y advertí que había hecho son con las castañetas, si no viera que las tenía en los dedos, jurara que ellas de suyo se habían tañido, como las campanas de Velilla y Zamora.

Yo había oído decir que afirman doctores graves que cuando dos instrumentos están bien templados en una misma proporción y punto, ellos se tañen de suyo, y entonces me confirmé en que era verdad, porque como mis castañetas estaban bien templadas, y con tal maestría, que estaban en proporción de todo pandero, no hubieron bien sentido el son, cuando ellas hicieron el suyo, y dispararon una castañeta repentina, para que dijese a los señores panderos: acá estamos todos. Como el bobo de Plasencia que, abscondido de una dama debajo de la cama, luego que vio entrar el galán, salió de adonde le había metido la dama, y dijo:

-Acá tamo toro.

Quizá pudo ser que aquella castañeta repentina se causó de que las castañetas retozaban de holgadas, y no me espanto, supuesto que en aquel momento se cumplían veinte y cuatro horas que no sabían qué cosa era siquiera un adarme de golpecito.

Oyó el son un primo mío que guiaba el carro, y no tanto por mal ejemplo que tomase (que también él era de los de la baila), ni por pena que tuviese de ver bailar antes de misa, sino por temor de que no se le espantasen las mulas, que eran nuevas, me riñó a lo socarrón, diciendo:

-Prima, muy a punto venían esas tabletas de San Lázaro. Muy poca pena tenéis vos de la muerte de vuestra madre, mi tía, y de la de mi tío, vuestro padre, que Dios tenga en el cielo.

Pardiez, si entonces tuviera mi vergüenza en casa, yo me corriera, pero como no había venido de la Alhambra, donde la despaché por berros, llamé al enojo, y con su ayuda dije:

-Tenga en el cielo, tenga en el cielo, por cierto, tenga, porque según vuestro tío era de urgandilla y amigo de husmearlo todo, y según era cohete y busca ruido como su sobrino, y según era amigo de verlo y escudriñar todo sin parar en ninguna parte, imagino que, si posible fuera salirse las gentes del cielo, no le pudieran detener allá, ni detenerle de que nos viniera a ver y tantear los pasos y contar si las castañetadas fueron una o dos, como si fuera caso de Inquisición, que se examinan los relapsos. Mira ahora, ¡para una castañeta repentina, que se le podía soltar a un ermitaño, tanto ruido!

Pardiez, ello medio bobería parece, mas díjela con enojo, y luego pedí perdón a Dios. Prosiguiendo mi enojo, le dije:

-¿Juraréis vos que fue castañeta lo que oísteis?, ¿berros se os antojan? Aguardad, que luego os los traerá una criada mía a quien envié por ellos al Alhambra. ¡Bobo, tocan a misa, y piensa el muy majadero que las repicamos a buen son!

En diciendo que dije esto de la misa, un esgrimidor que estaba junto a nosotros (que siempre me depara la ventura con gente desta cazolada), me dijo:

-¡Oh, qué lindo! ¿Misa ahora? Por Dios, señora hermosa, que lo que es misa voló, que en este punto dice la postrera el cura de Guaza. Por señas que entre Dominus vobiscum y Amén no

dejaba tragar saliva al monacillo. Que aunque se puede pensar que lo hace por no hacer falta a un convite de boda, pero creo que es porque los clérigos no dicen misa después de medio día.

Con todo eso, fuimos allá, y no con poca prisa, y todo fue necesario, que por pocas no oyéramos misa; mas, si plugo a Dios, llegamos al ite missa est, y entre tanto que duró el oírle, encomendé a Dios a mis padres y abuelos y todo el estado eclesiástico y la Casa Real, los buenos temporales, la paz de los príncipes christianos, los pecadores y pecadoras, en mis pobres oraciones. Ello poco tiempo fue, mas la oración breve diz que penetra los cielos, y aun en una oración de ciego oí decir que las oraciones breves, si son fervorosas, son como barreno de gitano o como ganzúa de ladrón, que en un soplo hacen su efecto.

APROVECHAMIENTO

Muchos y muchas de las que en nuestros tiempos van a romerías, que van a ellas con sólo espíritu de curiosidad y ociosidad, son justamente reprehensibles y comparados a aquellos peregrinos israelitas que, caminando por el desierto a donde Dios les guiaba, dieron en ser idólatras. Y nota el modo de oír misa que se pinta desta mujer libre y olvidada de Dios.

NÚMERO SEGUNDO

Del escudero enfadoso

VILLANCICO

Muy bien la fablé yo,
Mas ella me respondió,
Jo, jo, jo, jo.

Un muy gordo tocintero,
Obligado de Medina,
Quiso servir a Justina
De galán y de escudero;

Ofrecióla vino y pan,
Queso, tocino y carnero,
Y ella le ofreció un no quiero
Tan gordo como el galán.

Muy bien la fablé yo, etc.

Los suspiros que arrojaba
Este nuevo Gerineldos,
Eran muy crudos rebueldos
Con que el alma penetraba;

Y entre suspiro y rebueldo,
Sacó un hueso de tocino

Y una botilla de vino,
Diciendo: vida, bebeldo.

Muy bien la fablé yo, etc.

Dijo corrido el galán:
¿Jo, jo a mí? ¿Soy yo jodío?
Mientes, mientes, amor mío,
Que mi padre es Reduán.
Y así te juro, Jostina,
Como moro bien nacido,
Que de gana te convido
A tocino y a cecina.
Muy bien la fablé yo, etc.

Salimos de la iglesia llevando algo picado el molino del estómago, con ánimo de ir a moler debajo de nuestra carreta. Y al salir de la iglesia, como yo vi tanto mirador por banda, íbame hecha maya, y tenía por qué, pues iba de veinte y cinco, sin los de los lados. Llevaba un rosario de coral muy gordo, que si no fuera moza, me pudiera acotar a zaguán de colegio viejo, y tuviera la culpa el rosario, que parecía gorda cadena. Mis cuerpos bajos, que servían de balcón a una camisa de pechos, labrada de negra montería, bien ladrada y mal corrida. Cinta de talle, que parecía visiblemente de plata. Una saya colorada con que parecía cualquier pimienta de Indias o cualquier ánima de cardenal. Un brial de color turquí sobre el cual caían a plomo, borlas, cuentas y sartas, con que iba yo más lominhiesta y lozana que acémila de duque con sus borlas y apatusco. Un zapato colorado, no alpargatado, que en mi tiempo no se nos entraba a las mozas tanto aire por los pies. Mis calzas de Villacastín, algo desavenidas con la saya, porque ella se subía a mayores.

Mas si los hombres mordieran con los ojos, según fingieron los argótidés, ¡qué de tiras llevara mi saya! Si los ojos, de puro mirar, se ausentaran de los párpados y desampararan sus encajes, como fingieron los oculatos, sin duda que me dejaran pavonada a puro enjerir ojos sobre mí. Nunca gozamos las mujeres lo que vestimos, hasta que vemos que nos ven. Y así, pude decir que hasta que vi que me miraban de puntería, no supe lo que tenía puesto ni por poner. Mas en viendo que me miraban a dos choros aquellos deceplinantes que estaban en ringla a la puerta de la iglesia, luego di en lo que era.

¡Qué cosa es ver gente! Vive diez, que me entoné por más de un hora, y que al mismo Narciso despreciara si por entonces llegara a mi puerta. Es necedad pensar que mujer estimada haya de hacer caso de quien la mira. Antes hará mercedes a un verdugo, si la amenaza con la penca, que favores a quien la quita una gorra y se le humilla. Somos como un pulpo, que nos halla mejores quien nos obstiga más. Y véolo claramente en que habiendo por dos veces columbrado dos pollarancones de los que no me solían saber a ruibarbo ni oler a cuerno, que si en otra ocasión los viera, por todo el mundo no dejara de decirlos un remoquete en el aire (porque esto de un conceto agudo siempre lo gasté), mas por verme tan llena de borlas y falsas riendas, tan ojeada y reverenciada, no los hablé más que si estuviera en muda. Cierto que eran de oír.

Unos me decían: «Dios te bendiga», viéndome tan carriampollar. Otros guiñaban con los ojos y me hacían el ademán del vino de al diablo, que es el mejor, según Móstoles. Otros me hablaban con la boca del estómago.

Y en este número entra un tocinerero, obligado de la tocinería de Ríoseco, muy gordo de cuerpo y chico de brazos, que parecía puramente cuero lleno. Unos ojos tristes y medio vueltos, que parecían de besugo cocido; una cara labrada de manchas, como labor de caldera; un pescuezo de toro; un cuello de escarola esparragada; un sayo de nesgas, que parecía zarcera de bodega; una calzas redondas, con que parecía mula de alquiler con atabales; unas botas de vaqueta tan quemadas, que parecían de vidrio helado; una espada con sarampión en la hoja y viruelas en la vaina; una capa de paño tan tosco y tieso, que parecía cortada de tela de artesa. Con esta figura, salía más tieso que si fuera almidonado.

Contentéle. Negra fue la hora. Pegóseme como ladilla. Quísome hablar; no supo. Quísele despedir, no pude. Iba tan junto conmigo, como si tuviera de tarea el injerir su bobería en mi picarazona. Y, de cuando en cuando, por hacerme la fiesta, hacía un rodeón de pescuezo, cuerpo y espada (que todo parecía de una pieza), y cada vez que volvía, me asestaba dos ojos del tamaño y color de dos bodoques, y a cada bodocada, despedía un rebueldo, y tras él, como cuando tras el rayo sale el trueno, me decía con una voz de mulo:

-Señora Jostina, almorcemos, que no ha de faltar pan y vino, carne y tocino, queso y cecina.

Yo, que nunca aguardo a desquitarme al miércoles corvillo, le dije:

-Jo, jo, jo, jo.

Él volvió, y con gran sinceridad me preguntó:

-¿Con quién habla, señora?

Yo dije:

-Señor, está aquí cerca mi pollino, el cual da fastidio, y si no digo esto, no habrá diablo que le eche de adonde está.

Creyólo el buen Juan Pancorvo, que así se llamaba el mal logrado, y volvióse a mirar atentamente mi pollino, rogándole con el mirar de ojos que, por la amistad, lo dejase.

¡Maldígate Motezuma, tocinerero de Burrabás, que aun ahora no me parece que he acabado de abroquelarme de las estocadas que contra mí sacaste de la vaina de tu estómago y de los tiros de tu boca, tan secreta de palabras cuan pública de rebueldos!

Fue tanto el asco que me dio, que pensé que me dejaba conjurada la gana de comer por un año. Donde quiera que iba, me seguía. No me valían trazas; a todo salía. No me dejaba. No, a lo menos, por lo que yo tenía de Elías ni él de Eliseo, que tan pecador era él como yo, salvo que él pecaba caballero en un asno y yo al pie de la letra.

El era bobo en grado superlativo. Tantas veces le deseché, que él se echó a pensar una traza con que me obligar, y fue que, echando mano a la cinta, desenvainó una botilla de vino, y de la faltriquera un zancarrón de tocino envuelto en un cernadero. Y con la bota en la mano me saludó diciendo:

-Vida, mire qué belleza. Viva y beba, que es rico, rico, rico.

Yo, que me pico algo de poeturria, dije al mismo punto:

-Borrigo, borrico, borrico, jo, jo, jo.

El tornó a mirar si acaso yo hablaba con el pollino, como la vez pasada, y viendo que el pollino no parecía, medio corrido, medio atolondrado, medio amante, medio enojado, me dijo:

-¿Jo, jo a mí, Jostina? ¿Soy yo jodío? Juro a San Polo que era mi padre de la Alhambra y de los Reduanes. ¡Mire cómo podía ser jodío!

Yo, que oí ser Reduán, le dije:

-¡Oh, señor Reduán! Pues si es Reduán de los finos, yo quiero ver cómo corre la vega en mi servicio. Vaya v. m., ande este campo, haga gentilezas, y entre ellas una sea que me compre una sortija de azabache, tan negra como estuviera ese sombrero suyo, si estuviera bien teñido. Y no se me enoje, que no le dije jo, jo, por motejarle de jodío, Muy lejos voy de eso. Y yo le diré el por qué cuando me compre la sortija. Por ahora no digo más, sino que por tenerle por muy caballero le dije lo que le dije.

Con esto conjuré aquella fantasma, y fue a correr la vega pensando diligenciar

la sortija, mientras yo diligenciaba el absconderme donde correr la sortija, quiero decir, huir de adonde me encontrase para darme la prometida.

Ciertamente, que no hay cosa más penosa que uno destes caimanes enamorados. Son los tales como tiro, que si va muy atacado y dispara, vuelve en daño lo que pudiera ser de gusto y de provecho. Aquel necio más provecho se hiciera si dijera con el corazón (no pudiendo o no sabiendo con la boca) a mí, que no pido. ¿Pues decir que supo él manifestar su cuidado más que un jumento? En mi vida vi amor enalbardado, si no fue este. Miren qué aliño de dárseme a entender un hombre que, en vez de ardientes suspiros, despachaba por instantes rebueldos que salían de lo íntimo de la yel, que eran harto más a propósito de dar muestras de una infernal piscina, que publicar tiernos sentimientos de un corazón herido dulcemente.

De las palomas dicen las fábulas que las desterró del cielo el dios de amor, aunque nieto y descendiente suyo. Y yo no hallo que pueda haber habido otra causa, sino porque el dios de amor tiene por asquerosos los amores del palomo, por cuanto van insertos en rebueldos. ¡Miren cómo no me había de ofender a mí amor tan aborrecible, que aun enfada al ahidalgado y sufrido dios de amor! ¡Qué Celso amador habíamos encontrado, el cual, a petición de su dama, que era amiga de oír músicas en carros triunfales, se transformó en el carro y buccina del cielo, para que su dama tuviese carro triunfal incorruptible y, juntamente, música incansable! Reniego de su bocina roldana, que tal son ella me hizo. ¡Mirad, por vuestra vida, qué billetes en papel dorado!, ¡qué tercera sutilmente injerida como cuña!, ¡qué dos mil patacones ojigallos para guantes, conforme a la ley del siglo dorado!, que decía aquello que tradujo el poeta, y dice:

Si tienen puntas de oro las saetas,
Amor puede al seguro hacer sus tretas.

¡Qué pasacalles en falsete!, ¡qué chinas al marco o golpecitos de celosía!, ¡qué coplas en esdrújulos!, ¡qué canciones tan menudeadas que unas a otras se alcanzasen, sino un rebueldo y otro tras él! Por él se podía decir: «¿Sospirestes, vida mía? No señor, sino regoldede.»

Corrida estoy de haber parecido bien a un tan mal pretendiente. Más me holgara que dijera mal de mí, como el otro caballero que riñó con un gran murmurador, y le dijo:

-Señor fulano, hanme dicho que todos los hombres honrados deste lugar os parecen mal y habláis mal dellos, y que sólo yo os he parecido bien, y decís bien de mí. Pues juro a diez y a esta cruz que, si de mí habláis bien, os he de sacar la lengua por el colodrillo, que a quien tan mal le parecen tantos hombres honrados, córrome yo de parecerle bien. Decid mal de mí como dellos, para que entienda yo que soy tan honrado como ellos.

Así que estoy corrida de haber parecido bien a este burrihombre. Mas, pues no se queja el dorado y rubio sol de que le miren tantos feos, y el cielo no se cansa de que le miren tantos bobos, quiero sobreeser del enfado, con presupuesto de no acordarme dél, si no fuere cuando tenga hipo tras carcajada. Sólo digo que tornó a buscarme con la sortija, pero yo me hice reina de Tacamaca, que donde estaba no parecía y estaba encobertada. Dejo esto.

En resolución, yo despedí a mi avechicho y me fui a mi carreta, donde asentamos real yo y la parentela de Mansilla, donde comimos a dos carrillos lo que teníamos (y aun lo que no teníamos), y pasaron lindos chistes. Excusóme de ponerlo aquí el que, para hacer el retal de las Carnestolendas, llevó de mi casa listas de seda, que en otra tela vinieran bien. Digo que me hurtaron los escritos de lo que en todo este convite y sus chistes pasó.

Y digamos a lo breve este paso, que, como dicen los labradores, cuento de socarro, nunca malo.

APROVECHAMIENTO

Es tan sutil el engaño y engaños de la carne, que a los broncos, zafios e ignorantes persuade con sus embustes y embeleca con sus regalos.

NÚMERO TERCERO

Del convite alegre y triste

ENDECHAS CON VUELTA

*No hay placer que dure,
Ni humana voluntad que no se mude.*

Sentóse a comer
La hermosa aldeana,
La que come ojos,

Corazones y almas
Dice mil apodos,
Lindezas y gracias;
Fortuna invidiosa
Las trueca en desgracias.

Que no hay placer que dure, etc.

Con boca de perlas
Mil perlas derrama,
Pero los villanos

Nada bueno alaban.
Que lo amargo es dulce,
Si hay voluntad sana,
Pero si está enferma,
Lo sabroso amarga.

Que no hay placer que dure, etc.

La envidia es arpía,
Tigre y fiera hircana,
Que en ajenos bienes
Halla muerte y rabia,
Y viendo Justina
Que ésta la maltrata,
Con sentidas quejas
Así lamentaba:

Que no hay placer que dure, etc.

Mas considerando
Que fortuna es varia,
Trueca sus suspiros
En gustos del alma.
Da higas al tiempo
Y a la vil mudanza,
Y al son de un adufe

Esto dice y baila:

*No hay placer que dure,
Ni humana voluntad que no se mude.*

Despedida aquella fantasma tocinera, aquel galán de ramplón, aquel amante inserto en salvaje, me acogí debajo del pabellón de nuestra carreta, donde nos asentamos yo y mi gente ras con ras por el suelo, como monas. Estaban conmigo unas primillas mías, de buen fregado, pero no tan primas que no fuese más la envidia que mostraban que el amor que me tenían. Tenían por gran primor el servir a mis primos de estropajo, y así las trataban ellos como a estropajos. Mas yo a ellos y a ellas hacía que me respetasen, y aun los despreciaba, porque siempre tuve por regla verdadera que la mujer sólo compra barato aquello que estima en poco.

Con todo eso, quise dar vado al virotismo y soltar el chorro a la vena de las gracias y apodos, que es sciencia de entre bocado y sorbo. Bien sé que no he errado cosa tanto en mi vida, porque las gracias no son para villanos, y menos para entre parientes. El afeite, la gala, la dameraía, la libertad, el favor, el dicho, el donaire, parece bien al yente y viniente, pero no al pariente. Es como los que dicen: «Justicia, y no por mi casa.» Ya se erró. Contémoslos, que de mis cascacos quebrados habrá quien haga cobertera para la olla de las gracias, para que no se le vierta cuando más yerva.

Comenzamos a hacer penitencia con un jamón y con ciertas genobradas, bien obradas, y con nuestras piernas fiambres llenas de clavos y ajos, y llueva el cielo agua. Miento, que maldita la gota bebí, porque en nuestra tierra destétannos a las mozas con la que llora la uva por agosto, a causa de que todas somos friolentas y boca de invierno, como dijo el otro que nos

vendió el rocín por mayo. Yo estaba recostada en el suelo a la usanza de los convites de los hebreos, y no me faltaba razón. Mis primos y primas, todos echados en ala, que parecíamos tinajas sacadas a lavar.

Al principio de comer, no corría la vena, y así callábamos como en misa, y aún más, que para las mujeres que contrapunteamos una misa a lo jirguero, no es mucho encarecer; pero luego que el dios novio de la vaca, que es el Baco carbonizó la hornacha, rechinaban las centellas de los ojos y espumaba la olla por la lengua. A la verdad, si Justina no entonara los fuelles, maldita la tecla había que sonara bien, sino que a ruido de una buena decidora todo hace labor. Preguntéles mil qué cosi cosi, y respondieron a todo como unos muletos de tres años. Preguntéles cuál era la cosa de comer que, siendo de carne, primero se cortaba el cuero que la carne; no dieron en ello. Díjeles que era la molleja del ave, y persinábanse de verbum caro como si relampagueara. Preguntéles cuál era la cosa que con más carga pesa menos, pero dieron en ello como en la ciudad de Constantinopla. Uno dijo que era la porra de Hércules. Otros, que era el caballo Babieca. ¡Tómame el tino! Y cuando los dije que era el cuerpo del hombre vivo, el cual cuando está cargado de manjar pesa menos que cuando está vacío de comida y muerto de hambre, por pocas se volvieran en matachines a puro espantarse de la sabia Justina. Y eran tan discretas mis primazas o, por mejor decir, tan buenas pagaderas, que me lo pagaban todo a golpes sobre mis espaldas. Hacían bien, que si yo lo quisiera entender, me decían que gracias tan mal recibidas las echase a las espaldas y al cabo del tranzado. En fin, ellas, tras cada gracia, palmeteaban las espaldas, como si el decir gracias fuera enfermar de tos, que se quita con golpe de espalda. Otras mil preguntas les hice de las muy perfiladas, así de motes, como de cifras y medallas, enigmas y cosicosas, mas para ellas era hablarles en arábigo.

Verdaderamente la ufanía de un vencimiento es ciega. Dígolo por mí, que no miré que al paso que iban riendo mis agudezas, iban envidiando mi buen entendimiento, y así iban resfriando la risa, hasta tanto que se murió de frío, y después de muerta la enterraron la pena. Pero mi orgullosa pujanza tenía vendados mis ojos para no echar de ver que ya el placer había reconocido las riberas de su fin y que aquella gente no estaba para gracias, y, en fin, siempre fue tan celebrado como verdadero aquello que dijo el poeta español, y yo cantaba:

No hay placer que dure,
Ni humana voluntad que no se mude.

Yendo, pues, en alto mar de mi pujanza, queriendo, a lo solapado, dar un picón a dos de los del corro, macho y femia, al uno de comedor, y al otro de bebedor, escupí una bachillería que se me tornó a la cara, y dije:

-Hola, oíd, que os quiero preguntar un qué cosi muy gustoso, para que tornéis a en hilar el hilo de la risa. ¿Mas que no sabéis por qué pintó Apeles a Ceres, diosa del pan, con un perrillo de falda, y a Baco, dios del vino, con una mona?

Estaba allí una prima mía que había hablado con mi Apolo (quiero decir, oídome a mí la resolución), y como tenía las armas de mi sciencia y las de su invidia, entró con armas dobles, y con gran desprecio (cosa que sentí mucho), me dio un mandoble, y dijo:

-¡Por cierto, sí! ¡Gran sabiduría! Ya no quiero callar como hasta aquí he hecho, mas por ver que no dejas hacer baza y que hablas a destajo, quiero decirlo. Y porque entiendas que si queremos hablar, podemos, y que nuestro callar es de discretas y tu mucho hablar es de necia, mira: el perrillo y la mona son dos animales los cuales crió naturaleza sólo a fin de entretener las gentes con sus juegos, retozos y burlas y visajes, y si dan a la diosa del pan, que es Ceres,

y al dios del vino, que es Baco, perrillo y mona, es porque se eche de ver que en habiendo que comer y que beber, luego se sigue el haber entretenimientos, juegos; y burlas, conforme al dicho de un poeta, que dijo:

Sin Baco y Ceres

Son de sobra gustos, juegos y mujeres.

Acertó. Corríme de verme cogida en mi trampa y empanada en mi masa. Mas ya me contentara con que este disgusto fuera ciclán y sin compañeros, pero nunca la adversa fortuna hizo una primera sin hacer tras ella mazo o flux. Siempre llueve sobre mojado, como distilación de alquitara; siempre pica sobre llagado como mosca; y es de casta de albarda de rocín triste, que siempre cae sobre matadura.

Dígoles, porque luego que la primilla me fasquió de lleno, salió un primo de bastos que, saliendo de su paso, aguzó, cosa desusada, y dijo:

-Justina, ¿sabes qué se te puede decir acerca de tu misma pregunta? Dos cosas: la una, que en esa pregunta muestras que eres de casta de pistolete italiano, que apuntas a los pies y das en las narices. Dígoles porque preguntas uno y malicias otro. Pero (dejando aparte tus siniestros, que son más que de mula de alquiler), yo te quiero responder a lo que has propuesto, ya que quieres que se ponga la cátedra debajo del carro. Digo, pues, que si aquí hay alguna persona que merezca nombre de mona, eres tú. Lo uno, porque tienes la bota al lado (y decía verdad, porque ella me rogó que defendiese su castidad, que corría gran peligro, y tanto mayor, cuanto era más chica y ternecita), y lo otro, porque si las armas y los nombres de Baco y Ceres se hubiesen de repartir entre los del corro, a nosotros los hombres nos cabía el nombre de Ceres y tener por armas perrillo de falda, y a las mujeres el nombre de Baco y tener armas de mona. Que por eso dijo el poeta picaresco que son los hombres cereros y las mujeres bacunas. ¿Quiéreslo ver? ¿Qué hombre hay de nosotros que, si le dejádes, no os serviría de perrillo de falda sin dejar jamás la tarea? Y en eso bien probada tenemos los hombres nuestra intención. Pero tú y otras bailadoras como tú, que sois muchas, especialmente todas, sois propias monas, porque propio de monas es andar siempre bailando, ser mimosas melindreras y urgandillas. Y yo seguro que antes de mucho te tome la mona y bailes.

El diablo se lo dijo. Por adivino, le pudieran dar docientos por docena. Con esta respuesta me pagó el primillo. Confieso que lo pregunté con malicia, y confieso, no sin verecundia, que como tan sin pensar revolvió sobre mí con tan buen discurso, no sólo no le di a él ni a ellas más vaya, pero me atajé y corté de manera que, por un buen rato, no encontré con cosa buena ni mala que poder decir.

Un buen decididor o decidora es de casta de lanzadera, la cual aunque muchas veces y mucho tiempo ande aguda y sutilmente sobre los hilos de la tela, pero si por desdicha encuentra en uno solo, aquél la ase y detiene. Así yo, aunque había gran rato dicho con agudeza, topé en este hilo y perdí el hilo, Y, sin echarlo de ver, no hacía otra cosa sino mirar atentamente a una cabeza de coneja monda y raída, después de repasada, que estaba acaso en la mesa, y escarbarla con el dedo, como si allí me comiera.

Entonces, otro de la compañía, a quien jamás vi meter letra, ahora dio tan en el punto, que en un punto me acabó de poner de lodo. Como me vio estar maganta y pensativa, mirando tan atentamente la calavera de conejo que yo tenía en las manos -que, como dije, la fortuna adversa es tirana, si desea venganza es insaciable, y a pendón herido da licencia general a todo necio para que haga suerte en un discreto asomado. Y en parte hace bien, pues con ellos gana la honra que pierde en ser tan favorecedora de bobos-, dijo, pues, el decididor moderno:

-Justina, si como creo que has sido pecadora, creyera que eras penitente, dijera que, estando así pensativa mirando esa cadavera de conejo que tienes en la mano, te estabas diciendo a ti misma: «Acuérdate, Justina, que eres conejo, y en conejo te has de volver.»

A lo menos, no negaré que este dicho me tornó en gazapo, pues me agazapó de modo que no dije más que si tuviera los dientes zurcidos. Tanto fue lo que me hizo callar y encallar.

Mis invidiosas holgaban, la parentela reía, y todos daban las carcajadas que se pudieran oír en Cambox. Yo, como avecinada en la Corredera, quíseme vengar, y no fue poco ofrecérseme cómo responder, de manera que le reñí al tono que él me habla reñido la castañeta soltera. En fin, yo saqué fuerzas de flaqueza y troqué mi cara por otro tanto de máscara de grave, y con ella, le dije:

-Señores mancebo y mancebas y sor primazo: gentiles honras hacen a su tía, mi madre, a quien Dios tenga en su gloria, pues con un ite missa est que han rezado por su ánima, les parece que tienen derecho a reírse con más bocas que pierna de pordiosero de cantón de corte. Miren que es la casa baja y que con tantas carretadas de carcajadas reventará la carreta.

Bien quisiera yo decirles más, pero a un corrido acábasele presto el huelgo. El primo, como iba de vencimiento, sin interpolar risa -antes, con mayor orgullo-, respondió al mismo tono que yo le respondí cuando me retó la castañetada de marras. Y lo que me dijo, fue:

-¡Boba allá, Justina!, no revientes tú de pena de estar corrida, que la carreta segura está de eso. Justina, por tus ojos, que se te antojan berros, que el ruido que has oído no son risas carcajales, sino que la mula boba suena mucho los cascabeles del petral y collera. Verdad es que yo no sé por qué ella lo hace, que comerle, nada le come, que está encobertada. Debe de ser, sin duda, que la mula está corrida, como tú, de que la llamamos la boba por mal nombre, y refunfuña.

En diciendo esto el primo, acaso la mula se meneó, y viendo que le salía tan a cuento lo del refunfuño y los cascabeles acrecentó más la risa suya y del auditorio, y todos (ni sé si a mí, si a la mula) dijeron:

-Jo, jo, jo!

Tan mal pronunciado como bien reído.

Pardiez, la mula como todo andaba tan confuso y de revuelta, no oyó bien, y aunque la decían jo, debió de pensar que la decían arte (si ya de puro beodos no decían erre), y acordó de tomar las del martillado. Dio un estirijón para desasirse de la carreta con tanta fuerza, que por pocas hubiera de hacer empanada de nuestros sesos, y aun fuera con toda propiedad empanada, porque siendo nuestro seso tan poco o tan ninguno, siendo empanada de sesos, fuera en pan nada.

Soltóse la mula, quebró una maroma y el hilo de la risa. Pasó de trápala por entre toda la gente, vendiendo coces a blanca y encontrones a maravedí, y no se le dejaba de gastar la mercadería.

Si no me cayera tan en parte la pérdida de la mula y de su huida, holgárame más que nadie de verla, aunque, para decir la verdad, tan de corrida andaba yo como ella, y por eso no me vagaba el reír. No me pesó del alboroto, porque a no romper el hilo de la matraca, llevaban camino de torcer maroma con que ahorcarme.

La mula andaba que parecía novillo encascabelado, y yo también lo parecía con tanta sarta y apatusco como traía en la collera. Mis parientes, los machos, fueron tras la mula. Mis parientas, las mulas, quedáronse junto al carro recogiendo sobras, que eran aprovechadas como monas de unto, y diz que sus abuelos fueron grandes apañadores. Yo, pardiez, no soy tan apañadora ni aprovechada, si no es de la ocasión. Esta tuve por buena para reírme un poco.

Ya me querrás reprender. ¿Qué querías que hiciese?, ¿correr? No podía, porque con las sartas que llevaba hiciera más ruido que la mula con sus cascabeles, y fueran muchos toros. ¿Había de llorar? No, que si a la doncella Io, por llorar la vaca, la llamaron io, a mí por lloramulas me llamaran mulata. ¿Habíame de sentar? Era mucha, mucha, remucha flema, flemaza, para quien era prima de tan buenos corredores. ¿Habíame de echar? Menos me convenía, porque pensarán que, como pusilánime, me enterraba de pura pena, cosa tan ajena de un corazón jinete. ¿Habíame de estar en pie como grulla? Eso era mucho lanzón, en especial quien traía el molino corrido de puro picado.

En resolución, como me vi sola y a peligro de dar en la secta de la melancólica, que es la herejía de la picaresca, determiné de irme al baile, dando dos higas al tiempo y otras tantas a la mudanza, y cuarenta mil a quien mal le pareciese. Sentéme entre una camarada de pollas que estaban en espetera aguardando el brindis de los bailones. La moza que almohazaba al adufe, hasta que yo llegué, había ido viento en popa, mas, en llegando yo, parece que reconoció ser yo la princesa de las bailonas y emperatriz de los panderos, y luego me rogó se le templase y pusiese en razón. Yo me hice de rogar, como es uso y costumbre de todo tañedor, mas al cabo hice su gusto y el mío. Toqué el pandero y canté en falsete unas endechas que yo sabía muy a propósito de mis sucesos, cuya vuelta era:

No hay placer que dure,
Ni humana voluntad que no se mude.

Salían estas palabras calientes del horno de mis fervorosas imaginaciones, y así no dudo que avivaron más de dos friolentos. Hecha mi levada, me torné a sentar, mas con la opinión de buena oficiala de tañer y rebuena de cantar y rebonisa de bailar. Luego me apuntaron los bailones, no reparando en la poca antigüedad de mi estancia ni en el agravio que se hacía en ser yo de las primero escogidas, siendo la postrera venida, sino en los muchos méritos de los buenos toques de pandero que habían visto y los de castañeta que se esperaban. Sacáronme a bailar luego, lo cual no causó poco fruncimiento, pero lleváronlo en dos veces. Sacóme a bailar, en buena estrena, un escholar, que siempre mí dicha me quería dar estos topes, como si yo rabiara por ser de corona. Entonces, más quisiera yo que me cayera en suerte un labrador, no, cierto, para que cultivara mis dehesas ni labrara mis sotos, que no había aún llovido sobre cosa mía que raíces tuviese, sino que son gustos. Pero al fin, no es fuerza que el que escoge sea escogido, ni acendrado. Ley es de baile, salgan las que sacan. Obedecí al sacamiento, y cuanto a la ejecución, apelé para las castañuelas, mas ellas, de puro agudas, al instante me condenaron. Entró el estudiante dando mil brincos y cabriolas en el aire, y yo a pie quedo, como lo bailo menudito y de lo bien cernido y reposado, le cansé a él y a otra trinca de compañeros suyos, que decían ser del colegio de los dominicos de Sahagún. Mas, a lo que yo allí vi, ella es gente floja para el oficio. Débelo de hacer que es muy húmeda aquella tierra y mejor para criar nabos que bailadores.

APROVECHAMIENTO

La libertad y la demasía del gusto entorpece el entendimiento, de modo que aun en los tristes sucesos no se vuelve una persona a Dios, mas antes procura alargar la sogá del gusto, con que al cabo ahoga su alma.

NÚMERO CUARTO

Del robo de Justina

LIRAS

La Bigornia ladina
Ordena una danza, máscara y canción,
Con que coge a Justina
Cantando en fabordón
Su presa, su tropheo y su traición.

La máscara acababa
En robar la Boneta seis bergantes.
La Boneta cantaba:
Soy palma de danzantes,
Ay, ay, que me llevan los estudiantes.

Cogen en volantina
Con este embuste a Justina descuidada,
La triste se amohína,
Mas no aprovechó nada,
Que fortuna, si sigue, da mazada.

Decía muy penosa:
Ay, ay, que me llevan los estudiantes.
Mas era ésta la glosa
De los mismos danzantes,
Y así todos pensaron ser lo que antes.

Ya venía la noche queriendo sepultar nuestra alegría en lo profundo de sus tinieblas, cuando vi asomar una cuadrilla de estudiantes disfrazados que venían en ala, como bandada de grullas, danzando y cantando a las mil maravillas. Eran siete de camarada, famosos bellacos que por excelencia se intitulaban la Bigornia, y por este nombre eran conocidos en todo Campos, y por esto solían también nombrarse los Campeones. Estos traían por capitán a un mozo alto y seco, a quien ellos llamaban el obispo don Pero Grullo, y cuadrábale bien el nombre. Cuadróle Justina para ser su feligresa, y enderezó la proa a someterme a su jurisdicción, y sí hiciera, si mi industria no me hiciera exempta. Este venía en hábito de obispo de la Picaranzona. Traía al lado otro estudiante vestido de picarona piltrafa a quien ellos llamaban la Boneta, y cuadraba el nombre con el traje, porque venía toda vestida de bonetes viejos, que parecía pelota de cuarterones. Los otros cinco venían disfrazados de canónigos y arcedianos, a lo picaral. El uno se llamaba el arcediano Mameluco, el otro el Alacrán, el otro el Birlo, otro Pulpo, el otro el Draque, y las posturas y talles decían bien con sus nombres.

Era harto gracioso el disfraz para forjado de repente. Venían en el propio carro de mis primos, porque, con engaño, le habían cogido, y como le enramaron a él y a la mula, no le

conocí, porque entonces no me entendía con carricoches rameros. Antes que hiciesen sus paradas, cantaban a bulto, como borgoñones pordioseros, pero cuando paraba el carro, lo primero que hacían era bajarse y danzar un poco de zurribanda, con corcovos, y tras esto, a lo mejor del baile, cogían en brazos, a la picarona que llamaban la Boneta y poníanla el bonete de don Pero Grullo y su manteo roto, y metíanla en el carro con gran algazara, haciendo ademán como que la robaban. Luego se subían con ella al carro y cantaban una letrilla en fabordón, la cual trataba de que por premio de buenos danzantes, llevaban la moza llamada Boneta, que comenzaba y acababa la canción. La Boneta tenía un buen tiple mudado. Lo que cantaba era romance, con esta vuelta siguiente:

Yo soy palma de danzantes,
Y hoy me llevan los estudiantes.

Unas veces decía hoy, hoy, y otras decía ay, ay, con unos quejidos tales, que parecía que real y verdaderamente la hurtaban. Con este disfraz incensaron toda la romería, hasta que se cansaron todos de verlos, y ellos cantar que cantarás. Con razón pudieran ser éstos comparados al cínife, que cuando más muerde, más canta, pues cuando quisieron morder mi honor y mi punto, cantaron en contrapunto. Aunque iban cantando todos los de la Bigornia, no les holgaba miembro, porque con los pies danzaban, con el cuerpo cabriolaban, con la mano izquierda daban cédulas, con la derecha bailaban, con la boca cantaban, con los ojos comían mozas y, con el alma toda, acechaban mí estancia, que por mí lo habían, y mi muerte clara intentaban para echarme en sal en su carreta. No quiero dejar de decir las cédulas que daban a los circunstantes, por que vaya el cuento con raíces y césped.

Una cédula decía:

¡Oh, qué lindas niñas,
Si pagan primicias!

Otra decía:

Bien estudiado habemos,
Si a nuestro obispo aplacemos.

Otra, que pronosticaba que mis borlas habían de ser ornato de sus bonetes y galas del pendón de su triunfo, decía así:

Doctor, ea, ganad las borlas,
Que aquí están las ciencias todas.

La cédula de la Boneta decía:

Si me llevades, llevedes,
Como no me matedes.

Duró buen rato el disfraz, pero como el cansancio tenga juros sobre todos los gustos, cobró sus derechos en éste. Deshicieronse los bailes y corrillos, y cada cual comenzó a enderezar el norte de los ojos y el timón de su carreta al puerto de su pueblo.

Y ya que los recios vientos de mí importuno baile habían ondeado con el presuroso movimiento el flaco navío de mi cansado cuerpo, fuéme forzoso descansar un poco sobre una blanda arena adornada de oloroso tomillo, donde para mi descanso recliné y amarré mi

navichuelo, recogiendo los remos de las castañetas y las velas de mis ganas. ¡Ay de mí!, que entonces debió de echar su sonda mi contraria fortuna, y viéndome encallada en el arena de Arenillas, se atrevió a embestirme a lo callado la que rostro a rostro no se atrevió jamás a entrar a justar con Justina.

Dígoles, porque, por gran desgracia mía, viendo la Bigornia que yo estaba apartada del corro de la gente y que nadie miraba en lo que ellos ni yo hacíamos, sino que todos entendían en aprestar su jornada, si no es yo, que ni tenía carro ni carreteros, en fin, viéndome descarriada y descarada, embistió de tropel conmigo toda la Bigornia, cubriéronme el cuerpo con un negro y largo manteo y con un mugroso bonete mi rostro, cogiéronme en volandillas, metiéronme en el carro con los mismos ademanes con que metían en el carro a la Boneta, y luego comenzaron a entonar la letrilla que solían:

Yo soy palma de danzantes,
Y, ay, ay, que me llevan los estudiantes.

Todos los que así me vían, pensaban que yo era la Boneta. En fin, que me arrebataron, y comencé a ser ánima en penas mías y cuerpo en glorias ajenas. Comencé a contemplar la vigilia de mi mal acierto. Gritaba, lamentaba y decía a voces:

-¡Ay, que me llevan los estudiantes!

Mas de mí nadie se dolía, porque estaban hartos de oír ladrado y cantado aquella lamentación. En especial, que ellos, para mayor disimulo, echaban el bajo a mi voz en fabordón, con lo cual no podía perceberse si eran las burlas pasadas o las veras nuevas. Era suyo el fabordón, y así no quedó don de favor humano para mí.

Repetía mil veces:

-¡Que me llevan, que me llevan los estudiantes!

Desgreñábame y desgañábame, pero eran vísperas de regla en día de atabales. En especial, que la Boneta me arropaba, porque pensasen que yo era la verdadera Boneta, y para que mi voz no sonase, me hacía la mamona y levantaba el tiple, y el obispote esforzaba el bajo. Con razón pusieron en mi propio carro sus arcos triunfales, en señal de que con mis mismas armas y con mis mismas voces me habían de vencer.

Al paso que corrían por el suelo las ruedas del carro acarreador de mis males, corrían por mis mejillas lágrimas que las sulcaban, viendo que con la ligereza que el águila arrebató el tierno corderito, y con la que el presuroso Mercurio arrebató a la triste doncella Tevera para forzarla, y con la que el pensamiento sulca el orbe, con esa me iban remontando, hasta que me hicieron perder de vista el sitio de Arenillas y la vista de la romera gente, la cual, como no sabían la gran traición de aquel troyano seno en que iba el nuevo thesoro de pobres, pensando los unos que era burla de entre primos, y los otros que era el disfraz antiguo, o se reían de mí, o no reparaban.

Ya que vi que la burla iba haciendo correa, congojéme más, y tenía razón. Consideré que, aunque yo no era la primer robada ni forzada del mundo, pero sabía que tenían cierto de mi parentela que mi rapto y deshonor había de ser vengado con las lanzas de copos y espadas de barro.

Tracia fue forzada de su hermano Leoncio, pero tuvo otro hermano, llamado Serpión que, en venganza del agravio, le hizo sangrar de todas las venas de su cuerpo, y con la sangre que salió, argamasó la cal con que puso las primeras dos piedras sobre las cuales levantó unas casas que edificó para su hermana sobre el cual paso he oído discantar algunos poetas. Unos dijeron que Serpión no quiso que se preciase su hermano de pariente, y que por eso le vació toda la sangre. Otro lo llevó porque sangre tan insensible no podía estar menos que entre piedras y arena. Pero lo que más hay que notar en este cuento fue el rétulo que puso en un padrón que relataba la historia, el cual, a mi ruego, tradujo del griego un buen griego, y decía así:

Vivan los edificios señalados
Con sangre fratricida argamasados.

Sabna y Heris vengaron el agravio de su hermana Damaris, sacando el corazón del incestuoso Arnobio, el cual dieron a los leones. Lo cual discantó el poeta, que dijo:

Tan crudos corazones
Sólo pueden ser comida de leones.

No traigo a este propósito lo de Tamar ni lo de Dina, porque no es Dina Justina, sino indigna.

Así que estas pobres violadas tuvieron pendencieros de mantuvién que despearon su agravio, mas yo juraré por mis hermanos, que si la burla viniera a colmo, perdonaran la sangre por una banasta de sardinas. Todo esto tenían ellos muy bien tanteado, y por eso iban tan satisfechos de la gatada.

¿Qué te contaré? Si vieras esta pobre Marta al revés, que quiere decir Tamar, ir camino tan fuera de camino, enjaulada como toro que llevan al encerradero, ladrando como perro ensabanado que llevan a mantear, tuvieras duelo de la pobrecita, medio cocida, medio asada, medio empanada, medio aperdigada. Una cosa me dio siempre mucho consuelo y esperanza de salir intacta, y fue que, unos por otros, se detenían y me llevaban en medio, sin hacerme declinar jurisdicción ni conjugar tampoco. Parecía al asno de Burridano, que estando muerto de hambre, y en medio de dos piensos de cebada, de puro pensar a cual saludaría primero, nunca comió del un pienso ni del otro. Parecía también al zancarrón de Mahoma, en medio de dos piedras imanes, las cuales, una a otra, se impide el robo. Y, a la verdad, muchos pretendientes que aman una misma dama, cuando así están juntos, son como olla de nabos que mucho yerve, que aunque todos andan listos con el calor, ninguno se pega a la olla. Así que todos me comían con los ojos y ninguno me tocaba con las manos.

Hasta aquí se alargó fortuna a hacer limosna a estudiantes, con quien pocas veces suele ser franca; mas, cansada la hermosísima gitana celeste de emplear su favor en estudiantes (gente ingrata, gente que en ser voltaria compite con la misma rueda de la fortuna), extendió su mano diestra con rostro favorable para ampararme y defenderme, pareciéndole que si para un Eneas bastó una inclemente borrasca, para Justina bastaba una carretada de enemigos, y que bastaba haberme armado la mamona sin disparar la ballestilla.

Mas porque después de un reventón subido, da gusto el mirar atrás por ser trabajo pasado, así me le da el referir unas octavas que compuso un gran poeta a quien yo comuniqué esta historia, y cómo iba lamentándome cuando me llevaban en el carro los de la Bigornia. Y a este propósito compuso en octavas un diálogo entre mí y la princesa de las Musas, que a la cuenta es Calíope, en que finge que la diosa de las Musas me manda referir mis penas, y que yo, a duras, le cuento mis ansias y suspiros. Tienen un artificio singular, y es que juntamente

son elegante latín y elegante romance, dificultad que pocos la han vadeado con el ingenio que éste, que si lo que le sobraba de poeta le faltara de loco, era digna de lauro su cabeza.

DIÁLOGO ENTRE LA PRINCESA DE LAS MUSAS Y JUSTINA, A PROPÓSITO DE SU ROBO, EN OCTAVAS ESPAÑOLAS Y LATINAS

MUSA

Declara, si me amas, oh Justina,
Cuántas quimeras ibas fabricando,
Instante una tan próxima ruina;
Cuáles internas voces replicando,
Urgente tanta pena repentina,
Cuáles lamentaciones resonando.
Cuando tantas injurias publicabas,
¿Cuántos celestes orbes penetrabas?

JUSTINA

Grandes penas intentas, Musa chara,
Mandando tan acerbas juicios;
Suspende obediencias tales, dea praeclara,
Suspende tan penosas relaciones.
¿Suspendes? Responde, oh Musa clara,
¿Respondes negativa? ¡Oh duras confusiones.
¿Mandas? Subjéctome. Afirmino, fui clamando,
Tales infrascriptas voces dando.

¡Oh raras peregrinas invenciones!
¡Oh máquinas tan viles cuan brutales!
¡Oh quiméricas, oh vanas ilusiones!
¡Oh bárbaras personas animales!
¡Oh terrestres, caducas intenciones,
Serpentinas, crudas, duras, infernales!
¡Oh fortuna inhumana, ingrata, varia,
Tan dura cuan astuta, falsa cuan contraria!

APROVECHAMIENTO

En achaque de máscaras y disfraces se cometen hoy día temerarios pecados, por lo cual los padres cuerdos y christianos deben guardar a sus hijas de semejantes ocasiones, en las cuales está solapado el anzuelo del peligro.

CAPÍTULO SEGUNDO

DE LA BIGORNIA BURLADA

NÚMERO PRIMERO

De la entretenedora astuta

RIMA DOBLE

Después que la carreta apresurada
Quedó emboscada y lejos de la gente,
La Bigornia insolente alborozada
Saltó en una llanada, y su regente
Quedó muy prepotente en la emboscada.
Vióse Justina apretada, y de repente
Pensó tan conveniente modo y traza,
Que el carro le sirvió de red de caza.

Después que salí, o, por mejor decir, me llevaron por mar en carreta, metida como carne de pepitoria entre cabezas y pies, y ya después que la noche puso al sol el papahígo para que, o durmiese, o fuese de ronda a visitar los antípodas, dejando a Delio su tenencia, pararon en una llanada que estaba poco más adelante de un bosque que les servía de trinchea y emboscada. Al parar, vieras llover tanto del jo sobre las mulas, que se te amulara el alma. ¡Dolor de quien temía que querían desquitar los jos de la mula con los artes de su persona! Tras esto, saltó en la llanada la insolente Bigornia con gran alborozo y algazara, diciendo todos:

-¡Víctor la secretaria del señor obispo!

Y para aperdigarme para el oficio, me dejaron sola con el obispote.

Miren qué aliño para una pobre dieciochena, que era niña y manceba y nunca en tal se vio. Temblábanme las carnes de miedo, y aunque para él eran mis temores trémolos de bandera en coyuntura de asalto, con todo eso, se detuvo y dijo:

-Justina, ¿de qué temes? ¿Aquí no estoy yo? ¿No estás conmigo?

¡Ay, hermano letor, mira con quién, para consolarme con decir: no estás conmigo! ¡Qué Faltiel para Muchol! ¡Qué Absalón en guarda de Tamar, sino un obispo de la Bigornia y capataz de la bellacada!

Pero bien dicen que la apretura y estrechez en que se ve un entendimiento es la rueda en que cobra filos, pues en viéndome en este nuevo estrecho de Magallanes, comencé a dar en el punto de la dificultad, y lo primero en que me resolví fue en entretener agudamente toda aquella noche el obispote, para que no corriesen sus gustos por mi cuenta, dado que él pensaba rematar cuentas del pie a la mano. Valióme mi ingenio; a él le doy gracias, que por su industria embalsamé mi cuerpo y le libré de corrupción y del poder de aquella fantasma eclesiástica y del incendio que ya me tenía tan socarrada como socarretada. Demás de que mi ganancia no fue de las de tres al cuarto, pues, como verás, de los despojos de mi victoria quedé tan aforrada de capas, sombreros, ligas, ceñidores, etc., que pudiera poner en campaña sombrerados, ligados, ceñidos y capados otros ocho capigorriones tan grandes bellacos como éstos, que quisieron en tan breve tiempo dar a la enterísima Justina el ditado de Barca Rota.

Oyan, pues, mi traza; escuchen la victoria alcanzada de una invencible novicia, no con más soldados que sus pensamientos ni con más fuerza que sus trazas, y con tan buen modo, que quizá si algunas le usaran, sonaran menos sus voces y más su fama.

Luego que me vi a solas con este sireno de carreta y vi que con la una mano me tenía echado un puntal al cuerpo, como hacen al árbol cuya fruta está a pique de caerse, compré una libra de Roldán por dos arrobas de dolor de estómago, y con ella desleída en lágrimas, jalbegué mi

cara, la cual quedó tan arrollanada, que hiciera temer al mismo Almanzor si estuviera en la carreta, y con buen tono, fablé así:

-Ea, picarón de sobremarca, obispo de trasgos y trasgo de obispos; él no debe de haber medido los puntos del humor que calzo, no me ha pergeniado, que a pergeniarme bien aún fuera Bercebú. Amanse el trote y el trato, que el que por ahora usa es para motolitas que no saben de carro y toda broza, que las de mi calimbo saben hacer de una cara, dos, y en caso de visita, saben dar a un obispo cardenales que le acompañen sin perderle de vista.

Como el bellacón oyó que yo le hablaba a lo de venta y monte, y que yo había tomado el adobo de la lampa que él practicaba, en parte le pesó, por ver que no podía sentenciarse de remate su pleito en tan breve término como él pensaba, y en parte se le alegró la pajarilla, viendo que había encontrado horma de su zapato. Con esto, deshizo la mamona, y mirándome de otra guisa, con más respecto y menos vergüenza, me dijo:

-Picarona, si es que me había de responder al uso de la mandilandinga, hablara yo para la mañana de San Junco. Por Dios, que me encaja. Hermosa hilaza ha descubierto. Así la quieren en su casa y así será de provecho, y yo la doy palabra que, por las buenas partes que ha descubierto, la he de hacer obispa de la Picaranzona. Dígame, rostro, atento que mi sentencia está dada contra ella, la cual sentencia es la suprema por ser dada en consejo de Rota, mire si tiene que alegar o suplicar, porque donde no, tomará la posesión quien trabó la ejecución.

Como me quiso tocar en lo vivo, avivé y, rechinando como centella, le respondí:

-Eso no. ¡Tate, señor picarón! (y dile un muy buen golpe en los dedos). Yo apelo, a lo menos, suplico del tribunal de su injusticia al de su clemencia Pero no; aguarde; oya, oyámonos. Escuche, escuche. Dígame, muy infame, ¿parécele que mi entereza, guardada por espacio de dieciocho años (que tantos hago a las primeras yerbas), es bien que se consuma a humo muerto y se quede aquí entre dos costeras de carro, como si fuera hoja seca de carrasco viejo, que después de vendida la leña se queda en la lastre de la carreta? No quiero alegar en mi abono las leyes gentílicas que dan término para llorar la virginidad, pero a lo menos, no permita que entre christianos muera una entereza tan de súbito. Dígame, ¿qué pícaro de hospital muere sin más luz que ahora tenemos, sin más ruido de campanas que el que ahora nos acompaña? Los descomulgados van a la sepultura a lo sordo, pero, pues no lo está mi entereza, no quiera que tan sin solemnidad se le dé sepultura de carreta a cencerros atapados. Y cuando yo y mi entereza hubiéramos incurrido en descomuniación alguna por delitos, que nunca faltan, para eso es el obispo, para absolverme dellos y dar orden que mi entereza sea honrosamente sepultada. ¿Sabe lo que ha de hacer? ¿Sabe lo que quiero mandarle? -que, pues yo soy obispa, justo es mandemos a veces-, que llame la camarada y, por lo menos, de antemano bebamos la corrobla, como dicen los montañeses de mi tierra, y delante de la insigne Bigornia se ordene un festín, y me deje hacer cuatro pares de melindres, siquiera porque vean que me duele el degollar un pollo que ha tantos años que crío par, su mesa episcopal. Y también sepa, señor don Acémilo, que me estimo, y quiero que delante dellos me dé palabra, aunque no sea sino por bien parecer, que cuando sea cura me dará de beber (que lo que es de comer, ya sé que es pedir peras al lobo, pues no lo ha de tener jamás, ni para sí ni para mí, si no es que comamos las calabazas que tiene de renta, pagadas por mano de obispo cada cuatro témporas un tercio, sin algunos que están caídos, que es la renta más cierta que hay en Castilla). Y si esto le está muy a cuento, consiento; si no, pique. Digo, pique el carro, que si por fuerza va, ya sabe que las mujeres sabemos malograr los gustos. Más vale carnero en paz, que no pollo con agraz, créame. Amén, que le digo la verdad. Persona forzada, aun para servir en galera es mala, con ser oficio aquel de por fuerza, ¿cuánto menos podrá una

forzada servir de hacer favores, siendo oficio de gente voluntaria y gustosa? Y si esta razón no le contenta, llame a consejo y verá lo que le dicen sobre esto de las fuerzas.

Créanme o no me crean, sabe Dios que en esta ocasión me encomendé con todo corazón a Santa Lucía, de quien dicen que es abogada de los que la invocan en peligros semejantes. Vayan conmigo: mi intento era apellidar por compañía para dar largas con untura de almacén y entretener el tiempo, aunque el motolito, con toda su Bigornia en el cuerpo, creyó que el llamar compañía era para hacerle la salsa al plato o para tañer de mancomún al conjuro de la bruja que decía: «Allá vayas, piedra, do la virginidad se destierra.»

Cuando yo vi que mi obispete suspendía el auto y me oía de aután, y vi que el gustosillo y blando céfiro de mis regaladas y airosas palabras borneaban su cabeza de porra de llaves y su cuello de tarasca, y hacía ademanes de aprobar mi consejo y llevar este negocio de gobierno conforme al arancel de mi petición, luego di por tan hechas mis chazas como sus faltas.

Dicen que cuando las alas de cualquier ave de rapiña se juntan a las del águila, con el poder y virtud de las del águila, se van pelando y consumiendo las de las otras aves, en especial las de las pantheras y las grullas. Así, ni más ni menos, viendo yo que las trazas deste avechucho y grullo, que así se llamaba, se juntaban con las mías, tuve por cierto el apocar sus intentos y destruir sus estratagemas con mis astucias. En especial me animó el ver que había perdido la primera ocasión, porque es regla cierta que, quien pierde el primer punto, pierde mucho, y no tuve mejor pronóstico de que la fortuna estaba en mi favor, que el ver que se le había escapado el primer lance de fortuna.

Acuérdome de un galán pensamiento de un poeta que fingió que el Amor salió un día a caza llevando en su compañía al Consejo. Era el desiño del Amor cazar una fiera llamada Buena Ocasión. Yendo, pues, en prosecución de tan gustosa caza, llegaron a un espeso monte, en el cual estaba la Ocasión encovada en el cabezo de un alto y casi inaccesible risco. Luego que el Amor vio la presa deseada, pidió ayuda al Consejo. Ayudóle. Llegaron al puesto tan ligera y astutamente, que el Consejo le puso la Ocasión en las manos, de modo que el Amor la pudo asir. Ya que el Amor tuvo la presa en las manos, volvió el rostro hacia donde estaba su compañero el Consejo, y díjole muy de espacio:

-Amigo, haced traer una jaula en que enjaulemos y llevemos viva la Ocasión, que tan perdidos nos ha traído.

Mientras el Amor volvió el rostro y cuerpo a decir estas razones al Consejo, huyó la Ocasión a vuelta de cabeza, y dejó al Amor burlado y aun afrentado. Quejóse el Amor de la poca ayuda del Consejo, mas el Consejo le respondió, diciendo:

-Amigo Amor, yo no acompaño más que hasta cazar, pero no hasta enjaular. Y así, tuya es la culpa, que teniendo la caza en la mano y armas en la cinta, no era necesaria mi ayuda.

Así que, con mucho fundamento, me consoló el ver que se ponía a tomar consejo el obispo en el tiempo que tenía la ocasión en la mano.

Con las razones que le dije al obispete, puse su señoría de cera y más obediente a mi mandato que si yo fuera la papesa. Queriendo, pues, poner en ejecución mis ordenanzas, dio un silbo como de cazador o ladrón (que todo lo era y de todo tenía gesto), y al reclamo acudió la Bigornia, pensando que ya había, como ladrón, embolsado el hurto, y, como cazador, degollado a la pobre tortolilla cogida en la red que ellos dejaron armada. Y como los soldados, después que ven desmantelado el muro que han sitiado, se entran con algazara a

tomar posesión del castillo conquistado, diciendo a voces: «¡Viva España y su rey!», así ellos, con voces y alaridos, venían diciendo:

-¡Viva el obispo y su Bigornia!

Y otro picarazo, que tenía una voz rocinable, dijo con un bajo temerario:

-¡Viva el señor obispo, remediador de huérfanas!

Yo, por les ganar la boca para mis intentos, dije a bulto un amén, y tras él, dos de mudanzas con tres castañetas en seco, en el poco sitio que me cabía en el carro, donde íbamos como palominos de venta. Usaba de todas estas trazas por vestirme del color de la caza, lo cual fue parte para que el mismo carro que ellos ordenaron para su triunfo, me sirviese a mí de vivar donde cazarlos (como más larga y gustosamente lo verás en los dos números que se siguen).

Esto que he referido era entre dos luces, cuando se reía el alba, y tanto más se reía, cuanto más de cerca iba contemplando la burla que yo pensaba hacer al villadino, o, por mejor decir, al villadino.

APROVECHAMIENTO

Permite Dios que el pecador no sólo no consiga los gustos que pretende con sus chimeras, pero ordena y quiere que ellas sean instrumentos de sus penas y verdugos de su persona.

NÚMERO SEGUNDO

Del parlamento loco

ESTANCIAS DE CONSONANCIA DOBLE EN UN MISMO VERSO

Hizo sceptro de un garrote el obispote
Y a guisa de rey Mono, hizo su trono,
para más abono, dijo en tono:
Amigos, cese el cote y ande el trote.

Hoy se casa el monarca con su marca,
No quede pollo a vida, ni comida,
Con que no sea servida mi querida.
Llamalda en la comarca, polliparca.

Traed tocino y bon vin de San Martín,
Pan, leña, asadores, tenedores,
Frutas, sal, tajadores los mayores,
Presto, que el dios Machín pretende el fin.

Acabada esta razón, dijo el moscón:
Marchad luego, bola, sin parola
Fuéronse con tabaola, y quedó sola
Justina en conversación con su obispón.

Justina entretenía y suspendía,
De modo que pudieron los que fueron
Hurtar lo que quisieron, y volvieron
Con lo que pedía su señoría.

Venidos, se asentaron y brindaron,
El obispo don Pero se hizo un cuero,
Luego el carretero cargó muy delantero;
Mas que, si mucho pecaron, más penaron.

Ya que estaba el carro atacado de bellacos y el gobernador de la Bigornia en medio dellos, pareciéndole que no venía bien el ser obispo casado, no siendo obispo griego, aunque andaba cerca de serlo, renunció los hábitos y hízose rey. Tomó un garrote en la mano en forma de sceptro, hizo de las capas un trono imperial, poniendo por respaldar dos desaforados cuernos. Parecía rey Mono puramente. Captó la benevolencia, pidió atención; estaban boquiabiertos. Dijo Eneas, y escuchaba Dido el parlamento muy atenta por su mal. ¡Oh, qué bien dijo el refranista español!: «En consejo de bellacos, razonamiento de trapos», lo cual quisieron sin duda decir los antiguos, cuando para pintar una tropa de semejantes bergantes gobernados por otro tal, pintaron una zorra coronada de restas de ajos, predicando en un cesto a las monas y a los gatos.

Pero vaya de parlamento episcopal:

-Charos infanzones míos, conocidos en nuestra región campesina por vuestras hazañas, tan claras, que de noche relucen más que ojos de gato, por lo cual son hazañas gatunas. Famosos por vuestras prendas, nunca empeñadas, si no es en buena taberna. Lo primero, hoy cese el cote, pues no hay para mí fiesta cumplida sin cumplirse mis deseos. Lo segundo, quiero que andéis al trote, que es el paso de mis cuidados. Demás desto, os aviso que os he juntado en este mi carro triunfal para que, como a otro Scipión, coronéis de gloriosa palma mi cabeza, no por la victoria que he alcanzado, sino, por la que espero. Demás desto, os advierto que conviene a mi servicio y a vuestra honra bigornial y a la virginal Justina, nuestra hermana, tan cara cuan barata, que, pues puedo decir que hoy nació del vientre de la fortuna, vea yo que con gusto festejáis mi nacimiento claro. La circunstancia del tiempo, si queréis mirarlo, me da a entender que, pues nació debajo del amparo de la estrella de Venus, me ha de ser propicio el dios de amor, su hijo, y el alba de mi Justina. Cantaréis a voz en grito, cuando el piadoso cielo honrará mi cabeza con su lauro, y diréis que renazco como el ave fénix de las cenizas que ha hecho Justina en mi alma, después de haber quemado las potencias della con el inmortal fuego de su rigor. Atención, ella está entera como su madre la parió -y aquí suspiró el auditorio-, mas en esta hora piensa tomar puerto mi presuroso bajel y estampar en su entereza el non plus ultra asido de mis dos columnas. Digo, claro, que pretendo que dentro de una hora fatal la caza desta rara ave haga plato al gusto mío. Este es el día mayor de marca en que vuestro monarca se casa con su marca, por tanto, mando y quiero que os extendáis por los lugares desta región comarcana, que son muchos y muy cercanos, y no dejéis pollo, ni ganso, ni palomino a vida. Llámese mi Justina la polliparca, porque quiero que ella sea hoy la parca que acelere la muerte a todo pollo. No quede fruta, ni queso, ni bon vin de San Martín ni cosa de las de pasagaznate que no adjudiquéis para mi cámara. Y porque no hay principal sin accesorios, traed para mí servicio asadores, tenedores, tajadores grandes de madera, que son los platos de las bodas de los labradores; manteles, sal, cuchillos y todo buen recado de pieza y suela. No quede cosa que no sea tributaria de mi solemne día, ofreciéndola a los pies de mi Justina, a quien justamente estoy rendido. A vueltas desto, no cesaréis de hacer perpetua demostración de la alegría que en vosotros causan mis esperanzas, pues os consta que aun las cigüeñas se juntan a hacer fiesta el día que alguna se casa. Ea, amigos, que el dios de amor

tiene alas y no sufre dilaciones, en especial el mío, que es más volandero que la garza de Valdovinos. ¡Hola, amigos, menos parola y más obediencia!, que pues las esperanzas de mi placer no dan más larga que una hora, no es justo que os dé yo más de plazo para cumplir lo que tengo ordenado y dispuesto.

No hubo bien dicho esto el nuevo Heliogábalo, cuando los de su facción, con gran tabaola, saltaron un barranco que nos dividía con la presteza que los galeotes saltan un remo, ocupándose en obedecer al principote de la Bigornia. Entonces tuve por verdadera la fábula del zorro, el cual, para ir a caza de una querida zorra, puso a un cochino alas de grifo, y se halló mejor con este modo de cetrería que con otra ninguna. Así éstos, aunque como cochinos iban hacinados en una carreta, pero este zorro, con ánimo de cazarme, les puso alas de grifo. Sólo hay que, aunque cazó carne, pero no la que él quiso. De la presteza con que parló me espanto, mas si cochinos mandados de zorra vuelan, ¿qué me admiro de la ligereza destes?

Cosa donosa es ver cuán de gana obedecen los bellacos a quien gobierna su bellacada, y cuán de mala a sus legítimos superiores.

Preguntó uno a un caballero:

-Señor, ¿por qué pagáis tan mal a vuestros acreedores, siendo tan franco y pródigo con las personas a quien no debéis nada?

Respondió el caballero:

-Porque el pagar con obligación es de pecheros, y el dar sin deber es de nobles.

No me quiero detener ahora en calificar este dicho, que bien se echó de ver que erró este franco necio, que antes el pródigo paga pecho a la imprudencia y al vulgo y al qué dirán y a todo el mundo, y, por el contrario, el que paga a su acreedor muestra gran nobleza; lo uno, en desechar sujeciones; lo otro, en ejercer la virtud más hidalga, que es la justicia, la cual hace una ventaja a las demás, que las demás sólo miran el provecho de su dueño, pero ella y las que a ella se llegan no miran sino el provecho del tercero, que es más nobleza e hidalguía. Y también porque ella es tan noble e hidalga, que iguala al mayor, si debe, con el menor, si es acreedor.

Pero dejado esto para los sotos frescos, para los gallos briosos y para las peñas fuertes, que son los floridos de nuestra Salamanca, concluyo a mi propósito con decirte adviertas cómo estos bellacones no tenían por bien obedecer a su verdadero obispo, el cual les traía sobre ojo; empero, a su obispo soñado le obedecían, y con la presteza que el rayo sale de Oriente y aparece luego en Occidente, con tanta y aun con mayor obedecían estos demonios a su Belcebub.

Dejéronme con él y sin mí, tan sola cuan mal acompañada, tan triste cuan disimulada. Comenzóme a decir muchas chanzonetas, y de travesía me daba algunas puntadas para que le dijese lo que pensaba yo hacer cuando tomásemos la Goleta. Yo, al principio, comencé a responderle a son, mas, ya que vi que se metía a tantos dibujos, eché por otro rumbo. Comencé a contar cuentos, los más de risa que se me ofrecieron, para divertirle la sangre. Contéle medio libro de don Florisel de Niquea, que entonces corría tanta sangre como yo peligro, mas a éstos me respondía que para entonces más se atenía a el Niquea, o por mejor decir, al neque, ea, que al don Florisel, y que para quien esperaba fruta, eran muchas flores. Dile algunos sorbos de Celestina, mas decía que tenía espinancia y que no podía tragar nada de aquello; pero ya que no me valieron los cuentos de mi señora madre Celestina, valiéronme

sus consejos. Del Momo, un poquito, mas dijo al Momo, no, no. De Alivio de caminantes dije lo que importó para aliviar mi camino de la carga que tenía, mas él en nada sentía alivio. Bien es verdad que todo cuanto yo le decía lo sabía bien, y todo lo aprobaba, aunque era con tal modo, que daba bien a entender que como no me tenía a mí toda, sino sola mi lengua y sombra, no las tenía todas consigo.

En esta sazón venía ya el hermoso Apolo corriendo presurosamente por los altos de un cerro, siguiendo el alcance de los alojados infanzones para descubrir los hurtos y emboscadas de que siempre fue tan enemigo. Mas cansado el bellissimo joven luciente de correr tras los nuevos Jonatases, parece que se detuvo y descansó tras un espeso monte de encinas, y ellos llegaron ante el tribunal de su antiguo obispote y nuevo rey de copas (y yo era una de ellas), con la presteza y provisión que si ellos fueran el águila de caza que tuvo Paleólogo el rústico. Unos traían pollos; otros, palominos; otros, patos; otros, pan; otros, platos. Que como era boda de pícara y pícaro y hecha por mano de pícaros, casi todo cuanto despescaron empezaba en P. Pues, ¿instrumentos de platos y asadores, cazos, asartenes? Pudieran alhajar dos novias con lo hurtado. Uno trajo un costal de pan caliente, con juramento que se lo habían sacado a traición a un horno por las espaldas, que tenía vueltas a la calle, dejando por lengua que lo parló el calor y olor tan conocido. Otro, por no venir mano sobre mano, hurtó diez candiles de un mesón para hacer en mi boda el entremés de la Encandiladora. Otro trajo una sobremesa de unos que se habían quedado dormidos, después de haber jugado sobre ella a los naipes, y aun dijo el estudiantico bigornio que, como vio los jugadores dormidos, hizo al uno la mamona hacia la faltriquera. Parece ser que no traía bien los dedos, por lo cual recordó el dormido, y como sintió sobre sí la mano del nuevo reloj (que apuntaba a su faltriquera, no para dar, sino para tomar), se alborotó y comenzó a dar voces. Era el estudiantico bello bellaco, y sin perder compás ni mostrar turbación, le dijo con mucho sosiego y contento:

-Hermano mío, si como soy estudiante burlón fuera algún ladrón de los que andan hoy día por el mundo, mala manera de negociar teniades y muy peligroso era el sueño; pero amigos somos, duerma, galán, y mire que por hacerle caridad y buena obra le arropo.

Tras esto, le atestó el sombrero sobre los ojos, no tanto por arroparle, cuanto por arroparse con la carpeta o sobremesa sin que lo columbrase el labrador, a quien dejaba hecho pita ciega, y tan ciega, que pensó que de pura charidad duranga y celo gatuno le dejara casquiatestado. La sobremesa era galana; por señas, que una poyata se la había prestado a la mesa sobre su palabra y el estudiantico la tomó sobre su conciencia y debajo de sus brazos.

Otro trajo un tizón de lumbre. Quemado él sea con él, que éste me desatentó, que no hacía sino soplarle y alumbrarme a la cara y reírse, diciendo:

-Colorada va la dama.

No acabara, si contara por menudo las cosas de comer y el recado que trajeron. No me espantó sino cómo no sacaron de cuajo las aldeas y de cimientos los muros y casas de villas, según y como lo hizo Júpiter cuando vino a las bodas de su querido.

Ya se juntaron todos. Vesme aquí con todo el conciábulo congregado para decretar a costa de la pobre Justina, que en esta ocasión era blanco de tantos necios; mas yo tenía reforzadas mis trazas y un ánimo como una capitana. Mi inquina era toda contra aquel Holofernes eclesiástico que aun reír no me dejaba, según que con los ojos me tenía confiscados boca, lengua y sentidos.

En llegando, me sacaron del carro a hombros como a opositor de cátedra, por mejor decir, como a cátedra de opositor, y el obispo don Pero Grullo miraba a las manos de los apeadores por si acaso alguno se le deslizaba alguna mano al tiempo del trasladarme del carro al suelo. Di orden cómo se guisase de comer. Hiciéronlo, aunque sin orden, pero con tanta presteza que parece que de mohatra se les hacía cuanto querían. En todo me obedecían, si no es en irse poco a poco, que esto no se podía acabar con ellos. Para entablar mi juego, de trecho en trecho, y bien a menudo, les decía:

-Amigos, beban, y así lo llueven las viñas.

Yo, mirando al obispote, hacía que bebía con un vaso de cuerno, y decía:

-Brindis quoties. Beba el obispo y vaya arreo.

El obispo se excusaba de beber con una gracia que contenía mucho de naturaleza, y era decir:

-De vino, poco, que soy patriarca de Jerusalén.

Mas, aunque le amargaba, todavía por mi contemplación bebió unos polvillos, los que bastaron para añublársele el cerebro y aun para añadir algunas erres al abecedario de su Bigornia. El que menos, ya estaba a treinta y uno con rey; ello, las gracias sean dadas a ciertos puños de sal que eché en el jarro. Decíame el obispo don Pero:

-¡Ay, mi Justina, que en todo eres un terrón de sal!

Decía yo para conmigo:

-Verdad dice éste, pues aun el vino, a pura sal, está echado en cecina.

Ya que todo estaba guisado y a punto, hizo señal el señor bigornio mayor, y todos escanciaron y comieron como unos leones; sólo mi obispo tragaba más bocados de saliva que de otra cosa, y pienso que en mirarme gastó una libra de ojos y en decirles que se diesen prisa otra de lengua. No dudo sino que tras cada bocado que ensilaban los de la Bigornia le daba su reloj las ciento; mas ellos (como de la fiesta no habían de sacar otra cosa que entremesar a las panzas, y como las traían húmedas del rocío y humedad de la noche, y daban de sí como panderos mojados), iban dando alargas al tiempo, de lo cual recibía yo tanto gusto como el obispo pena y rabia. Entre burlas y juego, siempre yo muy cuidadosa con que bebiese el obispo y fuese arreo. Hízolo el obispo a tan buen son, que ya, por decirles daos mucha prisa, hermanos, decía:

-Daos murria perra, hernandos.

Ya que tuvieron rehechas las chazas y hechas las rechazas, los buenos de los mozalbetes decían donaires. No metían letra, y si alguna metían era ces y erres. Hacíanme quebrar el cuerpo de risa, que ya el miedo había pagado el alquiler de la casa y ídose a Berbería. Uno, que no tenía salero a la mano, echó cantidad de sal en el suelo, y allí mojaba el carnero que, por ser sobre yerba, salía carnero verde, y por ser sobre tierra, negro, y por todo salía verdinegro. Otro hacía sopas de vino con briznas de cecina y sacábalas usando de huesos como de cuchara. Otros bebían con un zapato, porque, a segunda vuelta, voltearon las copas. Era hacienda hurtada, que se logra poco.

Ya viendo sus demasías el enfrenado y compuesto Pero Grullo, menos bebido, aunque más beodo, puso general silencio, diciendo:

-¡Carren! ¡Carren!

Por decir callen, callen. Averigüe Vargas el vocabulario. Los mozuelos, como estaban metidos en la erre de Babilonia y su confusión, no le respondían, porque ni se entendían ni le entendían. Entonces el monarca, muy enojado, alzó una mano (que entre ellos y en su habla jacarandina era indicio de imperativo modo en la manera de mandar), y con esto se recogieron todos derechamente al carro, aunque no tan derechamente ni tan por nivel, que no hicieran algunas digresiones de cabeza, paréntesis de cuerpo y equis de pies.

Ya entraron todos, con que el carro quedó en cueros, o los cueros en el carro. Lo que yo temí mucho fue que el carretero los había de despeñar, porque había cargado la mano más que todos, y aun la cabeza, y iba atacado hasta la gola. El obispo me escudereaba y llevaba de la mano al carro, aunque no tenía él poca necesidad de quien se la diese, para reparo de los muchos trapiés que a cada paso daba. No he visto pies de goznes, si aquellos no. Daba vueltas, como mona, en fin, y una vez dio una que pensé se despuntara las narices, que las tenía sobresalientes un poco, y aun un mucho. El bien vía que eran caídas de más de a marca, que era beodo reflejo, que son los peores, mas por excusar su flaqueza, decía el pobre obispote:

-Justina, por ti ranso.

Respondíale yo:

-Ya veo que por mí danza su señoría, sino que no quisiera yo que hiciera tantas reverencias ni que llevara los cascabeles en la cabeza y corona.

Yo, para decir verdad, mis ciertas mamonas le armé hacia los pies, y no fueron de poco efeto, que maldita la que me salió en vano. Cuando se caía hacía mí, dábale un envioncito hacia el otro lado, diciendo unas veces:

-Ox, que no pica,

Y otras:

-Allá darás rayo, que este lado es de ladina.

Con estas estaciones y revelladas llegó al carro hecho pedazos, con más sueño que amor. Para subirle al carro le di de pie tres veces, y él otras tantas de cabeza, y cada vez que se levantaba, decía:

-¡Upa, que desta entro!

Ya de pura lástima hice a mi maña que le sirviese de grúa y metíle en el carro, y yo tras él, tan sin miedo cuan sin tardanza y sin peligro. Reclinéle sobre las capas, sobre las cuales comenzó a dormir la mona alta y profundamente.

Veslos aquí; todos duermen en Zamora; sola la hija de Diego Díez velando. Pero no sin provecho, pues, según ya verás, en el carro que cogieron el gato, pagaron el pato.

APROVECHAMIENTO

Los malos, como tienen dada la obediencia al demonio, sujétanse de mejor gana a sus ministros que a los de Dios, mas cual es el dueño a quien sirven, tales son los gajes que tiran.

NÚMERO TERCERO

De los beodos burlados

OCTAVA DE CONSONANTES HINCHADOS Y DIFÍCILES

La fama, con sonora y clara trompa,
Publique por princesa de la trampa
La gran Justina Díez, que con gran pompa
Vuelve su rebenque en sceptro y le estampa.
La que usa del rebenque como trompa,
La que llueve azotes y no escampa,
La que de su carreta hace palenque,
Y sceptro, lanza y trompa del rebenque.

¡Oh fama, cuyo acento el orbe en campa!
Tu sombrío clarín no se interrumpa
Hasta ver la picaresca estampa,
No digo en papel puesta, do se rompa,
O en letra de escribano, que haga trampa,
Sino en peña, en quien no se corrompa
Memoria de un triunfo tan ilustre,
Con el siguiente mote por más lustre:

MOTE

Justina triunfó de ocho beodos,
Echándolos del carro a azotes todos.

Cuando las necesidades son repentinas, las mejores trazas y remedios son los que las mujeres damos, ca así como el uso de la razón en nosotras es más temprano, así nuestras trazas son las que más presto maduran. Mil veces verás en los entremeses ofrecerse necesidad de trazas repentinas y, por la mayor parte, las dan mujeres, que son únicas para de repens. Es el discurso y traza de la mujer como carrera de conejo, que la primera es velocísima, o como envión de francés, que el primero es invencible. Esto quisieron decir los antiguos cuando pintaron sobre la cabeza de la primer mujer un almendro, cuyas flores son las más tempranas.

Decía un discreto:

-¿Las mujeres, por qué pensáis que hablan delgado y sutil y escriben gordo, tarde y malo? Yo os lo diré: es porque lo que se habla es de repente y, para de repente, son agudas y subtiles, por esto es su voz apacible, sutil y delgada. Mas porque de pensado son tardas, broncas e ignorantes, y el escribir es cosa de pensado, por eso escriben tardo, malo y pesado.

Digo esto a propósito que tuve dos ocasiones para dar una galana traza: la una, el cogermé de repente, y la otra, el verme tan apretada; mas a la verdad, la mayor fue el ver que tan a mi salvo podía trazar.

Viéndolos todos beodos, y al carretero más que a todos, lo primero que hice fue darle un torniscón por verle tan fuera de mí como de sí. Con el golpe arrojó una espadañada de vino que espantó a las mulas. Toméle el rebenque o látigo con que gobernaba las mulas y con él derribé mi carretero en el duro suelo. El golpe fue grande, con el cual quedó sin habla y yo sin pena. Sintieron las mulas notable alivio. Volaban, pero más mis pensamientos.

El camino que el carretero había traído hasta allí no iba apartado del de mi pueblo más que sola media legua, y yo le sabía, porque algunas veces le había andado viniendo con mi madre, y también la una mula sabía el camino. Piquéla, y como las mulas no eran nada lerdas, el camino apacible, el azote menudo, el cuidado grande, caminaron de modo que en espacio de dos horas pude meter por mi pueblo esta carretada de odres, sin más sentido ni movimiento que si fueran insertos en la misma carreta.

Yo comencé a pensar cómo diría al entrar con ellos por medio de mi pueblo. Ofrecióseme si diría: ¡Guarda las zorras! O si diría: ¿Quién compra cueros? O si diría: ¡Fuera, que entra la Bigornia y Pero Grullo! Mas para espantarlos bien y vengarme mejor, me resolví en entrar dando voces y diciendo:

-¡Aquí de la justicia, que estos bellacos robaron la mula y el carro en Arenillas! (y era así verdad, como lo viste).

Hícelo así, y con tales voces que las pudieran oír en el real de Zamora.

Los beodos, con mis grandes voces, despertaron despavoridos, y como reconocieron que estaban en medio de la plaza de Mansilla, castigados por mi mano y aun por la de Dios, como los de Senacherib, acudían a derribarse del carro a toda furia. Esta era la primera estación, y no poco gustosa, porque al echarse del carro, daban temerarios zarpazos y sonaban a cueros que se enjaguan, y los más dellos chocaban por salir con toda prisa y huir de mis rigores. Como los cuervos mansos y traviesos suelen derribar un vidrio, vaso o copa y volver el oído para percibir con gusto el sonido, así yo, aunque a rebencazos los derribaba, volvía el oído a percibir el sonido del golpe.

La segunda estación era huir con tal prisa, que parecía llevaban cohetes en los posteriores. Mas ya que habían huido algún tanto y tornado sobre sí algo, echaban de ver que iban sin sombreros, sin capas, sin cuellos, sin ligas, sin ceñidores. Asomaban a querer tornar al carro a sacar su hacienda, yo les dejaba acercar en buen compás, y, en viendo que estaban a mi mano, tremolaba el azote de las mulas y dábales el rebencazo zurcido, que les aturdió. Bravas suertes hice defendiendo mi carro encantado, o, por mejor decir, encantarado. Jugaba de rebenque floridamente, porque para de lejos, me servía de lanza; para de cerca, de trompa de elefante; para en pie, de azote, y para asentado, de sceptor.

Con estas mis levadas se atemorizaron de modo que, sin capa, ceñidor, liga, sombrero, ni cuello, ni otras muchas cosas suyas, aunque habidas de por amor del diablo, se fueron huyendo por entre los sembrados, que parecían puramente las zorras de Sansón con cuernos encendidos en las colas. Todo el pueblo y muchachos se llegó al ruido, y todos les silbaban y gritaban, y si alguno me miraba de lejos, tornaba a tremolar el azote. ¡Qué confusión para ellos y qué gusto para mí! Estos fueron zorros, estos fueron diablos, que desde ahí a más de dieciocho o veinte días no se pudieron dar alcance unos a otros, hasta que un día de mercado

se juntaron en el de Villada, que era donde ellos solían hacer sus conciliábulos zorreros. No se acababan de santiguar de la villana de las borlas y de las burlas, que ambos nombres me llamaban ellos; de las borlas, por las que llevaba al cuello, como montañesa, cuando me encestaron, a lo menos, cuando lo pensaron; de las burlas, por las que les hice desde que les puse en cueros, dejándolos con sus vestidos, que es el cosí cosí de Móstoles. Ya después que tornaron sobre sí, alababan mi traza, pero escociales la injuria, y tanto más cuanto más sin reparo la hallaban, que al cabo, al cabo, todos éramos de la carda cual más, cual menos, y no podían dejar de reconocermé superioridad.

Después que se juntaron y trataron de lo pasado, quitaron al Pero Grullo la presidencia y obispado de la Bigornia, con tales cerimonias como si en hecho de verdad le quitaran algún insigne oficio, y, por sus edictorios, le privaron de oficio y maleficio por muchos años precisos y otros a merced, y lo sintió él como si le quitaran algún verdadero obispado, que, en fin, siempre fue verdadero el refrán que dice: «Lo que más se quiere, más se siente.»

Decíanle:

-Hermano, no merece plaza quien tan infamemente salió de la de Mansilla.

Diéronle criadas vayas, lo cual él sintió más que todo.

Uno le decía:

-¿Cómo digo de aquella emperatriz ante cuyos pies hoy habemos de pagar tributo? Mejor dijeras aquella emperrada emperradera, ante cuyos pies caímos hechos unos zaques, y de cuyo rebenque fuimos tan gobernados como desgobernados.

Díjole otro:

-¿Esta me llamáis polliparca? Llámola yo grulliparca, pues fue la parca del Grullo y aun de toda su camarada.

Otro le dijo:

-Camarada, ¿cómo era quello de hoy renazco como ave fénix de las cenizas que ha hecho Justina con el inmortal rigor con que me ha quemado las tres potencias del ánima? Más cierto fuera decir: Yo naceré con dolor del vientre de una carreta, cabeza abajo y pies arriba, y hoy seré aborto de carreta, y me pondrá Justina como nuevo de puro frisado con su azotina.

Otro le dijo:

-Hoy la rara ave de mi gustosa Justina hace plato al gusto mío. ¡Oh, pecador! Bien habías dicho, si no te hubiera primero dado con el plato en los cascotes, y si no quemara tanto el plato como el aceite que lamió la mona golosa que estaba sobre una hornacha de lumbre.

Otro decía:

-¡Viva el señor obispo, remediador de huérfanas! El huérfano sea el diablo, y tal remedio venga por su casa.

Otro dijo:

-Ella está entera como su madre la parió. Eso juro yo, que la entera es ella y los quebrantados nosotros.

Otro dijo:

-¡Ea, presto, que el dios de amor tiene alas! juro a diez y a un rebenque con que hace volar la carreta.

Otro, viendo que tan adelante iba el darle vaya, medio lastimándose, medio fisgando, dijo:

-Carren, carren. Murria perra es esa en dar vayas al rasante.

Tocó tecla de cuando por decir él: callen, callen, daos mucha prisa, dijo: carren, carren, datos murria perra, etc.

Dijeron dichos agudos y donosos, que por agudos los río y por largos los callo. Quédese a la discreción del pícaro más discreto, que es el único censor de toda letura de folga. No dejaron cosa que no tocasen, ni punto que no glosasen, hasta decirle:

-Bien pareces patriarchón de Jerusalén y nacido allá, pues tan vil y cobarde naciste.

Henchíanlo de necio, cobarde y pusilánime, y fue tal y tan pública la vaya, que, corrido de los mates que le daban y motes que le ponían, se fue de aquella tierra. Yo no dudo sino que no paró hasta Ginebra, y aun, según le pusieron hecho un negro, se debió de ir a Mandinga, o a Zape, donde envían a los gatos, aunque lo natural era que se fuera él a la isla de las monas y yo a la de los papagayos. ¡La bellaca que le saliera al encuentro a este toro agarrochado!

Muy capada quedó la Bigornia, y tan capada cuan descapada. Con todo eso, se rehizo y cazaba, no como antes, sino mosquitos, como milano de cuarta muda. Y a fe que no me da a mí poca pena cuando veo picarillos de alquimia entonarse y que no encuentren quien los haga tenerse en buenas. No sé acabar un cuento; ya sé que enfado en él, pero ya acabo.

En fin, yo me fui a mi casa, donde fui recibida como un ángel, que la gente de mi casa, aunque me quiera mal, holgaba destas morisquetas, que lo mamamos todos en la leche retozona. Y cuando fui a mi casa, llevé tras mí gran cáfila de gente de toda broza, especialmente niños y páparos, como panthera, que con el olor de su boca arrebatara tras sí los animales, absortos tras su fragancia. De todos fui alabada, por casta, más que Lucrecia; por astuta, más que Berecinta; por valerosa, más que Semíramis. Verdad es que, por si acaso llevaba algo socarrada mi fama o otra cosa, me zahumé con trébol y incienso macho en llegando a mi posada; quiero decir que conté el cuento con tan buenas clines, que sobre él pudo volar mi fama.

Súpose y divulgóse la burla en toda la comarca, y fue tan célebre el cuento del carro y de las mulas, que por esta causa, desde entonces, llamaron a mi pueblo Mansilla de las Mulas, que hasta entonces no se llamaba más que Mansilla a secas. La gente que me venía a ver y darme a mí el parabién, como presente, y a los bigornios el paramal, como ausentes, me tenían despalmada a puros abrazos, aunque no muy puros, que algunos me pellizcaban, que es uso de la tierra.

Después que reposé en mi casa y se me asentó la cosera, hice libro nuevo. Ya era otra cosa; ya los principotes de mi pueblo me miraban con otros ojos; ya me llamaban de merced y las gorras bajaban tantos puntos que llegaban a dos corcheas, y aun al corcho de mis chapines. Mas no sé qué me hube desde niña, que jamás hombre de mi pueblo me cayó en gracia.

Confieso que las mujeres somos de casta de plaza, que siempre gustamos de lo de acarreo. Y somos como el deseo, que siempre endereza a lo más remontado. Y somos como perros, que no nos hallamos donde no hay gente, y por esta causa apetecía yo emperrarme. Yo, en particular, siempre tuve humos de cortesana o corte enferma, y cosa de montaña no me daba godeo. Con todo eso, el tiempo que duró el festín de los parabienes viví contenta, que el gusto es el corazón de la vida.

La justicia, sabido el caso, me adjudicó el despojo de la batalla y mandó que el dueño de la mula hurtada me pagase muy buen hallazgo, pues, por mi industria, había sido librada del poder de la Bigorma, y que se me diese por testimonio, porque nadie me pudiese motejar de mala, sino honrar por casta y astuta. Ello, nunca faltan bellacos; alguno me ha dicho después acá:

-Hermanita, ¿cómo digo de la jornada de Arenillas? Si no quemada, tiznada, que una vela pegada a un muro, aunque sea argamasado, verdad es que no le puede quemar, pero dejar de tiznar es imposible. ¿Qué será si se pega a carne gorda, que se derrite tan bien como la misma vela?

Como destas necedades he yo oído, digan, que de Dido dijeron. Lluevan dichos, que ya ahora no me sabían en mi pueblo otro nombre sino la mesonera burlona, aunque algunos me llamaban la villana de las burlas. Ya yo no me preciaba de mirar a quienquiera, que una honrilla sirve de garbo al cuello y de almidón al vestido.

Holgárame de haber tomado por thema deste número aquel refrán que dice que quien hurta al ladrón gana cien días de perdón, de los concedidos por el obispo de sábado. Délos quien los diere, que si perdones se ganaran, yo había ganado jubileo plenísimo; pero ya sé que para perdones verdaderos, aun el nombre les sobra, cuanto y más el hecho. Con el mío, a lo menos, glosé el refrán a osadas. ¿Pero quién me mete en temas, ni glosas, sino en tejer historias y en hilar mis romerías? Pero no, mejor me será dejarlo, que no es paro sin venta para no dejar descansar las gentes. Yo lo dejo. Duerme, hermano lector, que mañana amanecerá y quizá tendrás gana de leer más.

APROVECHAMIENTO

La beodez no sólo impide los buenos intentos y daña a la vida de la razón, pero hace que el que se embriaga peque más y guste menos. En especial, note el lector en qué paran romerías de gente inconsiderada, libre, ociosa e indevota, cuyo fin es sólo su gusto y no otra cosa.

FIN

SEGUNDA PARTE DEL LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA JORNADA DE LEÓN

NÚMERO PRIMERO

Del afeite mal empleado

SÁPHICOS Y ADÓNICOS DE CONSONANCIA LATINA

Vencido el Grullo,
Cobra gran orgullo
La hermosa Justina,
Y se determina
Salir de aldeana
Y ser ciudadana,

Súbitamente.

Una mañana
Se puso galana,
Y desde el mesón
Se partió a León,
Acompañada
De su camarada

Bárbara Sánchez.

Fue bien arreada
Y mal afeitada,
Y las que la vieron
Tal vaya la dieron,
que, en fin, se apeó
Y el afeite lavó.

Triste picaña.

Muchas veces he oído que los soldados viejos tienen por común refrán decir: «Nunca una victoria sola». Dice bien, porque el orgullo de un triunfo hace los ánimos invencibles y los arrisca y dispone para emprender nuevas hazañas.

El grifo no pelea hasta que es de edad de cinco años y tiene buen cuerpo y suficiente proceridad, y si en la primer batalla que tiene con alguien, vence, es prodigio de fortaleza, y si vencido, queda más pusilánime que un milano y pocas veces alza cabeza, y cualquier águila - no digo yo la morphnos, ni osifraga, ni halieta, ni pigargo, que son las especies naturales del águila, sino la bastarda o mestiza, llamada cigüeña montañesa- le vence y acobarda. Así yo, como de la pasada y referida empresa salí tan lozana cuan triunfante, no sólo me ensanché, pero en mi mesma opinión crecí; crecieron mis humos, mis desdenes, mis pensamientos, y aun pongo en duda si creció mi alma, según vi en mí universal mudanza. Ya yo era dama; ya las cosas de montaña y de Mansilla, que todo es uno, me olía a aceite de alacranes; ya se había pasado el tiempo cuando quería yo más uno de zaragüelles blancos con una pluma de pavo en el sombrero o carapuzca cuarteada, que a los mil Narcisos de corte con todos sus alfeñiques y perfilados; ya se había pasado el tiempo en que yo estimaba más que uno destos me prometiese una libra de lino o azumbre de leche o vello en jugo, o un cordero hurtado a su abuela, que si un cortesano me ofreciera una cadena o cabestrillo de oro.

Son las labradoras y montañesas como la loba, que en tiempo de brama huelen todos los lobos y siempre escogen el peor y más flaco. Hablad con que se me diera a mí en aquel tiempo un pito por el galán que, besando la mano, derribara la rodilla y dijera:

-Dama, tome ese cabestrillo de oro. Pardiez, pensara que era pulla y que me quería encabestrar y enalbardar.

El mayor presente que por entonces pensaba yo que se podía hacer a una mujer de mi estofa era una sortija de latón morisco y, a lo sumo, de plata, y cuando llegaba a ser sobredorada, venía a perder la senda de la consideración y pensaba que era el finis terrae de los presentes, que, como dice el refrán, en estómago villano, no cabe el pavo.

Pasóse este solía, y a tal tiempo me trajo mi entono engomadero, que no estimaba yo entonces un faldellín de grana de polvo con franjones de oro, más que si nacieran los faldellines entre las cercas o entre los cuernos del Rastro. Y todo esto vino de que, como dije, la pasada vitoria sacó mis pensamientos de quicio y mi persona de mi estado.

Viéndome, pues, encapada y ensombreada, a costa de la carretada de tontos que desembarcaron por mi orden en la real de Mansilla, rica de sus despojos y ufana de mis trampantojos, se me puso en la cabeza salir de aldeana y montañesa y dar de súbito en ciudadana. Resolvíme en dar una pavonada en la ciudad de León, por ver si se me pegaba en ella algo de lo civil, ya que de lo criminal yo era maestra.

La ciudad de León está solas tres leguas de mi pueblo, aunque hay en medio un mal paréntesis de un puertecillo, en cuya cumbre, en tiempos pasados, estuvo gran tiempo la estatua de un hombre capón. Hombre, digo, capón.

Alguno me dirá:

-Justina, adjetivad para peras.

Acaba ya, hermano lector. Vete conmigo, que buena es mi compañía.

Así que, la estatua deste capón tenía el letrero siguiente: «El capón tiene del hombre lo peor y de la mujer lo más ruin.» Cuando yo andaba malherida deste escrupulete era por agosto, y muy cercanas las fiestas agostizas que se celebran en aquel pueblo con muchos atabales, cuando menos.

Resolvíme de ir, y, resuelta, hice resolver a ciertos caballeros de Aburra, hijos de rocino de mi pueblo, que me tocaban algo en sangre, y aun no me tocaban poco, que me buscasen una pollina mansa en que yo dromedease la llanada que hay desde Mansilla a la noble ciudad de León.

Primer sitio de León. Esta es la campaña donde los antiguos dicen que fue la primera fundación de León cuando ella estaba en su flor, en hecho y en nombre, pues se llamaba entonces Sublantia Flor. Mas el aire de la mudanza, que todo lo derriba, la arrancó de cuajo y mudó al sitio donde agora está, tan linda de lejos como fea de cerca, trocado el nombre de Flor y su belleza en la ferocidad y en el nombre de León, junto con el rigor del frío y la melancolía de las lluvias y humedades, en que, por lo riguroso y melancólico, representa la fiereza del león y la melancolía de su quartana.

De veras puedo decir que no fui a León tanto con espíritu de holgazana, cuanto de curiosa de ver cuántos grados de verdad me trataban los leoneses que posaban en mi mesón, los cuales noche y día se estaban contando las grandezas de León. Y leonés sé yo que, por contarme toda una noche las excelencias de la Fuente del Piojo, dejó de dar de cenar a su mula. ¡Miren con qué ansia estaría la pobre acémila de que su amo acabase de espulgar los piojos de aquella

fuelle! No he visto hombres más moridos de amores por su pueblo, y es de manera que donde quiera que se halla un leonés, le parece que la mitad de la conversación en que se halla se debe de justicia a la corona y corónica de León. En esto, todos tienen una pega: paréceles a los leoneses que alabar otro pueblo y no a León es delito contra la corona real.

Oí decir a uno, que le venía el ser leonés desde que le quiso bautizar un don Fulano Quiñones Lorenzana, su amo, honrado caballero:

-¡Oh, señora! León, entre los animales, rey; León, entre las ciudades, reina.

Si cuando esto oí supiera lo que ahora sé de granuja y chironicones, yo le dijera al páparo que no se entendía, pues, según consta de las historias, dado que León se honre, arme y autorice con las armas, blasón e insignias del león, que es rey de animales; pero su apellido no viene de ahí, sino del nombre de una legión de soldados enviados de los romanos para ganarla o fundarla o trasladarla o lo que sus mercedes mandaren, y aun, por su honra, no digo que el nombre de legión también le han tomado los diablos. Pero voy a mi intento, y digo que, por excusar a un leonés o otro necio de que, contando cuentos de las grandezas de León, haga salivas por mi cuenta, y por poder decir con libertad: no cuente más, sor leonés, ni entable juego tan largo, que ya yo he andado esas andulencias y visto la leonera, determiné dar principio a mi jornada.

Trajéronme una borrica donosamente aderezada, porque venía ensillada y enfrenada y parecía mona con sayo. Como vi mi burra disfrazada, dije:

-Por mi fe, que pues vos vais a lo húngaro, que he de ir yo a lo del diablo y que me he de vestir a mí y a mis mejillas de grana de polvo, de modo que parezcan dos ajís bien maduros.

Mira qué envidiosas somos las mujeres, que aun de la burra tuve envidia de verla venir tan galana. Mas no es nueva en nosotras esta flaqueza.

De Blandina dicen los poetas que tuvo envidia a la gala y colores del papagayo y, por verse con otros tales colores y plumas, pidió al dios Apolo, o Júpiter, que no sé cuál era el hebdomadario de aquella semana, que la convirtiese en papagayo. Hízolo Júpiter, y como Blandina era mujer apapagayada o papagayo amujerado, parlaba por papagayo de día, y por mujer de noche. Los dioses enfadados de tanto hablar, mandaron que la enjaulasen, que, pues era papagayo, no se le hacía agravio, que el refrán dice: «Lo que me quise, me quise; lo que me quise, me tengo yo». Ella, entonces, viendo acortados los pasos y libertad (cosa tan contra el gusto de las andadorísimas mujeres), echó de ver cuánto mejor le solía ir con sayas antiguamente que ahora con plumas de color. Pidió a Júpiter que la tornase a su menester, que mujer solía ser, y el Júpiter, que era bueno como el buen pan y debía de estar borracho cuando tal hacía y deshacía, hízolo como se lo había pedido la papagaita.

A propósito. Tuve envidia como Blandina, y por no tener que pedir a Júpiter ni a otro beodo como él, y por tener juntamente galas y colores de papagayo y libertad de andar y hablar como mujer, envié por blanco y color a la tienda de una amiga, con que me pueda poner hecha un papagayo real. Trajéronme buen recado, sino que yo no lo supe amasar. Recogíme a un aposento, no tan defendido que no tenía dos agujeros por donde un tabernero de la calle, que vivía frontero, me solía dar unas esmeriladas de ojos en tiempo que yo solía recogerme a ser cazadora y notomista de puertas adentro, y por jalbegarme a gusto y no me ver corrida como otras veces, tapé lo desmantelado del emplente con tres cedazos, porque ya que me viese el tabernero, fuese por tela de cedazo, como a luna en eclipsi, y aun con todo eso, no me aseguré, porque era el tabernero gran astrólogo destas visiones, y eché de ver que no hube

bien puesto los cedazos, cuando cernía mucho por verme, y para excusarle desta labor y a mí deste temor, volví hacia él las partes que no pensaba afeitar, y puesto el espejo en el velador, me puse un poco de blanco y color de prima postura. Ello no quedó tan bien asentado como Scévola, de quien dicen que vivía tan de asiento, que por no desasentar de una letrina, donde le dio el mal de la muerte, la aguardó allí tan de asiento, que, aunque le quitó la vida, pero no el quedarse sentado por más de cincuenta días en aquella cátedra de pestilencia.

Podré decir desta primer postura, que la primera, en tierra. Como era la primera vez que me hojaldré, encendióseme la sangre con la bregadura y excitóse tanto el calor que me derritió el pringue, de modo que cuando llegué a la puente de Villarente, que es legua y cuarto de Mansilla, tuve por buen partido echar mi cara en remojo y lavar toda la unción, que fue la extrema de aquel año. No me pesa sino de ver el mal empleo de una salserita refina, que la reina se podía amapolar con ella. Tengo por cierto que esto de andar al olio es necesario que o sea siempre o nunca, porque lo demás es como comer de una vez para toda la semana, que ni luce ni engorda. Es linda cosa irse, entablado el rostro a tercios concertados, amoldándose con la postura y venciendo dificultades, que no se gana Zamora en una hora.

Lava el afeite.

En fin, tornando a mi propósito, yo acabé de componer mi gesto, si a Dios plugo. Tras esto, me eché una saya de grana de polvo, que a fe que otra ha levantado menos polvareda; mis cuerpos de raso, un rebocío o mantellina de color turquí, con ribetes de terciopelo verde, mi capillo a lo medinés, que parecía monje de la cogujada, unas chinelas valencianas con unas medias lunas plateadas, a usanza destas nobles doncellas de Tiro, por si se ofrecía hacer alguno como el de marras. Queríanme subir los galanes, mas yo les dije que era ligera y saltaría sin ayuda de burreros encima de la burra. Puse la sobremesa, que era del bigornio que hizo la mamona a la faltriquera del dormido. En la manga de mi sayuelo metí un manto de burato con puntas de abalorio para lo que se ofreciese, y ofrecióse, como verás. Mi burra iba galana, y yo también, de modo que ella y yo parecíamos de una pieza, como lo sintieron los de Arauco de los caballos y caballeros españoles.

Doncellas de tiro.

Partí llevando los ojos de la vecindad, que si los ojos que tras mí llevé se estamparan en mi jumenta, de burra se volviera pavón. Iba la burra orgullosa y grave, como quien sentía el favor de la carga, que no era mala, por ser yo, ni poca, porque, demás de que yo pesaba mis ciertas arrobidas, como lo podrán decir los del peso de Valencia de don Juan, donde se pesan las mozas a trigo en la iglesia, llevaba las alforjas cargadas de pepinos y cohombros, los cuales me había dado un bendito hortelano, siempre agosto y nunca angosto, el cual solía librarnos a las mozas todos sus favores en estas frutillas, mas tampoco nosotras le pagábamos en mejor moneda. También saqué algo fiambre, por no andar en León pordioseando, que como me decían que León era pueblo frío, temí que la caridad leonesa no tuviese la misma propiedad.

Fui en compañía de una Bárbara Sánchez, gran mi amiga, y aun no quería yo tanta amistad como ella me ofrecía. Iban también conmigo otras mozuelas que me alababan poco por mirarme mucho. Una dellas, viéndome más lucida que todas, y aún que lo ordinario y acostumbrado en mí, a causa del nuevo acecalado, no lo pudo sufrir, y con más invidia de la fruta de mis granadas que deseo del buen suceso de mis flores, me dijo:

-Señora Justina, muy sonrosada vas.

Yo, que siempre envido en las primeras cartas, la respondí luego -mas confieso que el haberme aforrado de primera me hizo necia de flux-, en fin, la dije:

-Señora Brígida Román, no es lo que piensa, sino que me lavé con agua de agavanzas y amapolas.

Dio una gran risada de ver mi inocencia y de que pensase yo que había de persuadirse ella que, porque las amapolas y agavanzas son coloradas, me había de colorear a mí el agua dellas.

Confieso que respondí como inocente, que nadie nace enseñado, si no es a llorar.

La muy matrera, como vio que me llevaba de vencida, me dijo:

-Mi hijita, pues, en verdad, que habiéndote encerado el rostro de antemano con esa cera que se te derrite por el rostro, que fue mucho pegarse tanto a él el agua de amapolas y su color, que no suele el agua detenerse tanto sobre cosas enceradas.

Vime convencida de la nueva Celestina, y hube de ser confesora sobre mártir. Mas juré de nunca llevar sobre mi rostro testigos que a la primer vuelta de cordel parlan y descubren cuantos secretos les encarga una mujer honrada en su retrete. Por esta causa, y por no verme más corrida, me apeé y lavé mi rostro y garganta en una de agua, que iba mansamente murmurando de mi sencillez y de mis enemigas por entre unos amenos y deleitosos sauces. Encarguéle el secreto que tocaba tanto a mi honra. Prometiómelo, y creíla, que aunque las aguas no saben guardar secretos, pero tampoco le descubren, que es el misterio que no entendió Erasto. Mas es fácil de entender, porque el agua no tiene sujeto sólido para conservar la memoria de los secretos, pero eslo para que nadie los conozca en ella, porque a nada da asiento ni firmeza. Como dijo el poeta español, no conserva el agua los escritos, mas hace los secretos infinitos. Y cuando no conociera yo esta propiedad en aquella dulce corriente, bastaba ver que se iba riendo conmigo para sospechar que conmigo había de ser noble y fiel, que el agua fue símbolo de la fidelidad, por la que guarda en tornar al mar, de do nació, a pagar el tributo que debe. Estúvome tan propicia, que se detuvo a mi ruego, para que en un breve espacio remirase en ella y en sus christales mi rostro y mis mejillas, renovadas como alas de águila anciana, la cual, para renovar las plumas, pico y alas, las moja en agua viva, después de tenerlas cálidas con el fervoroso sol y concitado movimiento.

Hasta este punto, yo no iba muy de porte para con mis carillas, como ni ellas muy de amistad con mis carrillos, a causa de que el cuidado de mi cara fue prisionero de mi lengua, si vale tocar en los jeroglíficos que acotó el gran maricón. Mas en echando que eché en remojo mi cuidado, parlaba más que una picaza, y, si bien se contara, más cuentos dije que pasos anduve. Mis carillas, a todo esto, gustaban poco y respondían menos. Lo que más gustaban no eran risas ni palabras, que no las llevaban hechas, sino las nesgas de mi saya y ribetes de mi rebociño, siendo sus ojos, dientes, y su envidia, vientre.

¡Ah, envidia, envidia! Unos te pintan como perro rabioso, mas a otros les parece que es decir poco, porque al perro el saludador le sana con su gracia, mas el envidioso con ajenas gracias empeora. Otros te llaman leona parida, mas a otros les parece que dicen poco, porque el parto de la leona y sus furias son de cinco a cinco meses, mas tú, de un momento a otro momento, estás parida de mil daños y preñada de dos mil amenazas, que eres Hidra en partos. Otros te dan epítetos de arpía, mas pareceres hay que es poco subir de punto tu rigor, porque la arpía, después de haber muerto un hombre, mira su rostro y figura en el agua, y como se ve tan parecida al hombre que mató, ahoga en las aguas su vida por sepultar de una vez su rigor, mas tú, mientras más te miras y remiras, más persigues, y nunca te pesa de daño hecho de hombre

a hombre, antes, entre los más semejantes eres más cruel y metes más cizaña. Otros te pintan en forma de un tigre que despedaza su propio corazón, mas otros dicen que esto es decir nada, porque en un corazón no tienes tú para comenzar y aun te parece poco si no llegas al alma misma. No acabaré de decir pinturas tuyas, y aunque más males de ti diga, todos serán pintados respecto de tus verdaderos daños. Píntate como escuerzo y como ponzoñoso encovado, porque les parece que el veneno del mal ajeno te engorda y su bien te da en rostro. Pero yo no quiero meter contigo en dibujos, y menos en pintarte, que si a mí se me cometiera tu trasunto y el compararte, sólo te pintara como mujer y como una de mis carillas, en quien derramaste un veneno por entero, y este bastara. Pero quíérote dejar, porque me dejes. Sólo concluyo con decirte que, entre muchos malos renombres y epítetos heredados de tu madre, la Soberbia, y de tu abuelo, el Desamor, ya no te faltaba otro sino llamarte come sayas, gasta tiras, engulle trapos, según lo cual, te podrán también llamar tarasca, porque quien engulle sayas, engullirá también caperuzas y sombreros.

Esto he dicho a propósito de las que, de pura envidia, comían con sus ojos mis sayas y engullían mis ribetes y molinillos. Mas, punto en boca, que como yo pesqué tanto del sombrero y capa, no faltará quien también a mí me llame traga capas y engulle sombreros. Callar, callemos, que quien tiene tejado de birlo, no es bien bolee al del vecino.

APROVECHAMIENTO

Pondera, el lector, que los males crecen a palmos, pues esta mujer, la cual, la primera vez que salió de su casa, tomó achaque de que iba a romería, ahora, la segunda vez, sale sin otro fin ni ocasión más que gozar su libertad, ver y ser vista, sin reparar en el qué dirán.

NÚMERO SEGUNDO

De la pulla del fullero

SÁPHICOS E ASONANCIA

Yendo su camino,
Desde el jumentillo,
La hermosa Justina,
Mil gracias decía.
De los estudiantes
No la habla nadie,

Porque la temen.

Mas, como el que peca
Siempre paga pena
Vino un estudiante
Fullero y farfante
Que la echó un pulla
Con que quedó muda

Y hecha una rosa.

Ella se las jura
Y ordena tal burla
Cual verás abajo,
Que es cuento galano,
Pues hizo la moza
Escupir la bolsa

Mucha moneda.

Muchos estudiantes pasaban por el camino a las fiestas, mas como el rumor de mis trazas y la fama de mis burlas les había dado zahumerio de pimienta, y aun de rebenque, no había hombre dellos que me osase encarar más que si yo fuera hosquillo jarameño y ellos volteados, yo el perro de Alba y ellos Jerosolimitos, yo el león, disfrazado en traje de cordero, y ellos los zorros de quien hace mención la fábula.

Con todo eso, les quiero decir una verdad, que aunque aborrecía estudiantes, sentí y me dio pena que no me hablasen y mirasen, y mientras menos me miraban, más crecía en mí el pesar y el deseo. Somos, sin duda, las mujeres como puentes, que si no estamos cargadas de ojos, se abre y hiende la obra, y antes quebramos por falta de ojos que por sobra de pasajeros, aunque sean muy pesados. Somos las mujeres como mosquitos, que se van con más deseo al vino más fuerte en que más presto se ahogan. Somos como rabos de pulpo, que quien más le azota, le come mejor sazonado. Somos como mariposas, que dejando la apacibilidad del sol y de la luna, con toda propiedad morimos por la abrasadora luz de la candela, donde juntamente hallamos el desengaño y el castigo. Muere muy antes una mujer por un atrevido que ofendió su honor, y aun su gusto, que por un comedido que la guarda el aire, que es un no sé qué y sí sé qué raro. Las mujeres, del disgusto hacemos salsa de agraz al gusto. El diablo entienda el guisado.

Dijo bien un discreto:

-El que quisiere que una mujer tope primero con él que con otrie, hágase sierpe, que como él parle, aunque la haga mal, saldrá con lo que quisiere, porque las mujeres heredaron de Eva hacer rancho con una sierpe, aunque tengan a su servicio un bello Adán, aun en el tiempo de pan de boda. Son como Atalía que despreció todos los dioses y casó con Vulcano, el cual con un rayo había muerto a su padre y maridos, y aquesta fue la causa porque los antiguos, para pintar la imprudencia y condición de la mujer, pintaban una bellísima doncella pisando un gallardo mancebo y dando la mano a un horrendo salvaje que, con un nudoso bastón, amagaba un golpe a sus hermosos ojos.

No sé de adonde nos viene morir por lo peor, si no es que sea la causa la que dio un griego, que, como por malo que sea un hombre, siempre hay una mujer más mala, consiguientemente ningún hombre debe ser despreciado de la mujer; mas cuando eso fuera, ¿qué es la causa que tan mal sabemos tantear méritos, graduar personas, diferenciar calidades? Averígüelo Vargas; ello va en la comadre.

Voy a mi cuento. Estudiantes fueron los que intentaron mi deshonor, como viste, y porque pasaban sin hacer caso de mi memoria por ellos, reventaba porque me dijese algo, y si me lo dijeran, no lo estimara en el baile del rey Perico. Si tengo culpa, aparejen el borrico para cuantas son mujeres, que yo en el mío me voy caballera como las otras, y cuento mi cuento.

Los estudiantes pasajeros andaban más cuerdos que yo, que, como hostigados, no me miraban, aunque yo como mal escarmentada, los echaba un ojo de a real. En viéndome que me velan bajaban la cabeza y decían unos a otros:

-Pasito, bola, amigos, la mesonera burlona.

Las cuales palabras, en nuestro lenguaje castellano, era como si más claramente dijéramos: «¡Agua va, que pasa la que imprime las burlas con el rebenque!» Más quisiera entonces venir en mi carreta, que a quien me diera un escudo, que para ellos no hubiera otro tal coco, y lo mismo fuera verme los estudiantes en mi carro, que ver los moros al Cid en su Babioca, que fue la emprenta de sus bravezas, según y como me lo solía contar, o, por mejor decir, cantar, un pastelero mi vecino, el cual cada mañana me hacía desayunar con tres romances del caballo Babioca. Yo no he visto pastelero más a pie ni más a caballo que aquél, y echábasele de ver en los pasteles, que parecían tener la carne del caballo Babioca.

Aunque los estudiantes no se dignaban de vernos, nunca me faltó por el camino conversación de mujeres y espadachines, porque todo hombre o mujer que no fuese estudiante me decían una chanzoneta. Yo no la escupía, que las mujeres, si creemos a los maldicientes talmudistas, somos hijas de una flauta y un tamboril, y así, salimos estrechas de pescuezo y anchas de cuerpo y hablamos tiple. Si entre chanzonetas y donaires venía de máscara alguna pulla, aunque fuese mayor de marca, la rebatía con la presteza posible y procuraba hacer el retorno con el mejor consonante que podía destilar mi alquitara: Esto de repens es como sale, aunque los buenos dichos de las mujeres, como son todo paja, son los que más presto salen al pelo del agua.

De todas y todos me desquité; sólo de un pícaro, medio estudiante, medio rufián, no me desquité, y no es mucho que una pelota se me fuese por alto, y acontecióme lo que cantó el poeta, que dijo: «Quedóse la respuesta en el tintero, que alguna vez se duerme el buen Homero.» Así que este bribón inserto en escolar se llega a mí y, con la mayor socarronería del mundo, me miró en redondo con una sorna que entendí que me había de meter los ojos en el pulgarejo o comerme las tripas con los ojos. Ya que le iba a decir un poco de lo bien hilado, atajóme con quitarme el sombrero y hacerme una inclinación capital y comenzar a alabar mi talle, postura y cuello. Ya ven que una mujer alabada, no tiene espada, y si la tiene, no mata. ¿Qué había yo de decir a un hombre que me estaba loando, y qué no había de poder él decirme, usando de tan astuta invención?

Ya se sabe que el cazador, de ordinario, coge las palomas más a su salvo cuando se están remirando en el espejo del agua su belleza y componiendo con el peine del pico sus doradas y plateadas plumas. Así, no es mucho que me burlase y me cogiese con tiro de palabras y pullas este cazahampo, estando yo como inocente paloma entretenida, remirándome en el espejo que me hacían sus alabanzas abogadoras de mis primores. Iba el hombre discurriendo en su laudatoria, y vino a alabarme los agnus y piezas que yo llevaba al cuello, y en esto gastó mucho almacén.

Preguntóme:

-Y, señora, ¿qué piezas son esas dos que lleva asidas al rosario?

Respondí:

-Señor, son unos agnusdei.

Él dijo entonces:

-Eso no son ellos, juro a tal.

-Pues ¿qué son? -le repliqué yo.

Él entonces comenzó a concertar su capa y poner el freno a punto de aires bola, para en acabando de decir su dicho, picar; lo cual hecho, me dijo:

-Hermanita, estos son los sellos de las bulas de coadjutoria que lleva para el canonicato del señor don fulano, canónigo de León.

Y señaló pieza no mala.

Tan presto como lo dijo, se traspuso, de modo que cuando me quise descargar, a uso del duelo picaral, no tuve con quien hablar, sino con su sombra y las pisadas del cuartago, y aun este parece que iba ufano de la pulla que me echó su amo, según iba coleando; tal fue su presteza.

Quedé corrida, echa una mona. Nada hubo allí bueno para mí, sino un rosicler que me dicen mis vecinas que me hacía no mala pantorrilla a la cara. Juréselas, y no me las fue a pagar al otro mundo. Acuérdate, y verlo has, que si él me glosó el agnus, iba a decir que yo le glosé el quitolis, pero no quiero, por el respecto de cosas santas, aunque es gracia sin perjuicio. Confieso que quedé picadilla, mas estos enojillos son agua de fragua y ceniza, que hace cala para que corte la espada. Este escolar era sobrino de un hermano de un cura rico de aquella tierra. Gran fullero, iba a jugar a León, por fama que tenía de que a las fiestas concurría gente del oficio brujular, que estos huélense de cien leguas como bizmados, y se conocen por brújula, que les sirve de judiciaria en defeto de la cabeza toledana. Y quiso su ventura que, en aquel breve rato que me hizo la salutación, le eché de ver una señal, y aun señales, por donde no le podían desconocer, que estos bellacones son los Caínes del mundo, que andan vagamundos y traen señal para que todos les conozcan y nadie les mate, porque quiere Dios que no tengan tan honrados verdugos como manos de hombres, sino que sus pecados lo sean. Las señales que en el rostro tenía, eran dos juanetes, que podían ser hijos del Preste Juan -que yo supongo que los hijos del Preste Juan se llaman Preste Juanetes-. Tenía un ojo rezmellado y el párpado vuelto afuera, que parecía saya de mezcla regazada con forro de bocací colorado, y el ojo que parecía de besugo cocido y no poco gastado a puro brujulear.

APROVECHAMIENTO

Traza del demonio es que las mujeres libres, a primera vista, encuentren ocasiones con las cuales se conserven y continúen sus libertades, porque toma él muy a su cargo fomentar la perdición que una vez persuade.

NÚMERO TERCERO

De la entrada de León

REDONDILLAS DE PIE QUEBRADO

Tiene León una entrada
Tan extendida y tan larga,

Que por desabrida, amarga,
Y por importuna, enfada.
Más Justina,

Por vencer esta mohína,
Y por dar contento a todos,
Comenzó a decir apodos
De una entrada tan malina
Y tan lodosa.

Yo entré por mi León por la puente que llaman del Castro, que es una gentil antigualla de guijarro pelado mal hecha pero bien alabada, porque los leoneses la han bautizado por una de las cinco maravillas. Casi yo tenía creído que era semejante a la segoviana que hizo Hércules, o el diablo por él, según dicen los niños, o Trajano, el que hizo la de Alcántara, de quien dijo el otro al rey Filipo II que mirase su majestad muy bien el ojo del medio, o como la que hizo de media legua de largo Herodes, el que reedificó el Templo; pero, con licencia de los señores leoneses, más gesto tiene de caballete de tejado que de puente pasajera. ¡Dolor de la puente de Villarente, que está junto a mi pueblo!, que si no tuviera en medio un tirabraguero de madera, a causa de haberse quebrado por la parte más necesaria y de más corriente, pudiera hablar donde hubiera puentes, aunque fueran las de Navarra, de quien dice el refrán de aquella tierra: «Puentes y fuentes, zamorra y campanas, Estella la bella, Pamplona la bona, Olite y Tafalla, la flor de Navarra, y, sobre todo, puentes y aguas.»

Junto a esta puente por do entré está el arrabal de Santa Ana, que si como iba a ver fiestas, fuera a buscar la muerte civil, yo escogiera el ir por allí a buscarla, como el otro que escogió morir sangrando de los tobillos. ¡Necio!, mejor fuera escoger que le llevaran a morir cien mil leguas de su lugar o que le dejaran ir a morir a León y entrar por la puerta del Castro y arrabal de Santa Ana, que con este medio tuviera esperanza de que en el ínterin pudiera apelar sesenta veces y tener despacho.

Ya quiso Dios que aporté a la ermita de San Lázaro. Quise entrar a hacer oración, mas vi unos altarcitos y en ellos unos santitos tan mal ataviados, que me quitaron la devoción, y yo había menester poco. A la puerta de San Lázaro oí tañer unas tabletas, no de botica, que a serlo fuera más a cuento para remedio de mi cansancio, mas no se me hizo creíble que la ermita de San Lázaro fuese como el templo de la diosa Ceres, que tenía siempre a la puerta pan caliente. También se me ofreció si acaso tañían a entredicho o tinieblas, que, pardiez, según yo sabía poco de Iglesia, no me acordaba si caía el jueves Santo en agosto. También me vino a la imaginación si acaso se habían anticipado mis castañetas y hecho otra levada como en la entrada de Arenillas. Mas nada de eso era, sino que aquella mujer pedía limosna con aquellas tabletas, y para pedir de lejos, de modo que cuando allí lleguen los caminantes traigan desatacada la bolsa y no se detengan en madurar la gana de dar, se hace aquello.

Yo, como nueva, le pregunté a la tablera:

-Hermana, ¿no fuera mejor pedir con la boca, y no, que parecéis que espantáis moscas?

Dijo:

-No, señora hermosa, que esto se hace para que puedan pedir todos los pobres que aquí se curan, aunque sean gangosos y mudos.

Yo enmudecí también, porque me tapó la razón, sólo di un rodeón hacia las compañeras, y les dije:

-Bueno, por vida de Justina, muy pródidos son los de León; a fe mía que deben ser pedidores de a legua y de ventaja, pues enseñan a pedir a los mudos. Amiguitas, otro ñudo a la bolsa, que piden mucho en León.

De la diosa Angerona, dicen los relatores de la jiroblera, que era madre del silencio y abogada de los mudos, y que tenía siempre puesto el dedo en la boca, pero los muy curiosos añaden una cosa en que se parece mucho a esta tabletera de San Lázaro, conviene a saber: en que estaba a la puerta de la iglesia, y en la mano derecha, un plato o cepo en que se echaba limosna para la diosa Volupia. Ya sé que no es sólo León quien tiene estas Angeronas, que todo el mundo es uno, sino que entonces era tan bozal, que no pensé que había en todo el mundo más que un San Lázaro y unas tabletas.

Fui por adelante, y por mis pasos contados me fui al rollo. Vi que enfrente dél estaban unas mezquitas pequeñas o casas de calabacero, donde estaban asomadas unas mujercitas relamiditas, alegritas y raiditas, como pichones en saetera. Parecían cotorreras de a seis en libra, y no lo eran más que la Méndez. Y, por vida mía, que para ser leoneses tan proveídos, no me pareció que las habían puesto en lugar decente y acomodado; lo uno, porque estando aquellas oficinas junto al rollo, ningún leonés honrado puede decir a su mujer vete al rollo, sin que en estas palabras vaya enjerida, como piojo en costura, la licencia para que la tal mujer salga de sus casillas y entre en aquellas casillas, o se ahorque en buen día claro, porque mujer junto al rollo y conjurada con tal maldición, ¿qué otra tela tiene que echar ni otro oficio que hacer, sino es ahorcarse de una manera o de otra, habiendo ocasión para todo? Y tanto mayor inconveniente es éste, cuanto más usada es esta maldición en aquella tierra. Bien sé que las leonesas nunca se aprovechan desta maldita licencia y maldición licenciosa, mas si se aprovechan, excusa tienen, diciendo: «marido, hice lo que mandastes». Como el otro hortelano motilón, a quien su provincial mandó que le trujese una lechuga de la huerta, y por saber dél que era espacioso, le dijo por gracia:

-Lo que habéis de hacer es no la traer en todo este año.

Fue el hortelano por la lechuga y no tornó desde allí a un año, que vino con su lechuga al provincial y le dijo:

-Vea aquí la lechuga, padre, no dirán que no hice lo que me mandó.

Quiso el provincial castigarle por fugetivo, mas él se excusaba con decir:

-Padre, ¿vos no me mandastes que no viniese dentro de un año?

Así, las de León las envían sus maridos al rollo, y van y se recogen mientras hace calma o quiere llover, excusa tienen de un mal recado, diciendo:

-Marido, vengo de donde vos me inviastes.

Otro inconveniente hallo yo en estar aquellas publicanas en aquel puesto: que es muy húmedo y frío, lo cual, sobre cálido, pela a las gentes y aun a las águilas, y aun hacen muy grande agravio a las bubas que allí nacieren, porque las bubas son nobles y siempre vienen de caballeros y caballería, y las que allí nacieren serán bastardas, en fin, nacidas de polvo de la

tierra y aun del lodo. ¡Dolor de los que allí trajinaren!, que meterán carga de tierra de España y la sacarán de Francia.

Ahora se me ofrece la causa porque los leoneses debieron de poner junto al rollo aquellas casas de placer; sin duda fue por tener en un mismo cartapacio culpa y pena.

Decía un papalista de aquí de Salamanca que, como no hay sermonario que no tenga junto con la Pascua la Cuaresma, tampoco hay placer carnal que junto a un hoy no tenga un ay, y junto a un pequé un pené. Ello, el ejemplo no es muy a pelo, pero pase, siquiera porque no se quejen los papelistas que no entran en la picarada, y así es bien que los citemos siquiera a una vez de remate.

Lo que yo sabré decir es que como yo era niña y vi la horca antes del lugar y junto a la casa de las mujeres maletas, pensé que era tan bravo el león, que en saliendo las gentes de el lastre de la casa, los subían a la cámara de popa del rollo, y que en apeándose de las burras, los subían al caballo de canto, y no de órgano; mas después perdí el miedo y vi que no era tan bravo el león.

Todas estas imaginaciones y buenos concetos me importaban para entretener el cansancio con el cual iban batanadas mis asentaderas, lo que era bueno y aun lo que era malo. Si tuviera un ojo en un dedo, como pidió el Momo, a fe que con él pudiera ver estampada en mis espaldas la verdadera imagen de una albarda; por esta causa, si alguna vez salía yo con alguna bachillería y me preguntaban mis compañeras:

-Justina, ¿pero quién te mete la paja?

Respondía:

-Hermanas, la albarda.

También estos buenos pensamientos me sirvieron de freno para refrenar el temor que llevaba, pensando que por la mucha humedad del sitio, cuando llegase a la posada nos había de haber nacido berros en las uñas a mí y a la jumentilla.

Ya entré por la puerta que dicen de Santa Ana, y a fe que no faltaron gentes que mirasen la procesión de los que entrábamos, y sobre todo la mesonera burlona hacía raya, que un cansancio, aunque embota el gusto, aguza el garabatlillo. Hice paraje en un mesón que está pegante con la misma puerta de Santa Ana, lo primero, porque mi cansancio no me daba más licencia (que al cansancio los antiguos le pintaron con las piernas trozadas); lo segundo, me entré allí por ver entrar gente de Campos empanada en carretas; lo tercero, por tener cerca un paseo que llaman el Prado de los judíos, y lo principal, porque vi una fuente apacible allí junto a la puerta del mesón. Fuente es que corre cuando quiere, y algunas veces se queda a oír vísperas en la Iglesia Mayor o hacer colación de rábanos en la plaza de San Martín. Dígolo, porque con todos estos puestos y manantiales, tiene necesidad de hacer cuenta antes de llegar allí, y aun cuando llega trae necesidad de otra tanta agua con que lavar el barro que ha cogido en estas estaciones. Yo había oído nombrar la fuente Cabalina, y viendo que allí iban a beber muchos caballos que habían venido de acarreo para las fiestas, pregunté si aquella era la fuente Cabalina; engañóme el nombre.

Sucedióme también un buen chiste, y fue que me dijo un leonés, viendo que yo miraba a aquellos caballos forasteros:

-¿Qué mira, señora hermosa? ¿Espántase de que haya en León gente de a caballo? A fe, señora, que si hubiera en León caballos, que hubiera muchos caballeros.

Mira, por tu vida, qué querías que le respondiese, sino un ¡arre allá! Pero dejéle, porque me dejase, que, según vi en él, era uno de los que buscaban caballo y pudiera ser que me cayera a cuestras la respuesta y el ¡arre allá!

Diome gusto que vi bien proveído el mesón, y sin duda lo estaba mejor que el mío, digo, de alhajas, mas no de astucias, que a las mocitas de munición se les vía el juego a legua. Parecían todas sus trazas hijas de clérigo, según se traslucían ellas de intención bien pecadoras, mas faltábales la sal y el saber, faltábales el consejo de una buena madre que yo tuve, la cual, con media espolada de ojos, nos hacía andar a las quince, si no es que la mano de su reloj anduviese de posta, que para este caso no había regla cierta. Si era necesario, con un mismo candil nos hacía alumbrar y deslumbrar. Era ella una Circe y mi padre otro Estabulario, tal que no les faltaba sino convertir a los huéspedes en mulas; y si hicieran, si no temieran que, siendo todos mulas, todos comieran la cebada y ninguno la pagara. Yo no sé cómo no fundaron una universidad de mesoneros, que otras ha habido de menos consideración, a lo menos, provecho.

Así que, las mocitas deste mesón eran en grado superlativo boquirrubias. ¡Cuitaditas! ¡No tenían maestra! ¿Qué habían de hacer? ¡Quién tuviera lugar para hacerles buena obra! Lástima les tuve. El otro, para llamar siempre a uno, decían: El señor fulano, muchas veces come sin plato. Yo se lo dije a las bobillas por ver si habían aportado a la provincia de Pulla, siquiera de barbavento, y me respondieron:

-Sí, el pan.

Y pensaron que habían hilado, beatillas.

Estando, pues, contemplando profundamente la somería destas parvolitas y examinando una dellas que, según me dio a entender, pretendía sacar carta de examen para poder públicamente hacer su labor (digo, de mesonera), sin temer malsines, quiso mi buena suerte que, acaso sin pensar, supe cómo el fullero del ojo rezmellado, el que me dijo en el camino que los agnusdeis eran bulas de coadjutoría, posaba en aquel mesón, lo cual no me dio poco gusto, porque demás de que yo se las había jurado, toda mi vida tuve inquina contra escolares, como el perro de Alba contra los carpinteros de la Veracruz.

APROVECHAMIENTO

La persona que una vez pierde el respecto a Dios, mira con desprecio las cosas santas y no santas, las honrosas y las que no lo son tanto, y de aquí es que aun de las piedras, calles y edificios y paredes murmura y fisga.

CAPÍTULO SEGUNDO

DEL FULLERO BURLADO

NÚMERO PRIMERO

De la del penseque

SEGUIDILLA

Hácese bobilla
La del penseque,
Y no mira cosa
Que no penetre.

Ojos que ven no envejecen, si no son los del águila, que cuanto más pico ven, van más a Villavieja. También digo que de la regla dicha exceptúo los ojos de mi amigo el ojimel, el sobrino del hermano del cura, el que nos vendió el galgo, el cual, con la continuación del juego y falta de sueño, andaba tan chupado que pensé que se le había exprimido el alma por los ojos y de puro brujular se había tornado brujo.

Así, porque no envejeciesen mis ojos, todos once, mientras esperaba alguna coyuntura para hacer la burla al del ojo arremangado, quise ver, y no por brújula, todo lo que había que ver en León, que ojos, y de León, aun durmiendo, es bien que estén dispiertos. Y aunque tuve bien que mirar en algunos buenos picos que acudieron a decir donaires, mas como ojos de águila envejecen viendo pico, no quise que me acaeciese otro tanto. En resolución, quise ver libremente, sin costas, sin echar sisa en voluntad ajena ni pagar alcabala de la propia, y para esto era propio ver de lejos y guardarme de picos, que o son picadores o picardeadores. Yo pensé que había mucho que ver en las fiestas, mas confieso que no había; aunque miento, yo me asuelvo, que sí había, y es bien decirlo porque no nos maten los legoneses, que tienen nombre de azadón de los que llaman legones, y azadonadas me harán decir la oración de los leoneses y de León.

Lo primero, Granado y la Granada habían desembarcado allí y habían de representar la comedia de Santa Tais y Santa Egicíaca, y había de salir la Granada con una calavera en la mano, que cuando la vi salir, pensé que era vieja que salía a echar agua bendita a algún cementerio. También traían el entremés de los sacristanes enharinados, que parecían puramente torrijas enalbardadas, y otros muchos entremeses que comenzaban: «Digo que somos las más desgraciadas del mundo estas que somos hermosas», como es uso y costumbre en todos los entremeses de Maricastaña. Miren si había que ver. ¡Así hubiera que beber! Pero todo el vino que había era vino a la malicia.

Pero dejado esto, cree que no soy tan festiva, ni que iba tan descuidada de mi tiro, que no pregunté y supe a qué hora vendría puntualmente el fullero al mesón, de lo cual hice alforja para su tiempo y coyuntura, que todo está en guardarla, como boca de enfermo.

Yo pensé que era verdad lo que maldicientes dicen, que las mujeres tenemos correo ordinario y posta que marcha del corazón a la lengua y de la lengua a todo el mundo, mas de veras que yo no despegué mis labios para decir a persona alguna con qué fin inquiría del estudiantón, y crean que nos agravian si piensan que no sabemos ser cerrajeras de bocas las mujeres. Denme que sepa una mujer que le importa para algún gusto o provecho, que con las de Nicodemus no le abrirán los labios. Pregunto: ¿No era mujer Angerona? Sí. Pues ella fue la que a la entrada del templo de la diosa Volupia estaba con el dedo puesto en la boca. ¿Qué era aquello, sino que si la mujer huele que hay entrada para algún gusto o deleite -significado por la diosa Volupia-, es más cerrada que trozo de nogal rollizo?

Y informada, pues, deste punto con el posible silencio, partí a ver un rato la ciudad, iglesia y fiestas. Debí de parecerles melosa a algunos hijos de vecino de León, aunque los leoncillos son retozones como cachorros, y aun me dicen que después, de grandes, son juguetones, deben de ser leones de la cuarta especie, de los que fingió el poeta que se convirtieron en

moscas. Algunos de estos moscones se me pegaron título de que en un portal mío que yo tenía en Mansilla, bien regado, habían estado de camarada, como huevos en cazo de agua. La que yo sudé en ir por la calle de Santa Cruz, plaza y calle Nueva, a la Iglesia Mayor, no fue poca, porque el calor era mucho y el trecho no poco. Yo pensé que aquel pueblo era fresco como me habían dicho, mas debíase de entender que era fresco porque no es nada salado, o que lo es cuando no es menester, o quizá, como los leoneses tenían tan publicadas sus fiestas, debió de venir a verlas el calor de Extremadura. Dijéronme que los temporales de León eran muy francos, y pensé que nacían por las calles manzanillas de oro, mas según vi, la franqueza era que no sabe acabar por poco, porque comienza en fresco y acaba en yelo, y su calor acaba en fuego; pueblo extremado.

Llegué a la Iglesia Mayor, y poco antes de entrar en ella, encontré con una tropa de mozas de cántaro que pensé que eran gorriones en sarmentera, según chillaban, y era que al pie del patio (que es el paseo de los señores de la iglesia), está la fuente que llaman de Regla, no, a lo menos, por la que allí les vi tener, sino por la que fuera razón guardar junto a tan sacro lugar. ya que está allí la fuente. Mas estaba tan ajena de regla, que yo vi moza que, embebida en ver, oír y no callar, con un lacaísimo bellaquísimo, se entretuvo cogiendo y vaciando agua en su cántaro de barro más de media hora. ¡Dolor de su ama, si la estaba esperando con el frío de la calentura para que le echase ropa de la que le sobraba a ella! Lo que es la moza tardó mucho. Yo la perdono, porque me dio a beber por su cántaro un poco de agua que, aunque gruesa y no nada fresca, por donde mojaba pasaba, y aficionéme más a su cántaro que a otro por ser el más enjuagado o enaguado, como dicen las ciliantristas.

Comencé a entretenerme en mirar la iglesia. Es bien galana, tanto que pensé que era el carro del día del Corpus adornado de varios gallardetes y banderolas. Noté que estaba notablemente envejecida la portada, más que ninguna otra parte de la iglesia, y pensé que la causa era porque todas las viejas gastan más de boca que de ninguna otra parte, en especial cuando son afeitadas; pero no es eso, sino que aquella portada está vieja y mohína y gastada de puro enfadada de ver entrar allí tantas caperuzas y tan pocos devotos a oír vísperas y oficios tan solenes. Aunque entré dentro de la iglesia, yo cierto que pensé que aún no había entrado, sino que todavía me estaba en la plaza, y es que como la iglesia está vidriada y transparente, piensa un hombre que está fuera y está dentro, como corregüela de gitano. De otras iglesias dicen que parecen una taza de plata, de aquella puédesse decir que no sólo parece, sino que es una taza de vidrio, que se puede beber por ella. Yo no sé para qué fin hicieron tan abrinquinado aquel famoso templo, si no fue porque como el frío y calor de aquella tierra son traidores, quisieron que no se pudiesen absconder ni retraer a la iglesia, que la Iglesia no vale a traidores, o quizá el topo, que impedía aquel edificio cuando se comenzó a hacer en aquel sitio Casa Real, debió de sacar en condición que las paredes fuesen de vidrio y las bóvedas de toba; mal año si les mandaran hacer tejados de vidrio, que malas pedradas fueran éstas. Yo hablo como boba y a fe de penseque, que pudo ser que como la iglesia es chica y la gente de aquella tierra mucha en aquellos tiempos, dieron traza que quedase la iglesia de modo que pudiesen oír misa desde la calle. Ya la gente está apocada, y así han cubierto los claros de las vidrieras y pintado allí unas cosas, aunque se han atajado muchos de los inconvenientes que yo pensé que había, y no debía de haber ninguno, sino que desto de Iglesia a mí no se me entiende más que a puerca de freno.

A lo mejor de mi mirada, entró gran tropa de canónigos, vestidos de blanco, las camisas sobre el sayo, que iban entrando al coro por diferentes puertas. Yo, como era la primera vez que vi cosa semejante, pensé que era la hueste, mas después, viendo que eran hombres como los otros, les perdí el miedo. Tras esto, vinieron unas danzas de mozas que llamaban las cantaderas, y guiada por este nombre, pensé que habían de cantar en el coro las vísperas con los canónigos, como cuando cantan las sibilas, y como vi pocas sillas respecto del mucho

número de prebendados, que me dicen ser ochenta y cuatro, y que las cantaderas eran más de cincuenta, pensé que en cada una silla habían de estar cantando un canónigo y una cantadera, mas todo fue pensar en vago, que no iban a cantar, sino a bailar. Por cierto, que las pudieran llamar bailaderas y no cantaderas, y ahorrarnos de un penseque de los muchos que me sobraban, y hay más de cuatro que yo no digo.

Estas cantaderas eran buenas niñas, pollas de hasta dieciocho o veinte años, en fin, de mi edad, que no tuve yo poca gana de entrar en la danza y injerirme, como fingen de Pigargo, que se metió en el sarao de las reinas, y aun al principio estuve por hacerlo, porque como iban bailando con atambores delante, pensé que iban haciendo gente, y como somos gente, pardiez, por pocas nos asentáramos en la danza. Por esta causa, me anduve un rato tras ellas, bailando con los ojos al son, y algunos de los que me veían me preguntaban si era yo cantadera. Yo, aprovechándome del nombre de cantadera y de la ocasión de fisga, le respondí:

-No, hermanos, que estoy en muda como colorín. Yo no canto ni soy cantadera por todo este mes, y si algo canto es clueco, como gallina, y es cuando pongo, y entonces soy cantadera para lo que les cumpliere.

Con esto conjuré algunos nublados, con esto desaparecían como trasgos los mancebos pescudadores, aunque alguno dellos hubo que dijo:

-A lo menos, si vos no sois cantadera, tenéis gesto de encantadera.

No se fue riendo, que yo le dije a él:

-Si yo soy encantadera, tápate con la cola, pues te sobra, asnazo.

Ya me dicen que no son las cantaderas de dieciocho años, como solían, porque diz que han de ser doncellas, en memoria de las que lo eran en tiempo del rey Almanzor, que es una historia brava. Yo no la sé, mas bien pienso que si aquello durara y Santiago no lo remediara, llevaba camino el Almanzor de barrer cuanta virginidad había en España. Parecía aquello a lo de la fábula del lobo, que pidió en parias las ovejitas más bobas, y era el bobo él. Eran de cada perrochia diez o doce cantaderas y diz que todas vírgenes; y en mi ánima que si fuera en este tiempo, lo tuviera por medio milagro, y aun en aquel no era poco. Ellas decían que lo eran, que este es un pleito que nunca tiene más de un testigo.

El modo de matricular estas danzantas me cuadró mucho cuando me lo dijeron, que diz que los curas, tres meses antes de nuestra Señora de Agosto, tienen cuenta con las casadas que mejor les parecen, de quien saben que son diligentes, y les encargan que les vistan y lleven una de aquéllas, bien impuesta, corriente y moliente para bailar a son con un salterio que les van tañendo; también les van tañendo delante a las cantaderas unos atambores. Yo pensé que las llevaban a la guerra, porque pensé que fuera imposible consentir que un día como aquel, en que procuran los cantores desgañir los chorros a puro ser cantaderos de los forasteros, se había de permitir henchir la iglesia de ruido de atambores, que totalmente impide el poder oír la misa, y parecen todos caldereros. Ello, causa debe de haber, mas si yo la entiendo, me quemén.

Habíanme dicho que en las fiestas de León salen unos que llaman Apóstoles, y pensé que también habían de ser cantaderos y bailar, mas después me dijeron que no se usaba salir sino el día del Corpus, cuando sale la gomía y el gigante Gólfias, y que no bailan los Apóstoles, por cuanto no hay allí el indulto que hay en Plasencia para salir los Apóstoles con cascabeles y danzas y llevar en la procesión borrico y borrica. Pero ya que no danzan en León no les faltan

danzantes baratos, que de casa de el dianche sacan a danzar unos zaharrones, que es danza de mucho ruido y poca costa, que así lo requiere la tierra.

Una cosa vi de que se consoló mucho esta alma pecadora; en la iglesia de León hay una claustra o calostra, no sé cómo se llama, sé que en ella hay un patio que gastaron muchos ducados en medio enlosarle y lo dejaron a la mitad, como al labrador de Zahínos, que le hicieron la media barba a navaja y la otra le dejaron, a causa de que pidió plazos para la paga y el maestro para la hecha. Dicen que se dejó así, medio enlosarle, porque aquella piedra la desmoronaba el agua y a pocos años se volviera de piedra en arena. ¡Ay, Dios! ¿Y el maestro no pudiera primero mirar los materiales que tenía? Así que en el claustro, donde está este medio enlosado o este remiendo entero, me enteraron que ofrecen las cantaderas de la parrochia de Señor Marciel -que es una iglesia que ha años que está comenzada a hacer de por amor de Dios, y porque no se acabe tan buen amor, no se acaba la obra-, unas ciruelas y aun no sé si peras, o pan, o queso; y aun me dicen que no sólo ofrecen esto en aquella iglesia, pero que pocos días después, las mismas cantaderas llevan en un carro de bueyes un cuarto de toro y le ofrecen a nuestra Señora. ¡Ay, Dios, qué llaneza! Yo destas cosas de Iglesia siempre pensé que era caso de Inquisición el murmurar, porque si no, desta ofrenda y del tributo de las pescadas, ajos y puerros, a fe que les había de dar una matraca que les enviara a Egipto a los leoneses, no para hacer agravio a nadie (que bien sé que todo es santidad y nació de la antigua devoción pura y llana), sino para entretenerles y galoppearles el gusto. Mas como temo no quiera algún bachiller ir a mi costa a besar las manos a los señores inquisidores, no quiero meterme en agudezas, sino creer firmemente que las cantaderas de Señor Sant Marciel llevaban por guía delante de sí una que llamaban la Sotadera, la cosa más vieja y mala que vi en toda mi vida, que me parece que para purgar una persona y digerir hígado y livianos y todos los entresijos, bastaba enjaguar dos veces los ojos con la cara de aquella maldita vieja cada mañana, que yo fío hiciera esto más efecto que tres onzas de ruibarbo preparado. La cara pensé visiblemente que era hecha de pellejo de pandero ahumado; la fación del rostro, puramente como cara pintada en pico de jarro; un pescuezo de tarasca, más negro que tasajo de macho; unas manos envesadas, que parecían haberlas tenido en cecina tres meses.

Sólo en una cosa vi que andaban bien los curas, que la mandaban a la Sotadera cubrir el rostro con una manera de zaranda forrada en no sé qué argamandele, y con esto no la ven. Con todo eso, algunas veces que soliviaba la zaranda, pensé que aquel maldito basilisco me quería encarar por mi gran culpa, y daba el tranco que me ponía en Baeza.

APROVECHAMIENTO

Personas mal intencionadas son como arañas, que de la flor sacan veneno, y así, Justina, de las fiestas santas no se aprovecha sino para decir malicias impertinentes.

NÚMERO SEGUNDO

De la vergonzosa engañadora

UNA OCTAVA CON HIJUELA, QUE GLOSAN EL PIE SIGUIENTE

Hurté a un ladrón, gané ciento de perdón
A un jugador famoso, gran fullero,
Justina, jugadera más fullera,
(Con ser estético y más duro que un madero)

Le hizo derretir cual blanda cera.
Trocóle el Oro aparente en verdadero,
Purgóle la indigesta faltriquera,
Y a sus oídos canta esta canción:
Hurté al ladrón, gané ciento de perdón.

Madre, la mi madre
Remediadme vos,
Que me miran ojos
Con amor traidor.

Prestadme unos ojos
Contra el mal mirón
Porque me desquite
Y le cante yo:
Hurté al ladrón, gané ciento de perdón.

Ya que me vi libre desta medio Celestina y eché de ver que no había más olas de forasteros ni forasteras, comíanme los pies por irme a casa a la hora de las cinco o poco más, porque sabía yo que puntualmente aquella hora era en la que el fullero había de acudir al mesón, y aun él me lo había enviado a decir, y que le viese a la hora de las cinco o poco más. Ya eran cerca dellas. Dábame pena que no sabía las calles, pero siendo fuerza el haber de ir a las cinco a la posada, quise más dar cinco de calle que cinco de corto. Dios sabe la intención con que él me envió a llamar, y aún yo la sé. La mía era muy diferente. Yo la diré: él me echó la pulla aprovechándose de los agnus que yo traía al cuello. Yo determiné hacerle con ellos mismos una que se les acordase. Pues, para que comiencen a verme el juego, supongan que me habían dicho que traía al cuello un muy hermoso Christo de oro esmaltado, que de sólo oro pesaba docientos reales, además de unos pendientes de perlas graciosas y costosas, que de sólo oírlo me jinglaba el corazón, que el oro tiene este efecto en las mujeres, que a las quietas las hace corredoras, por cuanto el oro se labró con azogue vivo, y a las corredoras las para y detiene, como se vio en la doncella corredora, a la cual ganó y aventajó el mancebo que yendo corriendo derramaba manzanas de oro, y, por cogerlas la doncella corredora, se paró y perdió la apuesta. Así que sola la memoria desta pieza de oro me hacía traer el corazón a la jineta. Esta era la pieza que él hacía asomadiza a las pollas, que es trata de motolitos y feos mostrar el vellocino de oro para que les tengan amor y vayan doradas las píldoras de sus faltas, y no dudo sino que es eficaz, que yo me acuerdo cuando para significar esto, cantaba:

Tárraga, por aquí van a Málaga, etc.

Y decía la copla:

Tárraga, ¿por qué camino
rendiré de amor el pecho?

Y respondía Tárraga:

Párraga, si fueres hecho,
cual Júpiter, de oro fino.

Replicaba Tárraga:

No, que el amor es divino
tiene alas y volará.

Pero Párraga se estaba en sus trece, y decía:

Tárraga, por aquí van a Málaga,
Tárraga, por aquí van allá.

Así que yo no dudo sino que este medio fuera eficaz si lo que ofrecen a los ojos estos de tú si la viste, dieran con ello en las manos. Amor al Christo sí que le tenía yo, mas el que a él le tenía era tan poco que con dos de jirapliega le barrera de las faldas del corazón.

Vaya de traza y no me maten, que esto de contar cuentos ha de ser de espacio, como el beber. Yo llevaba dos agnusdeis medianos a los dos lados de mi rosario de coral, uno de plata sobredorado y otro de oro, notablemente parecidos. Por éstos me había dicho el bellacón que eran las bulas de coadjutoria del canonicato. Eran, como digo, los agnus tan parecidos en la labor y apariencia, que a cualquiera que no fuera muy cursado artífice le engañara la indiferencia y rara semejanza que tenían las dos piezas entre sí. ¿Qué hago? Desato de mi rosario el agnusdei de plata sobredorado, el cual guardé en la manga de mis cuerpos que para secretaria era tan buena como una de un fraile francisco, de las que llamamos las damas arca de Noé. El otro, para que más campease, le puse con un rosario de azabache, que entonces era muy estimado, y, con todo eso, costaba menos que ahora, que es el cosí cosí de Fromista, que el pato que valía menos vendían por más. Esto de los agnus a su tiempo verán de lo que sirvió.

Entré en el mesón y, como supe donde estaba, entré como que no sabía dél, pero tan compuesta y enfrenada como una mula de rúa. No me hubo visto bien el fullero, cuando comenzó a meter fajina y gastar boliña y decir fanfarrias y muchos donaires, y algunos picantes, que estos necios son como lobitos, que no saben jugar sino a mordicadas. Mas yo dejéle gastar el pimentero y híceme cuenta que, pues no había respondido a la echadiza del camino, mejor era llevarlo por la vía de colortorto, tan encargada de las damas del tiempo de Macastrada.

Entré baja, encovadera, maganta y devotica, que parecía ovejita de Dios. Entonces eché de ver lo que sabemos disimular las mujeres y con cuánta razón pintaron a la disimulación como doncella modesta, la cual, debajo del vestido, tenía un dragón que asomaba por la faltriguera de su saya. Por cierto, tan en mi mano estuvo disimularme y mostrarme temerosa, que con no tener más vergüenza del hombre que si me la hubieran tundido, hacía de la vergonzosa con tanta facilidad como si mi voluntad y mis carrillos estuvieran hechos del ojo. Esto del disimular, según yo oí a un predicador, aunque seamos santas lo hacemos, y trajo a propósito que Esther fingió delante del rey Asuero estar tan flaca que no podía tenerse en pie sin el arrimo de una dama de palacio, y trajo de Judit, que fingió no ser viuda y otras cosas; y la mujer de Abrahán fingió que era su hermana. Paréceme que dijo que habían fingido sin mentir; yo no dijera así, sino que habían hecho apariencia de ficción. Mas, ¡qué boba! ¿Ahora me subo yo a quebrar púlpitos? Bájome con decir que no se espanten que las pecadoras sepamos fingir y disimular.

Como el estudiante me vio tan humilde y vergonzosa y que de sólo alabarme de hermosa me ponía colorada, iba quebrantando olas y haciendo síncopas. En fin, poco a poco se iba enfrenando y hablaba con menos orgullo, ca siempre fue verdadero aquel dicho del maestro: «La vergüenza en la doncella enfrena el fuego y apaga su centella.» En fin, ya vino a desfaltar y hablar con menos hipo; íbamos a menos y calló.

Ves, aquí ya tenía Justina la perdiz parada; mira tú si soy buena para perdiguero. Ayudóme mucho a hacer mi tiro que este barrabasino no sabía que yo era la que llamaban la mesonera burlona, o si lo sabía, cególe el diablo, que no se le acordó. Y no me espanto, porque como esos fulleros lo viven todo de noche como predicadores de sectas falsas, y como nunca salen de la emprenta de Pierrepapín, no llegan a su noticia estas burlas largas y discretas más que si fueran misas de pontifical, que para ellos es pueblos en Francia, pues hay hombre dellos que el día de Pascua oye misa para todo el año; así que no me conoció.

Respondíle con gran mesura:

-Yo beso las manos de v. m.

¿Qué sería bueno que me dijese? ¿Qué te contaré? Cuadróle tanto mi virginal vergüenza y cortedad de palabras, que comenzó a decir:

-¡Qué mujer ésta! ¡Qué vergüenza! ¡Qué agrado! ¡Mal haya yo si no diera por una mujer como ésta cuanto tengo! Así han de buscar los hombres las mujeres para casarse, con estas vergonzosas, encogidas, temerosas, compuestas, que todo es esmalte sobre el oro de la hermosura (harto fue, oyendo oro, no saltar como la gata de Venus, mas como era el punto aquel de cazar o espantar la caza, mandé al corazón que se metiese adentro y a los párpados que echasen la tapa a los ojos dello); éstas quieren de veras, éstas son fieles, éstas obedecen, éstas regalan, éstas entretienen, esta es la hermosura que se ha de preciar, esta es la hermosura que se ha de amar, este es el dote que han de buscar los hombres, esta es la dicha y suma felicidad.

Aquí detuvo el portante, porque topó en la piedra del rubí de mi vergüenza, lo cual me cubrió de una hermosa púrpura sembrada de escarlates, cuando me alababa. Llanamente, él me compuso una letanía de epítetos y gracias mías que, a ser yo tan blasfema como el pícaro del auto de Llerena, fuérale respondiéndome ora pro nobis. Lo que más sacaba a luz los granos de mi granada era ver que, como el hombre me había perdido el miedo por tenerme en posesión de parvulita e inocente, cuando me dijo aquella arenga, daba de mano y traía la punta en par de os ollos, como quien prueba vista de burra que anda en venta.

Tras toda esta laudatoria, arrojó un celemín de ofertas cordiales:

-Mándeme, señora, que mal haya yo si no la sirva de ojos, que aunque me ve apicarado y sin temor de Dios y de las gentes (de que me arrepiento), vive Dios, que me muero por doncellas virtuosas y de vergüenza. Juraré yo que está v. m. criada a pechos de buena madre, que en el blanco de los ojos se lo echará de ver un niño.

En diciendo esto, trocó la lengua en ojos.

Digo que una modestia, aunque sea fingida, de una mujer pondrá puertas al mar y quemará un río con toda su corriente. Véanlo por mi hombre, a quien mi vergüenza tenía en tal disposición que, en el calor de su pecho, pudieran cocer más masa que en un horno de concejo, en las llamaradas de sus ojos se pudiera quemar Dardín Dardeña, y le debía de dar su corazón y el dios machorro más recios golpazos que mazo de batán o que cordoncito de santera.

Como yo vi buena coyuntura, y tal que pesara él cada onza de mis palabras a otro tanto de topación, entré con mis once de oveja y fingiendo que de pura vergüenza tenía caídas las

golillas, y que tragaba saliva a duras penas, y tantas que a garabatadas de ruegos era necesario partearme las palabras, le dije:

-Por cierto, señor licenciado, que no está v. m. engañado en ofrecerme toda esa merced, que es cierto, verdad, que anoche, aquí en la posada, me dijeron que v. m. pretendía empeñar una pieza de oro por no sé qué dinero prestado, y dije que me le llamasen a v. m., que yo quería, sin otra prenda más que su palabra, prestarle todo el dinero que trayo, que son cincuenta y cinco reales y dos cuartos, porque yo sé que el señor su tío de v. m. es muy abonado y rico, y v. m. puede pagar más que eso, que ha días que una mal lograda hermana que tengo, a quien no me parezco en la condición, antes, por huir sus libertades, vengo a buscar mi remedio y encomendarme a nuestra Señora del Camino; ésta me dijo quién era su tío de v. m.

A esta razón, como fundada en falsa presunción, él se hizo de nuevas, y dijo:

-Por cierto, señora, en lo que toca al ofrecerme el empréstito, v. m. me ha echado una ese y un clavo, y una argolla, y un virote, y una cadena, y unos grillos, y una amarra (mejor dijera: y una albarda), para todos los días que yo viviere. Mas eso de empeñar mi pieza, no me ha pasado por el pensamiento, porque a mí me sobran quinientos reales a su servicio de v. m., y harto mal me habían de andar las manos si a costa de bobos no hubiese yo de sacar de León horros unos ochocientos y el papo fuera, que el trato que yo tengo es más seguro que en cueros de Indias. Tener un Christo de oro, sí que le tengo, y le mostré a Julianica, la moza de casa, mas ella podrá decir si yo he tratado de tal empeño. Sólo le dije por vía de chacarra: ¿Cuánto me darás, Juliana, por esta pieza?

-Así lo creo yo, dije, que esa pieza no la había v. m. vendido ni empeñado, sino que la debe de traer consigo.

-Así es, dijo el hombre, y véala v. m.

Y comenzó a desabotonar el sayo.

, como vi a hombre quitar botones de sayo, atemorizéme y apartéme un poco, mas él se me llegó un mucho y me hizo miralle por fuerza, diciendo:

-Mírele, señora, que quizá no habrá visto otra tal pieza.

Yo (no con pocos ademanes de vergüenza, soltándole y tornándole a tomar), le miré y remiré a mi sabor, por señas, que creo que se me salió el alma a los ojos, y tras ella las tres potencias a mirar la pieza. Alabésela parte por parte y púsele en las nubes por ver si me le daba, mas, ¿quién le había de alcanzar, habiéndole puesto en las nubes? Repetíle mil veces:

-V. m. le goce con quien más bien quiere.

Pensando que quizá me respondiera.

-Pues v. m. la goce, porque v. m. es a quien yo más quiero.

O, si quizá me preguntase si me quería servir dél, mas paréceme que por entonces no quizó.

Es muy ordinaria treta de mujeres alabar una cosa para que nos la den, o por ganar nuestra boca, o por temer no reventemos de antojadas. Están tan en uso esto, que ya se tiene por vil quien no se deja caer en este lazo. Mas yo conocí un bellaco que con gran sutileza se salía

dél. Si le alababan mucho alguna buena pieza, oíalo, y ya que se habían cansado de alabarla, o, por mejor decir, de pedírsela, preguntaba muy de reposo:

-¿De veras, señoras, que a vuesas mercedes les parece bien?

Decían sí y resí mil veces, por entender que a cabe de paleta estaba el decir: pues sírvase v. m. de la pieza. Mas él entonces, con mucha pausa, decía:

-Huélgome que esta pieza esté calificada con tan buenos votos, por estimarla más de aquí adelante. Yo, por ser tal la aprobación, la terné por pieza avinculada.

A gente más moderna solía decir cuando le loaban sus cosas:

-No me espanto que a v. m. le parezca bien, que por buena me costó a mí.

Este mi hombre no sabía tanto de respuestas como de echar cerraderos, y hízose gorra, aunque pienso que lo debió de hacer por pensar que de vergüenza no la recibiera yo a título de dada.

Ya que vi que este tiro había salido incierto, eché el resto de mis estragemas, y comencé a fingir con ademanes y tragantones de saliva y encorvadas de rostro y cuello, que no me atrevía, aunque quería, decirle una cosa. Mas él, que de mis palabras rozaba más que rocín de yerba nueva, no vía bien asomada a mi boca una palabra, cuando me la procuraba sacar con raíz y todo, y desta suerte, y con protesta de que cuanto le pidiese me daría, aunque fuese la mitad de su reñón, me sacó la razón siguiente:

-Señor, yo quisiera (no sé si lo diga), yo quisiera trocar este agnusdei de oro, y así, si v. m. en algún tiempo ha de trocar esa pieza de oro, yo trocaré con v. m., y lo que pesare más yo lo pagaré a v. m., que ya yo he dicho a v. m. que traigo dinero y, si no alcanzare, aquí traigo un manto de soplillo y estos corales para paga o empeño, cuanto y más que bien sabe v. m. y bien saben los de la posada, que yo quería fiar de v. m., y así mesmo creo me fiará, pues soy abonada.

¿Qué razones éstas para no le enternecer? ¿Qué cabe para no le tirar? ¿Qué lazo para no caer? No hube bien dicho esto, cuando descuelga la pieza de oro del cuello y me la pone en las manos. ¡Miren qué duro trance para una doncella vergonzosa como yo! Yo, cuitándome toda, sonrojada e inquieta, andando el medio caracol y orejeando con las dos manos, le dije:

-Ay, señor, que no quiero. ¡Tómelo allá! ¡Desdichada de mí! No quiero yo nada dado, lo que quiero es que lo tase un platero, y lo que fuere de más a más de su Christo a mi agnus de oro yo lo pagaré a dinero. ¿Qué dirán de mí los primos y primas que vienen conmigo, sino que soy alguna mala mujer?

Vaya conmigo el piadoso lector y no me tenga por boba, que yo me entendía. ¿Quieres saber por qué lo dije esto del platero? Hícelo y dájelo, porque pudiese yo decir que el truco (o, por mejor decir, el engaño) había sido a vista de oficiales, sin poderse llamar jamás a engaño ni ponerme ante justicia, y para otras cosas que luego verás.

Tanto le porfié, que por mi ruego trajo un platero amigo, a quien dijo:

-Señor, a esto os llevo, encárgoos que en todo seáis contra mí y en nada contra la dama con quien truco, que vive Dios que mi gusto era que ella se sirviera de la pieza de bueno a bueno.

De las fanfarrias que él dijo al platero sobre la paga que él esperaba de su alejandría no me haga Dios testigo, ni de otras tales; mas vaya, que ya se sabe que los hombres las más veces se alaban, no de lo que es o fue, sino de lo que les estaba bien que hubiera sido.

Vino mi platero con su peso y todo recado, y por pocas no me hallara, que me escondí de vergüenza. Verdad es que a la ventana aguardé, como Hero a Leandro, a lo menos como a Alejandro, y después que vi que estaba en casa, me metí detrás de una cortina. Todo lo llevaba la jacarandina.

Sacaron a la infanta detrás de la manta. Mirélos, desenvainó su peso el platero, que no fue estocada, y las pesas, que no fueron pedradas. Pesó la pieza y dijo:

-Pesa ducientos reales.

Hícele un gesto de probar vinagre. El fullero hízole del ojo al platero para que no anduviese tan en fiel.

Añadió el platero:

-De hechura, perlas y esmaltes, tres ducados (no medre yo si no valían otros ducientos reales).

Y así enmendé el rostro y púsele de perlas.

Llegó a pesar mi agnus, no tan en el fiel del peso cuanto en el de los ojos del fullero, y como eran algo desconcertadillos, no tomó bien el tino, y dijo:

-Pesa el agnus solos diez ducados.

El fullero, que no perdía compás alguno de mi rostro, como me le vio avinagrado en segunda instancia, dio un golpe al platero y, de conchabanza, mientras yo luchaba con la vergüenza que tanto me azotaba, tasaron que yo pagase solos dieciséis reales, diciendo que bien mirado todo no iba de más a más del Christo al agnus, sino solos dieciséis reales. Pagó el fullero al platero su trabajo, que fue como quien paga al verdugo. Despidióse el platero, mas yo, para entablar otro segundo y mayor engaño (que te dará gusto el oírle), le dije al platero:

-¿Qué le parece, señor maeso? ¿No le parece que es buen oro y muy fino el de mi agnusdei que doy en trueco al señor licenciado?

El dijo:

-Muy bueno, señora, de Portugal.

Y aun el platero pienso yo que era algo de allá, que sus fumeciños daba de muito galante, que a no venir de tasa, él saliera de ella; mas como temió al fullero, tornóse con su peso y pesas como se vino.

Dicho esto, eché mano a un bolso que traía y, temblando de vergüenza de dar y tomar con hombres, le di al escolar en sus manos los dieciséis reales en que fui condenada y al dárselos me animé a reír un poco, mostrándome contenta, agradecida y halagüeña más que perrilla de falda, que siempre acompaña la alegría con temor de que le destierren de las faldas a título de ¡Cipe, zucio!

Díjete:

-Tome v. m. los dieciséis reales, con lo mío me haga Dios bien (entablado para que no pidiese paga en otra moneda).

Él entonces me volvió los dieciséis reales, y aun me los metió por fuerza en la manga. Ya te he referido que en esta manga tenía yo emboscado el bolsillo con el agnus de plata parecido al de oro, y así, porque no encontrase con este bolsito en quien yo tenía envuelta mi segunda treta, acudí a la manga y metí mi mano a las vueltas de la saya. Él lo tomó por favor. Verdad es que la sacó presto, porque se compadeció de ver que yo, de pura vergüenza, estaba por cortarme la mano o por raer el cuero donde las suyas me habían dado un cabe, y, sobre todo, por verme que decía yo entre dientes:

-Nunca más, nunca otra en mi vida tal me acaeció con hombre.

En esta coyuntura, entró la segunda burla.

Yo, para darle a entender que me daba pena el verme tan obligada, le dije:

-Muéstreme v. m., muéstreme v. m. ese mi agnus de oro, que no me ha de llevar por ahí, que yo quiero no quedar a deber más que buena voluntad.

Él se hizo de pencas, por pensar que yo quería deshacer el truco, pero como le importuné, me lo dio al cabo, diciendo:

-Torne, señora Justina, veamos lo que manda. Suyo es, haga dél guerra y paz.

Tomé el agnus de oro, y dije:

-Si no fuera grosería yo deshiciera el concierto, pero ya que v. m. quiere hacerme tanta merced, yo le quiero dar de mi mano cierta cosa con que se desquiten los dieciséis reales.

Entonces (como de vergüenza niñera) le volví las espaldas porque no viese lo que quería yo hacer. Él estuvo quedo como un cepo mirándome sólo por detrás, como si yo tuviera vidrieras en el espinazo, sin intentar ver mis manos ni lo que hacían. Bien dicen que el amor es ciego, no sólo porque ama feo, sino porque aquello en quien él pone su blanco le ciega, para que piense que el engaño es gozo, la traición servicio, el daño obligación y el mal bien. Verdad es que cuando este amante tuviera ojos de lince, estaba la burla tan bien trabada que no la alcanzara, porque toda pasaba de mi manga adentro, que para él fue manera de arcabuceros contra su bolsa más que manga de sayuelo.

En esta manga metí el agnus de oro que le tomé y saqué el bolso de tela con el agnus de plata, el cual había yo guardado para esta sazón y coyuntura. Alargué la mano, hícele una solemne reverencia y dile el bolso. Sacó el agnus de plata sueltos los cerraderos para que le viese y no pensase que era engaño. Mas no dudo sino que, aunque le diera un pardal piando dentro del bolso, pensara que era agnusdei y pensara que en mi poder le había cubierto pelo. Valía el bolso y agnus de plata, todos gordos, cuatro ducados.

Al darle, dije:

-Tome v. m., que en verdad este bolso me le dio por vistas uno que había de ser mi esposo, y le costó cuatro ducados, y por seis no estuviera en m poder. Bien empleado va. Dóisele a v.

m. por dos cosas: lo uno, porque no es cosa lícita que las doncellas se carguen de obligaciones que no pueden desquitar; lo otro, porque ya que lleva mi agnus de oro, tenga en qué le guardar, porque es de oro de Portugal, él cual, de puro fino, se toma de cualquier cosa si no anda muy guardado.

No hube bien dicho lo del coste de los cuatro ducados, cuando el dómine licenciado escupió otros tantos de su indigesta faltriquera y me los dio. Yo, por no ser porfiada, tomélos con dos deditos. Entré en el número de damas, cuyo nombre quiere decir da más, y él en el del buen ladrón, que es di más. Y es claro que las mujeres, pues fuimos hechas de una costilla de hueso de hombre, tenemos privilegio para recibir y pedir hasta dejar al hombre en los huesos, y aun después de todo, pedir los huesos por justicia. En resolución, haciendo avanza de la burla, yo saqué horro el Christo de oro enteramente, pues me quedé con el agnus de oro y los dieciséis reales que había dádole en trueco. Ítem, vendí mi agnus de plata y mi bolsillo muy honradamente, sin miedo de que mi burla sea conocida, ni descubierta, ni probada hasta que nos veamos el fullero y yo de patas en el valle de Josafat.

Y aun para doblar la burla, de ahí a un hora, estando él jugando, me puse a cantar una canción que entonces andaba muy valida, pero tan a propósito que no pudo ser más. Al principio del número la puse.

Él se puso a escucharme con hartó gusto. Y decía:

-En todo tiene gracia esta doncella.

Mejor dijera:

-En todo tiene agraz esta matrera.

APROVECHAMIENTO

La modestia y vergüenza, aunque sea fingida, es agradable y muy decente a las doncellas, y gran pecado el aprovecharse mal de una cosa, de suyo tan buena y loable, para fines malos.

NÚMERO TERCERO

De la burla del ermitaño

SEXTILLAS DE PIE QUEBRADO

Fue un ermitaño ladrón,
Llamado Martín Pavón,
A dar una pavonada
En la ciudad de León,
Y posó en el mesón
En que estaba aposentada
Justina,
Gran zahorí y adivina
De gente desta bolina.
Él era muy redomado,
Mas ella fue tan ladina,

Que a puro meter fajina,
Le cogió como a un cuitado
Sus dineros.

Todos los días de mi vida quise mal a bellacos hipocritones, y no me falta razón. Los malos justamente son aborrecidos por las virtudes en que faltan como flacos, pero los hipócritas sólo por lo que tienen y por lo que mienten. Caso bravo que quieran éstos que respectemos las virtudes que no tienen, que llamemos al mono hombre, al lodo oro, al oropel perlas y a sus marañas y latrocinios tesoro de bienes. Dios me deje avenir con un bellaco de pan por pan, y no con estos sirenos enmascarados.

En mi pueblo hubo uno destes, tan gran ladrón como hipócrita, que en hábito de ermitaño era gran guardiño; por tal le prendió el corregidor. Escapóse dos días antes de nuestra Señora de Agosto y fue a posar en el mesmo mesón del fullero con quien tenía especial conocencia, porque se llamaban Pavones (¡la bellaca que fuera la pava!). No osaba salir de día porque no cayesen o porque no recayesen en él, y fuese por la recaída. Al justo le venía llamarse Pavón, propio de bellacos famosos, según he oído decir a uno que llamaban Pico de Perlas, es traer puestos en el nombre el marbete de su marca, como Lutherero y Manes, author el uno de los lutheranos y el otro de los manicheos, que el un nombre quiere decir una cosa sucia en su lengua, y el otro, Lutherero, en la nuestra significa una cosa de burla y mofa.

Pavón se llamaba, y es propio este nombre para que por él y por las cualidades desta ave me vaya yo acordando de las malas y perversas deste bellacón.

El pavón es propia figura de un hipócrita, porque tienen propiedades tales los pavones que unas desmienten a otras, y, en hecho de verdad, parece uno y es otro. Tiene el pavón en la cabeza crestas, en las cuales denota lozanía como la del gallo y poder como de serpiente, pero el macho es muy flaco y de pocas fuerzas y la hembra de tan poco calor que los más huevos que pone los enhuera. Tal era mi Martín Pavón. Quien le oyera decir cómo antes que se recogiese había servido al rey en Orán, en Malta y otras fronteras, pensara que era gallo de cien crestas, que es tan lozano que vence al león, y poderosa serpiente temida de todo hombre. No hay cuclillo que así cante su nombre como él cantaba y cantaba sus hazañas, pero venido al fallo, era tan grande lebrón que, si no es en la batalla de cortabolsas y en la guerra de gallinas, nunca otro acometimiento hizo ni otra cabeza cortó.

El pavón todo está lleno de ojos, y ve tan poco, que, si la pava se le asconde, jamás la puede descubrir hasta que ella quiere. Este bellacón tenía tantos ojos para censurar vidas ajenas, que nunca hacía sino dar memoriales y en ellos noticia de los amancebados y amancebadas de Mansilla. Teníanos enfadadas a las pobres mozas de mesón, y él tenía tres, por falta de una, todas hormas de su zapato.

Quien viere una ave tan linda como un pavón, pensará que tiene la carne más blanda que el pavo de Indias, mas, en hecho de verdad, no la hay más mala, más negra ni más dura. Así, quien viera a este hipocritón tan cargado de los ojos de todos como de trapos, descalzo, maganto, ahumado, macilento, pensara que sus propias miserias le pusieran ojos y compasión de las ajenas, pero era un Nerón, y donde él hurtaba con mejor denuedo era en los hospitales. ¡Qué ánima ésta! ¿Quién fuera a él en confianza que había de partir con ella la capa como San Martín? Yo sé que se le averiguó que de un manto que le dieron a guardar partió la mitad, pero no para dar, sino para tomar..., y llamábase Martín.

El pavón tiene un pecho dorado, de color de finísimo zafiro, pero los pies son feos y abominables; así, quien viera la modestia deste, pensara que era oro todo lo que en él relucía.

Hacía que rezaba y daba el silbo como cañuto de llave; sospiraba, hacía ruido como que se azotaba y hacía mil embelecocos con que parecía un zafiro de santidad en la tierra, mas sus pasos eran negros y feos, que ni había bolsa que no conquistase ni mujer que no solicitase, y en saliendo el tiro en vano, echábalo por lo de Pavía y tornábase a azotar a santo.

El pavón es de terrible y espantosa voz, mas los pasos tan sin sentir como si pisara en felpa. Así, éste daba gritos que fuésemos buenos y metía más herrería que un Ferrer, mas de noche, sin sentir, descorchaba cepos y ganzuaba escritorios con el silencio que si fuera llover sobre paja.

En suma, el pavón tiene figura de ángel, voz de diablo y pasos de ladrón: puro y parado Martín Pavón.

En fin, como no hay cosa encubierta si no es los ojos del topo, vínose a saber su vida y milagros. Prendieronle. Soltóse. Llevaba muchos reales. Fuese a León a dar una pavonada en las fiestas de agosto. Estaba en el mesón en hábito de ermitaño. Vile a las dos de la tarde, otro día después del tiro del rezmellado. Conocíle y no me conoció, y en viéndome tomó un libro en la mano que decía llamarse Guía de Pecadores, y yo, como pecadora descarriada, lleguéme a él para que me guiase. El bien vio que la moza que entraba no hedía, mas no me quiso mirar en tientas, dando a entender que lo hacía por no caer en la tentación. Yo me llegué tan cerca dél con el cuerpo como él lo estaba con la voluntad.

Saludóme humildemente, diciéndome:

-Dios sea en su alma, hermana.

Yo confieso que como no estaba ejercitada en esas salutaciones a lo divino, no se me ofreció qué responder, porque ni sabía si le había de decir, et cum spiritu tuo, o Deo gratias, o sur sum corda, mas a Dios y a ventura, díjele:

-Amén.

Ya que me tuvo parada, y tal que a su parecer no era censo de al quitar, me dijo:

-Hija, razón será que se acabe de leer este capítulo que tengo comenzado, porque como son cosas de Dios, no es razón que las dejemos por las terrenas, vanas, caducas y transitorias de las tejas abajo.

Yo, cuando oí aquello de las tejas abajo, sospiré un sospirazo que por pocas hiciera temblar la taconera de Pamplona, como cuando la ciudadela mosquea.

El prosiguió con su sermona:

-Podrá ser, hija mía, que la haya encaminado el Espíritu Sancto, para que oya algo que le aproveche, y si tiene algo tocante a su alma, después habrá lugar para comunicarlo.

Pardiez, por entonces tapóme y hízome oír lo que bastó para enfadarme, y díjele:

-Padre mío, yo traigo lengua de su buena vida y tengo necesidad de consolarme con su reverencia. Traigo priesa y no me puedo detener. Ruégole que, si es posible, deje eso por ahora y oya una cosa que quiero comunicar con él, que importa a la salvación de mi alma.

Él, entonces, que no quería otra cosa, sino que aguardaba a que yo le hiciese el son, dejó el libro, y aun y aun asomó a quererme consolar por la mano, por consolarme en arte de canto llano, que comienza por la mano. Mas yo, como intentaba consuelos en contrapunto, ahorréle esta diligencia, y propuse y dije:

-Padre, yo soy una mujer honrada casada con un batidor de oro. Soy natural de Mayorga. Vine aquí con unos parientes míos a las fiestas de la bendita Madre de Dios y a estarme aquí algunos días en casa de una prima mía, beata, haciendo algo y comiendo de mi sudor. Hanme hurtado la bolsa y algunos de mis vestidos y la almohadilla y los majaderos que traía para hacer puntas de palillos, que las hago muy buenas. Véome tal, que estoy a pique de hacer un mal recado y afrentar a mi linaje. Por caridad, le ruego que, pues la gente bendita como su reverencia tiene mano con los señores honrados y ricos, y también quien tiene mano para ricos la terná con la justicia, que dé orden cómo me socorran, y si su reverencia tiene algo, reparta conmigo.

Respondióme y díjome muchas cosas que de suyo provocaran a castidad, si él no castrara la fuerza dellas con ser quien era. Decía sin duda, buenas cosas, pero con un modillo que destruía la substancia de la doctrina, que bien parecía obra de diferentes dueños, pues la sustancia olía a Dios y el modillo a Bercebú.

Después de alargar arengas, tan malas de entender como buenas de sospechar, no pude atar cosa que dijese, sólo colegí que, en buen romance, me aconsejaba que muriese de hambre en amor de Dios, si pensaba ser buena, y si mala, que él me aplicaba para la cámara, y que menos escándalo era que entre Dios y él y mí quedase el secreto; y que cuanto al pedir para mí, pienso que dijo que tenía gota y no podía andar, y cuanto a darme de su dinero, que él no lo tenía, y que antes un rayo abrasase sus manos que en ellas cayese dinero, cuanto y más tenerlo.

¡Tómenme el despecho del ermitaño! Ya yo sabía que éste había de ser el primer auto, pero yo iba pertrechada de fajina. Díjele, pues:

-¡Ay, padre! ¡No quiera Dios que yo llaga mal a un siervo suyo como él! Ya que yo haya de serlo, acá con estos bellacos del mundo es mejor, porque lo uno es menos pecado, porque es caza que se sale ella al encuentro, es mancha en más ruin paño y es más a provecho; en fin, saca el vientre de mal año. ¡Ay, padre!, quíerele confesar mi flaqueza, ya que le he comenzado a decir toda mi vida con tanta verdad y me parece tan humano que se compadecerá de mí. Sabrá, padre, que un criado del Almirante, muy gentil hombre y caballero, corregidor de cierto pueblo suyo aquí cerca, que ha venido aquí a León, me ha ofrecido muchos reales porque acuda a su gusto, y si Dios y él, padre, no me remedian por otra vía, pienso echarme con la carga.

Él, en oyendo corregidor de cerca de León, criado del Almirante, luego sospechó (como culpado y temeroso) si era el de Mansilla, y preguntóme:

-Jesús! ¿Quién es ese mal juez o de qué pueblo? Dios tenga piedad, por su misericordia, de pueblo gobernado por un hombre de tan poco gobierno. Decidme, hija, de qué pueblo es, para que yo le encomiende a Dios.

Yo, con inocencia aparente, me di una palmada en la frente, y dije:

-No se me acuerda; bien sé que es tres leguas de aquí.

Él me dijo:

-¿Es Mansilla?

Respondíle:

-Sí, sí, sí, ese es el pueblo. Y ha venido aquí el corregidor a ver las fiestas, y como me ha visto a mí, dice que si yo le hago placer, no quiere más fiestas.

Lo que él se inquietó y azoró no se puede significar, porque se le traslució que le venía a buscar y a prender y a hacer extraordinarias diligencias, pero el hipocritón, como yo le dijese que no se inquietase, me respondió:

-No os espantéis, hija, que las ofensas de Dios en el pecho de un christiano son pólvora que le minan y hacen que se inquiete y salga de sí. Pero con todo eso, decidme, hija, ¿ese corregidor sabe adónde vivís?, ¿no os podíades vos esconder dél? Ítem, si yo os buscase dineros, ¿cómo le habíades de huir el rostro?

A esto le respondí:

Padre, el corregidor bien sabe que yo poso aquí, y dice que aquí, a este mesón donde estamos, ha de venir a la noche, y que para esto tiene un buen achaque, y es que anda espiando un famoso ladrón que en Mansilla llaman el Pavón, el cual se le fue de la cárcel de Mansilla y se vino aquí a León, y creo no tardarán mucho en venir. Mas si su reverencia me buscase algún remedio, muy fácilmente me escaparía yo dél, porque aprestaría luego mi jumentilla y iríame esta noche a nuestra Señora del Camino con mis compañeras, que van allá todas, y si me dice algo, diréle que en la romería se verá su negocio; en la romería excusaréme con mis parientes y compañeras, diréle que me lleve a Mansilla, que es camino de mi pueblo; en Mansilla avisaré a su mujer que mire que su marido anda perdido y le recoja, y con esto iré mi camino y él se quedará en su casa. Pero si voy sin manto a mi casa y sin la hacendilla que traje aquí para entretenerme algunos días, ¿qué he de hacer?

Entonces el bellacón se alteró aún más, viendo que si el corregidor venía, le había allí de coger in fraganti. Con todo eso, me hizo otro sermoncete, pero con mejor método que el pasado, porque la conclusión fue darse otra palmada en la frente (confrontábamos) y decir:

-¡Ya, ya, alabado sea el Redemptor! Algún ángel dejó aquí unos dineros de un mi compañero para tal necesidad. Yo me quiero atrever a tomárselos, con que vos le recéis otros tantos rosarios como os doy de reales.

Dicho esto, sacó de un zurrón seis escudos y me los puso en estas manos pecadoras. Juntáronse su temor y mi contento para que ni él me dijese otra palabra ni yo a él. Fuime.

Él luego mudó de traje y se fue a ver con el fullero. Yo ensillé mi burra y marché, porque los Pavones no me cayesen en la treta.

Pavón fue éste que en mi vida más supe dél, que ha sido mucho para la mucha tierra que he visto y para la dicha que he tenido en encontrar con bellacos.

El del ojo rezmellado no me vio jamás, pero escribióme una donosa carta, y yo, en respuesta, otra no menos, y por mi fe, que aunque sea detener la historia de la vuelta de León a mi tierra,

te he de referirlas, y si te parecieren larga cartas, ya te he dicho que yo siempre peco por carta de más, y si buenas, holgaréme de que encartaré gente honrada.

APROVECHAMIENTO

Hipócritas y gente que no viven en comunidad y hacen ostentación de ejercicios y ceremonias y hábitos inventados por sólo su antojo, siempre fueron tenidos por sospechosos en el camino de la virtud.

CAPÍTULO TERCERO

DE LAS DOS CARTAS GRACIOSAS

QUINTILLAS DE PIE QUEBRADO

El fullero escribe y pica
A la pícara Justina;
Ella, picando, replica,
Y, repicando, repica,
Y con furiosa bolina
Le demuestra
Que su burla fue más diestra,
Lo otro, más provechosa,
Lo tercero, más graciosa,
En fin, burla de maestra,
En todo el mundo famosa.
Y ainda.

Este es un tralado bien y fielmente sacado de un scripto y rescripto que pasó entre mí, Justina, y el bachiller Marcos Méndez Pavón, en razón de una burla mayor de marca, que después de haber pasado en cosa juzgada por espacio de nueve años, retoñando las quejas en el corazón y lengua del sobredicho bacalarío, enviaron a las quince un correo a su pluma y ella al papel, y todos dieron de rebato sobre la pobre Justina, a quien con parte de real y medio, bien llorado y mal pagado, le publicaron la sentencia y misiva siguiente, que a no poder apelar para la respuesta, era casi casi cosa de afrenta.

Va de carta.

«Yo, el bachiller Marcos Méndez Pavón, el agraviado, a vos, Justina Díez, ovejita de Dios, trasquilada a cruces, que a precio de vuestras vergüenzas comprastes las que yo tengo de mis faltas en dinero y mis sobras en manilargo. Por estos mis escritos, os reto a campo abierto para que aguardéis las asadoradas de mis razones, no con menos paciencia que la que mostráis en esa insigne escuela, teniendo tantos actos y aguardando en ellos tantos argumentos cornutos de tanto género de estudiantes capigorristas, resolviéndoles y resolviéndoos sin dificultad ni impedimento cuantas objeciones os representan.

No podéis negar que una mía vale por ciento, pues, por una palabrita que en el aire os dije de las bulas de coadjutoria, armastes todo el caramillo que ha pasado y metido más obra que los cazos de Toledo y monumentos de Sevilla, y creed que en buena filosofía natural -la cual vos sabéis ya muy bien, atento que profesáis mucho los movimientos sentibles de que ella

trata-, toda causa es mejor que su efecto, y por tanto, se conoce que mi burla fue mejor que la vuestra, pues ella os hizo a vos parir la que me hecistes. Reventáredes con ella el cuerpo.

Otrosí, bien sabéis que todo licor mezclado no es tan perfecto en su especie como el puro, y, pues mi burla fue burla de todos cuatro costados, sin brizna ni mezcla de veras, ni de ofensa, ni de venganza, fue burla más perfecta en su especie que la vuestra, la cual vino envuelta en un muy verdadero y averiguado latrocinio. Creedme que, así como se tienen por malas las burlas del burro y otros animales de su jaez, porque no se saben burlar sin estampar uñas o patas, así vuestra burla se ha de llamar burreal, por cuanto en ella señalastes las manos y aun las uñas. Yo burlas he visto de damas que, con amor fingido, parece que echan llamaradas y queman la olla del seso, y de recudida espuman la bolsa, pero vos, no con demostración de amor, sino a título de truco, engañastes, y por truco bautizastes el hecho. Ruégoos que si otro truco hubiéredes de hacer al tono deste, lo primero que troquéis sean esas manos por otras, so pena de que, a pocas tretas, os cortarán las uñas para asentaros el guante, y no sólo os cortarán las uñas, pero los pasos.

No se alabe tanto, que sepa que yo pensaba darle la pieza que me llevó y más barata y con menos trotes de pasos, que si bien se acuerda, anduvo al trote desde la iglesia al mesón para topetar con yo. ¡Pecadorcita, en qué vicio dio! Menos inconveniente fuera dar en otro vicio menos costoso en quien, aunque llevara carga, pero no de restitución. No le declaro el vicio porque de ese menester se le entiende mucho. Diráme voarced: señor licenciado, todo se andará y aun todo se ha andado. Créolo, porque el vicio que yo digo y el hurto son grandes camaradas. Por eso dijo el otre que los vicios son conejos. Allá en Salamanca le declararán este latín, que, a lo que yo perjunco, quiere decir que como los conejos y conejas todos paren y ninguno es estéril, así, un vicio pare más vicios que un conejo gazapos.

Engañóme su merced, pero puédome alabar que me engañó tomando por medio un agnus de cera, cordero mudo. Hágome cuenta que tomó la pieza de mi cuello, como tomaron a Cuenca los soldados en hábito y forma de ovejas y corderos a la misma hora que voarced me hizo el tiro. Sólo me pesó que para un hecho tan humano tomase un medio tan divino. ¡Herejota! ¿Por fuerza había de serla burla en cosas de las tejas arriba? ¿No me podía hacer la burla en unas calzas de obra que yo tenía en la posada o en algún dinero seco? Mi fe no se atrevió a venir cara a cara, sino que se metió detrás de un santo como fugitiva y lebrona. ¿Por qué no me pretendió hacer la burla de Pero Grullo, el de Arenillas? Por estas pocas que aquí Dios me puso, que si yo fuera el obispete y conmigo las hubiera, que yo la había de traer un extra tempora y me había de salir del carricoche ordenada o desordenada de mi mano.

Yo juraré que dejó su merced en León bien cacareada y pregonada la burla que me hizo. Eso creo yo, que mujeres no saben callar cosa, aunque sea la caca y el coco y el cuco. ¡Gran hazaña! ¿Por qué no les dijo que me enviaba preñado por obra de gatuperio, que a truco de llevar adelante el nombre y opinión de mesonera burlona, dirá eso y más, y porque la crean dará un cuarto al diablo? ¡La inocentilla! ¡Y con qué sencillez me decía si quería prestado los cincuenta y cinco y un cuarto! El cuarto déle ella a Bercebú, y no sea el trasero porque no paguen justos por pecadores. Los cincuenta y cinco guárdelos, porque siquiera se pueda decir della que entró una vez en su poder un mazo y se descartó dél.

¿Cómo digo de aquel bolso que le dio en vistas su novio? ¡Oh, válame San Macario!, si cada uno de sus novios le hubiera de dar un bolso para vistas del pleito. Y qué de bolsos tuviera, aunque todos los tuviera necesarios, si es que ha de ir adelante en embolsar muy a menudo de manos a boca docientos y cuarenta y cuatro que me llevó en un soplo. Si pensara que tenía alma, rogárala que me lo dijera de misas, pues que tiene tantos capellanes como días hay en el año, y en el bisiesto dos más, para andar conforme al tiempo, a uso de potrosa. Mas no la

quiero encargar esto ni meterla en escrúpulos excusados, porque me temo que si se encarga de decir estas misas, cuando se muera, hallará tan quejosos los del purgatorio como los que acá quedan, que, si bien lo mira, son todos los estados, que cuando tan atrevidamente se atreve a entrar burlando y burlando de el estado eclesiástico, cuyo mínimo profesor y acólito cuadragenario soy, no ha de dejar hombre a vida. ¡Ay, hermanita! ¡Ay, nueva parca de bolsas, Caribdis del dinero, silla de piezas de oro, tarasca de sombreros, gomía de capas, zángano de meleros, condesa de gitanos, pícara de tres altos! Ruégola, mi santita, que se reporte; no piense que es grandeza menudear tanto el hacer burlas a los hombres, que alguna vez vendrá por lana y muy cicofanta.

Ya que quiso hacerme la burla, ¿para qué volvió barras y sacó a somorgujo el agnus de la manga?, ¿no fuera mejor rostro a rostro? Pero es de casta de caracoles, que hacen su hecho a traición. No le pediré el hurto ante justicia, que ya sé que no teme varas altas, pero apareje el zarzo que yo la haré vomitar la empanada. No me dieron pena los ducientos reales, pues de una asentada gano yo más a los boquirrubios de su tierra, pero pésame del mal empleo.

Avíseme de su salud y si llega ya a tener el alma setena, que de su edad ya otras tienen seis almas y media. A lo menos, bien pienso yo que si con cada muela que se cae entra un alma de nuevo, pasan ya de doce sus almas, y terná ya las encías hechas un purgatorio. Sobre todo, me diga si ha entrado algún cardenal en la corte de sus espaldas, y si le han frizado la costilla que le cupo en el repartimiento de Adán, que no me holgaría yo poco una tan gentil tundidora de bolsas ajenas hallase un buen frisador de espaldas propias. Mas en manos está el pandero que le sabrán tañer, porque me dicen que el señor corregidor de esa ciudad -buena vida le dé Dios- los pone como nuevos a los que tienen los dedos de más de marca, y porque me nombres, te digo que Marcos te llama marca de más marca.

Con esto, ceso, y no de rogar a Dios que, si es posible, en la resurrección de la carne, por burlarte, te hurte el cuerpo un caimán y salga tu alma trocada, metida en un bolso o bolsa de arzón o manga de sayuelo, como el cordero que fue signo de tu cielo y memoria de mis penas.

Fecha en el General, donde dicen leyes, en la universidad de Asma.-El bachiller Marcos Méndez Pavón.»

Respuesta de Justina por los tenores
mismos de la carta arriba dicha

«Yo, la licenciada Justina Díez, llamada por otro nombre la Guzmána de Alfarache, y Pícara de prima por claustro, a vos, el bachiller Marcos Méndez, fullero, burlón de palabras y burlado de obras, nariz de alquitara, ojo de besugo cocido, pescuezo de tarasca, cuerpo de costal, piernas de rastrillo, pies de mala copla, que a precio de la desvergüenza que me dijistes en el camino de Mansilla, comprastes la privación y traspaso jurídico de una buena pieza de oro y perlas que decís estar en mi poder; salud e gracia. Sepades... Digo salud que os reviente, gracia que mejor os venga que la mía, y sepades, para que no os engañen ni os esquilmen.

Primeramente, por estos mis escritos, os inhibo de mi fisgón y os apercibo que para el tiempo que durare el resolveros el alma con dichos y la bolsa con hechos -que será el que la nuestra merced durare-, os arméis de la paciencia que tuvo vuestra charitativa madre en oír llamar a su marido, vuestro putativo padre, hijo de Cornelio Tácito, por vía de hembra, y por la del varón, de Rabí Sidraque. No podréis negar, señor ojunregazado, que una mía vale por mil, pues de un golpe os engañé en mil géneros de cosas, cuya suma vos la podéis hacer como a quien más le toca, y como tocóos en las tres potencias del alma, y aun en las de la bolsa. En la voluntad os tocó, pues, con cebo de amor, llegastes y quedastes oliendo el poste como el amo

de Lazarillo; en el entendimiento, porque os hice ver por tela de cedazo y creer que tenía vergüenza de vos quien no os estimaba en un pelo de buboso, salvo el guante a la pieza y a la chrisma -si es que estáis bautizado, siquiera de socorro-, y no me engañaría si dijese que el zahumerio de la burla llegó a vuestra memoria, pues la ternéis y debéis tener de mí mientras durare el nombre y vida de Justina, a quien Dios conserve muchos años, y a vos también, aunque sea hecho tarazones y en escabeche.

Ponéis tacha a mi burla que tiene más obra que los cazos de Toledo, pero si yo fui el Juanelo del artificio, vos fuistes el pagador del trabajo. Mirad vos quién es el más medrado en este lance. ¿Con filosofía me acotáis o azotáis? Yo no sé qué es filosofía, ni la he menester, porque para saber yo que vuestros ojos no salieron por el orden común de naturaleza, sino, cuando mucho, por alguna jeringa, ni vuestra fullería se dio por el arancel de los honrados, no he yo menester filosofía natural, ni moral, ni enviar por sabios a Grecia.

Preciáisos de que vuestra burla parió la mía. Ahí veréis vos que me sirvo yo de vos como de potra paridera. No me diera Dios mayor trabajo que, si conversáramos mucho, haceros cada año escupirme más renta que una potranca de las de buena arca, que maldito más me diera que tener cada año una mula boba, bija de madre.

Ríome mucho de que repudiéis mi burla por ir mezclada con veras; ¿pues ahora sabéis que todas las cosas vivientes, cuanto más perfectas, son más mixtas? Hermanito, mi burla era viva y vivirá, y porque fuese más perfecta, la hice mixta. Es que soy boticaria de entre christianos y no curo con simples, como árabe, sino con pildoritas que le hagan buen provecho. No hay mentira sin mezcla de verdad, ni mal sin mezcla de bien, ni aun bobo -como vos bien sabéis- sin mezcla de discreto, y aun vos, con ser tan tonto, comenzastes a querer soñar de poder tener algo de discreto.

El tiempo que os duró el figar de mí, decid: ¿no tenéis vos por buena burla el ser fullero? Pues, por mi fe, que vuestras fullerías no van forradas menos que en pellejo de garduña. Mi burla no tiene lugar de ser llamada coz bursal, que os haría yo agravio al quitaros ese nombre y usurpar el título que tenéis avinculado y puesto en cabeza de mayor asno. ¿Sabéis cómo podéis llamar mi burla? Llamalda retozo de garduña, ojimel de daca y toma, agridulce de bobos, que estos nombres le vienen mejor, y si no, sea como su reverencia mandare, con que no tenga pena que por acá nos corten las uñas, que moza soy yo que no sólo sé trocar mi plata por su oro, pero sé asentar el guante y, tras él, las uñas, y tras todo, armar mamona, sin ser necesario traer de acarreo quien suelte la ballestilla.

De la intención con que pensábades darme el Christo dado, no tenéis para qué darme cuenta, que yo creo alforjaríades mil chimeras; pero uno piensa el bayo y otro lo ensilla. No tengáis por consejo sano dar joyeles dados, que no hay peor juego que el dado. Y si vine aprieta y dejé la iglesia para venir al mesón a buscaros, sabed que era porque sabía que aunque estuviera a todas horas en todas las iglesias del mundo, en ninguna os había de encontrar, porque sé que lo que vos tenéis de oficio no se cursa en la iglesia; y si dejé vísperas de nuestra Señora, fue por las del Christo.

Los consejos que me dais de escoger vicios que no deban restitución, la villa os los pague, pero tomaldos para vos, y no en el juego de la primera, en el cual me dicen que, de puro escoger, echáis en la mesa muchas primeras que no se hacen ellas, sino vos las hacéis por un molde hecho en Asís. Debe de ser que como enseñáis a otros a escoger pecados, vos os habéis enseñado a escoger cartas, y pues vos hacéis primeras a vuestro gusto, no os metáis en los flujes de bolsa que yo hago al mío. Y, pues sabe que los vicios andan de camarada, como él y los fulleros que trae en rueda, aprovéchese de ese buen consejo para advertir que cuando viere

una moza de buen fregado, como yo, carilucia, barbiponiente, pieza suelta, sin tío ni sobrino al lado y sin can que la ladre, sino sólo con su borrico y su picarico y su baldeo y moza de la jábega y a Dios que me mudo, no la crea; santíguese della, lea en un libro como su primo el ermitaño, conjúrela, y por relucir que vea las cosas, no piense que son oro, aunque se lo diga un platero de oro o un orero de plata, que de bajo de un bolsito de tela hay mil telas y mil engaños. Desto le puede servir aquel ejemplo de los zamarrones de Cuenca que trajo a tan buen propósito.

Y si le parece que mi burla es caso Inquisición, hable a esos señores y cuénteles el caso, que quizá les entretendrá y aliviará un poco del cansancio que suelen tener de tratar con algunos tan grandes bobibellacos como él. Ello bien puede ser caso de Inquisición, mas crea que no me acusa la conciencia del haber consentido deliberadamente en pensar que una imagen de un Christo crucificado en poder de un sayonazo como él no andaba segura, y es charidad quitar la ocasión. Alegarme ha en su favor que fueron parientes suyos los que labraron la cruz a Christo; pues, ¡pesia tal con él!, ¿labró una de palo y quiere poseer en pago una de oro? Para renovar memorias, una de palo le bastaba, demás de las muchas que hace cada momento en los dedos para jurar que pierde, aunque gane. ¡Linda maña, mentir aboque de abaque, y ahí está la cruz que lo atestiguará! Ahora bien, unas nuevas le quiero dar, y son que los christianos viejos le damos licencia para que pueda traer al cuello una cruz de palo, para que Dios le libre de los relámpagos de Justina, aunque a un motolito como él debajo de los pies le saldrán ocasiones y peligros que temer, que para los bobos se hizo la mala fortuna y mal caso, que a los discretos nada les sucede acaso, porque todo lo previenen.

Paréceme que a su noticia ha venido la burla de Pero Grullo. ¿Y júramelas? ¡Ay, bobito, bobito!, con él me deparara mi dicha siempre que yo fuese a caza, que a fe que no la tuviéramos mala, y a fe que si él fuera el bigornio, yo le hiciera entender que la carreta era bolso.

No le quise hacer la burla en calzas, que yo no trato de echarlas a pollos. Demás de que la burlada yo lo fuera, si me cargara de sus calzas de obra, que a mí no me la podían hacer buena, ni tengo por buena burla espulgar vestidos de mona. ¿Alega que no fui cara a cara y que volví barras? A eso digo: lo uno, que en guerra de retorno son lícitas las tretas; lo otro, que si fue engaño, fue engaño a vista de oficiales. ¿No estaba un platero delante, con sus pesas y apatusco, y entre ellos dos lo ordenaron como quisieron? ¿Qué más quiere? ¿No le dije yo que guardase bien el agnus en el bolsillo, porque el oro de Portugal, de puro fino, se toma? No quise decir que se tomaba él de fino, sino que por ser tan bueno le deseaban muchos tomar y le tomaban, y echáralo de ver cuán presto se toma, pues no se le hube bien dado, cuando fue tomado de mí.

No le dé cuidado pensar si acaso parlé el chiste en León, que le digo de verdad que nunca fui amigo de vender secretos que se suelen pagar por calles públicas, y no quiero yo que por falta de secreta me hagan hacer la digestión en la calle, jeringándome las espaldas con alguna penca o rebenque o cualquier cosa. Acá, para conmigo, confieso que mil veces me parlo el chiste entre pecho y espalda, y a su costa traigo forradas en risa todas las tres potencias del alma, especialmente cuando me acuerdo que se queja de mí porque, con inocencia fingida, le ofrecí si quería prestados los cincuenta y cinco y un cuarto. Sepa que a tontos como él no se pueden ofrecer los cincuenta y cinco justos; lo uno, porque no vienen bien justos con pecadores; lo otro, porque como es número de mazo, moriráse por él, como gavilán por rábanos, y así, no se le podrán envidiar de falso. ¿Y dirá que no me descarto de mazos y descártome de él? Ofrecíle un cuatro. ¿Pregunta si es trasero o delantero? El que su merced mandare, que para él tanto monta, que me dicen hace a dos luces, como candil de mesón, y

que ha estado a pique de una plaza él y otro por ser amigos de atrás, y aun dicen de él que es dado a perros.

No se espante que le dé el bolso de los novios, porque quien no vio, novio es. Si no está roto el que le di, por su vida que me le envié con un poco de almizcle, porque después que tomé en las manos su carta, me huelen a sudor de jalma, y prométole, si me le envía, de pagárselo en mandar a una recua de tontos que traigo tras mí con cebo de que serán mis novios, que bailen toda una tarde por su ánima, disfrazados con vestidos hechos de ochos y nueves, que es librea muy a su gusto. Mas eso de hacerle decir misas ni sacrificios, ¡no me lo mande voarced no me lo mande voarced!, porque unos pocos de capellanes amigos que tenía están depuestos como gallinas cluecas. Si él quisiere que por su intención y a su costa haga que me recen cada día a mi puerta la oración del justo Cordero, yo lo haré con que me envíe el agnus de plata que me tomó, que, tal como es, a mí trie hace falta y a él sobra, por ser cosa buena y de devoción.

Ya sé que tengo enojado el purgatorio, mas también sé que tiene él por amigos los del infierno; cuente a cómo salimos. Cuando leí los muchos títulos que me daba, conocí que esa debe de ser la letanía que reza: cual es el devoto, tal el santo y tal la devoción.

Lo menos a propósito para él es contar mis años, porque si con los pocos que tenía entonces le di la papilla que papó, ¿qué le parece al papenco que será ahora si le tornase a requerir el cañal, después de haber comido mán guindas que él arrobas de bobo?

¿Por los dientes me cuenta el alma? Bien parece que le mordí. Por lo menos, sabe que soy viva, pues muerdo. Con salud lo cuente, y sea tanta que le reviente por los ijares. Ya pensé que tenía olvidada esta burla, mas paréceme que según busca consuelos, no debe de tener aún bien sana la llaga. Échela un poco de massea y mascunda, con un granito de sal de necio, y luego sanará.

Por acá no hay nada de nuevo, sino que el cardenal vive en esta ciudad y trae orden de desterrar todos los vagamundos y fulleros. Avísole porque no le tiene el diablo de venir a esta tierra en tan mala coyuntura, porque, demás y allende que los cardenales desta tierra son muy rigurosos, tenemos un corregidor en esta ciudad que a cincuenta pasos huele cuerpos malhechores. Por allá, que es tierra de bobos, se le correrá bien el oficio, que por acá hendemos un cabello por veinte partes.

Lo de la marca se borre, que el rey no comete el marcar a gente de tan ruin marca, cuanto y más que un pigmeo como él no puede marcar a una gigante como yo.

Ríome de que se me firme Pavón. ¿Cómo digo de aquella bendita limosna que me pidió su pariente, el que nos vendió el galgo? ¿Sabe qué veo? Que les viene tan de casta el ser ladrones como el ser engañados.

A buenas noches, Pavón, deshace el rodancho, mosquilón, arrímate, gigantón, que eres un bobarrón, y por si acaso quisieres presentar esta carta a la justicia para pedir lo que fue ganado en buena lid, advierte que va de letra de un escribano muerto, que suele ser falso, y sin firma, porque sólo un tonto como tú podrá firmar carta semejante. Fecha en Salamanca, en el mes gatuno, entre once y mona.»

APROVECHAMIENTO

La gente disoluta no se empacha de publicar sus maleficios por palabra y por escrito, pero Dios las escribe en el libro donde las leerán con gran confusión y mengua suya.

CAPÍTULO CUARTO

DE LA ROMERA DE LEÓN

NÚMERO PRIMERO

De la romera dormida y despierta

UN SONETILLO DE SOSTENIDOS

Ni dormida más dispierta,
Ni dispierta más dormida,
Ni ganada más perdida,
Ni perdida más alerta.

Cubierta más descubierta,
Cosiente más descosida,
Jineta más a la brida,
Fisgona más encubierta.

Devota más sin rezar,
Pagadora más en venta,
Veladora más en vano,

Huéspededa más sin pagar,
Cual este número cuenta,
Jamás la vido christiano.

Ya que he dado cuenta de lo que me sucedió en León y del retoño que de ahí a nueve años hubo (lo cual puse junto porque se conociese más de próximo la materia de que las cartas trataban), quiero que nos descartemos de cartas para ir adelante con el cuento de mi jornada.

Aquel día de Nuestra Señora en la noche, porque acaso aquellos pavitos no me apareciesen en sueños y pidiesen carta de pago de mis deudas y desengaño de mis burlas, y por quitarles del cuidado que querían tomar de ser de mi guardia sin ser ángeles buenos, determiné ser romera, como quien va a Roma por todo. Mandé a mi mochillero que ensillase mi hacanea y que me la sacase al Prado de los Judíos, donde también encontré otras mozas que aquella misma hora iban de tropel a la romería que llaman de Nuestra Señora del Camino, que es una legua de León, donde van aquella noche casi todos los forasteros. La cuenta que hice con la huéspededa fue ninguna, sólo hice cinco reverencias a un San Christobal que tenía junto a una lamparilla y le encomendé la huéspededa, que lo había menester, porque como era colérica -como verás abajo- y se ahogaba en poca agua, le sería de mucha importancia un tan buen barquero de a pie, y si San Christobal me oyó, bien pagada quedó, y si no, basta que yo fuese contenta sin que ella quedase pagada.

El camino de la romería no es muy bueno, pero la compañía lo era, y con ella y con la profunda consideración de mi Christo lo pasé con mucho consuelo y como muy buena christiana. No pude a la ida despabilar mucho la lengua, porque el sueño me hacía hacer mucha pavesa; si no fuera que mi picarillo de cuando en cuando me soliviaba con un cantarcito que decía: «No durmáis, ojuelos verdes, que por la mañanita lo dormiredes», bien

creo que la romera diera un par de romeradas en aquel suelo de Jesuchristo. Ni me aprovechaba mudarme de bridona en jineta, ni mudar más posturas que veleta en campanario, que, en fin, el sueño es volteador y me enseñaba las vueltas peligrosas. La postrera me vi en gran peligro, porque no estuve dos dedos del duro suelo, y entonces, con el gran espanto, desperté desfavorida y no pude tornar a pegar ojo.

Maldita sea cosa tan mala como el sueño. El sueño es loco; si da en seguir, no hay quien le eche a palos, y si da en huir, no hay traerle con maromas. Dicen que las mujeres tenemos dos extremos de locas: el uno, que si decimos de no y tijeretas, no hay villanchón como nosotras, y el otro, que si decimos de sí, rogaremos a un caimán. Yo digo que sea así verdad, pero decidme, maldicientes, si la mujer es hija del sueño de un hombre dormido, y tan dormido que le sacaron una costilla sin sentir dolor de más ni hueso de menos, ¿qué os espantáis de los siniestros mujeriles? Cuando la mujer fuera la misma ficción y engaño, la pura vanidad y mentira, no había que espantar, pues es hija del sueño vano, phantaseador y loco. Holofernes y otros que durmieron a medias en esta vida y en la otra bien saben ser verdad lo que digo, pues el sueño trocó su descanso en alas, su quietud en azogue, su lecho en potro y su reposo en horca y cuchillo. Dije esto a propósito de mi cabezudo sueño, que me puso a pique de hacer tortilla de sesos para perseguirme, y en un momento se ausentó de mí y desvió con el desnudo que si yo hubiera muerto a su padre. Y, la verdad, quizá dirá el sueño que sí maté, porque las mujeres matamos con Eva al primer hombre, padre primero del sueño, y por eso las mujeres somos de poco dormir, porque el sueño, en odio y venganza de que matamos a su padre, no quiere hacer con nosotras mucho rancho.

En mi vida vide despierta más dormida ni dormida más despierta. Ya que del todo despabilé los ojos, iba imaginando mil cosas por momentos, y la que más a menudo salteaba mi pensamiento era si acaso en esta romería me sucedía otra gatada como la de Arenillas. Si las veces que esto se me acordó se convinieran en repollos de oro, mejor estuviera mi olla.

Ya llegué a la ermita, y de veras que me dio gusto el sitio, que es un campo anchuroso que huele a tomillo salsero, proveído de caserías, y aun hay allí personas que no las podrán sacar tan presto de sus casillas; dígoles porque engordan mucho las venteras. La ermita, bien edificada, adornada, curiosa, limpia, rica de aderezos, cera y lámparas, ornamentos, plata, telas y presentallas. Gran concurso de gente, que por eso y por estar en el camino de Santiago, se llama Nuestra Señora del Camino. Notable provisión de todas frutas, vino, comidas.

Acuérdome que desde esta romería quedé muy devota de los perdones de aquella tierra. Fue el cuento que un cierto galán estaba rifando al naipe ciertas avellanas y genobradas, lo cual ganó, y viéndome, me convidó a ello, y dijo:

-Tome perdones, señora hermosa.

Yo no entendía el uso de la tierra, y pensando que se burlaba y que me había deparado Dios otro obispo de romería, le dije:

-Beso a v. m. las manos, señor obispo, que en verdad que me suele a mí ir bien con obispos, aunque a ellos conmigo no tanto.

Replicó el galán (que era a mi parecer galán comedido):

-No piense, señora hermosa, que me burlo, que en esta tierra es uso llamar perdones todo lo que se da en la romería, porque se tiene por devoción como si fuera pan bendito.

Con esto me quieté, y di grandes gracias a Dios Nuestro Señor de haber encontrado tierra donde los galanes saben tan de raíz las cosas eclesiásticas. Verdad es que antes de decirme esto, había yo recibido los perdones con una mano, porque esto del récipe es cosa que las mujeres lo decoramos en el vientre de nuestras madres, y por eso nos llaman boticarias, porque nunca salimos de récipe. Estos perdones fueron para mi jubileo plenísimo, porque como partí sin cenar más que de una empanada, a la salida de la ciudad, traía picado el molino, y en un punto comí tanto del perdón que, si como quedé sin pena, quedara sin culpa, fuera jubileo de veras.

Al candil de la luna, que la hacía no muy clara, pude maniatar mi borrico y tender mi albardoncito en el duro suelo, junto a unas mujeres que allí estaban en un corrillo, que las de mi pueblo a cabezadas me huyeron; digo mohínas de verme dar con el sueño cabezadas contra el aire, y aunque algunas veces una amiga me daba con la punta de un palillo, mi sueño burlaba de todo y jugaba a punta con cabeza. También es verdad que las busqué con el candil de la luna, mas no las hallé porque alumbraba mal.

Echéme junto a unas mujeres, grandes estornudadoras en sueños; eran morcilleras de pato; reclinéme, y porque no me faltase centinela que me hiciese cuerpo de guardia, di a mi mochillero un pedazo de mollete duro, de lo que metí en la alforja en Mansilla, para que se entretuviese y royese en él; y bien tenía que roer, mas hice mi cuenta que aquel pan en la mano le serviría de lo que a las grullas les sirve una piedra que llevan en la suya para sentir si duermen las que son de guarda.

Yo le dije:

-Leonardillo, come este pan poco a poco, que está como unos bizcochos (entendíase de galera), y en acabándosete, despiértame. Mira, no te duermas, y en pago te prometo para almorzar el mayor pepino que traemos, y si algún hombre llegare muy junto a nosotros, recuérdame.

¿No notas el natural cuidado que tenemos las mujeres que no nos vean los hombres? ¿Qué piensas que es? Por ventura, ¿huir dellos? No, hermano, y si no, mira tú cuán pocas dejan de salir de casa por miedo de enconrallos. No es sino una de dos; o que como basiliscos queremos ganar por la mano, por matar y no morir, o porque nuestro bien parecer es de casta de purgas, que nunca se hacen con sola naturaleza, sino con artificio, y por eso no queremos que quien nos viere nos coja descuidadas, y así verás que en mirando a una mujer de repente, luego se inquieta y se remira, acude a cubrirse y descubrirse en aquella forma y manera que a ella le parece que es más a propósito de agradar. Mal me haga Dios si jamás quise mal a hombre; con todo eso, nunca gusté que me cogiese de repente, aunque ni mato ni espanto.

El muchacho comenzó a tascar con su bizcocho, y al ruido que hacía con el juego de las muelas -que era mayor que el de los veinte y ocho majaderos de la pólvora de Pamplona-, me dormí como perro al son de los golpes del ayunque. Descansé, y aunque el sueño fue poco más de hora y media, con todo eso me satisfizo, porque las mujeres, como vivimos depriesa, dormimos poco, y aun si dormimos es a ojo abierto como leones, y no cerramos ojo sino a pura fuerza de naturaleza.

Dormí, y debíme de echar de mal lado, porque todo se me fue en soñar, y fue el sueño que, por las burlas que había hecho en León, me habían desterrado un año. ¡Cosa notable! Que me pareció real y verdaderamente que había pasado por mí un año, por donde eché de ver cuán fácil será a Dios el día del juicio dar a un hombre en un instante tanta pena de fuego en alma y cuerpo que le parezca que ha sido un año, y que le haya de doler como si tuviera diez cursos

de infierno. También me confirmé en sentir cuán traidor es el sueño, pues igualmente abre las puertas a el gusto y al daño nuestro, para que igualmente haga suertes en nuestra imaginación, y aun abre puerta para que entre la muerte en sueños, como el ladrón que saltea con máscara. Miren quién y cuán traidor es el sueño, que aquel a quien yo hice la burla estaba quieto y sin acordarse de pedir justicia, y mi traidor sueño me desterró, y por un año, y sin oírme de justicia. Mil cosas pudiera decir del sueño muy a propósito, mas no quiero que me digan que yendo caballera en una burra predico el sermón de las vírgenes locas. Dígalo otra, que a mí no me vaga.

Parece ser que mi mochillero, siguiendo su molienda, debió de encontrar algún nudo en el mollete, y, queriendo conquistalle, avivó el ruido, y con él me despertó a muy buen tiempo, porque ya la gente se rebullía y parece que hormigueaba el trato. Di dos o tres esperezos y levántome más tiesa que un ajo, dando de camino un pescozón al mochillero para sacarle el sueño con raíces y todo; y las porconas todavía roncando como unas poltronas. Parecióme mucho sosiego y buen aparejo para darles un poco de almagre de mi mano. Pardiez -si no lo han por enojo-, viendo que una dellas traía aguja y hilo en la vuelta de una alforza y un ovillito de hilo de buen tomo en la de la saya, cosílas muy a mi gusto por las faldas de las sayas del lienzo, que en aquella tierra se llaman camisas. Por el hilo y su olor, saqué que aquéllas eran tan malcocinadas como bien cochinas, y debían de estarse allí a hacer morcillas de pato, y, las otras, según me lo hablaron mis narices, eran del oficio también. Ya que tuve hecha mi tarea, parecióme que estas burlas son como pintura, que se ha de ver de lejos para que parezca bien, y así me aparté a ver la labor que había hecho. No fui yo sola la mirona, que en breve espacio tuvieron al auditorio que bastó para reír asaz la encamisada. Era cosa donosa ver la labor que hacían sueño, enojo, vergüenza y descubiertas. Andaban en torno unas tras otras, que parecían el toro de las coces; en fin, ellas andaban como cosidas y yo me reía como descosida.

APROVECHAMIENTO

Los que toman la santidad por vía de burla, hacen la de los santos lugares, pero tiempo verná en el cual lo baga de ellos el Juez Universal.

NÚMERO SEGUNDO

Del asno perdido

SÚMASE EN UN ROMANCE

Una notoria excelencia
Que vemos en los borricos
Es que casi todos son
De un color y talle mismo;
Y aun hay algunos dolores
De que sanan los heridos,
Si se sientan ras por ras
Encima de algún pollino;
Y aun quien quisiese emborrar
Propiedades de borricos,
Se pudiera estar roznando
Desde aquí al otro siglo.

Basta saber que las dichas
Fueron único motivo
Para que Justina hiciese
A su salvo un lindo tiro.
De puro bobidevota,
Se le traspuso el pollino,
Y ella traspuso en otro
El sillón y albardoncillo;
Que si los hurtan o truecan,
Ni lamentan ni hacen mimos,
Y con el mismo semblante
Sirven al pobre que al rico.
Tanto le parecía
El nuevo hallado al perdido,
Que a boca llena le dice:
«Vos sois burro y asno mío,
Que pues tanto os parecéis
Al burro que se me ha ido,
Y me sanáis del dolor
Que mis entrañas ha herido,
Y pues que concurre en vos
Todo burral requisito,
Sin duda que vos sois él,
O sois hermanos o primos.
Norabuena lo seáis,
Desde hoy llamados mío,
Mío sois, pues mío os dice

La gata que os ha cogido.»

Comenzaron muchos corrillos de bailes, juegos de naipes y de esgrima, Allí oí que alababan a un negro de que esgrimía bien con dos espadas y montante, en especial, decían que jugaba por extremo un tiempo que llaman los esgrimidores tajo volado, con sobre rodeón y mandoble, que también los esgrimidores son como los médicos, que buscan términos exquisitos para significar cosas que, por ser tan claras, tienen vergüenza de nombrarlas en canto llano, y así les es necesario hablarlas con términos desusados, que parecen de junciana o jacarandina. Y en verdad que las mujeres habíamos de usar esto mismo y poner nombres particulares a nuestras ordinarias cosas, que ya, de puro usadas y nombradas, sería necesario novarles los nombres con que se ennobleciese el arte. Mas, pues hablo de esgrima, quiero ahorrar de gracias, porque siempre que nombro esgrima y esgrimidores, se me arrasan los ojos de lágrimas en memoria de un malogrado a quien quise bien, que era la prima de los esgrimidores, tan aficionado al arte, que muchas veces, faltándole con quien esgrimir, a deshora, me pedía que por su gusto tomase yo la espada negra y esgrimiésemos, lo cual yo hacía de buen reajo, porque, como dice el refrán, quien bien quiere, bien obedece. Murióse, mas no se me da nada, que donde quiera que estuviere, él sabrá defender su capa, que aunque la muerte esgrima con guadaña, él la hará con su montante tener a raya.

Había buenos bailes de campesinas, mas como yo ya era mujer de manto, y en esta sazón estaba enmantada, no quise meter mi cuerpo en dibujos, porque ya me había hecho por qué quererle más que a sesenta panderos. Verdad es que los pies me comían por bailar, como si en ellos tuviera sabañones, mas vencí la tentación acordándome que Herodías murió bailando. Sólo de lejos me holgué en la taberna y vi algunas vueltas, no malas, desde un repecho que

sobrepujaba la gente, y como algunos me viesan hacer el son al baile con los ojos, me preguntaban si quería bailar.

Yo respondí:

-No, señores, que soy coja.

No faltó quien con curiosidad llegó a ver de qué pie cojeaba, pero dile un favor de pantuflo tal, que a asegundar el favor, no fuera mucho sembrar por agosto. Somos muy curiosos los españoles. Diz que porque le dije que era coja, había de saber en qué nervio estaba la falta. Por diez, que si le dijera que no bailaba por estar enferma del bazo, se me chapuzara en las tripas a tomar el pulso del pulgarejo. Yo le perdono y quiero paz, porque me perdone la que le di.

Digámoslo todo. Bien dicen que la fortuna del tiñoso tiene la rueda de corcho; y quieren decir que nunca la fortuna de las pobres pícaras es tan favorable que no tenga mal de bazo y se canse de correr.

Quiero, pues, contarles una desgracia que entre mis fortunas buenas me sucedió. Mi mochillero andaba guardando la burra, y al son de la guarda, tascaba el pan que le di, mas como estaba tan seco, añusgó de sed y dejó a la burra sobre su palabra, fiando no menos de su fidelidad que de su castimonia; y tuvo bastante ocasión su confianza, porque había visto que habiendo llegado a hacerle el amor algunos de su especie y clavo, respondió a pies juntillos que no quería amores en romerías; de adonde se pudo certificar el mochacho que quien con sus amigos jugaba de pie, a los ladrones y enemigos daría de mano. En fin, el mochacho sediento, boquiabierto como un pato, se fue a un pozo que estaba junto a la ermita, donde pidió de beber a una medio samaritana, bachillera y relamida, y parece ser que la mozueta tenía poca caridad para con mochachos, y el mayor bien que le hizo fue enjagarle los dientes con un refrán que es muy común entre las mozas de aquella tierra, que dice: «Quien no trae sogas, de sed se ahoga.» El muchacho era ladino, y, aunque sediento, respondió:

A ese andar, la primera sogas que hallare será para ahorcarme. Quede con Dios, bendita, y Dios la depare quien la dé agua cuando tenga toca y potro y verdugo a mano, tan sediento de su sangre como yo de su agua.

No se enterneció la daifa ni se aplicó más que a darle la sed de agua que él mismo se llevaba consigo, diciéndole:

-No te quiero dar agua, rapaz, porque dejándote sediento, puedas decir que te he dado una sed de agua.

Él replicó, no mal:

-Aun eso no os debo, que si sed de agua llevo, es la mesma que yo traía.

Aguardó el muchacho a mejor nubada, y allá después de buenas noches, tras mucho Dios agua, le echaron una poca en un sombrero, como si fuera ración de galera.

En este ínterin, parece ser que mi burra hubo palabras con otra algo revoltosilla. De una en otra, se desafiaron, apartáronse por no alborotar el bodegón; debiólas de encontrar algún condestablo -que es prebenda de gitanos-, y por vía de justicia mayor, les dio su casa por

cárcel, y las metió donde hasta hoy no han parecido. No dudo sino que por no escandalizar la asnería, les dio garrote secreto. Busqué mi burra; pregunté por ella a su guardián.

Mas él, con una cara de risa, respondió:

-Los gansos avoloron y la burra huse.

Yo comencé a reírme, porque entendí que el pícaro quería regodearse, que también calzaba buen humor.

Él, viendo que me reía, alzando y bajando su cabeza, me dijo:

-Ríete, ríete, que ofresco al diablo la burra si parece.

Ya que vi que la burla iba talluda, comencé a buscar la burra con más diligencia, y aun ya andaba perdida por la perdida. A lo menos, podré decir que tengo algo de reina, que es haber buscado asnos perdidos, mas como soy de inclinación humilde, de profesión pícaro, de cuidado ajena, y como ni viven Saúles ni Samueles, determiné carecer de la expectativa y acción que podía tener por este camino a ser reina. Qué cosi cosi, hallé mi burra sin parecer mi burra. Explícome sin declararme, porque no me lleven ante el nuncio. Para hallar mí burra, di la traza siguiente:

Yo, luego que desperté, había rogado a una mesonera o ventera gorda, que vivía frontero de la ermita, que me guardase el sillón y aderezo de la burra, porque como era de codicia, temí no me le aplicasen al fisco, y porque con achaque de ver mi burra ensillada y enfrenada, muchos se desenfrenarían a tratar de ensillar la sobre burra. En fin, pedí mi aderezo, diómelo, con que de antemano pagase tres cuartillos de posada, como si el aderezo de mi burra hubiera tomado cama y sudádole las sábanas y almohadas. ¡Vaya con Dios!, venteras son, su oficio hacen, y yo el de discreta en callar aqueste punto, pues la emprenta de estas peticiones salió de el mesón que me parió.

Sacó mi mochillero el aderezo de la burra, poniéndose el freno en la boca, condenándose a servirme de asno por haber sido él causa de la perdición de mi burra por hilar tan flojo su cuidado. Muy poco atenta estaba yo a aquestas gracias por estarlo mucho en acotar con los ojos la burra que mejor me pareció y la que más se parecía a la mía.

Paré una con los ojos y, para mayor certificación, le eché las manos y dije al mozuelo:

-Mochacho, ensilla aquí, que pues esta borrica está queda, o es nuestra o lo quiere ser. Mira, ¿tú no lo ves, que parece que nos conoce? No temas, haz lo parece

El mochacho era obediente y inclinado a estas levadas, mas era algo temeroso, como niño, por lo cual volvió los ojos atrás, y dijo:

-¡Hola, nuestrama, no sea que por un burro que tomamos, nos hagan subir en cada sendos!¿No hay nadie que replique? Pues yo te ensillo.

Por cierto, la burra estuvo tan sujeta y obediente que a mí me echó en obligación, y a sí uno de los mejores sillones que jamás burra vistió. Paréceme que la burra engordó un palmo en ancho y largo de verse en mi poder y tan galana, con que quedó contenta, tanto como yo pagada de la burra.

Muchas buenas propiedades he oído de los jumentos de boca de algunos filósofos burreros. La una es que, si alguno mordido del escorpión se sienta sobre una burra, traspasa en ella el dolor que le causó la mordedura. A lo menos, el de mi pérdida, como por la mano me le quitó esta mi burra.

No es mi intento hacer cathecismo sobre las propiedades asnales, como el otro que se cansó de tratar del asno que llamó de oro y le dejó en el lodo, mas tampoco quiero dejar de decir que la propiedad que en las burras me contenta más a mí es que, como unas se parecen a otras en el color y talle, cualquier trueco, bueno o malo, pasa por ellas y ellas por él, y cualquier burla de trasposición, si se hace con ligereza, tiene efecto. Otros sabrán otras mejores propiedades de burras, que, como las maman en la leche, no se les caen de los labios; mas a mi gusto y parecer, la mejor que yo hallo en ellas es la dicha. A un caballo nunca le falta un remiendo en el pellejo, a una mula, unos pelos en la bragadura; a un rocín, una estrella; mas las burras todas parecen que salen por un molde, y cuando sea alguna la diferencia, que con lodo seco, que con trasquilarlas, se desconocen más que Urganda la desconocida, sin que haya Vargas que lo averigüe ni Ronquillo que lo sentencie, y así verán que el gitano, por la mayor parte, trata de burras, por ser hurto enaveriguable.

En fin, yo le dije mío y por mío quedó; nunca fui mejor gata, ni jamás mejor mié. Quiérote confesar una ignorancia crasa que entonces tuve, y fue que como yo oí decir a vulto a algunos teólogos de bodega no sé qué casos de las cosas mostrencas y de que la necesidad gradúa a las gentes de licenciadas, me pareció que -siendo la mía extrema y siendo yo de la Santa Trinidad, pues soy su criatura y profeso su fe y alabo su nombre, y en especial, que entonces traía un hábito de la Trinidad que compré a un padre sin licencia de mí madre- me podía componer conmigo misma en razón del aplicamiento burriqueño. Verdad es que después acá me han mandado hacer restitución dello, y no lo tengo olvidado, que si muero con mi lengua y mi juicio, que, bendito sea Dios, hay tanta falta dello como sobra della, en mi testamento he de mandar al escribano que me lo diga de misas por no ir cargada de una borrica desta vida a la otra, que pesa mucho y el camino es largo.

APROVECHAMIENTO

El malvado, como por burla, obra la maldad. Así se ve en Justina, que celebra sus hurtos como si fueran virtudes heroicas y excelentes hazañas.

NÚMERO TERCERO

De la romera envergonzante

SÚMASE EN UN SONETILLO

Demás de ser cosa bella,
No hay cosa más subida
Que vergüenza de doncella,
Y ora dada y ora vendida.
La que se aprovecha della,
Con ella pasa su vida.
Con aqueste presupuesto,
Dio Justina en vergonzante,
Con que ganó un joyel de oro,

Y si como hizo un cesto,
Hiciera más adelante,

Pudiera hacer un tesoro.

Una vendedora o corredera de León andaba cruzando entre todos los de la romería a fin de que la comprasen un joyel de oro que traía en la mano para vender, que estas venteras de ciudad son como pescadores, que mudan mil veces el anzuelo agua arriba, agua abajo, hasta encontrar pez que pique, y como yo era hacendosilla y codiciosa destas piezas, piqué en el anzuelo y puse en venta la pieza, que si buena era la que se vendía, mejor era la ventera, sin hacer agravio a la merchante.

Confieso que, como maliciosa, temí no me hiciese otra gatada como la que yo dejaba hecha en León, mas mal año, que sabo yo mucha mona. Bien sabía yo que para ver si una cosa es oro o plata el mejor contraste es morderla, y para ver si es alquimia o latón, ver si mancha en raso blanco. Hice la prueba y salióme a prueba. Concertéla en ocho ducados, pero como inadvertida no hice cuenta con la bolsa, y así, cuando fui a pagarla, eché de ver que no podía sufrir tantas ancas, porque me venían a faltar dieciséis reales, y, sin embargo deso, no tenía con qué tornarme a mi pueblo ni con qué pagar aquella noche cena y cama.

Aquí verán mi virtud, pues estando yo en tiempo en el cual pudiera yo hacer dinero empeñando la honra, no consentí en tal tentación, ni nunca Dios tal permita, porque tenía yo muy de coro una sentencia que vi escrita en el pedestal de una cruz de canto que está hacia Villamartín, en la Montaña, que dice: «Antes arrear que pecar.» Y así yo eché a volar mi pensamiento para cazar una traza conveniente con que cumplir mi deseo sin pecar. Y crean que las mujeres, en orden a cumplir un antojo de galas, somos extrañas, y si nos determinamos a comprar una gala, nos ha de venir a las manos, aunque nos cueste lo que la manzana de Paris. Es herencia de Eva, y desde que ella, por un gusto que el diablo pintó, puso a riesgo un hombre y en él el mundo todo, quedamos mal enseñadas a poner a riesgo cuanto hubiere y atropellarlo todo a truco de salir con nuestros gustos; y mucha parte es para salir con nuestros antojos, el poder estar preñadas, o el estarlo, o el querer que lo estemos, y a este título, quedamos tan mal acostumbradas, que, aunque las demás costumbres se nos alcen y hagan treguas, pero esta nunca jamas, amén. Pues que si el antojo es de galas de oro, es carta ejecutoria para trabucar un mundo, y es la causa de semejante afecto es porque todos nuestros bienes los hallamos juntos en el oro.

Míralo tú; los bienes son en tres maneras: honesto, útil y deleitable. En el oro hallamos honra y estima, que es mona del premio del bien honesto; en el oro tenemos el interés y el provecho, que es el bien útil; tenemos gusto, hermosura y gala, que es bien deleitable. Mira, pues, con tanto tropel de bienes adunados, cómo no se ha de avivar el deseo. A la vanagloria (que es un deseo de honra y estima) la pintaron con unas velas hinchadas que caminan presurosamente al gusto, con tijeras y aguja para cortar y coser nuevos trajes; a la codicia, con alas; pues juntándose todo en uno, ¿qué se puede imaginar sino que, como codiciosa, había de ser inventiva y enhilar mil trazas y dar mil Cortes, y como deseosa de gusto y fau fau, había de andar solícita, viento en popa y volando, para poner mis deseos en ejecución?

¿Para qué ando por rodeos? Yo determiné hacerme pobre envergonzante y ponerme a la puerta de la iglesia para igualar mis deseos con mi bolsa y con mi deuda. Ya parece que te ríes y das vaya a la envergonzanta. Oye, por tu vida, siquiera un descarte, para no hacerme tener tanta vergüenza ahora como entonces. Deseos de galas hicieron a Medusa idólatra; a Hortensia, incestuosa a Penthesilea, patricida; a Romelia, voladora; a Ceusis, gata; a Silvia, impúdica; que a mí me hiciesen pobre envergonzanta, ¿qué hay que espantar?

Hecho el concierto de la pieza, dile a la vendedera ocho reales por principio de paga, y no más, porque le dije que por no trocar un poco de oro, no le pagaba por entero. Depositamos de mancomún la pieza en poder de un mercero que allí estaba; por señas, que se quiso hacer depositario de lo que no había para qué. ¡Vaya con el dianche! No hay gato que no diga mío y al cabo no le dan nada. Dejéle con su petición en los ojos y lengua y con la pieza en las manos, con apercibimiento de que dentro de seis horas que pedí de término perentorio, remataría la paga y el depósito, con que dejé segura la compra; mas para la paga, en que estaba el busilis verdadero, comencé a entablar. Mi manto, para desvergonzada, era muy vergonzoso, y para vergonzosa, muy desvergonzado; para rica, muy pobre, y para pobre, rico; fue necesario buscar un manto que cubriese mi traza y mi persona; en fin, tal cual el oficio. Yo había visto andar por allí cruzando, cubierta con un manto viejo de anascote, tan sobrado de rugas cuan falto de tinte, a una media santera del año de uno, y cuando no trajera cara, por el manto se lo podían adivinar los años y servir de libro de bautismo.

Yo la dije:

-Señora hermosa (que aunque sea una lamparera más pasada que higo duñigal, se huelga de que la llamen hermosa y se derrite aunque sea durandarta), señora hermosa, ruégole por su cara que en prendas desta burra y deste manto nuevo me haga merced de prestarme ese su manto viejo para llegarme con él aquí a un pueblo que se llama Trobajo y está cerca. Tengo en este pueblo un poco de fruta que me la goloscan los pasajeros y se me pierde de madura; habemos de ir yo y una tía mía y buscar de camino unos primos. No nos atrevemos a llevar buenos mantos, porque, si llueve, se nos destruirán, y creo será la lluvia muy cierta, porque un primo me dijo que su repertorio daba agua. Ruégole, pues, mi reina, que me le dé. Ande acá, que si llueve, ella se podrá entrar debajo de los portales, mas a mí hame de coger el agua en descampado. Mire que soy agradecida y no faltará un regalo con que servirla esta amistad. Quédese aquí este mochacho para que tenga la burra de cabestro y la entretenga mientras yo vengo. Yo sé que gustará dél, que es donoso. Ea, muchacho, quédate con la señora.

No hube bien acabado mi arenga, cuando la mujer se desmantó a sí y me enmantó a mí. Era leonesa de las del buen tiempo. Llamábase Fulana de la Puerta, y como puerta cuyo quicio estaba untado con mis mantecosas dulzuras y promesas, dio entrada a mi gusto y puerta franca a mis intentos.

Yo puse el manto una vez y ciento me pesó. Manto fue que me hubo de matar con un abominable hedor de malvas y jirapliega que a mi gusto es insufrible. Por la cuenta, era melecinerera de concejo, y díjome el manto que se le corría bien el oficio en León. No me admiro, que los de León, como con el frío traen reconcentrado al calor, de ordinario enferman de estílicos.

Ya, en fin, me puse mi manto, que era largo y me cubría todos mis ribetes y cortapisas, y puesta así -que el diablo no me conociera-, me tapé como condesa viuda, y, después de dada una vuelta a la ermita para deslumbrar la vieja, me senté a la puerta de la iglesia como pobre envergonzante; puse sobre mis rodillas un pañuelo blanco para que los que me hubiesen de tirar limosna diesen en el blanco y para señuelo de que pedía y no para los mártires. Y como la gente de la romería viesse a la puerta de la iglesia -cosa allí pocas veces usada- una mujer de buen talle, compadecíanse de mí y decían:

. -¡Ah, triste de ti, que te hace la pobreza ser niña grande echada en la arca de la misericordia!

Mucha fue la limosna. Sin duda creo quedaron todos descuartizados, según los cuartos muchos que me echaron sobre mis rodillas. Caían de recio, y pensé que por pocas me las quebraran, pero «golpe de cobre nunca mató a hombre».

En resolución, dentro del término perentorio que pedí a la moza corredora y a la vieja corrida, saqué más de dieciséis reales en moneda de vellón, sin un patacón de a ocho que me metió en las manos un canónigo que debía de ser un santo. A lo menos, si tenía tanta mano para con Dios como para conmigo, él pudo medir el camino del cielo a palmos. Yo, de en cuando en cuando, en achaque de componer el pañuelo, sacaba mi mano nada negra y no poco larga, con la cual, pareciendo moza de respecto, provocaba a lástima a los que veían que a una tan buena moza la obligaba su pobreza a tales extremos y su castidad a tales trazas.

Algunos galanes me echaban alguna limosna por los oídos o, por mejor decir, me la pedían. Mas yo cabeceaba como rocín enfrenado que siente mosca y la espanta a cabezadas, y dilas tan buenas, que aunque di algunos cincos de calle, una vez encontré el achón y llevé de camino una nariz jerusalena que parecía cuatro de bolos y -como es uso y costumbre- me descarté, diciendo:

-Perdone, que topé.

-Estaba junto a mí cierto niño diechiocheno, de los que crió la Rollona a castañas y pan de boda, el cual, viendo mi resolución, dijo:

-¡Ox, cómo se espolvorea la envergonzanta!

También, a ratos, descubría un si es no es de una mejilla en buena coyuntura y sazón, y vi palpablemente la eficacia desta acción, pues hubo mozo que entró y salió seis veces en la iglesia con su antepos, sólo por dar limosna a la envergonzanta.

Ya que tuve hecha mi mochila, me levanté del ponedero. Y no fice poco en acabar de levantar de eras, porque cada cuarto que me echaban era aceite en el fuego de mi codicia y clavo que me cosía de nuevo con el asiento adonde estaba. Es verdad, cierto, que probé a levantarme más de cinco veces, y que con decir: «Tras deste cuarto, voy; ya va; agora; luego...» Mas luego me detuve un juicio. ¡Válgate el diablo, la codicia, cuál eres! Agora digo que no me espanto de los escribanos ni de otra gente de a dinero fresco por barba, aunque estén amancebados a pan y cochino con la codicia y que abrazados con ella se dejen caer en el infierno, porque es liga que cose, red que caza, sirena que engaña, Circe que transforma; es, en fin, un embeleco vivo para cuerpo y alma. Yo pienso que si no fuera el temor de que mi manto se perdiera y de que mi burra la hallara otro dueño aparecido, ahora no me hubiera apartado del ponedero. Bien dice el Pícaro, mi señor, que nadie cree cuán sabrosa es la vida del pícaro pobre, si una vez le paladean con ochavo tras ochavo.

Levantéme de mi folga, amortajé en mi pañuelo los cuartos advenedizos, llevélos tan atados en él cuan cosidos en mí mil ojos de pisaverdes. Tomé la derrota hacia unas peñas que están allí cerca de la ermita, camino de Astorga y Páramo; allí me traspuse y detuve un rato, el que bastó para que los galanes perdiesen la esperanza de verme y el hipo de buscarme. Sentéme. Conté mi hacienda y puse aparte el dinero que me restaba de la paga del joyel. Quitéme el manto y, para deslumbrar la gente, me puse un galán rebociño o mantellina que yo llevaba en mi manga, en la cual metí mi manto viejo -que no fue poco haber, según tenía el bolumbo.

Ya no me olía tan mal el manto, parte por el bien que me hizo, parte porque la costumbre se vuelve en naturaleza, y el haber cursado el olor hacía no extrañarme tanto.

Tornéme hacia la ermita con mucho desenfado, como si viniera de suplir algunas necesidades de las que no pueden tener sustituto ni coadjutor. Metíme entre la gente. Aquí se acabó el ser envergonzanta y comenzó el tornar a andar con mi cara descubierta y tan sin vergüenza como antes.

¿Qué te parece de la invención? Dirás que bien. Pues a mí mejor. Dirás quizá que aunque fue la traza aprovechada, pero no honrosa. ¡Ay, hermanito, cuántos hidalgos honrados hay que en achaque que piden para pobres envergonzantes piden sin vergüenza para sí! Pues, ¿qué mucho que yo trocarse mi vergüenza en menudos, si tanto dicen que vale la vergüenza de una mujer? Yo, a la verdad, no he tenido aquélla por limosna, sino por justo estipendio de mi trabajo. ¿Parécete, hermano, que fue poco estar una moza de buen gesto y mejor pico más de hora y media con funda en el rostro y lengua, en tiempo que andaban de sobra veedores y conceptistas? Pues si esta paciencia es tan difícil, no te lo sea el entender que merecí lo que se me dio con mucha honra mía.

Ya te estará silbando la lengua, como a rezadora escrupulosa, porque te diga cómo me hube y cómo despaché la vieja que me dio el manto, con que mi vergüenza se desvergonzó a ser envergonzante de asiento. ¡Jesús! ¿Quién tal pregunta? Reniego de fautores de viejas. Dejémosla, que otros mejores chistes te diré; mas, pues porfías con la tática, habréte de despenar contándote lo que a la vieja le acaeció con la burra, con el mochillero y con mi manto y sin el suyo. Vaya de cuento malecinero. Mientras yo andaba en estas estaciones, la vieja melecinera, cubierta con mi manto de soplillo y abalorio, se dio al diablo tantas veces, que si no la llevó fue porque le pareció que ni era de provecho para sí ni para ningún enemigo del alma; tales son las viejas. A la verdad, su queja era no muy mal fundada; lo uno, porque yo la tuve cosida a la burra largas dos horas (que no tuvo ánimo la triste vieja para levantarse de encima de un canto pelado más que su calva, porque no dijese yo que huía con mi prenda); lo otro, porque por causa del manto mío que se cubrió, la hicieron tantos sinsabores que fuera el menos mal el mantearla como a perro. Fue el caso que como los pisaverdes husmeadorcillos de ojeo que por allí andaban vían una mujer sola con buen manto de soplillo y abalorio, no mirando que debajo de buena capa hay mal bebedor, pensaban que había caza. Hacíanla de señas, mas ella no entendía el reclamo. Llegábansele, hacían cabriolas como perros coliholgados, más la triste, de corrida y confusa, se cubría el manto y trascubría de sudor. Ellos pensaban que era doncellita de a quince, vergonzosita y moderna, y que, por el tanto, no tenía muestra. Con esto de cubrirse, echaba agua al fuego y gana a quien no había menester appetite. Juntábansele más y porfiaban a que se les descubriese, alegando mil razones, afinadas al uso, mas no a propósito. Ya vio la vieja que le era mejor partido el descubrirse. Desmantóse de súbito y, medio delectando por falta de dientes, dijo:

-¿Qué me queréis, malogrados? ¡Dejadme en paz!

Los mozalbetes, viendo su gesto y habla, huyeron della como si fuera fantasma.

Estas y otras rociadas de pesadumbres causaron muchas a la triste vieja, no acostumbrada a tanto trabajo. Esta era su queja.

Y para decir la verdad, mayor la podían tener de mí aquellos galanes, pues por una parte les chupé la moneda o, por mejor decir, la troqué a vergüenza, y por otra les puse ojos de médico con una tan mala visión forrada en soplillo y abalorio. Hasta la burra estaba de mí tan quejosa que por pocas se arrepintiera de ser mía, y si no la detiene, se acoje por pies. Miren cuál estaría el ánimo de mi vieja mientras yo estaba echando el altabaque.

Estando, pues, ya su paciencia para escurrirse, me fui acercando a ella. Compré de camino tres meloncitos por medio real; con los dos le pagué el alquiler del manto, con que le di tapaboca de melón para no quejarse ni de mi venida ni de su estancia. Era tina cuitada la triste melecinera. Quizá se contentó porque de melón a melecina va muy poco. Con el otro contenté al mochillero, que estaba tan descontento, que en venganza había hablado a la vieja lo del aplicamiento de la burra y gran parte de mi vida y milagros. Y así, la buena vieja, que debía de ser escrupulosa, como lo suelen ser muchas, me dijo:

-Señora, yo la perdono lo que me ha hecho esperar, porque Dios nos espere a todos, mas mire, hija, que torne la burra a su dueño, porque con lo ajeno nunca Dios hizo bien a nadie.

Yo quísele decir por gracia:

-Madre vieja, eso no es ansí, que si Dios no hiciera bien a nadie con lo ajeno, no me hubiera ido a mí tan bien con vuestro manto.

Mas porque no hay gracias con viejas, a quien en un mismo tiempo se les seca la madre y el gusto, quíselo llevar por otro rumbo. Derribé mi cabeza a lo santucho, para darle a entender que todas éramos escrupulosas, aunque no melecineras. Puesta ansí en figura, abemolé mi voz, clavé mis ojos en el suelo, y muy aserenada me volví al mochillero y dije:

-Sea por amor de Dios, niño, pues de una gracia que te dije a ti has sacado una infamia para mí. Más padeció Christo por viejos, y por mozos, y por niños, aunque no por bestias. Señora, con su licencia, me quiero enojar. ¡Hideputa, bobo! ¿Y tan presto creíste (lo que te dije por burla), que esta burra no era la nuestra? ¡Anda, bobo, que lo hice por probar tu memoria de gallo! ¿No ves, necio, que mientras fuiste al pozo y te tardaste, siempre yo tuve cuenta con la burra y vi adónde fue y con quién se juntó, y por eso estuvo ella queda cuando la echamos el albardoncillo, que a no ser la nuestra huyera como un pecado?

Volvíme a la vieja y díjela:

-Señora, si esta burra fuera hurtada, no la había yo de dejar aquí públicamente a que la conocieran y vieran el hurto.

Con esto embazó la vieja y me creyó a macha martino.

El mochacho, como si despertara de un sueño, levantando las manos, dio una palmadica sorda, diciendo:

-¡Ay, Dios es mi padre, que dice verdad mi señora!

Sabe Dios que temí no hablara la burra como la de Balaán y descubriera mi enredo. Mas consoléme con que si la burra hablara, enfrenada así como estaba, no se le entendiera palabra.

Entonces, viendo la buena vieja mi notoria inocencia y un falso testimonio tan convencido y patente, contrita de haber sospechado lo que sospechó de una tan honrada moza, se hincó de rodillas y, con las manos puestas, me dijo:

-¡Ay, señora! Perdóneme su merced, que bien había yo de echar de ver que no tenía ella cara de andar en tales tratos, sino que este mal mochacho, de enojo que tuvo por ver que tardaba tanto, lo dijo. Yo no se lo decía por mal a su merced, sino que este muchacho (mal logrado él se vea) debe de ser algún pecado. Perdóneme, señora.

Sonreíme de haber de perdonar a una inocente, y con un ademán de paciente la abracé, y si no concluyo presto y me aparto, ella me echa una espadañada de lágrimas con que un molino pudiera moler pan de dolor. Yo la perdoné la injuria porque Dios me deparase otra perdonadora tan buena y tan creedora. El mochacho también, medio llorando, medio riendo, me pidió perdón y besó la cinta, y púsola en la cabeza como mona, que no sabía hacer cosa sin sal.

Hermano lector, ruégote que si no te duele la muela del seso, escuches un poco de sermón cananeo. ¿No echas de ver cuánto puede la virtud? Cree que es omnipotente, a manera de decir. Dime: si sólo el parecer virtuosa una ladrona como yo, hizo semejante efecto en un corazón humano, ¿qué será el serlo? Mucho puede contra el calor la sombra de un frondoso, acopado y fresco limón, naranjo, plátano o laurel, pero más puede la sombra de la virtud, pues ella sola vence enojos, allana cóleras y ataja pesadumbres. Muchos grandes filósofos de los antiguos dicen que el divino Platón nació de una sombra, y quisieron decir que la sombra de la virtud hace hombres divinos y efectos soberanos. No predico ni tal uso, como sabes, sólo repaso mi vida y digo que tengo esperanza de ser buena algún día y aun alguna noche, ca, pues me acerco a la sombra del árbol de la virtud, algún día comeré fruta, y si Dios me da salud, verás lo que pasa en el último tomo, en que diré mi conversión. Basta de seso, pues. Quédese aquí. Voy a mí cuento.

La vieja se partió, y no con poca prisa, a desayunarse con el melón que la di y un poco de pan que ella traía, más duro que ánima de rico avariento, que había sacado de mohatra de poder de mi mochillero, y a fe que le escalfé el valor del pan cuando hice con él las primeras cuentas; ca con mozos de servicio todo se ha de llevar por punto crudo, pues ellos no perdonan una jota.

Aquí acaba la historia de la vieja. Ruégote, lector de mis ojos, que esta vez y no más me hagas escurrir cuentos de vieja.

Hecha esta diligencia, fui al mercero, pagué el joyel a la vendedera, dando todo el menudo y moneda de vellón que saqué en el ponadero, púseme la pieza al cuello y djela, si bien me acuerdo:

-Ah, pieza rica, cara me habéis costado, mas yo fío que me lo pagaréis. Honrad mi cuello, y mirad que me lo debéis, que, pues me habéis hecho ser pobre envergonzante, podré decir con más propiedad que nadie que me habéis costado mí vergüenza.

APROVECHAMIENTO

Algunas mujeres se enriquecen a título de pobres envergonzantes, mas no por eso los siervos de Dios han de olvidar de dar la limosna que dan por sólo amor de su buen Dios y Señor.

NÚMERO CUARTO

Del pleito de la romera con Justina

MEDIA RIMA

Dijo a Justina un galán:
«Vamos al Humilladero,
Do aquestas romeras van.»
Ella dijo: «¡Majadero,
Vaya él!, que yo no quiero
Ir do bordionas están,

Que ir virgen con hombre a humilladero,
Es irse tras el manso al matadero.»

Las romeras que esto oyeron,
De tal suerte se enojaron,
Que sus bordones alzaron
Y por pocas no la hirieron,
Mas de palabra chocaron,
Aunque al cabo amigas fueron.

Que la guerra y la paz de las mujeres
Anda presa con puntas de alfileres.

En la romería de quien voy contando de la ermita de Nuestra Señora del Camino hay uso que todos los que allá van vayan juntamente a otra que llaman el Humilladero.

Andándome entreteniendo, llegaron unos galanes que me dijeron:

-Señora Justina, véngase con nosotros, llevarla hemos al Humilladero, que también van allá estas damas.

Yo (como no sabía el uso de la tierra y oí que me querían llevar al humilladero) pensé que era pulla y respondíles con extremada cólera, ca la de las mujeres es siempre de Extremadura. Jamás nuestro enojo es niño, siempre nace vestido y calzado; ca por eso y por decir que nuestros enojos nacen siempre de ocasiones ligeras, pintó el otro nuestra cólera dibujando una fuerte amazona que nacía de un colchón de lana; y otro lo volvió al revés y pintó un hombre de borra, nacido de una mujer enojada, dando a entender que nuestro enojo nace de pelos y para en borra. En fin, yo me enojé hasta tentejuela y en un tono irregular le respondí:

-No soy yo de las que ellos ni otros como ellos han de llevar al humilladero. Allá a otras bordionas de su marca podrán ellos humillar y llevar al matadero o humilladero, que yo soy muy soberbia para semejantes humildades.

Por pocas se alborotara el bodegón, porque como dije de bordionas y estaban allí tres romeras de no mal fregado con sus bordoncillos en las manos, a las cuales escudereaban los galanes que he dicho, sobre que menté bordionas, por poco me bordonearan los hocicos con sus bordoncicos, y por pocas me humillaran porque lo que les dije del humilladero.

De las palabras que me dijeron no hago caso, porque entre mujeres esto de palabras, por donde se van se vienen. Los hombres, como son sólidos y macizos, en echando una palabra de la boca de uno a otro, se les torna a ella la injuria, que como encuentra en duro, torna de rebote; mas las mujeres diz que andamos muy barrenadas, y así, las palabras que nos decimos no han llegado de una para otra cuando colan tierra. Y aun dicen que, conforme al libro del duelo del género femenino, palabras de mujer a mujer no cargan. Debe de ser que pesan menos y son hechas de aire colado. Y aun dicen que dichos de mujer a hombres se desquitan

con dar una carrera por su calle o darlas paz de Francia. Lo que yo sé de uso es que entre nosotras aquella queda cargada a quien le quedare o por corta o mal echada.

En este sentido, yo quedé cargada, porque como vi que eran tres a una, siempre que les decía injurias era con veinte conques y cincuenta peros. Duró buen espacio la rociada de palabras sin reconocerse victoria de una ni otra parte, y en el ínterin, los mancebilletes, considerando que todo aquel ruido había nacido de mi inocencia y de la falta de haber cursado vocabularios de romería, no cesaban de reír al ver que tenía yo por pulla el decir que me querían llevar al Humilladero. Mas de mi inocencia no hay mucho que espantar, porque yo había oído decir a buenos predicadores de mi pueblo que cuando se cuenta a lo divino algún mal recado de alguna virgen loca, se significa diciendo que la humillaron, lo cual se funda en que no hay cosa que más entone a una mujer que el tener su caudal entero, ni que más la humille que lo otro. Digo si se sabe, que si es oculto, siguen su trote.

En fin, yo me tripulé en el nombre de humilladero, y fue la causa del tripularme y del engaño esta negra habla española, que después que hay sermones impresos en romance, da de sí más que unto de anguila. Declaróme la timulgía del nombre o como se llama, y tan amigos como antes. Ya que se apaciguó el pleito y se fue el diablo para ruin y nos concertamos como buenas christianas, fuímonos de camarada todas con tanta hermandad como si todas cuatro fuéramos mellizas. Este sí que es uso y no el de los hombres, que por dos palabras que se digan cara a cara, se descaran para no verse la cara uno a otro en mil años. Por gran loco fue tenido el que dijo que quería hacer un soterrano en que guardar el aire del invierno para el verano, como la nieve, pero por más locos tengo a los hombres que guardan las palabras de diez en diez años, que pues las palabras son aire, quien las guarda, guarda aire. Por cierto que es empertenencia. De miel a yel sólo va de diferencia una letra; de jo a yo ninguna, sólo ser letra de griegos o nuestra. Lindo caso, que por echar una y por otra, cata el pleito en casa.

Igual lo paramos las mujeres, las cuales somos como arcos de cubas, que cuanto más rechina es señal que están más cerca de juntarse los extremos del aire, y ansí, mientras más rechinamos riñendo, más amistad nos hacemos, y aunque más nos carguen de injurias, no por eso hacemos más ruido, antes somos como carretas, que mientras más las cargan, menos ruido hacen. Las riñas de las mujeres son sobre si dejiste cipe o zape, y sobre si parece bien el hurrao, o sobre si arrastra la falda. Nunca reparamos en cosa sustancial, nunca reñimos injurias graves, que esas antes sirven de hacernos callar. Pardiez, mientras me dijeron de floreo, bravamente les reenvidé, mas en diciéndome dos o tres verdades que contenían la casa y nombres pascuales, callé como en misa. No nacieron las injurias graves sino para capitanazos.

Yo, en fin, vine a buenas y ellas a rebuenas, y de mancomún me llevaron en medio, como armas de frontispicio engazadas en sirenas.

E ya que me vieron de paz, me contaron ellos y ellas el fundamento de la devoción y denominación del Humilladero, diciendo:

-Mire, señora Justina, lo que llamamos el Humilladero es una ermita pequeña en que la Virgen se apareció a un humilde pastor, y él, humillado, la adoró y hizo humilde oración, y por eso y porque los que allí van se humillan a la santa imagen, se llama el Humilladero.

A mí muy bien me pareció, y reconocí con humildad interior aquel santuario, pero soy tan poco humilde, que por excusar el yerro de mi enojo y la ignorancia del vocablo, di una gran risada, y para restañarla, como sangre de vena rota, me di una gran palmada, y dije:

-¡Hablara yo para mañana! ¿De manera que porque allí se humillan las gentes se llama humilladero? Yo digo que a esa cuenta se puede llamar volteadero, que yo he visto desde lejos que los que allí van dan más vueltas a la ermita que reverencias a la imagen.

Con estas y otras chanzonetas fuimos entreteniendo el tiempo para no sentir el calor, que nos hacía llevar humildes las cabezas como a ovejas en sesteadero. Ya que llegamos al Humilladero, hicimos nuestra oración enana, como suele ser la oración de los perdidos, y dimos nuestras vueltas alrededor como si fuera casa de San Antón, aunque desto no hay de qué hacer escrúpulo, porque en aquella tierra hay tantos volteantes de obligación, que para ellos cada día es de San Antón para bien hacer y bien voltear.

Ya no quedaba nada que hacer ni estación por andar; sólo me restaba oír misa. En esto fui desgraciada, que no bastó mi descuido de acudir tarde, sino que cuando la quise oír, se me pusieron mil gentes delante que me estorbaron el oír misa. Como supe, me encomendé a la Santa Virgen, aunque si va a hablar de veras, fui tan sin acuerdo, que me fui a mi casa sin verla, y para desquitar algo de mis descuidos, hice cien reverencias, treinta y dos a cada altar de los colaterales y treinta y seis al altar mayor. ¡Mira mi muchachería! ¡Todo en loco! No faltó quien se rió de mí y me contó las veces, mas esto es lo de menos, ca si yo fuera quien debía, pudiéralo sufrir, pues de Ana y de otras santas mujeres se rieron de verlas devotas, y alcanzaron lo que pedían; lo malo era que yo era tan bobilla, que si me preguntaran qué pedía a Dios con tantas reverencias, no supiera responder, porque todo aquello iba en loco, y el mayor cuidado que yo tenía en cuantas reverencias hacía, era ver si salían buenas y conforme a un molde de reverencias que a mí me había dado una dama mesonera, gran mujer de reverencias.

Concluido mi centenario de reverencias, besé la cruz de mi rosario, como es uso y costumbre, y tomé agua bendita y hice como fiel cristiana, aunque en todo conozco mis faltas, si va a hablar de veras.

El molino de mis tripas iba bastante picado, y como mis ocupaciones habían sido tantas que me estorbaron al prevenir comida, lo más a propósito que se me ofreció fue injerirme a buenas gentes y comer a bulto. Así lo hice. Peguéme a ciertas camaradas de Mansilla, con quien comí de maquilas, y no mal. Súpome ricamente, porque esto que se come de mogollón siempre sabe a pechuga. Después que hice y rehice la chaza, despedíme muy en breve para tornarme a León y ver curiosamente las cosas de ciudad -que fue el desinio que me sacó de Mansilla-, y tornarme luego a mi pueblo. Despedíme pagando el escote con una reverencia de medio tornillo.

Cierto fisgón que a su parecer había entablado conversación conmigo para toda la tarde, como echó de ver la treta y reparó en que yo me había hecho gorra y comido de mogollón, estándose escarbando los dientes con un palo de tomillo, me dijo muy a lo fanfárrico:

-¡Vaya con Dios la gorra!

Como si más claramente dijera que me había yo hecho gorra para comer y que con brevedad levantaba de eras a tiempo de pagar el recibo.

Yo, que le leí el corazón, le respondí:

-Agradézcame, sor galán, que tan presto me he comedido a quitar la gorra de despedida, que suelo yo no alzar el cerco en tres días cuando sitio un puesto.

Yo quisiera mucho tornarme sola a León por poder contar a mi salvo el dinero que me había quedado después de tantas aventuras, pero no pude, que una mujer moza es como un fraile, que nunca le falta compañero. Pegóseme un bachillerejo que, de puro agudo, era bobo, y un bobo que, de puro bobo, era agudo. El bachillerejo no se fue alabando de la aventura del encuentro, de lo cual daré más larga cuenta en el número siguiente. El bobo era un barbero de mi pueblo, tan discreto como oficial y tan bobo como tocho. De este no me pesó, lo uno, porque hizo la barba a mi burra, socorriéndola con cebada, quitándola de su boca. Ellos se entendían, que eran para en uno. La otra causa porque no me pesó del encuentro fue porque los bobos son de muchos provechos para un discreto. Un bobo picado y enojado sirve de truhán; mandado, sirve de burro; despachado, sirve de posta; y a mí me sirvió éste de todo esto y de sombra de hombre, por ser, como era, hombre de sombra. A lo menos, no era loco como lo son otros barberos, según dicen malas gentes; algo arrocinado, eso sí era. Como me conocía el humor, por parecer que quería simbolizar con él, se esforzó a decir algunas gracias, esforzadas como caldo de enfermo. La mayor gracia que halló a mano para entretenerme fue decirme:

-Señora Justina, ¿sabe qué voy mirando?

Respondíle:

-¿Qué, señor Araujo?

-¿Qué? replicó. Que esa su burra me mira mucho, y no sé si lo hace porque la dé el parabién de que va galana.

Yo le dije entonces:

-Podría ser, señor Araujo, que con el favor que v. m. hace a mi burra se entone, y creo que hay algo entre los dos, sino que v. m. no lo dice todo.

Él se comenzó a, echar maldiciones, afirmando que no me tenía cosa secreta.

Yo le hablé a la mano y dije:

-Tenga, que sin duda le diré en qué prende mirarle tanto mi burra. Sepa, señor maeso, que la sangre sin fuego yerve.

Si otro fuera, ya ven si se diera por agraviado del impositivo parentesco; mas él entendiolo como el Arte de Nebrija. ¿No es lindo que entendió que le había yo dicho que la sangre sin fuego hervía, por querer decir que la burra era nueva y su sangre fervorosa? Yo no diera en que él había entendido mi dicho en esta significación, sino que por el hilo de su respuesta saqué el ovillo de su concepto.

La respuesta fue decirme:

-Por cierto, señora Justina, si el hervor de la sangre hiciere mal a su burra, a falta de otro más honrado, yo seré albéitar, por servir a su merced.

A este dicho, ¿qué querías que respondiese, siendo el cabe tan de paleta y la respuesta tan a la mano?

Díjele:

-Por cierto, señor Araujo, muy enterada estoy yo que adonde v. m. estuviere no puede haber falta de albéitar.

APROVECHAMIENTO

Las mujeres libres, aun los nombres de los santos lugares ignoran; tal es descuido que tienen de las cosas santas.

NÚMERO QUINTO

Del engaño meloso

UNÍSONAS

De importuno y porfiado,
Se pegó a Justina al lado,
Mas él quedó escarmentado
Del habérsele pegado
En tan mala coyuntura
Para su ventura.

Envióle por cierta miel,
Pero volvióse en yel;
Y aun anduvo tan cruel,
Que le llevó a Peñafiel
El chapeo y zaragüel,
De que quedó avergonzado
El Antón Pintado.

Dos maneras hay de gentes que no saben lo que tienen: unas que, por ser tan ricas, no lo pueden contar; otras que, por ser tan pobres, no tienen qué contar. Asimismo, hay dos maneras de cosas que no se sabe bien los provechos que tienen: unas, porque tienen innumerables, como si dijésemos el unto del hombre, la camisa de la culebra, flor de romero, bálsamos y, sobre todo, el dinero, y sobre todo, el amarillo; otras, porque no tienen ninguno, como si dijésemos el unto de mona, cabeza de rana, ombligo de oso, ojos de lobo y, sobre todo, la pobreza y la sarna. Asimismo, entre los hombres unos hay de notable provecho, como si dijésemos los buñoleros, figones, hojaldristas y, sobre todo, la familia picaral; otros, por extremo desaprovechados y sin jugo, como si dijésemos los médicos y boticarios y, sobre todo, los escribanos sin número.

Pero si algún hombre sin provecho vi en el mundo, fue un bachillerejo algo mi pariente que aunque me pesó, se me pegó al tornarme de la romería a León. Este, en virtud de ciertos cursos interpolados que había tenido en el Colegio de los Dominicos de Trianos, llevaba un pujo de decir necedades como si hubiera tomado alguna purga confeccionada de hojas de Calepino de ocho lenguas y dieciséis onzas de disparates de Pero Grullo y trecientas cosas más. Iba tan disparatado en el decir, que si no fuera por mi respecto, cuantos pasaban le hinchieran la cara de dedos, porque en achaque de decir gracias, les decía lástimas, y si replicaban, les decía necedades desaforadas y daba la pernada que desmostolaba la gente.

Un padre de San Francisco le respondió a él como merecía. Iba el fraile en un pollino y el bachillerejo en otro; no le faltaba sino no ir tan fuera de sí. Así que mi bachiller, en viéndole, dijo así:

-Padre, en tiempo de nuestro padre San Francisco, no andaban los frailes a caballo.

El fraile le respondió:

Respuesta de un discreto padre francisco. -Hermano, es porque entonces no había tantos asnos como ahora.

Yo me espanto cómo a cordonazos no le echó a orear el seso, que me pareció mozo de digo y hago.

Yo mil veces, hecha una diosa Angerona, puse el dedo en la boca pidiéndole que callase, mas él, hecho un Vulcano, arrojaba rayos de lástimas envueltos en truenos de pullas, con que abrasaba la gente.

Esto de decir gracias, si no cae en manos de discretos, es retozar a coces. A un necio parécele que la mejor gracia del mundo es decir secretos propios y menguas ajenas, y es general engaño de bobos, que como ven que la gente se ríe de lo que dicen, y imaginan que hacen aplauso a sus gracias, y no ven los cuitados que son risas que canonizan su necedad y tonterías. Demás de que no es mucho que se rían los que oyen faltas ajenas, porque eso procede de que no hay quien no guste de sacar a luz faltas ajenas con la mano de un tonto. El discreto hace las gracias del aire, y de que el otro escupió recio o paso saca facetas gracias, dichos donosos y entretenimientos suaves. Ca por eso a el dios Mercurio -que era el dios de las gracias y buenos dichos- le pintaban con un perrillo de falda, el cual, sin morder ni hacer perjuicio, retoza con el aire y con su sombra. Y he oído referir de Séneca que llamaba perversores de naturaleza, corruptelas del tiempo y enemigos de la vida humana a los que por vía de gracia decían verdades que amargaban. Y, como dicen las fábulas, aun el pito, pronosticador de buenas nieves y malas nuevas, formó quejas ante Júpiter, porque la corneja un día, burlando, le llamó carro de malas nuevas, y dijo que las veras no se han de decir por burlas. Helo dicho a propósito del gran enfado que me dio este mi primo endecir de burlas cuantas veras él alcanzaba. Decir que llevaba pies ni cabeza en cuanto decía es pensar que el cielo de Burgos se cae a pedazos.

Por esta causa, me resolví en buscar un medio y traza con que echarle de mí, porque viéndose ausente no ternía correnca de decir gracias en mi servicio. Así que, para aventarle que fuese otro poco en cas del diablo y juntamente aprendiese a cómo se han de hacer burlas a otros y de las suyas escarmentase, entablé lo siguiente.

Díjele:

-Primo, mire que me importa mucho que se adelante y vaya con mucha prisa al mesón donde yo posé ayer y anteayer, porque ahora se me acuerda que por olvido se me quedó debajo de mi cama un cesto con unos favos de miel que yo traje para presentar a un procurador que en tiempos pasados hacía los pleitos de mi madre y ahora ha de hacer los de mi partija. Entre en él mesón como que va a otra cosa, y sáquelo sin que lo sienta la huéspedada; y si le apretare en que le pague lo que yo quedé a deber de posada, abóneme, que bien me lo debe. ¡Ande, aguije! ¿No vuela? Ya ve lo que importa, no se quede aquella hociocuda con la miel, que es un muy buen regalo y vale dinero. ¡Hola, mire que es miel virgen!, guárdela el decoro, no la lleve su entereza. Vaya, que importa a mi servicio.

Pensó el bobo que le había hecho los hijos caballeros en mandarle cosas de mi servicio, y aun no entendió el majadero cuán de mi servicio era.

Fue hecho un rayo al mesón. Llegó jadeando, desasosegado, y inquieto y orgulloso, como si, a título de la encomienda y comisión de los favos, llevara un rey en el cuerpo y fuera juez pesquisador de la mesonera y del mesón.

Entró, pues, muy alborotado, y dijo:

-¡Ea, huésped, déme cuenta de aquellos favos de miel que mi prima dejó!

La huésped, como le vio tan alborotado, pensó que alguna gran presea se me había olvidado y díjole:

-Aquí no sabemos nada deso. Lo que sabemos deso buena pieza de vuestra prima es que se fue anoche sin más ni más y sin hacer cuenta ni pagarme un chocho. Si ella dejó algo en la posada, yo no estoy obligada a dar cuenta dello, pues no me entregó cosa; pero si ello ha quedado algo en mi casa o alguna prenda suya, no me saldrá della hasta que me pague el último maravedí. ¿Pensaba la muy pelleja hacer burla de las mujeres de bien que ganan de comer con el sudor de sus carnes? ¡Pague, noramala!, que según trae los pasos, muy barato le cuesta el dinero, y esta noche debe de haber ganado ella eso y mucho más.

¡Han visto el tontillo! No supo responder, sino subióse de rondón por la escalera y, de en aposento en aposento, andaba husmeando dónde hallaría el cesto de los favos, que era su comisión mal entendida y peor efectuada.

Y supongan, para la inteligencia de la burla, que yo, a causa de cierta prisa ocasionada de unos pepinos y ensalada que comí, me había aprovechado de un cestillo de la huésped que hallé a mano, y le hice servicio y me hizo servicio. Por eso dijo el otre que el bacín era la cosa más agradecida del mundo, porque le hacen servicio y hace servicio. En fin, el cesto sustituyó otro vaso más sólido, hícele servicio y hízome servicio. Ya parece que me llamas puerca; no te espantes, que son cosas que pasan por las gentes. Andando, pues, el señor mi primo hecho hurón buscando el canastillo, viendo la huésped que el mocito no descubriría caza ni prenda mía en que poder ella trabar ejecución para hacerse pagada de lo que yo la quedé a deber, asíóle la capa y no la soltó hasta que le hizo escupir tres reales de moneda forera que se me cargaron de cama, paja, cebada, candil y posada.

Hecho esto, le dijo:

-¡Ahora busque su miel, melada mala venga por él!

Debía de ser justa aquella mesonera, pues le comprendió aquella maldición que le echó diciendo: ¡Melada mala venga por él! Aunque bien creo yo que no estuvo la lacre en ser ella justa, sino en serlo la causa y en ser yo Justina, y mis trazas más que por justicia.

Ya que tuvo licencia cumplida para buscar lo que quería, entró a somormujo debajo de la cama en que yo había dormido, donde encontró con el cestillo que yole dije. Sacóle y dio una gran risada, diciendo:

-¡Sea Dios bendito, que ya he encontrado miel y cesto!

La mesonera, como reconoció ser suyo el cestillo, que era nuevo y bien labrado, le dijo (un disparate que suele pasar por gracia):

-No muy bendito, galán, que es mío el cesto.

Y diciendo y haciendo, arremete al estudiante a quitarle de la mano el cesto, que estaba cubierto con alguna cantidad de lana que pedí prestada a una almohada. El pobre, por defender el cesto y los favos putativos, no sé cómo se fue, que, queriéndole encorporar consigo, se le trastornó el cesto con todo el matalotaje, y se puso de lodo, vestido, manos y hocicos. El olor no era el mejor del mundo, el disgusto no poco, y todo lo pasara el estudiante si la rabia de la mesonera no fuera tan inexorable y furiosa. Mas quiso su desgracia que, como la mesonera vio su cesto perdido, arremetió a él por detrás y quitóle el sombrero con la presteza que el águila quitó el de Idumeneo, hijo de Macrino; sólo fue la diferencia que aquel quitar de sombrero fue pronóstico de investidura real, pero este de desnudez picaral. Y no sólo le quitó el sombrero, pero un zaragüel de paño que para ir más ligero había quitado y ido con un sevillano de lienzo.

El estudiante quisiera arremeter a la mesonera y darse un refregón con sus sayas para medio partir la ganancia, mas ella, por no encerarse, asió de un látigo y a palos le fue guiando hacia la calle, haciéndole hacer algunas síncopas y sinalefas en la escalera, atrancando los pasos de tres en tres. Desta suerte le echó a orear en la calle, quedándose ella ladrando -que morder era caso peligroso-, y diciendo:

-¡No tengo yo cestos para pícaros! ¡Anda, bordión!

Esto decía dentro de su casa, teniendo a lo público al pobre secretario del Papa, etc.

El triste mozuelo, de corrido, no hablaba, de temeroso, se escondía. Al fin, tuvo por bueno darse a partido y hablar a la mi señora con aquella humildad y sumisión que si ella fuera la mandonesa y él un pobre cautivo.

-¡Señora huésped, máteme v. m., que voto a Dios, siquiera por sacar el alma de entre tanta suciedad, me holgara que me matara! ¡Señora huésped, déjeme llegar y no me haga estar aquí afrentado entre tantos mochados que tienen mi cuerpo cercado! ¿Han visto cómo se han juntado como moscas a la miel? ¡Señora huésped, compadézcase de mí, que estos mochachos no me dejan, como si nunca hubieran visto a un hombre enlodado! ¡Mal haya aquella infame de mi prima, que me hace andar en estas estaciones! ¡Ande, señora, meta aquí la mano y sacará dinero!

Como la huésped oyó dinero, enterneciése algo y, por gran merced, le miró al rostro, mas como le vio sayo, gregüescos, manos, cara y calzas tan avecindados en Mérida, no sólo no llegó, pero huyó, y dijo:

-¡Algún sin alma! ¡Andad para burdión a burlaros con la hideputa de vuestra prima!

El mocito, pensando que sus ruegos habrían enternecido la empedernidísima mesonera, íbasele acercando, mas ella, asiendo del látigo, tornó a hacer segunda impresión de Palude y Palazos sobre el cuarto derecho delantero, con lo cual le hizo ir trepando calle a hita hasta que embocó por la puerta de la ciudad, y no fue poco caer, yendo tan rodeado de muchachos que festejaban la burla a osadas.

En fin, el triste, por último albergue, se fue a lavar a una alberca de agua que estaba junto a la barbacana del muro; allí se echó en remojo, pero ni quitó la mancha del vestido ni de la fama.

Ya que esto hubo pasado por agua, parece ser que le miraron con mejores ojos y le recibieron en el mesón, donde sacó real y medio con el cual hizo fin y quitó de la deuda del cesto. Cobró su sombrero y zaragüel y, a vueltas desto, le dio una corrección fraterna la hermana mesonera, a la cual estuvo descaperuzado y tan temeroso como si fuera penitenciado por la Inquisición; y así era, sino que la inquisición no era santa.

Yo bien adiviné el ruido que a esta hora debía de haber en el mesón, porque conocía el humor del mozo y la codicia y cólera de la mesonera, aunque a prima faz parecía borrega, pero, en fin, leonesa.

Decíame a mí mi madre que una mesonera es como un reloj. Decía bien. El reloj, cuando va de en lance en lance y de muesca en muesca, ruido hace, pero es pequeño y gustoso; mas si da un golpe en vago, todas las ruedas se descomponen y hace gran ruido. Así, una mesonera, que de momento en momento va golpeando la bolsa con dinero fresco de huéspedes que van y vienen, hace un ruidito suave, y al son de las llaves del llavero alegra el hemisferio de su mesón; mas si un huésped se le escapa sin pagar, da el golpe en vago, desconciértase el reloj y arma un ruido del diablo.

El estudiante despachado salió como una vira a buscarme, pero por ahora no te daré cuenta del suceso del encuentro, porque tengo que despachar otros mejores cuentos.

Así que, adivinando el alboroto que a este punto pasaba en el mesón, que estaba junto a la puerta de Santa Ana, no quise tornar por ella, que es sobreasneidad no huir del lugar en que una vez hubo daño y peligro. Fuime por una calle que los leoneses llaman Renueva, y creo pusieron este nombre a aquella calle con intención de renovarle las casas, y como quizá no hubo bolsa para tanto, pusieronla aquel nombre para cuando lo hagan. Ya no le falta todo, que tras el nombre le vendrá el hecho, si Dios quiere; a lo menos, ella es angosta y larga como cédula de sacar prendas. Con todo eso, cupimos por ella yo y mi borrico, que no fue poco, según iba ancho de ver que entraba en ciudad y en poder de quien le sabía bien tañer y acompañado de otro, digo de Bertol, que tanto monta.

Ya te cansará el leer los arrabales de mi leyenda; pues, ¿por qué no me lo decías antes, lector amigo? Quédese aquí, norabuena, y, en estando de aután, avísame, que me verás ciudadana y en el mesón, que es mi centro, y quizá te dará más gusto.

APROVECHAMIENTO

La mujer viciosa fácilmente se precipita a poner los hombres en peligro, que quien no teme el suyo, tampoco teme el ajeno.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE DEL LIBRO SEGUNDO

TERCERA PARTE DEL LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA MIRONA GUSTOSA

NÚMERO PRIMERO

De la mirona fisgante

ESDRÚJULOS SUELTOS CON FALDA DE RIMA

Suele en el verano el blando céfiro
Hacer entre las yerbas varios círculos,
Entrase penetrando hasta lo íntimo,
Queriéndolas haber con los antípodas;
No pudiendo bajar, sube al empíreo,
No pudiendo subir torna a lo ínfimo;
Anda, vuelve y revuelve, y desde el ártico
Da vuelta general hasta el antártico.

El necio, cuando oye tal estrépito,
Teme como si fuera ruido bélico,
El sabio dice que es cosa utilísima,
Pues los terrestres, aéreos y acuátiles,
En él tienen contra el mal antídoto,
Gusto, regalo, esfuerzos, ánimo;
Sólo el enfermo dice ser mortífero
El dulce viento, a los sanos salutífero.

Así, Justina, hecha un blando céfiro,
Con pies, ojos y lengua hace mil círculos,
Apodos da, que penetra hasta lo íntimo,
Sus ojos son zahorís de los antípodas:
Lo que encarece, súbelo al empíreo,
Lo que vitupera, abátelo a lo ínfimo,
Anda, vuelve, revuelve, y desde el ártico
No deja cosa intacta hasta el antártico.

Oyóla un necio y hizo tal estrépito,
Cual si resonar oyera rumor bélico,
Mas ella prueba ser cosa utilísima,
Trayendo a cuento (¿qué piensas?) los acuátiles,
Y concluye que las gracias son antídoto
Contra el daño, y en las penas ponen ánimo,
Que sólo un necio siente ser mortífero
Aquello que llama el cuerdo salutífero.

Dicen que la vista es el sentido más noble de los cinco corporales, y por esta causa los filósofos le dan muy honrosos epítetos. Y he oído que Aristóteles dijo ser la vista la más noble criada del alma y la más fiel amiga de las ciencias; y Platón la llamó espejo del entendimiento; Séneca, arcaduz de bienes; Cicerón, mina de tesoros; Eurípides, llamó los ojos los galanes del alma; Teseo, escuderos de la voluntad; Menandro, espejos de la memoria; los

excelentes griegos, reyes de lo criado; los poetas los llaman aljófares, perlas, cristales, diamantes y estrellas. Estos diz que lo dicen; véanlo allá, que si la cota saliere falsa, no seré yo la primera que creo en cotas que no son a prueba.

Así que todos convienen en que no hay gozo sin vista, y que con ella todos los gustos son tributarios del alma. Por mí digo que esto de ver cosas curiosas y con curiosidad es para mí manjar del alma, y, por tanto, les quiero contar muy de espacio, no tanto lo que vi en León, cuanto el modo con que lo vi, porque he dado en que me lean el alma, que, en fin, me he metido a escritora, y con menos que esto no cumplí con mi oficio. Y noten que cuando les parezca que mormuro, me aguarden, no me maldigan luego. Espérenme, que, cuando no piensen, volveré con la lechuga, que aunque sea para con tocino no es mala, y hecha la cuenta, verán que torno más honra que la que debo, que no pretendo disgustar a nadie ni llevar lo bien ganado.

Como digo de mi cuento, yo entré en León, caballera en mi borrica, por la puente que llaman de San Marcos, que es el nombre de un ilustre convento de los señores freiles de Santiago, a cuyas paredes está arrimada la puente. Esta casa, según me pareció, tenía muy buena habitación, si se toma en las sillas del choro, que son tan buenas como yo pienso que serán las celdas en que han de vivir, cuando las hicieren. También la iglesia está muy buena. Es muy sumptuosa, capaz, exenta, costosa, alta, anchurosa, desenfadada, grave y galana; sino que yo quisiera que la volvieran lo de dentro a fuera, como borceguí, y si así estuviera, estuviera al derecho. Dígolo porque noté que lo más delicado de la obra, lo más primo y más costoso y la imagería de canto más delicada y más sutil la pusieron hacia fuera, al oreo de viento y agua, y lo más llano hacia dentro. Yo no sé qué fundamento tuvieron los artífices para hacer un tuerto tan contra derecho. Esta misma cuestión se movió estando yo presente, y sobre cuál hubiese sido la ocasión de traza semejante, daban mis compañeros los romeros varios pareceres.

Y no se espanten, que ya han prescripto los holgazanes en dar sus votos sobre toda arquitectura y perspectiva, y aun los pícaros no admiten cuento que sea de menos estofa que la toma de la Goleta, y cuando mucho quitan del precio, consienten, de por amor de Dios, que se cuente a la ligera un poco del señor don Juan de Austria, con censo de que al mejor tiempo se le ponga silencio para que se trate de mayores cosas. Así que comenzaron a discurrir mis camaradas en esta cuestión, que, a caer entre pícaros, la llamaran de vos, sin permitir la sentar. Pero romeros comen de todo.

El primer voto, sin duda galano, fue decir:

-Mirad, esta iglesia, como está tan junto al río, débenla de lavar a menudo, y ahora, como la han puesto a secar, sécanla por el derecho, que en estando enjuta, volverán la haz hacia dentro, como a ropa seca.

Otro dijo:

-No es eso, sino que esta iglesia la fundó gente charitativa, y viendo que todo el aire burgalés, que es el dañoso, había de entrar por esta parte, pusieron hacia fuera la imagería, para que tocando el aire en ella se purificase de pestilencia.

Devota contemplación, por cierto, pero a mí no me cuadró, porque si esto pretendieran, no habían de haber puesto, entre otras santas imágenes, algunas medallas que allí hay de mozas tan pecadoras como yo y otras como yo.

Otro dijo que, como aquella casa se ha mudado tantas veces, a la iglesia se le antojó también, y no se le amañando jornada más larga, se volvió lo de dentro a fuera, que fue encamisada de las más galanas que yo he visto.

A lo menos, si es así que desde principio la fundaron aquella casa como ahora está, una queja tenemos los forasteros de los señores tracistas, y es que, sin duda, fiaron poco de nuestra devoción y curiosidad, pues creyeron que no tendríamos flema para entrar adentro a ver lo bueno, si lo pusieran dentro sino que lo dispusieron de tal modo que visto el lienzo del frontispicio, no hay más que ver. Es como colgadura de tela, que todo se ve de una vez, o, por mejor decir, es comida a la borgoñoña, que todo se sirve junto. Verdad es que adentro diz que tienen un muy buen medio claustro con una escala de Jacobe que parece que se hizo aposta para enseñar a trepar. A fe, que diz que es agria, aunque no sé si esto de la escalera mal madura es allí o en el monasterio de Señor San Claudio, donde cantan muy recio unos pavos. También tienen allí en San Marcos una sacristía de muy buen yeso, con variedad de molduras y medallas, que, por lo menos, nadie dirá que aquella sacristía está hecha en canto llano. Junto a este convento, vi un hospital, que se edificó para que estén allí malos los franceses y otras gentes que van camino de Francia y no buscan a Gaiferos.

Parecerle ha a alguno que soy corno el hortelano, que de cuantas yerbas toco, sólo echo mano de la mala, pero aunque pícara, sepan que conozco lo bueno, y sé que aunque esta iglesia, mirada con ojos médicos, cuales son los míos, parece que está al revés. Pero para quien mira a las derechas, al derecho está, sino que siempre fue verdadero el refrán de aldea: «Cual el cangilón, tal el olor». Los ojos picaños, aunque sean trucheros, siempre tienen algo de borrachos en pensar que las combas del nivel propio son tuertos de lo que mide.

Bien veo que fue muy buena traza no poner aquellas medallas junto al Sacramento y en parte tan oscura, y si dije que no hay más celdas y habitación que iglesia y choro, burléme, ca, hablando de veras, es claro que es suma alabanza suya el no haber edificado celdas para sí ni cuidado de su descanso por sólo dársele a Dios, y carecer de aposentos porque Dios los tenga holgados, que aunque pecadora, bien sé la historia de Salomón, el cual primero dio templo a Dios que palacio a su corona, y la de Urías, que no quiso cama por saber que estaba en campaña la tienda del capitán general de los ejércitos del cielo y suelo. Si mi voto no acortara la grandeza de aquellos señores, yo los llamara segundos Urías y Salomones, pues por haber dado insigne templo y casa de descanso a Dios, carecen del suyo propio, cuanto y más que la orden de aquellos ilustres caballeros no quieren descanso, siendo su profesión y ejercicio el quitar a los enemigos el que desean y ahuyentar la infidelidad de los términos de su invencible España. Estos cuidados los hacen no acabar claustros, pretendiendo antes atender a cercar y claustrar ciudades y reinos enemigos. Y este asiduo y trabajoso ejercicio les hace que no sientan la subida de escaleras agrias, gente que escala fuertes con tal valor, que si en las nubes hubiera muros de enemigos, por ellos rompieran y en el más alto alcázar pusieran su real bandera adornada con la espada que da a España renombre famoso y blasón insigne.

¿Paréceles que lo he parado bueno? ¿No ha estado buena la buena barba? Pues déjolo, con juramento que es verdad todo esto y otro tanto que callo, así de lo de veras como de lo de burlas. Hágome de cuenta que, callando lo ridículo y lo no tal, quedará la olla de mi seso hecha cazuela de pepitoria.

Quiero contar mi derrota y camino.

Dos famosos ríos cercan a León, para que entre otras coronas que ciñen aquella ilustre cabeza de las Españas, no sea menor una corona de claros y christalinos ríos, adornados de varios y frondosos árboles pregoneros de una victoriosa e ilustrísima cabeza. Por la ribera de uno

destos ríos, alta, llana y apacible, fui caminando para entrar en la ciudad. Yo amo a aquel pueblo por ser cabeza de mi madre Mansilla, y así me perdono por haber dicho mal dél. Cuanto dije de mal en la primera entrada fue disimulo, que el que quiere bien una cosa siempre anda por extremos, cuando diciendo mucho bien, cuando mucho mal. Pero siguiendo el picaral estilo que profeso, acudiré a lo uno y a lo otro. Sólo vayan con lectura que lo bueno se tome por veras, y lo que no fuere tal, pase en donaire, porque lo contrario sería sacar de las flores veneno y de la triaca que hago contra sus melancolías tósigo para el corazón.

Fui caminando, como dicho tengo, por una espaciosa y apacible ribera, hasta entrar en una ancha calle que tiene ambas las aceras de huertas y planteles amenísimos. Llegué hacia otro convento que está junto a la puerta por donde entré en la ciudad, y no tuve poca gana de entrar dentro de la iglesia, siquiera a la puerta a tomar agua bendita, que no venía yo tan mal obligada de entradas de iglesia, que trajese perdidos los aceros de entrar por sus puertas.

Parecióme el monasterio grave y bien edificado, mas quiso mi desgracia que, aunque vi la iglesia y el monasterio por defuera, no entré dentro, porque jamás pude columbrar ni divisar la puerta de la iglesia, o si la vi no la conocí, porque una que allí se descubría era agravio manifiesto pensar que por ella se entraba. Por menos inconveniente tuve pensar que en aquella iglesia se entraba por minas, como en la ciudadela de Pamplona, o por el tejado con garruchas, como en algunos castillos, que pensar que por tan poca puerta, vieja y baja, astrosa y estrecha, habían de entrar. Porque pensar que era casa encantada y con puerta invisible, es pensar que somos esdrújulos. A lo menos, no podrán decir que aquella es la puerta de los vicios, sino puerta de las virtudes, pues en la entrada es tan estrecha cuan anchurosa después.

Con esta ocasión, pasé de largo sin ver el monasterio más que por defuera; sólo pude echar de ver que aquel monasterio tiene más tierra que el Escorial -entiéndese en las tapias-. Por eso decía el otro: «Dios te deje, hijo, tratar con gentes llanas que hacen las casas a mazadas.» Verdaderamente que cuando los predicadores quisiesen decir a los hombres que sus cuerpos son casas terrenas, les podrían decir: «Acuérdate, hombre, que tu cuerpo es casa leonesa», que en nuestro lenguaje jacarandino sería decirle: «Acuérdate que tu cuerpo es terreno y desmoronadizo».

Aunque no vi el monasterio, tuve mucho cuidado de preguntar a mis compañeras si le habían visto, y me dijeron que sí. Pedíles que me contasen lo visto, y una me dijo que le mostraron un candelero de Flandes, el cual, sobre una piramidal de bronce torneado, funda un vistoso artificio, y deste tronco de bronce salen cuarenta y cinco hermosos candeleros de tres órdenes, a quince por banda, con gran proporción, y, de trecho en trecho, entre candelero y candelero, sembradas bolas de bronce y selvajes de preciosa labor, y en el último remate, un selvaje bravato con unas armas asidas de la una mano y en la otra un ñudoso bastón. Yo, cuando lo oí, las dije:

-Según eso, cuando ese selvaje y selvajicos estuvieren colgados, al menearse el candelero, parecerá danza de títeres o matachines gobernada por el gran selvaje.

En fin, me hicieron creer que era el mejor candelero del mundo, y por hacerles limosna y buena obra, lo creí.

También me dijeron que les mostraron seis cabezas de vírgines, las tres bien puestas, bien labradas y aderezadas, con unas piedras que fueran preciosas si todo lo que reluce fuera oro; las otras dos o tres las tienen en unas cajas de unas maderas muy no sé cómo, y hízoles lástima su mal aliño, mas esto de la pobreza hace que las cosas estén al justo del posible y fuera del nivel del deseo. Yo mando dos reales de limosna para el aderezo y ruego que pidan para ellas,

que cuando todas las pícaras den tanto como yo prometo, yo creo que en son de hacer cabezas de vírgines, podrán hacer otras tantas de lobo.

Como cuando yo oía esto iba diciendo algunas gracias, quiso mi ventura que un cura, muy aficionado a los frailes de aquella orden, que me había venido escuchando y llevaba muy mal las gracias que yo decía, rompió la presa de súbito y, queriendo hacer la corrección fraterna, cogió un periquillo de predicarme con un hipo, como si hubiera jurado a Dios de convertir esta mí ánima pecadora, que es muy propio de necios tener las gracias por agraz y pensar que todo donaire es aire corrupto y todo entretenimiento tiempo perdido.

Comenzó a dar voces, diciendo:

-¡Aquí de la Inquisición, que murmura de los conventos de Dios! ¡Aquí del rey, que dice mal de los monasterios reales!

Y no le faltó sino decir:

-¡Al arma, al arma, que es el cuerpo del Draque y el ánima de Luthero!

No podré ni sabré referir todas las razones que me dijo en reproche de las mías, pero diré las que mi memoria pudiere sacar al ojo de la colada.

Va de sermón.

-Hermana, si estos padres no tienen gran puerta de iglesia, es porque ni han menester mucha puerta para salir ellos, ni para que vos entréis; que lo primero les viene de su mucho recogimiento, y lo segundo de su poca codicia, tan conocida en el mundo. Y si vos no hallastes por dónde entrar, no importa, que los monarcas, emperadores, papas, reyes y príncipes hallan puerta para entrar por ella a tratillos, regalillos y estimillos. Por esa puerta han entrado y salido gentes que, con milagro conocido, han alcanzado salud del cielo en raras y estupendas enfermedades. Es puerta chica, como de castillo, porque los conventos de religiosos son castillo de sabiduría, muro de ciencia, alcázar de sabiduría, y como castillo de universal armería christiana tiene la puerta estrecha. No me espanto que para vos no haya habido puerta, que por la tan estrecha no entran sino los que pretenden desnudarse de la camisa vieja del mal trato y vida pasada. Puertas son que, allí donde las veis, a muchos han parecido estrechas al entrar y anchurosas al salir; quiero decir, pesádoles que fuesen tan holgadas para poder salir, y al entrar no tan anchurosas cuando la gana de entrar por ellas.

No se ríen del candelero, que tal candelero para tales luces de religión, y tales luces para tal candelero. Y si tiene selvajes, es una gala que para ornato divino es muy bueno; y crean que si los santos que sanan enfermos tienen en sus altares las muletas en señal de el hecho, no fuera impropiedad decir que delante de sus luces están hombres selvajes en testimonio de las bárbaras e incultas naciones que han reducido a la luz del Evangelio.

Las santas vírgines confieso que están mal puestas, mas eso es confusión de nuestra corta devoción y argumento de su pobreza, cuanto y más que es grandeza que de tal materia hayan salido hechuras de tres medios cuerpos humanos, y con poco aderezo se pudieran adornar de modo que parecieran mucho. Y otra vez, hermanas, no les acontezca hablar así de los monasterios.

Aquí paró el santo cura, que no fue poco, según había sido la carrera que había tomado. Halléme tan confusa y apretada de ver su enojo y mi inocencia, que no supe sino decirle que

yo pedía a la Iglesia el otro sacramento de la extrema unción que me faltaba. Tan afligida me vi, que ya pensé que había recibido todos los demás sacramentos y sólo me faltaba luchar con el diablo.

Quiso Dios que una vecina mía, por divertir mi pena y la correnca del padre cura, salió a decir un cuento, y fue que entrando en aquel convento de que tratábamos, vio en una capilla unas bimbres atadas, con que diz que azotan a los frailes, y se llaman disciplinas, y el fraile que les enseñaba la casa, tomando la disciplina en la mano, las dijo:

-Señoras, ¿quieren colación?

Y ella respondió:

-Padre, yo ayuno, que es hoy viernes.

¡Alza, Dios, tu ira! ¡Hele aquí mi cura, otra vez mohíno! Con este tema, tornó el cura a sus alegorías, diciendo:

-Ahí verán, son unos santos, no convidan mujeres con veinte meriendas profanas, sino con disciplinas. Más quieren parecer secos, que profanos, más desamorados, que pretendientes.

Pardiez, mi vecina y yo, viendo que entablaba para otro sermón, y dejámosle dando de mano hasta que se cansó y dejó de moler.

¿No ves qué necio? ¡Miren de qué se enojó! De oírme decir gracias, como si mis donaires fueran bombardas. ¡Qué mal sabía este buen señor que no hay mejor rato que un poco de gusto!

No hay hombre discreto que no guste de un rato de entretenimiento y burla. En su manera, todas cuantas cosas hay en el mundo son retozonas y tienen sus ratos de entretenimiento: la tierra, cuando se desmorona, retoza de holgada; el agua se ríe, los peces saltan, las sirenas cantan, los perros y leones crecen retozando, y la mona, que es más parecida al hombre, es retozona; el perro, que es más su amigo, es jugueteón; el elefante, que se llega más que todos al hombre, los primeros días de luna reto las flores y dice requiebros a la luna.

Lo demás que falta, dígalo doña Oliva, que libra en el gusto salud, refrigerio y vida; ¡esta sí que era discreta! Pero ya se sabe para quién no es la miel, ya se sabe qué ojos disgustan del sol. Aclárome: también y todo, ahora que no me oye el clérigo, es necesario pensar que a una mujer dice una gracia, luego es hereja. Sí, que christianos somos, y aunque no sabemos artes ni toldogías, pero un buen discurso y una eutrapelia bien se nos alcanza, sino que estos hombres del tiempo viejo, si dan en ignorantes, piensan que no hay medio entre herejía y Ave María.

APROVECHAMIENTO

A los santos templos, que para el santo son un despertador del alma y un incentivo de devoción, hacen la gente libre y disoluta casa de conversación y blanco de entretenimiento, cosa que por ser tan contra la honra de Christo, morador de los templos, la castigará ásperamente. De lo cual dio indicio su Majestad Divina viviendo en esta vida mortal, pues sólo castigó por su mano a los violadores del templo, cosa digna de notar de su modestia, ¡oh, Majestad Suprema!

NÚMERO SEGUNDO

Del barbero embobado

VERSOS SUELTOS CON FIN DE RIMA

Un vivo selvaje vio pintados
Ciertos selvajes que, con sus lanzones,
Ocupan un hermoso frontispicio
De unas ilustres casas que en León

Habitan los Guzmanes más famosos.
Quedó abobado sólo en ver selvajes.
Puédese decir deste embobado:
«No difiere lo vivo y lo pintado».

Bertol Araujo, que así se llamaba el malogrado del barbero que se me injirió, tenía muy poco de especulativo, y dábale notable pena verme tan escudriñadora y curiosa. Mas viendo que no me podía sacar de mi paso y que era fuerza verlo todo, me dijo:

-Señora Justina, pique esa burra, si trae con qué, o si no, déla que ande, y verá la Huerta del Rey, que es nombrada en León y está dos pasos de aquí.

Yo, como oí decir huerta de rey, pensé que era algún Aranjuez ricamente aderezado, con mucha murta, jazmín, arrayán, alhelís, mosqueta y clavellinas. En fin, huerta de rey.

¿Qué será bueno que viese yo en la Huerta del Rey? Por vida de mi gusto que, si no fueron muchos infinitos cuernos del Rastro, otra mosqueta ni mosquete, otros claveles ni clavellinas yo no vi. ¿Pues el olor? De pecinas, sangre, lodos, charcos, lechones. Era todo tan lindo, que hacía olvidar la fragancia de los mil Aranjueces. Eran tantos y tan innumerables los cuernos que cubrían el suelo y aun mi corazón de tristeza, que verdaderamente no sé quién puede llevar en paciencia aquel estar un cuerno siempre jurándolas por la punta, la cual, por la mayor parte, está vuelta hacia la cara; y querría más ver puesto hacia mi cara un mosquete a puntería, que aquel maldito y descarado encaramiento corniculario. Esto llaman los leoneses huerta de rey, que si hay herejías contra la majestad real, esta es una. Mas soy tan dichosa, que nunca me falta quien me saque el ánimo de pecado. Diréles el cuento, que es donoso.

Pinta de los pies a la cabeza un soldadillo desgarrado. Encontróme un soldadillo leonés, donosa figura. Traía un alpargate y calza de lienzo, un gregüesco de sarga, o, por mejor decir, arjado de puro roto y descosido; una ropilla fraileña, que, de puro manida, parecía de papel de estraza; un sombrero tan alicaído como pollo mojado; una capa española, aunque, según era vieja y mala, más parecía de la provincia de Picardía; un cuello más lacio que hoja de rábano trasnochado y más sucio que paño de colar tinta; una espada del cornadillo en una vaina de orillos. Era pequeño, azogado, inquieto, bullicioso y gran bachiller; otro segundo melado. Sin más ni más, se enojó en forma de ver que me reía de que llamasen a aquella huerta de rey, y hecho un león, con la espada empuñada, me dijo:

-El rey, mi señor, hizo esta huerta, y esta huerta es huerta del rey, mi señor, aunque le pese a la relamida. El rey, mi señor, es rey de España, y cuando plantó esta huerta le pareció que, para el sosiego que él había de tener en su casa, le bastaba haber unos simples sauces e alisos

que aquí plantó, porque lo más del tiempo ocupaba en vencer infieles, moros y paganos. Sí, y aunque pese a quien pesare, esta es huerta de rey, mi señor.

Yo no me turbé desto, que no soy espantadiza, mas a mi burra no sé qué le tomó, que no daba paso adelante, aunque la daba palos asaz, pues no sé por qué, que yo no iba a maldecir a maldito aquel.

Visto que Bertol Araujo no respondía, y la burra no caminaba, y el soldadillo no cesaba, determiné hacerle un fiero espantavillanos, y díjele:

-Si es huerta de rey o no, no se meta el muy pícaro en eso, que si llamo a mis criados, le haré moler el colodrillo a palos.

¡Oh, cómo relampagueaba los ojos! ¡Oh, qué asas de brazos! ¡Oh, qué ademanes! Todo fue tal y tan bueno, que el soldado determinó encomendarse a San Pies y rezar la oración del buen callar llaman santo.

Ansí, noramala, ansí se han de tratar estos buscarruidos, que son como cohetes, que no hacen mal a quien los apuña y ofenden a quien dellos se desvía. ¿Qué se le daba al picarillo que yo dijese lo que quisiese? ¿Yo no tenía pagado el alquiler de mi boca por todo el día? El rey, mi señor, decía. ¡Mira quién dijo el rey mi señor! Todos somos del rey, y si tales hombres, por ser soldados, son del rey, muchas mujeres que somos soldadas, aunque mal soldadas, también somos del rey.

Concluida esta aventura, apresuré el paso, porque me sacó del mío la pesadumbre de la rencilla, y si por mí fuera, no anduviera más a caza de ver curiosidades en León, por no encontrar más uñas de león; pero como sea verdad lo que oí a un galán, galinillo, que adonde acaba el filósofo comienza el médico, parece ser que cuando yo acabé el deseo de ver curiosidades, comenzó a tenerle el barbero Bertol, mi íntimo.

Persuadíame fuésemos a San Isidro, donde están muchos reyes juntos sin baraja, que no es poco; mas yo le dije que no era amiga de ver reyes tan de por junto, y por buen arte, me escapé de que me llevase a ver las antiguallas de aquel santo monasterio. Si yo fuera muy devota, en lo que yo me había de ocupar era en ver a San Isidro de León, pues aquella casa, en reliquias preciosas, es una Jerusalén; en indulgencias, una Roma; en grandezas de edificios, un Pantheon; en religión, la anachoreta; en choro, un cielo; en el culto divino, riquezas, brocados, plata, oro, un templo de Salomón; pero como a los ojos tiernos es la luz ofensiva, también esta grandeza lo era para mí en el tiempo que mis mocedades me traían como corcho sobre el agua.

Ya soy otra. Aquí venía bien el dicho de Marioleta, si no fuera gracia insolente, la cual, para persuadir a un su sobrino en que fuese bueno, le dijo:

-Mochacho, aprende de mí, que ya soy otra, que compré un rosario, si a Dios plugo. Por señas, que aunque está enhilado en un simple hilo de seda floja, no se me quiebra, que no soy como otras traviesas que a segundo día quiebran el rosario. Noranegra, cuélguesele de un clavito, como yo hago, y así durará el rosario.

Mal cuento, peor dicho, pero peor era yo.

Fuímonos por las casas de los Guzmanes, que es paso forzoso. Estas me parecieron una gran cosa, mas bastaba ser aquellos señores del apellido del mi señor Guzmán de Alfarache, para

pensar que habían de ser tales. Ahora me dicen están muy, mejorados y muy ricamente adornados los dos lienzos de casa, con ricos balcones dorados, en correspondencia de muchas rejas bajas y altas de gran coste y artificio, de lo cual resulta una gran hermosura, acompañada de una grandeza, gravedad y señorío trasordinario, anchurosas salas, aposentos ricos, vigamento precioso, cantería y labor costosa y prima. Hermosa casa a fe. Sólo me pareció mal que a una escalera le falta cosa de veinte y cinco varas de pasamano y dos o tres salseritas de blanco color para afeitar unas desvergonzadas tapias de la caja de la escalera, lo cual, por ser en parte tan notoria y común de aquella casa, hace notable fealdad, digna de enmienda.

Aquí, en ver estas cosas, se quedó abobado el barbero Bertol Araujo, aunque para esto de embobarse no había él menester appetite. Lo que a él más le cuadró fueron dos selvajes de cantería que están a los dos lados del balcón, que están sobre la portada principal, en cuyo frontispicio está un epitaphio o letrero, el cual, a dicho de los que le entienden, es tan verdadero como bravato.

El Bertol, viendo los selvajes, que eran de marca mayor, nunca acababa de repetir:

-¡Estos sí que son hombres, pesiatal!

Porque entiendan el gusto del barbero, que no supo hablar de burlas, sino con burras vivas, ni de veras, sino con selvajes pintados.

En San Marcos había él visto las figuras de muchos emperadores, capitanes, emperatrices, reinas, galanes, damas y otras mil curiosidades, y en la misma casa las había, mas nunca despegó su boca para alabar cosa ninguna, sino estos selvajes; sólo a estos dio título de hombres, y dábale gran gusto verlos tan denodados con sus lanzones.

Yo pienso que estos selvajes le cuadraron por dos razones: la una, por la conveniencia bobuna, y lo otro, porque según era animal desasociable, si a él le dejaran sangrar conforme él quisiera, sangrara las gentes con un lanzón, en la figura, traza y postura que tenían aquellos selvajes. Y con todo eso, tenía carta de examen, que, según he oído decir, el que va graduado por el que llaman daca dinero, nunca negoció mal. Vaya con Dios, que con esto se podrá decir que somos hoy día tan caritativos, que aun los bobos nos llevan la sangre del brazo, y aun con eso, mueren hoy día las gentes a humo muerto.

Yo bien dejara a mi sangrador espetado y boquiabierto a que se hartara de ensalvar los ojos y alma con la vista de sus queridos selvajes, mas por los que nos habían visto venir juntos, y por llevar compañía de hombre, como moza honesta, le recordé del susto para que pasásemos adelante, y él, a mis ruegos, lo hizo. Verdad es que le di dos aldabadas a la boca del estómago para que recordase, y aun ahora no sé si ha acabado de mirar los selvajes. Hasta que colamos toda la calle que llaman la Herrería de la Cruz otra cosa él no hizo sino volver aquellos sus ojos a los amigos, que yo no sé cómo no se descervigó a puro torcer la cabeza, que parecía cigüeña cantora o el asno Ciprico, el cual, después que Júpiter le convirtió en hombre, siempre que oía roznar, bailaba y volvía la cabeza atrás.

Ya quiso Dios que llegamos a un mesón que está a las espaldas del palacio del Conde Fernán González, donde entonces vivían los obispos.

Consolóme ver que hubiese mesón a quien hiciese espaldas un obispo, y más yo, que tenía algunos pleitos con estudiantes.

Antes de tomar posada, le pregunté a mi camarada qué pensaba hacer y cuándo se pensaba ir a Mansilla. A lo cual me respondió que él había de comprar unas ventosas de vidrio y dos lancetas, y no sé qué listones y algunas monas, muertes y gatos para la tienda, y que comprado aquello, se pensaba partir de mañana.

Yo le dije:

-Pues, señor Araujo, si es que por la mañana se parte, todos iremos de camarada, que gusto de oírle rocinar, digo, razonar por el camino, y crea que, poco más o menos, toda la lana es pelos. No sabrá por qué lo he dicho. Dígolo, porque cuanto a habitación, conversación y recreación, Mansilla y León para en uno son.

Con esta determinación, entramos en el mesón yo y Perantón.

APROVECHAMIENTO

Las mujeres dadas a vano gusto no le tienen en mirar cosas honrosas y de autoridad.

CAPÍTULO SEGUNDO

DE LA BIZMA DE SANCHA GÓMEZ

NÚMERO PRIMERO

De la enfermedad de Sancha la gorda

TERCETOS DE PIES CORTADOS

co Aquí verás la pintura del dios Ba
ba En una mesonara gorda y bo
na Que es un puro bodega en carne huma.
res Descúbrele a Justina sus amo,
tos Su trato, su hacienda y sus secre,
na Justina, en pago, le hace la mamó.

Era dueña deste mesón viuda de dos maridos, o, por mejor decir, de marido y fiador, a cuya causa traía una toca roquetal muy larga, que, en razón de exceder la gravedad de su persona aquel hábito y toca, se puede creer que la mitad de la toca era por el marido y la mitad por el fiador. Parecióme algo coja, y no lo era, sino que las gordas siempre cojean un poco, porque como traen tanta carne en el peso, nunca pueden andar tan en el fiel, que no se desquilate una balanza más que otra, y esta era gorda en tanto extremo, que de cuando en cuando la sacaban el unto para que no se ahogase de puro gorda. No la hubiera conmigo, que yo la enjutara la panza con cortezones duros y secos, que así curé yo una perrilla de una dama que tenía hastío de comer bizcochos. A esta mesonera, mi huésped, la llamaban en León, por mal nombre, Cobana Restosna, de que ella se corría mucho, porque se le pusieron por causa de que cierta noche que se halló bautizada en vino, como sopa, preguntándola un huésped:

-¿Cómo se llama, huésped?

Respondió que Cobana Restosna, y con él se quedó.

La triste quiso decir que se llamaba Juana Redonda, y por decir Juana Redonda, dijo Cobana Restosna. No hay que espantar, que si los moldes, con ser moldes, se yerran, que la lengua se yerre de noche y ascuras y en tiempo cargado y con nieblas en el cerebro, no hay que espantar. Después deste suceso, se mudó nombre y sobrenombre, y se llamó Sancha Gómez. Mas, para memoria del antiguo nombre de Cobana Restosna, le hallarás en la suma del número, en lo sobrado de los pies cortados, que soy como sastrero hacendoso, que hasta los retacitos aprovecho.

La cuitada, para echar el resto de sus pesadumbres, traía un muy grueso cordón, que más parecía bordón según era duro, ñudoso y grueso, y a los dos lados deste gordo cordón una bolsa y llavero de llaves; la bolsa, de la hechura de huevo de avestruz, el llavero tamaño, y con tanto hierro como el incensario de Santiago. ¡Miren si esta carga era para doblegar una mujer que parecía que constaba de sólo carne momia, o que era carne sin hueso, como carne de membrillo! Sin duda era mala visión. Toda ella junta parecía rozo de roble. Era gorda y repolluda. No traía chapines, sino unos zapatos sin corcho, viejos, herrados de ramplón, con unas duras suelas que en piedras hacen señal. Los anillos de sus manos eran verrugas, que parecían botones de coche en cortina encerada. Nariz roma, que parecía al gigante negro. Labios como de brocal de pozo, gruesos y raídos, como con señal de sogas. Los ojos chicos de yema y grandes de clara. Gran escopidora, que si comenzaba a arrancar, arrancaba los sesos desleídos en forma de gargajos. Tenía dos lunares en las dos mejillas, tan grandes, que entendí eran botargas untadas con tinta. Parecía ella, por cierto, en la sodomía del rostro, no muy avisada, aunque para su cuento nada boba y menos descuidada. En casa destapóse, y echarán de ver cuán endiablada cara tenía, pues no bastó mi presencia para aperroquiar el mesón de pisaverdes, que, en fin, como dijo el otro, poco puede un buen despejo donde hay un buen despejo.

Luego que columbró gente la mesonera, vino a recibirnos de paz, aunque antes de hablar disparó una rociada de gargajos, y yo la hice la salva a la gran salvaja. Primero que ella bajó solas seis gradas de la escalera de su casa para dar conmigo y proveer de recado, ya tenía mi mochillero hechado a mi jumenta todo buen recado de paja y cebada. Anduvo agudo el mochacho, porque en un momento columbró que en los pesebres había reliquias y parecióle darlas a besar a mi burra porque ganase las dulgencias. ¡Cosa del diablo!, que en un invisible aparvó el muchacho un gran montón de comida. Solía él decir que un pesebre recién vaciado era la era de Dios, y que allí cogía él más que si sembrara.

Bajó la huéspedada, si a Dios plugo, y me dijo:

-¿Cuánto quiere de cebada, hija?

Yo la respondí que, de nada abajo, cuanto quisiese me diese.

No entendió el jiroglífico, y antes pensó que decía que de medio abajo le diese algo. Iba a echar un cuartillo, que es ración de burra.

Yo la dije:

-Tenga, madre, que mi burra ayuna y viene acebadada.

Con esto soltó el rasero y acudió al harnero a dar paja.

El mochacho, que era agudo y decía sus gracias de en cuando en cuando, la habló a la mano y desde lejos la dijo:

-Madre, tampoco es menester paja, que está la burra empajada.

Acudiendo a que yo había dicho que estaba encebada.

La Sancha estaba atónita, oyendo la nueva jacarandina, y, muy asustada, dijo con mucho pasmo:

-Nunca tal vi ni oí de burra, aunque ha que trato burras más de veinte años.

El barbero echó cebada por sí y por otre, que era tan franco como bobo, y con esto, se fue a comprar sus ventosas, y, yo quedé con mi mesonera, que de ella a una ventosa encarnada había muy poca diferencia.

Llamábase la mesonera Sancha Gómez, y siempre se me iba el silbato a llamarla Sancha la gorda, como a la tripera de Jaén. Luego que vi el talle de la mujer y el ingenio de ramplón, se me ofreció que había de hacerla algún buen tiro, y asesté a este blanco, poniendo en razón la ballesta de la atención, el arco de palabras dobles, el virote de la lisonja y el jostrado de mi perseverante ingenio. Sentéme a sus pies, habléla con mucha humildad y vergüenza y llaméla madre y hermosa, y estuve con ella más amorosa y retozona que gato de monasterio.

Ya yo sé que la discreción tiene tres partes: la primera, olvido de majestades; la segunda, halagos de palabras, y la tercera, inquisición de secretos, a cuya causa el prudentísimo Mercurio tenía por armas el perro retozón, el lobo olvidadizo y la culebra escudriñadora. Y puesta en este aviso, como loba, me olvidé de otras curiosidades y desíños, y aun de mis narices, que, a acordarme que las tenía, no sufriera un olor de la rabia y de la mesonera, que todo es uno; mas hícame cuenta que olía a boca de lobo. Como perrita de falda, la hice mil halagos, y como culebra, la saqué cuantos secretos tenía, y, sin duda, la caí en gracia, que es gran cosa entender el trato como yo lo entendía desde que mi madre me crió, que fue flor de mesoneras.

Con estas mis razones la ataladré los hígados a la buena vieja, y me dijo de pe a pa toda su leyenda, tomando por presupuesto el declararme su sancho nombre en vano y el apellido de los Gómez. Si bien me acuerdo, redujo su linaje a los goznes de un arquetón de un molino, de adonde vino que sus abuelos se llamaban Goznes, sino que se corrompió el nombre, y como cuando ella vino, venía corrompido, la llamaron Gómez. Todo lo hacía por asentar conmigo al odio el nuevo nombre, porque el antiguo de Cobana Restosna no viniese a mi noticia; ¡y era boba!

Yo, al principio, pensé que lo redujera a la tarasca, que en mi tierra la llaman la gomía, que tiene simpatía con el nombre de Gómez, pero no me estuvo mal que se apellidase de los Goznes, para que su arca me diese puerta franca.

Díjome cómo cuando era moza traía una albanega labrada con hilo acaparrosado, con unos majadericos que entonces se usaban, y un rodete hecho de cabellos tranzados sobre alambre. ¡Galana Inés, con trenzas de pábilos y rosario de agavanzas! Mil cosas me dijo de los trajes de su tiempo, que si era como ella lo pintó, andaban las gentes vestidas de monas. No hubo cosa que me abscondiese. A lo menos, si todas las mujeres tuvieran tan buen desportaje, no se quejara el Momo, ni don Alonso, de la fábrica humana, ni retara la falta de no haber puesto Dios vidriera al lado del corazón por donde se vieran sus secretos, aosadas, que la vi el alma. Pues, ¿decir que me abscondió los trances de sus amores en cecina? Todo lo dijo, y allí vi cuán poco deben al amor los discretos, los galanes y las damas, pues aquella había tirado sus

gajes. A esto dice el amor que estos son los encuentros de cuando juega a la pita ciega, mas a otros con eso, que eso fuera si él jamás saliera de ciego.

Mas, ahorrando de cansadazos cuentos e historias que me contó -yendo a lo que hace al caso-, diré una, que fue la que me abrió camino para mis deseos. Teníame ya por tan suya, que quiso repartir conmigo de sus males y descansar de sus peñas, y no lo errara si, como tenía por suyos mis oídos, tuviera también mi lengua. Pero no echó de ver que donde una puerta se cierra, ciento se abren. A este fin, me dijo (no sin algunos sospirones enalbardados con lágrimas) cómo ella había hecho diligencia de juntar algunos huevos para vender a los huéspedes que habían venido a las fiestas, mas que como valieron las truchas baratas, no gastó siquiera uno, de lo que estaba muy apesurada, porque tanto venía a ser la pérdida en los huevos como la ganancia en posadas de huéspedes. De camino, me dijo cómo por temor de traviesos huéspedes estudiantes había escondido los tocinos, miel y manteca.

Vayan conmigo, por caridad, ¿qué alma había de escaparse de inquieta y azorada, sabiendo que estaba donde había tocino, huevos y miel?, ¿qué entendimiento hubiera que no moliera más que un molino?, ¿qué voluntad que no se engolosinara ni qué memoria tan olvidada de su estómago que no le hiciera amistad en semejante trance? Pero vamos con el cuento, y advierte que me precio de llevar una ventaja a las mujeres, y es que otras, comúnmente, trazan para de repente, y soy mujer que trazo a lo gatuno, quiero decir que me estaré un día aguardando lance, como cuando al ojeo de un ratón está un gato tan atento y de reposo, que le podrán captar sin sentir, según está atento a la caza.

Después de todas nuestras conversaciones - como ella se fiaba de mí, me dijo que la alumbrase con un candil a sacar de un bodegón todo lo que había abscondido, según y como más largamente lo habemos referido. Alumbréla. Trasladólo todo a una alacena con la veneración y atención que si fuera cuerpo santo. Cena y todo lo encerró so el poder de una llave que traía asida de un cordón harto manido y jugoso, el cual se echó al cuello por sobre toca y la llave por joyel, con la estima y respecto que si fuera llave del arca del tesoro de Venecia.

Yo no andaba muy sobrada de comida, como ni de dineros, pero nunca hay falta donde traza sobra, en especial en esta ocasión, en la cual con el dedo se adivinara que era muy cierta la merced de Dios -que así se llaman huevos y torreznos con miel-. Fue de gran consideración para mis trazas que no había otra persona en el mesón sino sola yo, porque una criada, y mal criada, a lo que dijo la Sancha, que tenía, se le había ido de casa, y a lo que piadosamente se cree, con un recuero que la trajinó hacia Santander, donde son los buenos besugos y frescos.

Como anduvimos la vieja y yo haciendo San Juan, traspalando mil géneros de baratijas que tenía abscondidas por temor que tenía de que los estudiantes se las hiciesen declinar jurisdicción, quedó muy cansada, y no me espanto, porque yo no la ayudé nada, ni la ayudara aunque la viera echar los bofes a tarazonas; antes me holgaba de verla despeada como puerco en camino de feria. Parecíame que, para lo que había que nos conocíamos, bastaba que la alumbrase con un candil tan trabajoso, que, a puro amecharle, me dolían los dedos. Maldita sea tan mala invención como fue la de los candiles. He oído decir que todos los malhechores tuvieron parte en la invención de los candiles, y que inventó el garabato un gitano, la punta un ladrón, la torcida un judío triste, la crisuela una vieja, y el cazo un tahúr, y el atizador una sodomita, y el fuego trajeron prestado de una aldea del infierno. ¡Miren qué aliño para no me cansar yo en entender con este malhechor!

La pobre Sancha Gómez, con el ansia de acabar su tarea y componer las alhajas de su casa, no cesó hasta que todo lo puso en buena razón y gobierno. Sólo su cuerpo quedó desgobernado

con el desmoderado cansancio de las idas y venidas del bodegón al aposento, y tan molida y quebrantada de piernas y cuadril y caderas, que le fue forzoso, en acabando estas diligencias, irse derecha a la cama, aunque no muy derecha, pues a cada paso se le torcía el cuerpo, de modo que parecía que iba sembrando cuartos de mesonera o que era morcilla al aire. Desnudóse, y como iba sudando, y el desnudar era tan espacioso, resfrióse, y con esto, le sobrevino al cansancio un dolor de panza tal, y con él tan apresurados cursos, que entendí serle más fácil el parir que el parar. Dos mangas de arcabuceros no trajeran más obra e inquietud que ella. Al cabo, se echó. Ya la tuve un adarme de compasión, y quisiera acudir a su consuelo viendo lo que por ella pasaba. Verdad es que, si alguna era mi compasión, mayor era la pasión que yo tenía por mirar en cuál lugar ponía la mesonera el tusón, digo el cordelejo untado, con el pendiente de la llave de la alacena, porque me importaba para mi traza, que no era mala.

Como estaba tan acongojada y decía a voces que se moría, pensé que también se le muriera el cuidado de la llave; mas, si no lo han por enojo, después de desnuda y en camisa, la puso otra vez al cuello en lugar de gargantilla. ¡Miren qué hábito del Carmen! Lo cual, parte, me hizo reír, porque se me acordó del morisco que comulgó para morir, puestas las manos, y tenía entre ellas muy apretada la bolsa, y, en parte, me hizo rabiarse, de ver que mi traza se iba descabalando, que, en fin, entre aves de caza primas y oficialas, en el primer vuelo se adivina el alcance y se ven las ventajas. Mas, con todo eso, volví sobre mí, considerando que no hay castillo roquero ni alcázar pertrechado que deje de rendir su entono y descervigar su presunción, si se ve sitiado de una perseverante estratagema o imaginación constante determinada a morir o vencer.

Acrecentó mi ánimo ver el poco que tenía la vieja. Ello, la diablesa de la Sancha estaba perdida y quejábase de modo que, a no ser mal conocido, yo pensara que hacía cuenta con pago. ¡Plugiera a las ánimas del purgatorio!, que, si así fuera, a fe que habíamos de ser herederos ab intestato Araujo y yo. Pero guardábame la ventura para serlo in solidum de la morisca de Rioseco, según verás en el tercer libro, que ya asoma la caperuza como la sota de bastos.

¿No dicen que el gato hizo un testamento en que mandó a sus descendientes todo lo puesto a mal recado, y por no se hallar presente el gato, entró el ratón ab intestato, con decir que él y el gato se parecían en el color del pellejo, y viniendo el gato a cobrar su testamento, el ratón lo tragó y royó, a cuya causa quedó perpetua disensión entre gatos y ratones? Pues, según eso, bien pudiéramos Araujo y yo ser herederos ab intestato de Sancha por la parencia, puesto que Araujo se le parecía en lo bobo y yo en lo mesonático.

Pero dio en no se morir y yo en que con su candil había de encontrar la merced de Dios con miel por encima, como dijo el bobo.

APROVECHAMIENTO

Débense guardar las viejas sencillas de mozuelas que con halagos conquistan, no tanto su amistad, cuanto su hacienda.

NÚMERO SEGUNDO

De la bizma pegajosa

SEXTILLAS DE PIES CORTADOS

Sáncha Gómez, mesone-
En su mesón recibi-
A la pícara Justi-
Y al mochillero y barbe-
¡Linda trinca, por mi vi-
De mazo, flux y prime-!

Tomaron la posesi-
De la apacible posa-
Y la Sancha los rega-
Mas llevó su mereci-
Que quien hace bien a rui-
Jamás espera otra pa-

La primera que oyó ficciones en el mundo fue la mujer. La primera que chimerizó y fingió haber remedio cierto para muerte cierta fue ella. La primera que buscó aparentes remedios para persuadirse que en un daño claro había remedio infalible, fue mujer. La primera que con dulces palabras hizo a un hombre, de padre amoroso, padrastro tirano, y de madre de vivos, abuela de todos los muertos, fue una mujer. En fin, la primera que falseó el bien y la naturaleza, fue mujer.

Dirás, hermano lector:

-Pues, Justina, ¿adónde apuntan los registros de ese breviario?

Anda, déjame letorcillo, que en haciendo un pinico de predicadora, luego me tiras nabos. ¿Sabes a qué voy? A que nadie se espante si nos viere a las mujeres fingidoras, disimuladas, recetistas, bizmadoras, saludadoras, y todo sobre falso, que todo es heredado, y más que yo me callo. Y también voy a contarte lo siguiente.

Ofrecióseme decir a Sancha, la mesonera que te he referido, que aquel hombre que venía conmigo, a quien ella había visto apear, era el médico de mi lugar, y que era muy inteligente y cursado en semejantes necesidades, y, pardiez, arrojéme a esto porque me hice cuenta que lo que allí había que curar, entre él y yo lo podíamos recetar, y dar una higa al médico y dos a la bolsa de Sancha y tres a la alacena y mil a otras cosillas y adherentes necesarios. A este fin, despaché a mi mochillero para que diese priesa a Bertol Araujo, y que acabase de negociar en la plaza de la Regla y viniese, porque importaba.

Salió el mochacho tocando con la boca la trompetilla como posta real, que era este su ordinario caminar, mas cuando el mochacho salía del lumbral del mesón, ya Araujo venía cargado de ventosas y aun de penas, a causa de que, por haberse parado a ver una mona, se le había caído una ventosa en el duro suelo y, temiendo la estrecha cuenta que della había de dar a su mujer en Mansilla, a quien temía como al fuego, comenzó a llorar de modo que las lágrimas hacían correa como si llorara arroje. Ello no me espanto que el hombre temiera aquella mujer, porque solía ella decirle al Bertol:

-¡Hola Araujo! No me hinchas las narices, que por esta señal que Dios aquí me puso (y era un lunar), y por aquella luz que salió por boca del ángele, y por el pan, que es cara de Dios, que esa tu cara te sarje.

¡Miren quién no la temiera!

Esto alegaba él, y añadía:

-Señora Justina, ¿ella no sabe que en toda Mansilla no la saben otro nombre sino muerte supitaña? Pues, ¿con qué ojos quiere que vaya yo a verla enojada? ¡Querría más ver cien diablos!

Yo le consolé y dije:

-Por cierto, que me parece que ese su mal tiene tan fácil remedio como el hastío de la mula enfrenada del vizcaíno y el estar la roseta del sombrero adelante, que lo uno se curó con quitar el freno a la bestia y lo otro con volver barras al sombrero. No diga él que compró más de siete ventosas, y si pidiera cuenta del dinero, dígame que lo gastó en cebada, que hombres como él es forzoso gastar mucha cebada por estos caminos.

Con esto quedó más sosegado que el cornudo, a quien, llevando a degollar a su mujer porque había parido de solos cuatro meses y medio, le dijo uno:

-Hermano, cuatro meses y medio de día y cuatro meses y medio de noche son nueve meses, y así vuestra mujer es nuevemestal.

Con lo cual dejó el cuchillo, diciendo:

-El diablo me lleve si te mato.

Tras esto, le dije en cifra la burla que tenía pensado hacer a nuestra huéspedada, mas hablarle en cifra era hablarle en arábigo; fueme forzoso llegarme más hacia él y decirle, pan por pan, lo siguiente:

-Amigo, yo he dicho a esta mesonera que sois médico de nuestro pueblo. Tomalda el pulso y salíos luego conmigo afuera, que yo os diré lo que habéis de hacer y lo que nos puede valer la trama si se teje.

Ya yo le tenía acreditado con la mesonera y díchole, a lo menos mentídole, dos o tres curas milagrosas que había hecho en mi pueblo, y que nunca hombre que él curase se murió. Todo verdad lisa, que eso de verdad siempre me precié della.

Hizo lo que le dije, que era puro para rocín de tahona, según era de bien mandado. Sólo lo que él exceptuaba en todos los mandamientos era que no le estorbase el llevar con cabezadas los compases a quien le hablaba, y que no le mandasen hablar, porque para semejantes ocasiones nunca tenía palabras hechas.

Entró, pues, a la cama de la huéspedada, de la cual a una pocilga no había diferencia. Sentóse el médico, graduado en mi escuela; tomóla el pulso, el cual, con la inquietud, andaba tan recio como mazo de batán. Advertíle, por señas, que la hiciese sacar la lengua y la tentase estómago, hígado y espaldas, haciéndola volver y revolver barras por momentos. No hago caso de decirte cómo nos hizo ver visiones. Sólo digo que en estas tentativas se le aumentó el resfriado y, con él, las quejas y deseos que la curásemos.

Hechas estas diligencias, nos salimos afuera yo y el hermano médico a consultar el mal y la cura; y a fe que he oído yo consultas de buenos médicos que en graves enfermedades iban con

menos tiento que yo en esta ocasión. Resultó de la consulta que por mi orden, en un tono bajo y grave, definió una receta vocal por el orden que yo se lo iba diciendo, que si alguien lo oyera, más aún pensara que era pregonar que recetar, pues iba diciendo conmigo, y acabóse el razonamiento con decir:

-Y no falte nada de lo que dijo y ordeno.

Yo le respondí:

-Amén.

Porque parecía mesa de órdenes, según iba de grave y repetido.

Con esto me entré adentro a intimar a Sancha más distintamente lo que con un confuso sonido había oído al doctor Bertol.

Díjela:

-Madre, dice el doctor Araujo que a v. m. se le ha de hacer una bizma estomaticona, y ha de llevar los requisitos siguientes: tomarás de lo gordo del tocino que está más metido y entrañado en lo magro de un pernil añejo, sin rancido ni corrupción; derretirlo has y, con ello algo caliente, fregarás las sobretipas, que por otro nombre se llama barriga o espalda delantera, y juntamente las mejillas dentonas y molares del rostro, porque no acuda el mal a perlesía, después desto, la fregarás el cuerpo con pan rallado; hecho esto, harás una estopada con doce o catorce claras de huevos, no muy frescos, sin que se mezcle yema ninguna, sobre esto, harás una sufusión de miel en buena cantidad, & fiat mixtio; encerótenla y arrópenla. No entenderá todo esto, madre, pero lo principal y los materiales ya lo habrá entendido. Yo me ofrezco a ponerla las manos, y agradézcamelo, que con mi propia madre no hiciera esto. Manda también el doctor que, después de echada esta bizma, se esté queda y cubierta de ropa cuerpo y cara por espacio de hora y media, que con esto será su remedio cierto. ¿Qué me dice? ¿No me agradece la diligencia? Pues a fe que si no entendiera della que es liberal y dadivosa y que en otra cosa me lo podrá pagar, no me ofreciera a tanto.

Ella -que estuvo atenta a la receta y tan medrosa de que no se le ordenase cosa que costase dinero, como yo astuta en echar el cartabón de las puertas adentro-, acabado que la oyó, dijo:

-¡Oh, bendito sea Dios!, que no he menester enviar fuera por cosa ninguna de las que ha recetado el señor doctor, que todo eso tengo yo de mi puerta adentro. Y vos, hija, no perderéis de mí la paga. Tomá, hija, esta llave, con ella podréis sacar pan, huevos, estopa, tocino y miel. Cerrad la puerta de la calle, no entre nadie (treta vieja para decir que no le cogiésemos nada. Mas, ¿con quién las había?).

Yo la dije:

-No la hurtará hombre un pelo ni se disporrá de nada si no es como lo manda la receta.

Fue necesario hacer lumbre, y como las mujeres somos soplonas de oficio y no había otra por el presente, cúpome a mí la tanda, mas por salir deste trabajo y por no rogar nada a soplos, supliqué al aceite de una alcuza que atizase por mi intención. Remojé con ella los maderos verdes, hice una lumbre real, saqué la yema a un pernil de tocino, freíla con una docena de huevos. Rechinaba el oficio, y la mesonera, muy contenta, pensando que estábamos muy ocupados en hacerle su socrocio.

Sacamos de pañales lo frito, pusámoslo a enfriar. Mientras tanto, eché en una escodilla el pringue de lo gordo del tocino, lo cual, con unas claras de huevos, llevé para curar a Sancha. Con esto la unté la barriga, y quedó tal que parecía cordobán vaqueteado; con lo que sobró, le floté los hocicos, de modo que parecía vendimiadora golosa. Tras esto, le calafeteé todo el cuerpo con mucha de la clara de huevo y miel, con que quedó tan clarificada como pegada. Tras esto, la revolví las estopas al cuerpo, y quedó de suerte que, en ser redonda y con pelos, parecía vellón en jugo, y en lo apretativo de las estopas y claras, parecía cuba breada. Cubríla cuerpo y rostro y arropéla. Como todo su mal era cansancio y frío, con ropa y calor descansó.

Dejé a mi Sancha cubierta como perol de arroz, sudando más que gato de algalia, tan cubiertos sus ojos y sentidos, cuan atentos los míos por ir a despachar lo frito.

Cenamos, y no digo más, porque sabiendo la cena y la gana, estáse dicho el cuento. Ya que vimos a la cena el fondo y bebido de la bota de cuero de Araujo, remordióme la conciencia, y fui a destapar el perol de Sancha. Halléla medio loca de contento, dándome por lo hecho más gracias que si yo fuera el mismo benedicamus domino en persona. Parlaba tanto y prometía tanto, que temí no se resolviesen sus promesas en palabras y las palabras en aire, que es su fin y su principio.

Ya me enfadaba, y díjela:

-Madre, acabe de dar gracias tan repicadas en canto de órgano; déjelas para el Gloria in excelsis.

Ofrecióme si quería quedarme en su casa, dándome a entender que no estaba fuera de hacerme heredera de su hacienda. Yo repudié la herencia, y repudiara mil a trueco de no quedar en la pocilga de tan gran cochina, porque temí que, a pocos días que allí estuviera, me convirtiera en chinche como la doncella Onocrotala, la cual, por ser tan puerca, fingieron los poetas haberse convertido de mujer en chinche, y que desde entonces este animal, por lo que tiene de mujer, busca de noche compañía y, por volver por su honra, busca ropa limpia, porque piensen que lo es ella. Así que herencia de a pie quedo yo la repudié. Verdad es que si yo me quedara en su casa, a pocos sorbos como estos yo la pusiera a ella y a su hacienda tan en delgado, que ni tuviera para qué sacarse el unto ni para qué gastar un comino para dar al escribano por la nota del testamento o codicilo.

Bien sé yo que si le preguntaran a Móstoles qué le parecía de la burla, bizma y receta, dijera mal della, por cuanto no se recetó vino para la cura, pero no creo yo del clementísimo Móstoles que, si me oyera mi razón y viera que no era justo hacer receta dudosas con que se pusiera la burla a peligro de dar en vago, dejara de darme por excusada. ¿No es claro que si yo recetara vino, corría peligro el querer sacar dinero y, tras eso, se había de dar cuenta a vecino? Sí. Pues, ¿qué burla puede medrar donde el secreto se extiende más de a dos? Antes, por esta misma razón, enviamos a pasear el mochacho mientras anduvimos de botica, cuanto y más que todo tenía remedio, ni aun yo le di malo, y es el siguiente:

Yo le dije al barbero:

-Señor licenciado, no es justo que la vieja deje de pagar la bota, pues lo bebido fue por su intención. A la verdad, si yo quisiese de bueno a bueno sacar a la huéspedea para vino, bien creo yo sería el lance cierto, pero lo uno, por reservarme para cosas mayores, y lo otro, porque lo hurtado es más sabroso (y aun de más estima, porque va por obra de entendimiento y traza), quiero que con maña saquemos a Sancha dinero con que remojar la obra, que anda muy seca, como dicen los oficiales cuando echan la buena barba.

¿Qué hago? Dígola:

-Madre, ahora sólo resta, para que el mal no acuda a perlesía, que se le echen dos ventosas en los dos carrillos.

No hube bien dicho esto, cuando el Bertol, que estaba encarnizado en curar la vieja, desenvainó las dos ventosas; pero antes que se las echase, de común consentimiento, la hicimos muchas mamonas, con achaque de que era necesario hacer llamamiento de humores a las mejillas para que la ventosa los desbombase. Ya que tuvimos gastados los dedos de hacer mamonas, y las reideras de celebrarlas, echámosle las dos ventosas, las cuales encarnaron y tiraron de manera que la boca se reía renegando, los ojos parecían deciplinados y los oídos como de liebre.

Con esto, excedía la Sancha a los consejos de Catón, pues no sólo callaba como él manda en la cartilla, pero ni vía, ni oía, ni aun podía. Con todo eso, la cubrí la cara con la sábana, porque de lo que no se ve no se da testimonio, y con dos deditos eché mano a la bolsa de Judas que tenía colgada a la cabecera como si fuera diciplina, y saqué a discreción cuartos, los que bastaron para lamprear los torreznos en la sartén de mi estómago. Ya diome conciencia de tenerla tanto en el potro, y cuando la destapé, estaban tan bien medradas las ventosas, que no se le vía la cara. Parecía acémila de grande, con armas de bronce en la cara.

También, para quitar escrúpulos, le dije al licenciado que si algo fuese de más a más, lo tomase por el trabajo.

Muchas veces me he acusado de esta gatada que hice a Sancha, y estoy bien en que me culpen, pero no tanto como me culpó una vez un sotateólogo, que me dijo en una venta y sobremesa -sabe Dios con qué intención- que él sustentaría que el mayor pecado del mundo era retozar con la bolsa, y que esto defendería en pública disputa.

¡Hideputa traidor! Sin duda lo dijo por concluir que era menor pecado el retozar con las gentes que con la bolsa. Nunca argüí tanto como con aqueste cabrahigo de teología. Oye lo que le dije, que aunque es necedad meterse las hembras a tontólogas, con todo eso, sé que te holgarás de verme metida a teóloga.

Díjele:

-Señor talego, digo teólogo, no niego que burlas con la bolsa traen consigo carga de restitución. Bien sé que es gran pecado, pero no hay por qué hacer albórbolas, sabiendo que una gran necesidad, aunque no todas veces excusa del todo, pero siempre excusa en parte, que aun los sabios, para pintar la excusa, la pintaron muy flaca, hurtando un asador con carne asada, donde dieron a entender que no hay pecado más excusable que aquel que procede de la necesidad de comida y sustento.

Estuvo tan necio, que se puso a disputar conmigo, como si yo fuera la misma universidad de Bolonia, y arrojaba teologías de dos en dos, como pernadas de mulo, que no había quien asiese una. Si alguna dijo que se le pudiese apuñar, fue que mirase que por gula se perdió el mundo.

Yo, pardiez, como vi que la teología me había venido a las manos, díjele:

-Ahí verá que este pecado de la gula no es tan desesperado, pues aunque fue principio de nuestros primeros males, también fue ocasión de nuestros postrímeros bienes.

¡Tomaos con Justina! ¡Si se ha emboscado en por el paraíso terrenal! ¿Qué pensaban? Concluí la disputa con darle un corregimiento hermanal, diciendo:

-Hermanito, ya que es sembrador, no me siembre de espinas el camino del cielo; distinga entre el ser gulosa y pecar contra el Espíritu Santo. No quiero decir que no es mal hecho, que cristiana soy y bien se me entiende que comer a costa ajena no está en ninguna de las siete obras de misericordia, sino, cuando mucho, estará a las espaldas de los cinco sentidos corporales, juntico a los tres enemigos del alma, sino que es malo y remalo, pero no nos quiera decir que todos los pecados son de una marca.

Ya me iba enojando contra los espantadizos, mas yo les perdono con que rueguen a Dios me dé con qué restituir estas y otras burlas, porque no piense alguno que me ha de acontecer lo que fingieron haber acontecido a Eutropolo, que era gran burlón -conforme al nombre-, y, porque pagase culpas, le convirtieron en mona, a la cual los muchachos hicieron muchas burlas hasta tanto que lastó sus maleficios en el mismo género de sus ofensas.

Ello no es posible este metamorfosis. Mas cuando mis culpas lo hicieran posible, sólo me consolara con que hay ya en el mundo tantas monas de medio mogate, que si yo lo fuera, fuera, entre tantas monas, monarcha.

APROVECHAMIENTO

Permite Dios, por justo juicio suyo, que quien gana hacienda con engaño, sea engañada de otros en honra, salud y hacienda, porque pague en la misma moneda sus delitos.

CAPÍTULO TERCERO

DEL BOBO ATREVIDO

LIRAS SEMINIMAS

Es muy recio
El tiro del dios rapaz,
Y más necio
Quien sustenta paz
Con él, que al mejor tiempo echa el agraz.

¿Quién pensara
Que el rey de la afición
Intentara
Tirar a un bobarrón
Flecha, saeta y dardo al corazón?

Mas sin pensar
Le hizo tal herida,
Que a perseverar
Justina dormida,
Hubiera de caer de recudida.

Sentíme muy cansada y, para remediar mi mal, determiné echar la comida, quiero decir echarme yo y la comida sobre la cama, que eso llamo yo echar la comida.

Quiero confesar una verdad, aunque no la doy de diezmo, que según son pocas entre año, más gana conmigo el alcablero de las mentiras, que el dezmero de las verdades. Es, pues, la verdad ciclana que, si el barbero Araujo fuera de otro humor, sin género de duda afirmo que no me atreviera a dormir sola en el mesón tan junto a él, que el hombre solo y con mujer fue simbolizado en un nogal junto a la hortaliza, la cual con su sombra se enflaquece y, con sus nueces se deshace. Mas como era un cuitado, parecióme que no se le entendía cosa de provecho y que cuando tuviera algunas trazas, fueran enfermas, que no pasaran del quinto, aunque de el quinto al sexto no hay más que un tabique en medio. Con esto, me acosté tan segura de que él cantara el ala miré, como de que podía yo dormir de re mi fasolá. Pero no hay que fiar en esta materia de hombre nacido, que antes las personas más arrocinadas son más tocadas de este muermo.

Por esta causa fingieron poetas que animales como son cisne, águila, cigüeña, pato, íbice, elefante y centauro han acometido diosas celestiales. Dijo bien un filósofo de entre cuero y carne, que la pasión de procrear es muy divina y muy humana, muy alta y muy bajaza; por la parte que tira al bien común, es tan divina que pretende que las bestias puedan arribar a las nubes, y por la parte que es tan terrena, pretende deprimir las nubes. Como esta es cosa que no consiste en perfiles de razones, ni en bemoles de palabras, ni en curiosos ardidés o estratagemas, por mi fe, que estos asnos presumen de que para el caso hacen al caso mejor que los discretos. Verdad es que se explican mal, pero Dios nos libre de burros en descampado, que como no saben de freno ni le tienen, con todo atropellan.

Así que estando yo dormiendo a sueño suelto, pasada ya la media noche y digerida la mona, me cantó el gallo muy cerca y despertóme, y a no tener pepita, me fuera mal con él. Fue el caso que el señor doctor Bertol quería hacer otra cura en casa, y no a la huéspededa. Echen la buena barba y vean a quien cabía el miedo. Yo debo de ser. Triste de mí, si no supiera conjurar fantasmas de entre once y mona.

Yo que le sentí el humor y adiviné de qué pie cojeaba el muy licenciado, díjele muy de prisa:

-Señor Araujo. ¡Ce, ce! ¿No oye? Escuche, escuche, ¿No sabe? Estése quedo, no haga ruido. ¿Oyeme? Oya.

Él, con esto, detúvose, y aun creo, si fuera mujer, se le rayara la leche, según tomó el espanto, a lo que él después me confesó.

-Señor Araujo dije, sepa que después que se acostó han venido un montón de huéspedes, y yo, por la lástima que he tenido desta pobre mesonera y porque no pierda la ganancia, los he hecho las camas y acomodádoselos a todos. Ahí, junto a su cama, está uno, y dice que es muy pariente mío, y me da muy buenas señas de que conoció a mi padre y a mi madre. Por su vida le ruego dos cosas: la una, que si le preguntaren si es mi pariente, diga que sí, porque tiene traza este hombre de matarme si sabe que estoy aquí con él sin ser mi pariente, y parece un Roldán. Lo segundo, le ruego que pise paso, porque no los despierte, que vienen cansados y molidos de la romería. Si se ha levantado a buscar jarrillo de orinar, hacia acá no hay maldito sea aquél por ahora; yo le vi anoche debajo de su cama, hacia los pies; búsquelo bien, que ahí lo hallará o, si no, váyase al hospital de las cien doncellas (el hospital de las cien doncellas llamaba él el corral, por las tejas que en él destilan agua, y habléle en su lenguaje).

Añadí:

-Tórnese a la cama y duerma un poco, que ya casi será tiempo que tomemos las del martillado.

Con esto, amainó. ¿Has oído mi traza? ¿No has atendido cómo en ella acudí a todo? ¿Qué portillo dejé por cerrar? ¿Qué razón sobró ni faltó? Y después dirás que las mujeres somos indiscretas e incapaces, y que por eso no nos dan estudio. Engáñanse, y crean que si nos niegan el estudio, es porque de antemano sabe más una mujer en la cama que un estudiante en la universidad deshojándose. Es nuestra ciencia natural, y por tanto las ciencias de acarreo son de sobra. No conviene que a las mujeres nos ocupen en estudios que duren de media hora arriba, porque si tal nos ocuparan, se acabarían todas las buenas trazas repentinas. Los hombres trazan de tarde en tarde y con tinta y pluma, nosotras en el aire, y por eso, para que se conserven las ciencias repentinas, no es justo nos ocupen en las de asientos. ¿Qué predicador ni qué Apolo pudiera con más presteza remediar un peligro como el que yo remedí con solas cuatro palabras? Acaba, pues, de creer que hay sophías, y que son mujeres.

El bueno del doctor fantasma, como me oyó decir que había en el mesón gente, y pariente mío arrollanado, no sólo no me habló, pero comenzó a temblar y a mover el aposento a puro temblor, tanto que pensé quedara como otro Caín, conocido por malhechor; pero no era su culpa tanta, pues no hubo sangre.

Solíame decir mi madre

-Hija, tú fueras buena para falso testimonio, porque te levantas tarde.

Pero en esta ocasión, como sentí la mosca, avivé, levantéme y vestíme, y aun si hallara una cota, me la atacara; y no contenta con esto, me fui junto a la cama de la mesonera, con achaque de que iba a saber de su salud; mas la verdad era que me pareció a mí que junto a ella no podía correr peligro mujer ninguna, que así como a la oropéndola ninguna vez la conoce el macho en el nido porque le tiene sucísimo, así junto a tan sucio nido no me parecía a mí que corría peligro mi honestidad. Ello, pardiez, que si allí viniera, que lo había de pagar la vieja, porque a repelones la había de sacar la bisma de claras de huevos y flotar con ello la cara a Bertol.

Levantóse por la mañana Araujo, y como me vio vestida y en talanquera junto a Sancha, el mesón sin gente, toda la casa yerma, que parecía cosa de encantamiento o aventura de Galiana, echó de ver su necedad y mi discreción, y, de espanto, comenzó a dar manotadas en seco; parecía gato que está a caza de pardales en punta de canal de tejado y, al querer hacer la presa, da una gatada en el suelo por causa de querer echar al aire las dos manos en que estribaba. Este no tenía de donde caer alto, porque siempre andaba a burra, sin peligro de poder caer della; mas lo que es dar manotadillas en seco como gato burlado, dábales que era un contento. Corrióse de ver que le habían entendido la treta, y defendido el saco, y tanto de corrido y avergonzado, voló sin decir siquiera a Dios que me mudo, y ya disimulara con que no me dijera a mí quedad con Dios, pues estaba excusado de ofrecerme salud de Dios quien me había intentado enfermedad del diablo. Pero el no pagar la posada con un decir, señora huésped, mire que vuelvo barras, fue recio caso.

Para remate de sus desdichas y principio de sus temores, se le olvidaron en la cabecera de la cama de la mesonera cuatro ventosas y una venda de sirgo que él decía que le había mandado su mujer comprar para sangrar las damas, y entre ellas a un muy melindroso capón de mi pueblo que se sangraba muchas veces del tobillo, y, a pesar del diablo, que le habían de poner

una venda de sirgo. A este llamaba un sobrino mío mamá, taita, por verle sin barbas. Pérdida fue ésta por la cual fue ásperamente reprendido Bertol Araujo de su mujer, a quien llamamos muerte supitaña. ¿Qué diré?, hasta los tiros de la espada dejó olvidados. Negro tiro fue el suyo, que tan mal salió. Pienso yo que los vientos no llevaban más ligereza que aquella con que la vergüenza le sacó de la posada. Aquí verán que tuvieron razón los que pintaron a la vergüenza con alas, pues el vergonzoso, cuando huye, vuela; y por eso dijo el refrán: «el toro y el vergonzoso poco paran en el coso».

Aunque sea anticipar cuentos, es muy donoso el que me aconteció con Araujo en Mansilla. No había darle un alcance, que la vergüenza de no se haber careado conmigo le hacía no carearse ahora a las derechas. Ya, una vez, no pudo dejar de verme en mi casa, porque le hice llamar para sangrar a un huésped que estaba en ella, de quien él sabía que tenía tan buena sangre en la bolsa como en las venas. Vino, y no le quise hablar hasta que hiciese la sangría, por no le alterar la mano con el miedo, como el emperador, cuando para sosegar un barbero medroso de ver a su majestad, le tomó de la mano.

Ya que acabó, hice en contradiza con él y díjele:

-Señor Araujo, esta es buena hora para sangrar, pero en horas desacomodadas avísole, como amigo, que no use oficios que no son para hacer a tientas Y dígame, mameluco, ¿cómo se ha atrevido a venir a mi casa, que nacen en ella Roldanes de la noche a la mañana, que son espantavillanos?

Estas y otras mil gracias le dije buenas, pero a hablar con un discreto. Pero decir semejantes gracias a tontos, es como quien prueba corneta donde no hay eco. Con todo eso, si alguna vez estuvo menos necio, fue entonces, que me dijo:

-Señora Justina, ¿qué se le antojó decir que había tanta gente en el mesón del país de marras? ¿A media noche ve visiones?

Yo le dije:

-¡Ay, el mi buen Bertol, buen Bertol! ¡Y aun por no ver yo una, dije que vía tantas! Diga, bambarria, ¿al maestro cuchillada? ¿Con mesonera burlona quiere burlas en mesón? ¿No sabe que yo en un mesón estoy como Aantheón sobre su madre la tierra, que nadie le podía hacer mal ni de veras ni de burlas, y él a todos sí? Pues aprenda y, para semejantes trances, busque aprendizas, que yo he comido muchas guindas y tirado muchos huesos, y descalabro con ellos.

APROVECHAMIENTO

No hay hombre que, estando con mujer a solas, comúnmente sea seguro en caso de sensualidad, y aunque más ignorante sea. Antes deben ser reprendidas las que con decir fulano es un ignorante, excusan su flaqueza y falta de recato, siendo ésta razón que antes acusa que excusa, pues la ignorancia es la que carece de freno y suelta las riendas en semejantes casos.

CAPÍTULO CUARTO

DE LA PARTIDA DE LEÓN

NÚMERO PRIMERO

De la despedida de Sancha

SONETO

Justina se despide y pide a Sancha
La paga de la bizma y medicina,
Y porque dé de sí, la muy mezquina,
La aprieta con sus brazos, aunque es ancha,

Y como la lisonja siempre ensancha,
Dio de sí, y dio truchas, miel, cecina.
¡Oh, omnipotentísima lisonja,
Cuánto vales, cuánto puedes, cuánto enseñas,

Y más si te encastillas en mujeres!
Allí del bien ajeno eres esponja,
De allí vences durezas, rompes peñas,
Lo que quieres puedes y puedes lo que quieres.

Es uso en la ciudad de León -a lo menos entonces éralo, ahora no sé si se ha quitado con los diez días -digo que era uso que a las cuatro de la mañana el abogador de una cofradía en voz muy alta, iba por todas las esquinas de las plazas diciendo a voces:

-Encomendaréis a Dios las ánimas de Fulano Pillitero y de Fulana Pilletera.

Y por aquí iba echando una letanía de gente del otro mundo. Y como yo aquella noche había estado tan despierta que había contado todos los relojes, y estuve atenta al pasar este pregonero eclesiástico, espantóme y duróme el periquillo hasta que la Sancha me refirió la corónica de la cofradía y no con poca devoción.

Después acá me ha parecido que sería bien mandar quitar aquel uso, que quien oyere aquello a tal hora, pensará que o es cofradía de trasgos o zorra de morrazos.

En esta sazón me acabé de vestir y fui a dar los buenos días a mi burra, y qué tales los tenía ella con estos bodorrios. Volví arriba a tomar la bendición de la gran Trapisonda de mi huéspeda, y preguntóme que qué hacía el licenciado que no la vía.

Yo le dije que había partido muy deprisa aquella mañana y que las causas de irse así habían sido muy urgentes, lo uno, porque a lo que yo creía, tenía mucho que curar en Mansilla, y lo otro, porque él había allí en León ordenado una sangría a una persona en sana salud, la cual no sucedió bien, y por temor de que no le denunciasen, se había partido. Verdad es -añadí luego- que él no tuvo la culpa, porque la misma persona que el quería sangrar le dio ocasión, y antes me espanto cómo no la desangró, según ella anduvo descuidada y dormida.

-Así lo creo yo (dijo Sancha Gómez), que no tendría la culpa el señor doctor, que se le echa a él muy bien de ver que es muy cuerdo y atinado, y por mí lo veo, que nunca hombre tanto bien me hizo, ni médico me curó tan diestramente, y cuando más señales no hubiera en él para ver cuán honrado, cuán discreto, cuán cuerdo y cuán bendito es, basta a ver las pocas palabras que habló.

Por tu vida, oyente mío, que aunque te parezca fuera de propósito, me escuches y juzgues si tengo yo razón en una cosa que te diré. Sabrás que no hay cosa que más ofenda y dé en rostro que oír y ver que algunos, y aun muchos, alaban y engrandecen a algunas personas bobas de ejecutoria, sin otro fundamento, principio, ni razón más que decir: Fulano es discreto, es santo, sabido. ¿Por qué? Porque no habla, porque no dice gracias, porque no se burla. Y hoy día hallarás en las repúblicas y comunidades que unos necios desconversables, impolíticos, groseros hacen favor a algunos personajes por decir que no hablan.

¡Aquí de Dios y válgalo el diablo!, como decía el bobo. Si estos no saben hablar, ¿qué mucho que no hablen? ¿Qué universidad jamás graduó de doctor en callar? ¿Qué virtud puede haber donde hay fuerza? Luego si estos callan por no poder y no saber hablar, ¿por qué han de dar nombre de virtud a lo que ellos mismos quisieran excusar?

Dirá la otra vieja roñosa:

-Hija, ¿no ves el seso de Fulanita, que ni ríe, ni burla, ni dice gracias, ni donaires, ni es chocarrera?

Diré yo:

-Pues, ¡vieja maldita!, ¿hay cosa más fácil que dejar de hacer lo imposible? Pues ¿por qué alabas en aquella lo que le es forzoso? ¿Qué donaires quieres que diga quien, si se echa al aire, no tiene alas con que volar? ¿Qué gracias quieres que diga quien por naturaleza salió en desgracia con las tres hermanas que son las madres de las gracias? ¿Qué burlas quieres que haga quien no sabe qué son veras ni qué son burlas?

Lo que yo entiendo es que como algunas veces hay tontos mudos en buenos oficios, acreditan otros tales por calificar su patrimonio y aperdigarlos para que sus oficios se hereden en personas tales, y lo que peor es, que discretos habladores favorecen a veces tontos mudos, parte porque los han menester para campear junto a ellos como rosa entre espinas, parte porque presumen que los tales, como no hablan, no hablarán sus males, y de éstos se fían por ver que tienen el secreto en el pecho, y yérranlo, que antes estos tontos medio mudos, como no saben hablar en canto de órgano, una vez que abren la boca es para decir en canto llano las verdades que saben, tope a quien topare. En fin, que tienen en el pecho secreto y en la boca secreta.

No alabo el hablar mucho, que bien sé que es gran mal; bien sé que es resolver el alma en aire y dar la llave del castillo al enemigo (Dios nos libre y nos guarde), y que contiene otros mil males que la lengua los calla por no escupirse a los ojos; mas lo que vitupero es que se tenga por grandeza y blasón decir que uno no hace lo que no sabe y que sepa callar quien no sabe hablar. Si el que no habla es porque no conviene, santo y bendito; ese tal es digno del lauro de un Hipócrates y Agenore; pero que ese se dé a un callón de por fuerza, es necedad, y por tal la declaro por estos mis escritos.

Bien está, tornemos a poner los bolos y vaya de juego, que no quiero predicar porque no me digan que me vuelvo pícara a lo divino y que me paso de la taberna a la iglesia. Sólo dije esto a propósito de la mesonera que alababa al doctor Bertolo, no sólo de gran médico, pero de hombre de pro, porque hablaba poco. ¡Concértame esas medidas! ¿Qué tiene que ver hablar poco con ser buen médico?, como si el ser médico consistiera en abogar en el tribunal de las parcas para que de hilanderas se tornaran en ser cocheras, para traspalar gentes de muerte a vida. Veán aquí lo que yo digo:

-Esta Sancha, como era una jumenta, cuadróle aquel asno mudo.

-Pues, dime, vieja de Bercegüey, si todo el mundo fuera mudo, ¿quién te relatara la bizma que te sanó?

Sino que ya es refrán viejo, «lo que ignoran baldonan».

Una cosa dijo Sancha con la cual yo estuve muy bien, porque la estuve aguardando el envite al embocadero.

-Pésame (dijo Sancha) que se haya ido el señor doctor sin decirme nada, que quisiera yo darle un muy buen regalo por el trabajo.

Ya yo sabía que la ausencia aumenta los regalos de boca y apoca los de obra, que por eso pintan a la ausencia con la lengua de fuera y las manos cortadas, y porque esto no tuviese lugar, determiné hacer conforme al antiguo refrán que dice: «Cuando te ofrecieron la cochinilla», etc., y en cumplimiento dél, la dije:

-¡Ay, señora! Si v. m. tiene afición al doctor, mi primo (que mi primo es), y tiene gusto de obligarle, no lo pierda por estar ausente, que yo se lo llevaré, que aunque sea una trucha o cosa fresca llegará muy buena a Mansilla, pues me parto ya y he de caminar con la fresca de la mañana.

A ella, creo, le pesó de haber regoldado la oferta del regalo, mas como la había hecho con tanto ahínco y yo fortalecídola con mayor y tomado los puertos a todos los peros que podían estorbar su intento, no tuvo lugar de tornar la habla al cuerpo.

Replicó:

-Pues, hija, ¿qué os parece a vos que se le podría enviar que le estuviese bien?

A mí bien se me ofreció decirla:

-Pues, madre, ¿ese es el buen regalo que teníades aparejado? Mal aliño tiene de dar regalo quien no tenía determinado nada.

Pero no me pareció ir en esa letura; antes, para alejandrarla, así del ordinario bordón de lisonjeros, diciendo:

-Madre, en casa llena presto se guisa la cena. Tiene la casa tan proveída de regalos, que el menor se puede dar al príncipe y a la princepa, cuanto y más al doctor, mi primo. Mas, pues lo pone en mi albedrío, paréceme que aquel jarrillo de miel que tiene en la alacena será allá muy estimado, y yo me amañaré bien a llevarlo si va así lleno como ahora está, porque si se vacía algo, batucarse ha todo y perderá la miel su fuerza, y por mucha cuenta que se tenga, se caerá y verterá toda.

Fue razón concluyente, y allá, a tragantones y con hartas contenencias, me la dio.

Paréceme que si la Sancha cupiera dentro del pipotillo de la miel, se me metiera en ella, según se le fueron los ojos tras él al punto que me hizo la entrega, y no hacía sino destaparle y mirarle como si me pidiera que la diera testimonio jurídico de algún cuerpo muerto que me

depositara allí. Harta gana tuvo ella pedirme que la dejase mermar algo de la miel, pero, para si esto me dijera, ya yo había reparado el golpe con lo del batuquerio y derramamiento.

Tras esto, metí yo mi coleta también, y dije:

-¡Ah, señora! ¡Para mi primo se hizo la tierra de promisión, que manaba leche y miel, y para mí no darán agua las piedras! Pues a fe que, si no fuera yo nacida, que v. m. fuera muerta, y con los muchos no apedree yo las viñas. Si yo comiera miel, no se me diera nada, que de este regalo partiéramos yo y mi primo, mas soy muy poquito gulosa de cosas dulces. ¡Ea, reina, siquiera porque me acuerde della en mis pobres oraciones!

Quiso Dios que oyó las mías la vieja, y me dio un pedazo de cecina que tenía debajo del almohada, no tan frío como puerco, y una gargantilla de abalorio, un rosario melonado, bien labrado, de azabache tan fino como yo, y (lo que más es) me dio la llave para que yo sacase estas galas de una arca donde tenía este flete, en un escaparate hecho de ochos y nueves. Yo, por pagarle la confianza que de mí hizo, le cogí un espejo del arca; merced fue que le hice para que no viese su maldita cara y se ahorcase como arpía; mas no haría, que yo la vi tocar en los cristales de una herrada de agua, y no desesperó ni se ahogó.

De gasto de cebada y costa de posada no hubo memoria, que cuando corre la ventura, las aguas son truchas.

Créeme que un avariento, la vez que da, es Alejandro, es como Zapardiel cuando sale de madre. Yo hallo por mi cuenta que tanto da el avaro como el franco, sino que el avaro lo da de un golpe y el franco de muchos; el liberal, como siempre piensa en el dar, siempre piensa en el retener, y así salen de sus manos las franquezas con freno y falsas riendas; pero el avariento da sin freno, porque da con deseo de poner fin de una vez a los dones todos.

He oído referir de Séneca que, en materia de espontáneas donaciones, se atenía a los dones de avariento vivo y testamento de liberal muerto. Y en el libro de jauja se refiere que cierta gata era bodegonera y tenía en su servicio otra gata a quien encargó ciertas varas de longaniza para que las vendiese a palmos; vino a la tienda cierta garduña amiga suya a comprar ciertos palmos de longaniza, quisola hacer cortesía y dar buen palmo y, pareciéndola que palmo de gato es muy estrecho, se hizo cortar las uñas y con ellas enhiladas en largo le midió el palmo tan largo como su voluntad. Pidióle su ama a la gata razón de tamaña perdición y de un medir tan sin medida; a lo cual respondió:

-Quien mide a amigos, no puede medir con uñas, y por eso me las quité, y si el palmo salió grande, yo no excedí el mandato de v. m., porque palmo hecho de uñas de gato, palmo de gato es.

Entonces la gata señora dijo con grande prosopopeya esta sentencia:

-Sin duda, que la vez que hace merced un gato, es Alejandro.

El emboque de la aplicación me perdona, pues ves que le dejo por estar la bola tan junto a barras, que entre buenos jugadores pasó por hecha. Bien te pudiera traer el jeroglífico del gusano de seda el de las hojas del oro y el del cáñamo, mas no quiero, por cesar de ser coronista de esta mesonera de la pestilencia.

Sólo te digo que harto bien pagué su liberalidad, pues sufrí que me abrazase, o, por mejor decir, me cinchase, y yo la medio abracé; digo medio abracé, porque para abrazarla por entero fuera necesario un arco de la cuba de Sahagún.

También sufrí derramarse sobre mi albanega ciertos lagrimones de oveja vieja, y me retocase con sus claras, olor y estopas, que tuve bien que hacer en sacudir de mí tascos y pegotes.

APROVECHAMIENTO

La hacienda mal ganada siempre paga censo a malos y a buenos, que contra el ladrón, los unos sirven de verdugos y los otros de jueces.

NÚMERO SEGUNDO

Del desenojo astuto

SÉPTIMAS DE TODOS LOS VERBOS Y NOMBRES CORTADOS

En el capítu- sigüient-
Se cuent- un cuent-admira-
De un bachill- disparata-
Neci-, bo-, loc-, imprudent-,
En quie- se cumplí- el refrá-
Que tras cornu-, apalea-,
Y tras los cuern-, peniten-.

Salí del mesón con la furia que sale el impetuoso torbellino impelido del Eolo enojado, y aunque pasé por mi primera posada, no me dio temor ni de los Pavones ni de la mesonera, porque los unos tuve por cierto que estaban en cartis pitis, y la mesonera -a la ley de creohabía trabado la ejecución en los muebles del bachiller. Mi burra iba bien cargada y sin peligro de que el aire la llevase a transformar en canícula, a causa de que mi criado y yo habíamos metido en las alforjas más especies de cosas que cupieron en el arca de Noé. Porque como mi mochillero entendió la vida y humor de su ama, también él hacía por su parte tiros, mochilla y levadas conforme a su capacidad, que no se puede pedir más a un muchacho de poca edad. Seguía el arte y entendíala, y vilo en algunos buenos tiros que hizo a inocentes platerillas. Mucho me debe aquel muchacho. Hícele hombre, que si yo no fuera tamboritera, no saliera bailador.

Aunque salí de León por la misma parte que entré, y dije mal de las entradas, me parecieron bien las salidas, que las tiene León muy buenas, mucho, mucho. Entiéndese si las salidas son para no tornar jamás, como yo lo he hecho.

Venimos cantando yo y mi lazarillo -que el cantar alivia el cansancio-, y aun la burra roznó su poquito bien, viendo echar el bajo a un burro que la salió a recibir, el cual para medir lienzo no le faltaba todo. No me alabo de lo que canté, porque no falta quien diga que en las mujeres, en cuanto crece la dulzura del canto, mengua la inclinación a las virtudes, sino de que dije coplas que me parecía que se me hacían de mohatra. No me espanto que cantase Marta después de harta, que el contento fue el padre de las musas y abuelo de la poesía, y el Parnaso fue corte de la poesía por ser paraíso de los deleites.

Con este ejercicio fue mi burra viento en popa hasta encimarse y arribar a la cumbre del portillo de Mansilla, y, en viéndose a vista de mi pueblo, cayó, mas la noble e hidalga burra se levantó en un punto más orgullosa que antes, de modo que me dio al alma, si, aquella burra, como era ciudadana y reconoció tierra de villa al caer, hizo lo que Julio César, que cayendo dijo:

-Téngote, África, no te me irás.

Todas estas aventuras y concetos me llevaban empapirotada el alma y con próspero viento marchaban mis sentidos a tornar puerto en mi querida villa, que es naturalísima cosa a una mudanza acarrear un deseo de sosiego y un extremo otro extremo, porque como, desde el príncipe hasta el último gusano o polvo terreno, todas las cosas están armadas en el fuste de la mudanza, es claro que, por no salir de quien son, jamás toman ningún puesto, si no es para que sirva de paso y tránsito.

Algún miedo llevaba de si el bachiller melado, parte de cansado y parte de enojado, me aguardaba en el camino, y como sea verdad que un fiel corazón nunca engaña, por la parte que tiene correspondencia con principios aún más altos que el mismo cielo corporal, tampoco en esta ocasión me quiso ni pudo engañar.

Dicho y hecho. Al revolver de una peña cortante, le encontré muy melancólico y pensativo, que sin duda la cólera adusta y requemada de tanto esperarme se le había vuelto en melancolía. Pero como es natural que la vista del matador hace revivir la sangre helada e inquietar las precordias, alborotósele la pajarilla, y, como si él fuera una colmena de avisvas ofendidas, con esa misma furia y susurro de palabras comenzadas y no acabadas, henchía el aire de quejas y a mí de algunos temores.

El mayor que yo tenía era no hubiese cogido alguna sopa de arroyo o marinica de cascajal, que es lo mismo que lágrima de Moisés, y, dicho en romance, es un guijarro. Esto me hacía mirarle a las manos y a la faltriquera, por si la había hecho vivir de estebanías, que lo demás no me daba pena, que era un lebroncillo y no valía sus orejas de agua para cosa de pendencia. Si él fuera un David, no temiera, que los Davides y los cortesés sólo tiran piedras a los gigantes y no a damas; si un Adán, aunque yo hubiera pecado más que Eva, no temiera, porque nunca he oído que Adán apedrease ni aun tiñese a Eva por el daño que hizo. Si supiera el capítulo que en el libro del duelo, que compuso Doña Oliva, y trata la venganza que pueden tomar los hombres de las mujeres que les ofenden, no temiera, pues se dispone allí que basta por venganza tornarlas un guante. Mas de todo sabía poco, y menos de disimular. Pero, confiada en que nunca me fue mal con estudiantes, se atrevió mi pobre chalupa a abordar con su buen calafateado o enmelado bergantín, no con poco cuidado de disimular la risa de la burla, la pena del mal olor y el temor de sus desacatos.

Era gran habladorcillo, y, por no perder la costumbre, quiso vengarse, no con piedras, sino poniendo en la honda de su lengua las crudas e indigestas razones que se siguen:

Mala hembra, ¿por qué has querido authorizar con la honra que me has quitado tu mesonera e ingrata descendencia? Serpiente, ¿por qué me has hecho arrastrar por los suelos de las camas bañándome de espurcicia? ¿No sabes lo que yo y tú oímos en un sermón, que el estiércol de una golondrina causó mil pesares en casa de un santo que no se me acuerda cómo se llamaba? Pues ¿por qué has querido estercolarme de hoz y de coz tan sin lástima de mí? ¿No había otras burlas más enjutas y de mejor olor? ¡Naciste entre sebosos ratiños! ¡Criástete como gusano en estiércol de letrina!

¿Qué te contaré? Díjome cosas que no cupieran en el Calepino. Yo no por eso perdía tiempo ni perdoné algún jo a la burra, antes decía el jo doblado, con presupuesto que el un jo era para la burrica y el otro jo para el bachiller melado, aunque no melifluo. Ya quiso Dios que paró la bomba. Bien pensó él que le respondiera yo algunas razones con que ablandara algo su escrupuloso enojo, mas no se me ofreció otra respuesta sino la de Marcela a Garcerán:

¿Quiere darme por escrito
Ese largo parlamento?
Que me importará infinito
Para un negocio que intento.

Corrióse, porque era copla usada en Mansilla y recibida por afrenta, si una moza la decía a quien la hablaba.

Entonces él, enojadísimo con la afrenta de la respuesta presente y burla pasada, echa mano a un puñal, de dos que llevaba en la mano, y, a cofre cerrado, me amagó como valentón.

Yo quisiera atropellarle con la burra, mas aunque la espoleé, no me entendió, o si me entendió, no le quiso hacer mal, por el símbolo y parentesco que entre ellos había.

Ofrecióseme de hacer del ojo al acólito para que conjurara sobre él una nube de pedradas con que siquiera le espantara. Dejélo de hacer, porque como mi picarillo era determinado, sabía que tardara yo más en decírselo que él en empedrarle la cara y esmaltar la miel dorada con la sangre de sus venas. Y así me determiné tomar por mi persona la empresa de espantarle, confiada en que no era yo la primer mesonera que triunfó de hominicosos.

Bajé, pues, como un león pardo o azul, y fingiéndome furia de onza, y aun de arroba, le amagué con un terrón y juntamente le hice un gesto tan de hircana furia, que tuvo por mejor mostrarme él a mí las espaldas, que esperar a que yo le mostrara a él los dientes. Con este ademán, nos quedamos ambos hechos estatuas de salvajes de armas, él con sus dos dedos empuñados en la mano, yo con mi terrón, punta al ojo; él medroso, espantado y absorto de ver mi ademán; yo perseverante por meterle el gesto en las tripas.

Ya fuimos a menos. Retraje el brazo, eché a mis espantadores ojos las cortinas de mis párpados y plegué el pendón de mis extendidas cejas. Yo perdí el miedo y él la cólera, con que pudo hablarme con algo menos rumbo, aunque no menos correa -que en esto del decir tenía rauda despepitada.

Llegóseme cerca y dijo:

-Señora Justina, que no lo hacían por tanto, que cinco dedos envainados en la palma nunca dan estocada de muerte. Particularmente que un agraviado, de justicia, pide algún camino para su descargo, y el que yo intenté no era el más costoso. ¿Parece bien, señora Justina, haber afrentado su sangre, enlodar a sus parientes, poner mal olor en mi fama y mi persona? ¿Pues así me paga que todo el camino de la romería la vine acompañando, hecho un Roldán contra todos aquellos y aquellas que la querían agraviar? Dígame, ¿es posible que no tuvo miramiento una doncella tan limpia y tan honesta en porcar un cesto nuevo y limpio como aquel, y tras esto, poner mi vida al tablero por defender su honra y su limpieza, o, por mejor decir, su suciedad?

Ya yo sabía que aguardar fin a sus bachilleras razones era buscar el fondo al mar con sonda de calabaza o cabeza de alfiler, y por tanto le quise atajar, temiendo no me diese ocasión de segundo relámpago.

-¡Basta, basta! (le dije). Basta, señor enlodado, el de mal olor en su fama y su persona. Si él es un bobo, ¿qué culpa le tiene el concejo? ¿Por qué, pues yo le dije que fuese a la cama en que yo dormí, no subió paso a paso, sin ruido, a la propia cama donde yo le dije? Si él fue a otra cama de algún puerco como él, ¿de qué se maravilla que le ensuciasen y afrentasen? En las camas donde yo duermo nunca yo dejo esos incestos. Si fuera a la propia cama donde yo dormí, hallara ser verdad cuanto le dije, y que debajo della estaba un gran cesto de favos de miel. Y, por más señas, sepa que el procurador que trataba mi pleito en León no los quiso, porque me hace el pleito de balde, y yo, por no traer sucia la alforja, derretí los favos en casa del procurador y traigo la miel conmigo en un perolejo vidriado. Véala aquí, para que entienda que es un tortolico y que no hace cosa a derechas; y sepa que no lo tiene todo averiguado, que no lo hará con un real de a cuatro lo que me debe. Lo uno, porque sepa que no me costó poco a sacar de rastro el cesto y favos, que como él lo metió todo a barato, ya no había rastro de la miel y pensaba que era negocio dejado, y para sacar el juego de mañana, di un real a una moza del mesón que me habló cómo y dónde estaba. ¡Mire si yo no fuera ladrona de casa y supiera negociar en mesones, qué bueno lo había parado! Lo segundo, que por el daño que él hizo y por vengarse dél, me tomaron a mí más de tres reales de miel y el cesto, y hube de comprar este pote vidriado. Velo aquí todo, pote y miel y el cesto.

Y mostréselo, y al verlo, quitéle el sombrero en prendas.

Él, confuso y convencido de verse culpado y la claridad al ojo, cortóse y no supo qué se hacer. Parecióle que había de ser segundo pleito de mesonera, y tanto mayor cuanto yo era mesonera mayor de marca. No tuvo otro remedio sino hincarse de rodillas y pedirme, por las plagas de San Lázaro, que le fiase la paga hasta que nos viésemos en Mansilla, mas yo, como soy misericordiera y eché de ver que no llevaba moneda en que trabar la ejecución, se le torné con algunas ceremonias y ratificaciones de que escupiría el real de a cuatro en viéndonos en Mansilla. Pidióme también con mucha instancia que no dijese cosa de lo que por él había pasado a nadie de Mansilla. Yo no le dije sí ni no, porque pensaba, en cobrando el cuatrín, no dejar persona escolar ni lega a quien no dijese el chiste. Y, por contentarme, me dio algunas cintas y arenillas que de León traía, lo cual todo lo tomaba yo con un ademán tan grave, como si le hiciera merced de la vida.

Ya que vi que no tenía más que dar sino palabras suyas, que para mí eran tan enfadosas, comencé a darle matraca, avisándole que si allí no desfogaba, no me podría contener en Mansilla y que mejor era que allí descargase la nube. Con este presupuesto estuvo un poco quedo, lo que bastó para decirle galanas cosas sobre lo del haberse ido a fregar al caño como muchacho azotado, y echarse en remojó como pescada salada, y sobre lo de haberle hecho perder tierra la diosa Palas, digo la mesonera con el palo.

Quisiera que se me acordaran los dichos que le dije, pero ya es común que los que decimos de repente no tenemos buena retentiva, a causa de no ser húmedas de cerebro. El sí, con su humedad, podrá haber retenido. Para esto de matracas era entonces yo una cendra, y aun ahora no es tan viejo el moro que puñalada no diera, si ocasión de burla y fisga hubiera. La matraca fue tal y tan buena, que no fue en su mano aguardarla más que si fuera melecina de plomo derretido. En fin, tomó y fuese.

Cuando yo entré en Mansilla, vi que se estaba paseando por la plaza, con el vestido mudado y en compañía de Bertol. En viéndome que me vieron ambos a dos, fue como si se les

apareciera algún muerto a pedir ejecución de testamento, y aunque más los ceceé, no hubo venir, y no me espanto, que como yo decía ce, ce, el Bertol pensó que era el ce, ce de marras, cuando le dije: ce, ce, téngase, que está aquí mi pariente Roldán. Y el bachiller, oyendo ce, ce, se acordó del cesto, y por esto huyeron ambos.

Con todo eso, el bachiller lo pensó mejor y, para obligarme a que callase, me vino a besar las manos y me trajo un real de a cuatro tan duro como un hueso. Puso el dedo en la boca, y como así el callar como el hablar se hace con la boca, y él apuntaba a la boca, no entendí bien si me decía que callase o divulgase la burla. Yo, por acertar, eché a la peor parte, en especial que ya yo tenía el cuatrín embolsado.

Vi buen auditorio; comencé a decir ¡pu, pu! y taparme las narices.

-¿Qué ha, señora Justina? (dijeron los del mercado).

Respondí:

-¡Fuego de Dios, señor bachiller, y cómo huele a miel de ovejas!

-¿Yo, señora?

-¡Ay, sí! (dije). Él es, señor bachiller melado, que no debió de lavarse bien en los caños de León. ¡Mal haya la mesonera que le enceró con tan mala trementina! ¡Hideputa de mal hojaldre! ¿Este es el secreto macho que me encargaba, siendo él secreta? ¡La bellaca que tal callara! ¡Parez que calla, señor bachiller! ¿Vuélvese a niño, que no sabe decir la caca?

De aquí fui diciendo bellezas, que después que una pícara desprende tres alfileres del secreto, no hay tal bohemio del gusto. Furiosa fue la avenida de vayas que le di y la que le dieron los de mi pueblo, que había en él muchos de vaya.

Quedó tan asentado el nombre del bachiller melado, y con él tal mancha y mal olor en su fama, que por muchos años que dure no le jabonará Taborda.

APROVECHAMIENTO

Quien quiera triunfa de un labrador, porque su indiscreción da armas contra él.

NÚMERO TERCERO

De los trajes de montañeses y coritos

SEXTILLAS UNÍSONAS DE NOMBRES Y VERBOS CORTADOS

Yo soy due-
Que todas las aguas be-
Escuch- que quier- pintá-
Un mapamund- generá-
De montañé- y asturiá-
Desde el cocó- hasta el zapá-
Espad-, monté-, sombré-, guadá-,

Y si pregunt- quién lo ha he-,
Yo soy due-
Que todas las aguas be-.
Soy la rein- de Picardí-,
Más que la rud- conoci-,
Más famo- que doña Oli-,
Que Don Quijo- y Lazari-,
Que Alfarach- y Celesti-
Si no me conoces cue-,
Yo soy due-
Que todas las aguas be-.

Yo pienso que la bondad de las cosas no consiste tanto en la sustancia dellas cuanto en menudencias y accidentes de ornatos y atavíos. Ansí mismo, pienso yo que la bondad de una historia no tanto consiste en contar la sustancia della cuanto en decir algunos accidentes, digo acaecimientos transversales, chistes, curiosidades y otras cosas a este tono con que se saca y adorna la sustancia de la historia, que ya hoy día lo que más se gasta son salsas, y aun lo que más se paga.

De aquí saco que, pues he referido lo que toca a la jornada de León, será justo decir algunas menudencias de graciosos trajes y figuras que vi por las aldeas y en el camino, especialmente cuando me torné a Mansilla. Y si lo que dijere para alguno fuere agraz, haz cuenta que mi historia es polla y que la salsa es de agraz.

Señoras de la casa del Infantado.

Yo gustara ser una duquesa de Alba, Béjar o Feria -y más ahora, que las tres hermanas son las mismas tres Gracias sobre una misma ínclita e ilustre naturaleza-; quisiera, como digo, ser una duquesa para hacer destos trajes una tapicería tan costosa como la de Túnez, tan graciosa como la de los disparates, tan fresca como la del Apocalipsis. En fin, fuera tapicería tan varia y de tanto gusto, que su variedad te excusara un Aranjuez, su riqueza unas Indias, su gusto los mil placeres.

Decía (y decía bien) una dama discreta:

-No soy amiga de tapicerías de seda, brocado, terciopelos, ni damascos, porque estas son colgaduras de pobres.

Y probábalo, porque estas son telas de repuesto para que, faltando dinero para saya, puedan servir de lo que les mandaren.

La que es propio ornato para tapicería es la que tiene figuras, porque éstas tienen mucho provecho y gusto. En invierno, arropan; en soledad, acompañan; en tristeza, divierten; en necesidad, adornan. En fin, casi, casi suplen lo que los hombres, como se vio en el otro capitán que no quiso ir en casa de un enemigo suyo que tenía muy buenos tapices, diciendo:

-No quiero ir a ver hombre enemigo mío que tiene dinero para sustentar tantos hombres pintados, que quien compra pintados que le deleiten, buscará vivos que le venguen.

Así que, si yo fuera duquesa, es sin duda que yo mandara hacer una tapicería destos trajes de los montañeses y montañesas de mi tierra, y coritos y coritas, que te diera muy grande gusto.

Lo primero, yo encontré unos asturianos, a los cuales, por aquella tierra de León, unos les llamaban los guañinos, porque van guarrando como grullas en bandadas, o quizá porque siempre van con las guadañas insertas en los hombros. Otros les llaman coritos, porque en tiempos pasados todo su vestido y gala eran cueros. Alguno dijo ser la causa otra. La verdad es que la falta de artificio, la necesidad del tiempo, la simplicidad del ánimo y la necesidad de su defensa, les hizo andar deste traje, y no, como algunos maldicientes dicen, el haber salido de Asturias los que inventaron los cueros para el vino y las coronas para Baco. Mas no por eso niego que el Baco tenga allí y haya tenido jurisdicción y gran parte de su real patrimonio, no digo en vivos, sino en vinos. Agora ya no se visten de cuero, si no es algunos que le traen de partes de dentro, y para esto tienen comercio de por mar con las Indias de Ribadavia, que engendra vino de color de oro. Otros llaman a estos coritos hijos de la Pernina. Maldicientes quieren decir venir esta denominación de una gran hechicera que allí traía los diablos al retortero y se llamaba la Pernina. Pero no es por eso, sino que por denotar que sus piernas andan vestidas de las calzas de aguja que sus madres les labraron en los moldes de sus tripas, les llaman de la Pernina. Todos estos nombres son asentados en las cortes de los muchachos con sólo el fundamento de su niño gusto y no es mi intención que pasen por verdades, pues se sabe que los mochachos han tomado licencia para dar vayas a los más calificados del mundo, y si yo hubiera de tejer historias de seda fina, a fe dijera bellezas de Oviedo y de la Cámara Santa y del Principado de Asturias, pero soy relatera ensarta piojos, y si tomo pluma en la mano, es para hacer borrones. Voy con la pluma retozando con orlas de cortapisas. Díselo tú, que a mí no me vaga.

Va de cuento. Estos asturianos encontré en diversas tropas o piaras, con tales figuras que parecían soldados del rey Longaniza o mensajeros de la muerte de hambre. Lo cual creyera cualquiera que los viera flacos, largos, desnudos y estrujados, y con guadañas al hombro. Vi también que llevaban unas espaditas de madero en la cinta. Paréme a pensar qué podía ser aquello, porque decir que había enemigos que no podían morir- si no es con puñal de madera, era negocio difícil de entender, si no es creyendo que eran enemigos encantados como los de don Belianís. Imaginé si era batalla de sopas, en la cual se suele hacer la guerra con madera, pero eso fuera si las espadillas tuvieran forma de cucharas. En fin, no atinando la causa, me resolví de aguardarlo a saber en el otro mundo.

Miren si es por ahí la gente corita, pues llevan armas incomprendibles que agotan el entendimiento.

Los que iban, iban sin sombreros y casi desnudos; los que venían, traían dos sombreros y mucho paño enrollado, de manera que imaginé si acaso iban a la Isla de los Sombreros y allí los segaban con aquellas guadañas. En lo del paño tuve envidia, porque las mujeres somos grandes personas de andar empañadas, y de los sombreros tuve curiosidad.

Así, con toda mi inocencia, pregunté a un asturiano lo siguiente:

-Hermano, decidme, ¿cuánto hay desde aquí a la Isla de los Sombreros donde segáis, y desde aquí a la Isla Pañera donde os habéis empañado?

El bellacón del asturiano debía de ser hijo de la Pernina y tener la redoma llena.

Respondió:

-Señora, los sombreros se siegan en Badajoz y el paño en Putasí, digo en Potosí.

A esto le repliqué luego:

-Yo entendí que me habían engañado. ¡Bien haya el que es llano y dice las verdades a las gentes! Y diga, hermano, y estas espadicas, ¿para qué son?

A esto me dijo él:

-Vamos contra unas mujeres que están rebeladas contra don Alfonso el Casto, y porque no es honra pelear con hierro contra gente de corcho, llevamos armas de madera.

Preguntéle más:

-¿Y en qué isla es eso, galán?

Respondió tan presto:

-Dama, en la Isla del Cuerno.

Parecióme mozo alegre y de la tierra y, por diez, metí el buen sol en casa y estiré las preguntaderas, y dije:

-¿Y esas guadañas?

Dice:

-Son para segar oro para contentar las mujeres ruines, que son muchas, a las cuales, como por una parte son locas y por todas codiciosas, se les ha encajado que hay en Potosí una dehesa en que nace el oro con barbas y raíces como puerro. Y así, a ruego de muchas, les vamos a segar el oro con estas guadañas, y les dejamos las casas en prendas de que volveremos, y a esto vamos para lo que cumpliere.

Mil gracias me dijo el asturiano. Preguntéle que por qué los de su tierra no tenían cocote.

Y díjome:

-Señora, en Asturias, entre dos hombres tienen una cabeza partida por medio, y, para que se junten como medias naranjas, están así sin cocote para estar lisas y juntar.

Preguntéle que por qué andaban en piernas los asturianos. Dijo que porque hay una profecía de Pero Grillo, que fue asturiano, de que en Asturias ha de venir por el río una avenida de oro y toneles de vino de Ribadavia, y por estar prevenidos para la pesca, andan siempre descalzos.

Preguntéle que por qué hablaban siempre en tonillo de pregunta. Y dijo que, como tienen fama de que yerran mucho, preguntando siempre pueden decir que quien pregunta no yerra, si no es que pregunte lo otro, que ya me entiendes. También dijo que hablaban en tono de pregunta porque como están lejos de corte, siempre llevan de acarreo respuestas.

Íbanse lejos los compañeros, que, a no verlo, traza tenía el asturiano de entretenerme todo el día. Verdaderamente parecía noble, y sin duda lo sería, que aquella tierra tiene las noblezas a segunda azadonada, dado que los nobles de aquella tierra son ilustre y heroica gente.

No te he dicho del traje de las asturianas. Oye: Unas traían unos tocados redondos que parecían reburojón de trapos en empujo de melecina; otras los traían que parecían turbantes de moros; otras, las más galanas, azafranados como cabeza de pito; otras, de tanto volumen y de

tal hechura, que parecía tejado lleno de nieve. Vi tantas diferencias dellos como hechuras de pan de ofrenda.

En aquella sazón traían todos luto por una persona de la Casa Real, y era cosa de risa ver los lutos de las asturianas. Una vi que por luto traía una soleta de calza parda presa con dos alfileres sobre el tocado. Puramente me pareció que las ánimas de aquellas asturianas debían de ser de casta de truchas empanadas en pan de centeno, porque quien viera un rostro negro, una mantilla atrás y otra adelante, no podía pensar sino que allí vivían empanadas las ánimas no encorporadas ni humanadas.

¿Pues las diferencias de los calzados no eran donosas? Unas traían unos zapatos de madera, que llamaban abarcas, con unas puntas de madero que parecían colas de ternero retozón. Si aquellas mujeres supieran escribir, con los pies pudieran firmar, que aquel pico sirviera de pluma. Otras usan unas sandalias que llaman zapato de apóstol, éstas son de cuero o pellejo, y las traen atadas con un cordel tan fuertemente, que después de calzadas pueden en las soplantas hacer son como pandero, y creo lo hacen a veces, a falta de témpano. Otras traen unos zapatos de vaca, no cosidos, sino clavados con tan fuerte clavazón, como si fuera postigo de fortaleza, y aun algunas para vestir tan al propio como al provecho, traen echados tacones de herraduras viejas.

Una cosa vi en que juzgué que los asturianos deben de ser volteadores de inclinación y aves de caza, porque sus madres los crían en el aire. Y es que van camino ocho y diez leguas y llevan los mochachos en unos cestos o banastos sobre las cabezas. Si como los traen en el aire, fuera en el agua, según razón, habían de ser pescados, y cerca andan ellos dello, pues no suelen tener casi nada de carne. Verdad es que a ellas les sobra.

Todas estas visiones llevara en paz y en haz de mi gusto, si encontrara alguna de buena cara, pero teníanla todas tan mala, tan negra y abominable, que yo imaginé que eran selvajes escamados y que quitados los pelos y cerdas, habían quedado así las caras sin barbas. Yo no sé cómo, siendo aquella tierra fría, son aquellas mujeres negras, porque el color negro es efecto de mucho calor, como se ve en el cuervo. Mas debe de ser que con el frío se queman y ennegrecen como los naranjos cuando se yelan, o se deben de afeitar con color de guinea, o las paren sus madres en los cañones de las chimeneas, o las ponen al humo que se acecinen, o cualquier cosa. Ya sería posible que como Asturias ha sido y será el muro de la Fe, y la herejía tiene por antechristos al ocio, al gusto y al dios Cupido, proveyó Dios destas malas caras, porque sin duda, viendo estos caballeros tan malas visiones, se tornarán a la herejía, su señora, diciendo:

-Señora, hay peste. No es tierra para nosotros, que no viviremos dos días.

Y con esto, dejara la herejía la jornada y el intento de entrar allí.

Santo y bendito. Ahora digo que las doy licencia para que sean feas del Papa, pues tanto importa.

APROVECHAMIENTO

Ánimos libres y holgazanes sólo ponen su fin en cosas vanas y de poco momento, olvidándose de las cosas sólidas e importantes.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

De la pícara pleitista

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA HERMANA PERSEGUIDA

TERCETOS DE ECOS ENGAZADOS

Pusieron en Justina sus hermanos
Manos, lengua, y tras esto, una demanda.
Manda el juez pague costas de escribanos.

Vanos jueces (dice), apelo al Almirante,
Ante el cual llamaré a Justes de Guevara,
Vara de manteca y pecho de diamante.

Ya, Dios norabuena, asenté real en Mansilla. Pero fueme como en real, pues contra mí asestaron sus tiros los que más obligación me tenían, hermanos y hermanas, unos por codicia y todos por envidia. Y esto duró lo que bastó y aun lo que sobró para desengañarme, que la esperanza de buen suceso era ninguna, porque la ocasión era tan durable como mi persona aunque a los principios me mostraban hocicos solos a boca cerrada, de ahí a poco abrieron la boca y desbocáronse. Luego, mostraron dientes, luego me mostraron las manos y luego las uñas, cada cosa por su orden. Tras ten con ten, pinicos; tras pinicos, andadura; tras andadura, trote, y tras trote, asomo de garrote. Como el odio es fuego, si una vez mina el alma, crece, y cuando más no puede, revienta.

Mis hermanos siempre salían con decirme que yo era libre y pieza suelta, y esto de pieza suelta me repetían cada paso, porque, demás de parecerles injuria, la tenían por brava elegancia.

Yo jamás les respondía de veras, por no les dar ocasión a que la tomasen, sino hacía mis letradas por vía de gracia, que siempre tuve esta por muy buena manera de responder, que la tal respuesta tiene lo bueno de la venganza y lo bueno de la trapagija; es fruta madura para el dador y verde para quien la recibe.

A esto de pieza suelta les solía yo decir:

-Por cierto, que no os entendéis. En realidad de verdura que una moza villana (digo de villa), yendo a ciudad, es como peón, que en yendo suelto se hace más presto dama, según dicen los jugadores del juego de los de Alba, que es el de los escaques.

Decíales más:

-¿Qué sabéis vosotros si con esto granjearé yo un casamiento con que honre a mi linaje y sea nuestro mesón casa solariega, y se llame la casa de los Dieces o de los Justinos? ¿Cuántas doncellas las envían sus padres a comedias y fiestas para que finjan que van sin licencia, en demostración de las finezas de amor, sólo a fin de que acarreen a casa un novio mostrenco de los que creen a las quince? Andad, que bolos son diablos, como dijo el otro que iba a birlar

y le faltaban diez. Donde no se piensa salta la liebre, y andaba sobre un tejado. Creed que, antes, ser pieza suelta me ha de hacer a mí mucho provecho, y quizá a vosotros.

Otras veces, pardiez, espumaba la olla y se desespumaba la mar, y les decía con toda la cólera del mundo y del diablo y la carne:

-¿Qué pensábadis, que me había yo de estar aquí hecha monja entre dos paredes? Nunca medre Justina si vosotros tal viéredis en los días de vuestra vida, aunque viváis más que Matuta. No ha habido monja en nuestro linaje; no quiero yo ser la primera que quiebre el ojo al diablo. No en vano, dice el cantar: «Mariquita, daca mi manto, que no puedo estar encerrada tanto».

Estas gracias no podían sufrir, que eran para ellos sol de Marzo, que parece que sabe y da mazada. En fin, viéndome moza de tan buen descarte, mis hermanos me querían tan mal, como si de hermana me hubiera vuelto en almorana. ¿Qué piensas? Viniéronse a poner conmigo en contarme los pasos, en fingir chimeras, y todo era sobre que yo les pedía mi hacienda. ¡Ah, interés, interés! Más puedes que la naturaleza, pues ella me dio hermanos y tú me los volvistes culebrones. Hacíanme fieros, y aun si va de confesión, me pusieron las manos, y no para confirmarme ni aun para componerme el albanega. ¡Ay, me!, que no hay peores ni más crudos verdugos para una mujer que hermanos. Estos, para decir desvergüenzas, se aprovechan del privilegio de hermanos; para reprimir y quitar gustos, del oficio de padres; para regalar y hacer bienes, se acotan a hombres; y no más, que en esto se dice que son tiranos, y para si una pobre moza hace algo, luego tocan a la hermandad y aun el arma. Un mal hermano es enemigo como la carne, que no la podemos echar de nosotras. Quien dijo hermano, dijo herir con la mano. Hablo de los que tienen tan corrompido el amor como el nombre.

Mis hermanas me ayudaban poco, antes creo que ellas descomponían la paz y armaban las pendencias, y sabido el porqué, no era otro sino que me olían dama y orgullosa de condición y no podían llevar mis cosas. Maleaban con los de fuera mi crédito y con los de dentro mellaban mi honra. La tijerada me daban que me toreaban la ropa y ainda. Decían de mí que era una arpía, que había yo sola gastado a mis padres más que todas, y tenían razón, que yo gasté a mis padres todo el caudal de entendimiento y no dejé que heredasen. Esto sí gasté más que ellas, mas de hacienda, yo seguro que la mitad del tiempo comí lo que no entrara jamás en casa, si no fuera a contemplación mía.

Es ordinario en gente de condición villana perseguir las personas de buen entendimiento. A este propósito pintaron los sabios a la villanía como corneja y a la nobleza como águila, y es la causa porque el águila es tan noble de condición, como libre, y la corneja tan envidiosa como villana. Es de manera que la corneja siempre anda machinando males al águila, tanto que cuando más no puede, se le pone frontera al águila para hacerla gestos, más ella, como reina, no estima por afrenta lo que hace una ave vil, vasalla suya, que es tan para poco, que, aun muerta, el águila puede comer y de hecho con sus alas come las suyas y las de la epantera.

Esto para mí no era consuelo, porque yo quisiera comerlas en vida y no aguardar a cuando muerta, que entonces no es tiempo de comer.

Es muy propio de ignorantes envidiar a los sabios, y todo menesteroso tiene envidia de aquello que no tiene. Cuando yo veo que el elefante sufre que se quiera con él levantar a mayores un ratón, no me admiro de la enemiga y odio natural y entrañado que tienen los hombres de corto y ratero y ratonado entendimiento con los de bueno. Persigue el ratón al elefante por ver que el elefante tiene todo lo que a él le falta. El elefante es enamorado, y

tanto, que los pechos de una doncella pueden matarle de amores, con ser hembra de especie diferente, y como el ratón es tan vil, que tiene por madre y padre la corrupción, telarañas y tierra de sotambanos, y las menos veces engendra un ratón a otro, de aquí procede que el ratón persigue al animal en quien florece la inclinación de engendrar, la cual, según he oído, llaman los filósofos divinísima. Y a fe, que es mucho para ser cosa tan de acá bajo.

Otras muchas propiedades tiene el elefante, como son grandeza, proceridad, compañía, habilidades varias, gustos de comidas, nobleza, gratitud y excelencias que no hay en ratón, por lo cual, no reparando en que el elefante le puede sorber como a mosquito, le pretende hacer guerra con grande detrimento suyo, no por otra causa sino porque lo que al ratón le falta de cualidad, le sobra de envidia al elefante. En fin, que mis hermanas eran ratones y yo elefante. Mal haya el haber nacido sin trompa, que a tenerla, trompear el cuerpo y trampear la hacienda.

Con estas consideraciones me animaba a tener por honra esta contienda y por cualidades esta porfía; pero como, en fin, las mujeres no somos de hierro, no es mucho que ratones que matan elefantes, minando la trompa de mi entono, de cansada me venciesen.

Tras todos mis males, me pusieron demanda de mi hacienda ante la justicia de mi lugar. Para mí fue la justicia justicia, para mis hermanas misericordia. En resolución, el señor Justes de Guevara, que así se llamaba el cogedor de mi pueblo, me condenó a desheredada y a que pagase costas de escribanos. ¡Qué aliño para no quererlos como a dolor de ijada! ¡Ay de mí! Para mí tenía vara de hierro y para mis contrarios de manteca; harta desta enjundia hacían mis hermanas. A estas sí consentían mis hermanos que saliesen a deshora a informar la justicia en el pleito y esto no les afrentaba, y si yo miraba al cielo, ya pensaban que llevaba el río el ojo a la puente. Todo esto se excusara si Justez me hiciera justicia, Dios nos libre de pleitear en pueblos chicos, donde hace la cabeza del proceso la envidia; el proceso, el soborno; los autos, la afición; la apelación, la del alcalde; la revista, solturas y, sobre todo, el dinero. Hízome daño el ser conocida por burlona, que nadie se atrevía a hacer conmigo alparcería pensando medrarían conmigo como el melado y Bertol. Llamábase el corregidor de mi pueblo Justez de Guevara, y aunque por el nombre de Justez me debía favorecer de justicia, más pareceme que se acotó el apellido de Ladrón. Mas a fe que no se fue alabando, que de pe a pa lo conté al Almirante, mi señor.

Viendo, pues, que cada día salía para mi el sol con ceño y para ellas sol de boda, determiné ir a buscar tierra donde el sol no fuese embarrador; en fin, determiné irme a Rioseco, adonde estaba el Almirante, mi señor, a seguir el pleito en grado de apelación y hacer a derechas el negocio de mi partija.

Muchos hermanos juntos por maravilla están en paz; son como nabos muy atestados, que no los penetra el fuego; como arcabuz muy atacado, que revienta, y como plantas juntas en la tierra de do nacieron, que si no se apartan y trasplantan, nunca medran. Y con esto terná suficiente excusa mi determinación, y si esta no bastare, llámome Marimaricas, que es tanto como hacer ceribones.

Dirásme:

-Pues, ¿cómo se partió Justina tan de sópito?

Aguarda, amigo interrogatorio, verás que tomé gentil carrera para el salto, y sábet que para esto veinte días antes hice un ruido hechizo, y fue que descerraje unas arcas en que me tenían encerradas unas joyas mías, las cuales saqué con otras niñerías comuneras que valían buen

dinero. Moneda no la saqué, porque no facheí geito, como dijo el Galateo, y porque no estaba madura, como dijo la zorra; ello, voluntad visto habías, como dijo el vizcaíno. Mas porque el disimulo del descerrajar no era bastante a encubrirme, antes, en caso que me partiese, me hacía mucho más sospechosa, hice otra cosa que me aseguró, y fue que a cierto galán floreado, a quien yo daba alguna audiencia a la buena fin, le dije que me importaba que a las cuatro de la mañana pasase por mi calle y por junto a mi puerta corriendo y fuese por cierta vereda, y que si fuesen tras él, hurtase el cuerpo a quien le siguiese, y al revolver de un cantón, quitase una media nariz postiza, y que si le diesen grita y le dijese al ladrón, él también a bulto lo dijese para disimularse, y que lo más presto que pudiese pusiese los pies en polvorosa. No le dije más, y él lo hizo sin discrepar, que como el amor es ciego, a cierra ojos obedece.

Aguardé al punto concertado, y poco antes que pasase, arrojé desde la ventana dos piezas de plata, una taza y un copón, y comencé a dar voces:

-¡Al ladrón, al ladrón, que nos lleva robada la hacienda!

Levántanse despavoridos y en camisa los de mi casa y los vecinos, corren tras él, y no le pudiendo dar alcance más que si fuera hombre de sombra o sombra de hombre, se tornaron, no con poca risa de la gente que los vio ir y venir desnudos.

Yo les dije al venir:

-Levantad esas dos piezas de plata que se le cayeron al bellaco.

Y con esto hízose más que creíble que aquel ladrón había entrado y descerrajado las arcas.

El mozo no pudo ser descubierto, porque, demás de que corría con la ligereza de un pensamiento, se puso la media nariz de máscara que yo le di, y al revolver de una calle se la quitó y tornó atrás y comenzó con los otros a apellidar el ladrón, con lo cual fue imposible dar en él como ni en mí.

Yo luego comencé a entablar mi juego, y les dije que mirasen que aquello era castigo de Dios, y todos aquellos veinte días antes que me partiese a Rioseco, hacía ruidos hechizos como de trago y estallidos como de amenazas de ruina, hasta que un día de San Christobal, puesta de rodillas ante una imagen, oyéndome ellos, dije:

-Yo hago voto a tal y a tal (ellos pensaron que de meterme monja, y parece ser que se alegraban, esperando que renunciara lo demás de mi legítima, mas salióles el sueño del perro), voto a tal y a tal, de no anochecer en esta casa, porque no quiero que se caiga y me coja en pecado mortal de odio y de rencor, que no sólo hay en ella ladrones de la hacienda, sino de la paciencia, y aun parece que los diablos andan en esta casa.

Díjelo con tal grima que les puse miedo, y aunque me dijeron que estaba loca, tenían temor, y tanto, que aunque me vieron tomar el manto y mi hatillo, me dejaron salir, pensando que de veras y de temor me iba en casa de alguna vecina. Ya yo tenía prevenido un truchero cosario que me llevase a Rioseco, y así lo hizo.

Entramos las truchas y yo frescas y corriendo sangre; frescas, porque entramos de mañana, y corriendo sangre, porque la burra sin duda iba pensando algún consonante para alguna copla, cuando se le resbaló un pie quebrado y me sarjó las narices de la vena de las dos ternillas, y fue la sangre que me salió mucha.

¡Así supiera hablar aquella sangre inocente! Y cómo dijera:

-¡Aquí de Dios, justicia contra los mesoneros de Mansilla y contra aquel ladrón de Guevara!

Y sí debió de decir, sino que con el frío llevaba el pecho apretado, y lo otro, era de mañana, y como estaban todos en las camas, no la oyó nadie gritar.

Púdose decir por ella lo que dijo el alcalde bobo a Mariforzada:

-De hablar, habléste, mas no te entendíste.

APROVECHAMIENTO

Los malos no saben tener paz aun entre sí mismos, que lo heredan del demonio, que es príncipe de las discordias.

Capítulo Segundo

DE LA MARQUESA DE LAS MOTAS

VERSOS HERÓICOS MACARRÓNICOS

Ego poeturrius, cabalino fonte potatus,
Ille ego qui quondam Parnaso in monte pacivi,
Iam sum cansatus luteas transcendere tejas;
Iam cantare nolo porrazos atque cachetes;
Non porra Herculea, non iam roldánica maza
Arridet michi. Cosas de marca minori
Nunc cantare volo. Fusum, turnum atque mazorcám,
Hiis quasi gladiis Justina picaña triumphat;
Quam cardatores titulis regalibus ornant
Haec est hilanderarum princepa sublimis,
Haec cardatorum barbatorum stafatora,
Haec vetularum bruxarum garduna subtilis;
Inter aceitados, haec est Marquesa Motarum,
Atque inter pícaros, haec est picaña suprema.

¡Qué vieja cosa es entre oficiales de Audiencia untar con manteca los pleitos para que den de sí! Como los de cierto pueblo, que untaron un banco con manteca para que diese de sí y cupiese más gente, y sí cupo, mas fue porque se quitaron los capotes. Pero la untura destes escribas hace que quepa un mundo en sus manos, y todo con capote de justicia.

¡Ah, vara de justicia!, que siendo tan delgada, hace sombra más que el árbol de Nabico de Sorna, como dijo el bobo, y con ella se disimulan y encubren hartas cosas. No lo digo sin propósito, que soy linda aplicativa.

Es el caso que, pensando que mi negocio era más breve que acento de monjas, aún no despedí al truchero -que esto de negociar, como sale tan del corazón, siempre camina con alas-, pero un solicitador mío que hacía mi negocio, aunque más el suyo, me dijo que sería mi negocio largo. Pesóme, porque se me representó que quería gastar papel, tinta, dinero y tiempo a costa

de la pleitista novicia, e hícele un gesto de golosa en miércoles de Ceniza. Y como él viese que yo me amohinaba de tan largas esperanzas y temiendo no me solicitase otre para darle la ganancia de solicitador mío, deseoso de no me desaperroquiar, me apuntó cierta vereda y camino para abreviar mi negocio, diciéndome que por el camino que él me apuntaba había tanta diferencia para negociar como hay diferencia en andar un camino a caballo y con acicates a las quince, o andallo a pie y con muletas y a legua por día y a veces tornar atrás; y añadió:

-Y con todo eso, es vía ordinaria.

¿Qué cosi cosi? Pensó el necio que ignoraba yo aquella junciana si la quisiera usar, y así le dije:

-Señor mío, no me está a cuento la abreviatura que me ofrece de mi negocio. ¡A otro hueso con ese perro!

Entonces él, por abonar su yerro, me comenzó a decir:

-Pues en verdad, señora, que han venido a mí pleiteantas que han seguido mis consejos, y alguna pleiteanta entró a pie, pobre y sin blanca, que salió con sentencia en favor y con dinero de sobra y a caballo, y todo por orden mío.

También me dijo que entendiase era mucho lo que me ofrecía, y tornó a repetirme lo de la comparación del que anda el camino a pie o a caballo. No tenía este necio otro estribo de su arenga ni de su amor sino esta comparanza torreznera, y por darle tapaboca y que se le acabase la listecilla con que quería hacer ostentación del abismo de su aviso, le dije:

-Señor mío, v. m. se resuelva, que yo quiero que mi negocio camine a pie y con muletas, y ándese lo que se anduviere, que bien sé yo entenderme con muletas y aun con mulas. ¡Aquí de Dios, no me muela!, que este pleito no es de a caballo, sino de a pie. Haga cuenta que es mi pleito mendicante.

El solicitador, viendo mi resolución, redujo sus motus propios a mi derecho común y prometió acortar rienda y tiempo.

Con todo eso, no fue muy poco el que tardó, pero no tanto como fuera si yo no le hubiera cercenado el portante.

Yo tenía mucha cuenta de cebar la lámpara con dinero, y con esto me parece que no se perdía lance, a lo poco que a mí se me entiende de pleitos. Nunca daba dinero adelantado, que son peores que sastres algunos escribanos y letrados, y antes esto les descuida que les aviva. Aguardaba a la puerta de la Audiencia con el dinero en la mano, y con esto era como llevar cascabeles para que a mi son danzasen. Lo que nunca pude acabar con el escribano fue que metiese más letra en las planas, que iban tan apartadas las partes que parecían que estaban reñidas o que eran rebujones de cabellos en cabeza de tiñoso, ni con que tomase los derechos delante de testigos. No sé qué misterio tenía esto, aunque sí sé que mi bolsa me lo habló.

Harto ánimo tenía para gastar, que esto de pleitos es como pasión de cátedras, que saca fuerza de flaqueza y hace que las gentes sean como las perdices de Flafagonia, que tiene cada una dos corazones. Mas como el corazón y la bolsa no se cortaron en una misma luna, ni tienen una misma propiedad, vino a ser que el corazón se me hinchó de esperanzas y la bolsa se me vació de dineros a pocos días andados después que entré en Rioseco. Verdad es que era fácil

consolarme de la falta del dinero, atento que tenía conmigo piezas y joyas, como ya tengo dicho, y en la presente sazón andaba más enjoyada que tienda milanese. Ya que me fue forzoso deliberar sobre el medio para tener dinero, imaginé si sería bueno vender las joyas, las cuales son las más ciertas suplefaltas y fiadores abonados en semejantes trances; pero, si no me engaño, pareceme que me dijeron que no querían salir de mi casa, porque no esperaban tener otra tal ama, y tenían razón, porque ama que así las sacase a vistas, ninguna como yo. Sin embargo desto, parecióme que era lástima vender piezas ganadas en tan buenas lides, y que aunque hubiese dinero para pagar su valor, pero no mi estima, porque no eran mis joyas invendibles ni avinculadas a mi mayorazgo, pero estábanlo a mi gusto y, por tanto, me resolví de buscar dineros por otra vía.

Díjeme a mí misma:

-Ea, Justina, ¿no eres tú la que hallas Indias entre salvajes? ¿No eres la que arenillas de campo vuelves arenas de oro? ¿La que en las romerías haces hechos romanos? ¿La que sacaste un Christo de oro de poder de un sayón? Pues confía que ahora saldrás de aqueste aprieto, pues eres la misma que antes y tu ingenio el mismísimo.

Andaba mi cabeza como rueda de molino y molió un poquito de lo bien cernido; digo que, al cabo, acerté con el punto de la dificultad, y, tanteando la disposición del pueblo, la ocasión presente y esperanzas futuras, di en la mejor traza que se pudo imaginar. Óyela, que yo sé que te cuadrará; sólo no me pidas cochite hervite, que yo cuento de espacio, aunque trazo deprisa.

Yo vivía en una calle donde moraban muchas hilanderas que hilaban lana de torno, y también mi posada era en casa de una viejecita, que el rato que le sobraba de hacer los ejercicios que abajo verás, lo gastaba en hilar lana de torno. En esta calle había especialmente tres famosas viejas hilanderas, que, según eran enemigas del género humano, parecían las tres parcas que hilan las vidas, y la principal era mi huéspededa, que está de Dios que yo he de topar siempre con casas señaladas.

Parecióme que en este trato podría tener alguna granjería, no en hilar (que, por mis pecados, nunca llamé granjería lo que no se hacía sólo con grojear), sino en lo que verás. Mas como para un trato tan mecánico como este era necesario bajar el entono, determiné mudar pellejo como culebra, quiero decir mudar de vestido. Así lo hice. Recogí mis joyas, corales y sartas, mis sayuelos y mis sayas, mi manto y rebociños, y quedéme -como representante desnudo- con sola una sayita parda y corta, una mantillina blanca, mi zapato mocil; en fin, a lo hiladero. Ello, el jemecillo de cara siempre puesto en razón, que por virtuosa que sea una mujer, nunca se suele olvidar desta estación, y yo, en particular, siempre tuve por opinión que no hay traza buena que no tenga en la cara el molde; y esto mejor lo sé entender que explicar.

Puesta, pues, como pícara pobre -aunque no rota-, fui una o dos veces a pedir lana para hilar en compañía de la vieja mi huéspededa, y traíamosla de casa de un cardador que vivía junto a San Andrés. Era el cardador muy barbado, como ellos suelen serlo de ordinario, a causa de que el aceite y el arroyo de Berrueces tienen el arrendamiento de las barbas de España.

Ya yo tenía prevenida a mi vieja que llevase más lana de la ordinaria para que yo la ayudase a hilar. Ella la pidió de muy buena gana, y el cardador me la dio de mejor, y aun me prometió que para mí nunca faltaría lana en su casa. Los cardadores no dejaban de decirme sus remoquetes, y yo los llevara menos mal, si no fuera que aquel olor del aceite me daba intolerable fasquía. Mas decíanme mis compañeras que, cuando melindreando decía:

-¡Ay, Jesús, con el aceite, y qué mal huele!

Se me ponía el rostro como unas flores. Era sin duda de pura congoja, y ahora echo de ver cuán bonita estaba, pues mientras más me enfadaba yo, más se desenfadaban conmigo los de la carda.

¡Ah, interés villano, que para poseer tu gusto es necesario comerte como perdiz manida, con las narices tapadas! ¡Oh, interés, interés! No me admiro que esfuerces a pasar mil mares de agua en navíos de frágil madera, ni que al delicado galán y melindrosa dama los cuezas en el frío de la escarcha, nieve y granizo, y vistas de trapos al que pudiera andar como un conde, pues desnudaste a Justina de sus tan queridas joyas y galas y la heciste que en compañía de una abominable vieja y unos agaleotados cardantes, pasase por los mares del aceite, que son sobremanera penosos, contra quien no bastan alas de paloma ni aun de grifo. ¡Oh, interés, interés! Bien te pintan con espuelas calzadas y con alforjas, pues en mí vi que de plano me volviste en mujer de alforja, cuanto al vestido, y en mujer de pluma, cuanto a la ligereza. Tal era mi diligencia.

Así que yo iba y venía en casa del cardador, cuando con la vieja, cuando con mis vecinas, hasta que ya me conocían y tenían en aquel obrador y en otros por parroquiiana ordinaria, y me prometieron dar a mí que hilar sin llevar padrinos ni intercesores, ni más fiadores que mi persona y mi cara.

Andados unos pocos de días, les dije a las tres parcas:

-Madres, vosotras no os podéis menear, porque una de vosotras es tullida, otra gotosa y otra coja, y mientras vais y venís en casa del cardador a pedir y traer la lana que habéis de hilar, perdéis de hilar cada una tres libras y de salud cuatro, porque la congoja que os causa la prisa de tornar a vuestra tarea, os acaba, y es lástima, madres, trocar la vida por lana de ovejas. Mejor será que vais hoy conmigo todas tres al obrador del maeso y digáis que a mí me entreguen en vuestro nombre toda la lana que vosotras y yo hubiéremos de hilar, que yo daré de todo muy buena cuenta. A vosotras os está bien y a mí no mal. La paga que de vosotras quiero, sea vuestro gusto, y si le ponéis en el mío, digo que no quiero de cada una de vosotras más que un cuarto por ir y venir cargada, que son tres cuartos entre todas, ¡quemado sea tal barato! Y, para decir verdad, lo que más me mueve es la lástima que os tengo.

Las viejas entraron en acuerdo sobre la concesión destos millones -que para ellas lo eran-, y aunque las demás decían que bastaban tres maravedís, mi vieja, como era la bruja mayor de el hato, las hizo acetar el partido. Celebrado este contrato de mancomún, se fueron conmigo y me abonaron con el maeso y maesos, de lo cual se holgaron no poco los lanudos, viendo que ahorran de tan malas caras y que el truco era tan bueno. Con esto, entablé yo mi juego como se podía desear.

¿Pensarás que pretendía yo hilar esta lana? Mejor me trasquilen, que yo tal quise ni hice. Yo te diré lo que hacía. Yo traía la lana y encargaba a las vecinas que la hilasen delgada, igual, lasa y a provecho. Cobraba el hilado, tornábalo, y dábame el dinero.

Dirás ahora:

-¿Pues esa es la famosa traza que Justina tanto cacareó? ¿Pues qué ganaba Justina en trajinar cada día treinta o cuarenta libras de lana? ¿Negros doce maravedís? ¡Gran cosa! Antes parece que era perder tiempo y servir de balde, y ser como el sastre del Campillo y la costurera de Miera, que el uno ponía manos y hilo, y la otra trabajo y seda.

Advierte, y no te engañes, que si no miras más de a cómo lo he contado, es como caso de conciencia en materia de restitución puesto por boca del mismo mercader interesado, que lo afeita de manera que, si encuentra un nuevo teólogo buscadero, de los de a ciento en carga, no sólo le tumbará, pero harále parecer que un promontorio de injusticia es monte de piedad, y una manifiesta usura es una variedad heroica.

Sábetete que, en esto de pedir yo la lana y traerla y llevarla por mi mano, tenía yo muchas e infinitas ganancias que yo había aprendido de hilanderas famosas, que, si como me enseñaron a hilar lana, me enseñaran a enhilar rosarios, ellas me aprovecharan más y yo me engañara menos. Pero ya ves que hago alarde de mis males, no a lo devoto, por no espantar la caza, sino a lo gracioso, por ver si puedo hacer buena pescadora.

Al punto que yo llegaba en casa del maeso, los cardadores, desvalidos y a porfía, se levantaban a tomar el peso y pesas para pesarme las libras de lana que se me habían de dar para llevar, como colectora y agente de mis viejas, para que hilasen. Y entonces, ora por descuido del que pesaba -que atendía más a verme que a poner el peso y pesas en razón-, ora por hacerme placer y obligarme, ora por mi ruego, ora porque yo daba al peso un pasagonzalo a lo disimulado, me solían dar dos o tres onzas y a veces un cuarterón de más. Vean, pues, en treinta o cuarenta libras, otros tantos cuarterones de más que me daban y otros tantos de menos que yo tornaba, confiada en que las mismas diligencias me habían de valer, si era una mina, ¡y sin hilar una mota! Demás desto, yo ponía la lana hilada en parte húmeda, y como la lana cogía humedad, pesaba mucho más, que la lana coge cuantos licores se le juntan, y por eso fue jeroglífico de la niñez y del mal acompañado.

¡Hola amigo, avisón!, que por eso te hago avanzo de mis pasadas travesuras, que para sólo decirlas, bien excusado fuera el hacerme yo escritora.

Vino, pues, a ser que no había día en el cual con faltas y sobras no me quedasen borras tres, cuatro, cinco libras de lana hilada en mi casa, porque la cuenta que yo pedía a las viejas era estrecha, más que pulgarejo de liendre, y la que yo daba más ancha que calle de corte. Vendía cada libra de lana por tres, cuatro o cinco reales, y a veces por siete, según era, y para abonar más mi hecho y mi persona y asegurar mi juego, di en una cosa, y fue que compré a una moza de un tejedor gran cantidad de tamo y motas de jerga, y no me costó muy caro, que por un pedazo de pan me lo dio la triste, que diz que en su casa rodaba tanto el pan, que no lo podía alcanzar, si no era con las alas del corazón. Deste tamo y motas llevaba con cada libra de hilaza un poquito, mostrándome tan fiel que hasta el tamo y motas tornaba, y este punto fue el que me acreditó tanto, que por la fidelidad de las motas, me llamaban en todos los obradores la Marquesa de las Motas.

Vine a tener opinión de tan buena y tan fiel y aprovechada hilandera, que en teniendo un cardador un paño regalado o prisa de hacer algún surtimiento, me llevaban a casa la hilaza. Verdad es que nunca recibí hacienda que de esta suerte me trajesen, porque libras enaviadas por mano de maeso y pesadas en mi ausencia, venían pesadas muy a lo justo, y por eso no las quería yo recibir, porque no había lugar de hacer mangas de lana.

Lo que les decía era:

-Señor, torne esa lana a su casa, que yo no quiero hacienda sorda, sino delante de testigos, que acaecen muchas desgracias por recibir las mujeres lana en secreto, y debajo de los pies le salen a una mujer embarazos.

Tornábanla, y después iba yo a ventura de que los oficiales y mi ventura y mis diligencias me valiesen.

Con este tratillo muerto vine a revivir y juntar muy buenos reales, con que hice mis negocios, pasando como marquesa, y de lo restante, compré una borrica que me costó veinte ducados, que las borricas de aquella tierra andan muy subidas. Esta di a comisión a un aguador por un real y de comer cada día, y él sacó en condición que las fiestas gozase de los alquileres de trajinar dueñas honradas. Y corríasele el oficio, porque había entonces en aquel pueblo unas doncellas amovibles y algunas viudas de oropel y cierta camarada de mujeres que parecían de casta de nabos, que para no se esturar, es necesario revolverlos y menear la olla.

APROVECHAMIENTO

En las hilanderas hay muchas marañas y embustes para hurtar lo que se les encarga, y deben restituirlo, porque en tanta cantidad de menudos, vienen a defraudar notablemente.

Capítulo Tercero

DE LA VIEJA MORISCA

CANCIÓN MAYOR

¡Que no viera yo un barbero acaso,
O siquiera un albeítar no se hallara,
Que con ballestilla o mano de mortero,
De la vena poética sangrara
Un triste rozayerbas del Parnaso!
¿No basta media vez decir no quiero,
Sino que a fuer de fuero,
Me pidas, Musa mía,

Que con mi talante
Los hechos de una vieja en verso cante?
Que doña Lucía,
Si no una parca, una arpía en el alma y gesto,
Vaya en prosa, que de verso sobra aquesto.

Así como los caudalosos ríos se van ufanamente gallardeando por junto a las márgenes de la tierra, sustentando un paso grave y entonado, usando de sus hinchadas olas como de brazos para ir poniéndolos sobre las cabezas de las tiernas plantas que a uno y otro lado le acompañan, llevando un ruido majestadoso y autorizado, pero en entrando en la corte de la mar, en presencia del emperador Neptuno, enmudecen y se esconden, sin dar más muestras de autoridad que si se hubieran convertido en terrestre limo o polvo seco y menudo, así yo, la que entre estudiantes, galfarros, barberos, mesoneras, bigornios, pisaverdes, mostré mi entono, sin poder alguno medir conmigo lanzas iguales, reconociéndome todos superioridad, dando a la excelencia de mi ingenio título de grandioso, ahora que entré a competir con el mar de una morisca vieja, hechicera, experta, bisabuela de Celestina, me verás rendir mi entono y humillar mi no domada cerviz, sin más ruido ni semejanza de quien fui que si nunca fuera.

Esta vieja, en cuya casa posaba, era advenediza, natural de Andújar. No dudo sino que me recibió de buena gana en su posada por parecerle que era yo algo a propósito para enseñarme el arte, ca es muy propio de herejes y de brujos desear herederos de su profesión. Son como los bubosos, que quieren beber por todos los vasos porque hereden todos sus bubas. Ella era morisca inconquistada, y aún tengo por cierto que sabía mejor el Alcorán que el Padrenuestro, y viéraselo un niño, no sólo en la lengua, pero en las obras, de las cuales diré algo, no para escandalizar al lector, sino para que fíe poco de viejas ruines que parecen rezaderas y ejemplares y no relucen sino al candil del diablo, y para que te guardes de tales.

Yo creo en Dios, pero que ella creía en él, créalo otro. Cuando se persinaba, no hacía cruces, sino tres mamonas en la cara, como quien espanta niños, y cuando llegaba al pecho, hacía un garabato y dábase un golpecito con el dedo pulgar en el estómago. Entiende por allá el presignum.

Si la quería enmendar, respondía:

-No querer máx persino, que no ser santiguadera.

Preguntábala si sabía el Ave María.

Respondía:

-Ben saber Almería, e Serra de Gata e todo.

En las cuatro oraciones decía más herejías que palabras, que por no hacer agravio a tan santas oraciones, no quiero conquistar la risa con trabucos de necedades y aun blasfemias.

Preguntábala por qué no se había casado ni quería casar.

Respondía:

-No haber marido bueno si no ser morisco.

casarse con quien la hiciese ser christiana.

No niego que pueda haber y haya muchos moriscos buenos christianos, mas cosa notable es que los más no quieran casarse con christianos viejos. Quién duda sino que dan sospecha, de que quiero callar, por no me acordar del cuento del que castigaron, y yo conocí, que antes que bautizasen un hijo o él hiciese alguna apariencia de christiano, decía.

-Perdonar, Mahoma, que no poder más, so pena de caraña.

En lo que toca a ir esta mujer a misa, era hablar en cosas excusadas. Una sola vez la vi ir a misa, y mientras estaban alzando, se echó de hinojos sobre la tierra, y todo el más resto de la misa estuvo tosiendo, con ser la mujer más enjuta y avellanada que en mi vida vi, y tanto, que jamás, sino entonces, la vi toser.

¡Maldita sea persona que de cuantas veces Dios nos visita con sus bienes, no va a visitar a Dios en su casa! Pero si yo se lo decía, cumplía con trómposelas. Veis aquí un clavo para la herradura.

Y ahora me acuerdo que un día, tratando ella y yo de la obligación que todos teníamos a la Iglesia y a los señores curas, que son nuestros pastores.

-Sí, hija, que el primer medio real que yo gano cada año lo guardo para el cura.

Yo que pensé que tenía devoción de dar aquel medio real al cura para aceite de la lámpara o para la fábrica de la iglesia, o por otra cualque devoción, y no era sino que ella pensaba que todo el toque de la confesión y de los misterios de la Iglesia consistía en pagar el medio real, y que con eso se acababan cuentos. Nunca vi tal vieja.

De la gente en procesión se espantaba y huía, y cuando había truenos, se salía a la calle. Si pasaba el Sacramento, luego tenía en qué entender en algún retrete, y si había un ahorcado, se descervigaba por mirarlo, y hasta perderle de vista, le hacía ventana, que era pura para dama de ahorcados. El día que los había era el día de sus placeres, y, con ser coja, todos aquellos tres días siguientes no cojeaba, antes con gran prisa salía todas aquellas tres noches de casa. Lo cierto era que no iba a rezar por ellos, sino que la primer noche traía los dientes que podía, la segunda de la soga y la tercera hacía conjuros al pie de la horca. ¡Qué demonio! Dábala osadía el diablo, que es el maeso destas obras. Era cosa particular el agua que gastaba en lavatorios y cocimientos. Malditas sean personas que tan sin gusto, ni honra, ni provecho se dejan engañar del diablo. Siempre yo entendí della que era bruja, y no me engañaba, porque ella hacía unos unguentos y unos ensalmos, que no era posible ser otra cosa.

Si no me tuviera Dios de su mano, yo hubiera caído en tentación de rogarla que, pues sabía tanto de nigromancia, me resucitase a mi padre, según y de la manera que la hechicera de Saúl le resucitó a Samuel, o al diablo por él. Y a fe, que si a mi padre resucitara, le había de preguntar que quién libraba peor en el infierno, porque me han dicho que los que más carena llevan son los malos escribanos, y otros, que los letrados injustos, y otros hablan diversamente. Pardiez, yo sospeché que me dijera que ni unos ni otros, sino los confesores absolvedores destes, pues sin celo de gusto ni intereses los absuelven, como ignorantes. Mas no quiera Dios que yo pidiera que a mi ruego se pusiese en cerco al diablo, que es gran pecado, porque, en buen romance, es tener al diablo por amigo y con marchán.

Ella bien me quisiera enseñar el oficio por pegarme la sarna, y aun si yo quisiera aprovecharme de cosas que ella me decía, bien supiera yo en una noche coger sangre para hacer morcillas. Pero no quise, lo principal, por temor de Dios, y lo segundo, porque siempre fui enemiga de oficios que se hacen medio durmiendo como este de la brujería, en el cual por la mayor parte -como yo vía- las brujas se quedan amodorradas de sueño, y lo que en sueños hacen les persuade el diablo que es de veras, con unos enredos que, si los hubiera de contar como ella me los refirió, nunca acabara.

Bueno es saber de todo, no para usarlo, ni aun para saberlo, sino porque ya que se sabe, sirva de defenderse una persona de bellacas brujas sanguijuelas, que así llamaron los antiguos a las lamias, brujas y megas. Y advierto que es cosa de risa pensar que es cosa de importancia, ruda, ni salvia, ni otras destas cosas sólo naturales, pues no pueden impedir que el demonio chupe la sangre y se la dé a las brujas. Lo que es de más importancia es, sobre todo, rezar; lo segundo, traer el Evangelio de San Juan escrito, y lo tercero, bendiciones santas.

Y así decía esta bruja:

-¡Ay, hija! Las matronas (que así llamaba a las brujas), las matronas no temen ruda ni salvia, poleo ni yerbabuena, sino conjuros de abad.

Llamaba la vieja conjuros de abad a las santas oraciones que nosotros reverenciamos.

Con todo eso, por el bien que me hacía, estaba con ella en paz, no siendo jamás fautora de sus ensayos.

No denuncié della porque, como ignorante, se me escapó la obligación que yo tenía de decirlo a los señores inquisidores, y si la hice bien, fue por la natural obligación que tiene cada cual a querer bien a quien le hace bien.

Estábamos como madre y hija, y aunque me quería bien la diablo de la vieja, con todo eso, ni por amores que la decía, ni servicios que la hacía, jamás pude conquistar la bolsa, porque cuando yo pensaba la cosa, ya ella iba dos leguas adelante.

Eran sus mañas, enredos y ardidés tantos y tan disimulados, que me hizo caer en la cuenta de una cosa que leí y dudaba sin atinar salida. Leí que en el templo de Arcadia dibujaron al dios Júpiter de la estatura de un gran gigante que tenía los pies sobre una tinaja vuelta boca abajo, y hacia la parte de la tierra, una vieja chica y fea. Significaban en esto que Dios tiene debajo de sus pies la luna del cielo y el terreno mundo, y el jeroglífico se concierta desta suerte: por la tinaja entendían la luna, porque ésta preside el agua, significada por la tinaja; y por la vieja entendían el mundo, porque los engaños y embustes del mundo no pueden tener mejor imagen y dibujo que una vieja hechicera.

También entonces entendí un refrán que dice: «La águila enseña a vivir sin mengua», y creo quiere decir que como el águila cuando se remoja se despide de ser vieja, puédesse decir que cuanto más desecha la vejez, desecha menguas que están avinculadas al estado de la senectud femenina, a lo menos, cuanto a la significación jeroglífica.

Confieso que me acobardó tanto su ingenio, que ya, aunque dejara el arca del dinero abierta, no me atreviera a hacerle de menos un comino, antes hiciera como el Draque, que cuando vio las puertas de La Coruña abiertas, huyó y temió, pensando que era ardid. Pero, ¿quién diablos se ha de atrever a una bruja, que es el diablo el reñidor de sus pendencias?

APROVECHAMIENTO

Mujeres viejas que son indevotas dan indicio que son un abismo de mil miserias y hechicerías.

Capítulo Cuarto

DE LA HEREDERA INSERTA

OCTAVAS DE ARTE MAYOR ANTIGUA

Cual suele la tierra con agua amasarse
Y como el rocío sin sentir descende,
Como suele el aire por lo hendido entrarse
Y como a lo sordo el luego se prende,
Cual suelen las plantas en tierra entrañarse,
Cual yedra que en canto y en un muro prende

Y cual corderito que al pecho se pega,
Y cual sanguijuela que la sangre allega.

Cual suele la planta por la sutil yenda
Juntarse con otra a quien se semeja,
De la misma suerte y sin que se entienda,
Justina, hecha nieta de la muerta vieja,
Se pega a la sangre, pecunia y hacienda.
Y sin tener gana, a gritos se queja;
En mañas y hacienda hereda a la muerta,
Por eso se llama la heredera inserta.

Un martes, a la noche, se levantó una gran tempestad de truenos, relámpagos, aires, lluvia y turbiones que ponían grima, Yo encendí una vela bendita y púseme a rezar. La vieja fuese a otro aposento, y pensé que se iba a acostar, porque ella no temía nada destos embarazos.

Como dormía con luz por defuera y miedo por de dentro, no pude enristrar el sueño, ni aun pude acabar con mi fiel corazón que dejase de dar aldabadas a la puerta de mi imaginación, el cual, por instantes, las daba a las puertas de mi alma para que recordase y escudriñase lo que pasaba.

Levantéme y vestíme, y fui al aposento de la vieja por salir de la inquietud que me atormentaba sin saber la causa. No hube bien entrado, cuando veo mi vieja papo arriba, como trucha amorguada, que estaba muy en sana paz dando la última bocada. Verdaderamente, confieso que en verla muerta perdí algún tanto del miedo que tenía de los relámpagos y truenos, porque saqué por mi cuenta que, según ella había muerto y aun vivido sin rastro de arrepentimiento, sin duda los diablos hacían fiestas por la muerte de aquella su amiga, y que los relámpagos eran cohetes y los truenos atabales, a fin de festejar la entrada de la diablesa.

Yo, como vi que la vieja había dado en esta flaqueza y que tan sin ruido había hecho finiquito, comencé a ensanchar el corazón y mirar la casa con ojos señoriles, y tras esto, comencé a hacer libro nuevo y trazar una buena vida tras una tan mala muerte; y presto tracé cuanto me convenía.

Lo primero, yo la amortajé sin asco de mal olor, porque estaba la vieja avellanada y enjuta que era un contento, y porque no se le antojase hacer alguna travesura, la até pies y manos a osadas, y aun así como estaba, temía que en cogiéndola el menor real, me había de espantar, como el Cid al judigüelo que le tiró de la barba estando muerto. No lo digo por la semejanza que con el Cid tenía en lo bueno, sino por la que yo tenía con el judigüelo. Tras esto, voy derecha a la cámara benedicta donde tenía la pecunia. Fui cargada de llaves, y probando una y otra, abrí un cofrecillo barreteado y en él hallé -gloria es el decirlo y regocijo el mentarlo- envueltos cincuenta doblones de a cuatro, con lo cual pude hacer doblar por ella, pues ella doblaba por mí. Como hacían poco volumen, metí parte dello en las zapatillas y entre soletas de las calzas, parte de la faja de grana que traía junto al cuerpo; y como algunos cayeron junto al corazón y el oro es confortativo, tuve un ánimo invencible, tanto, que estuve sin comer ni beber hasta que eché la vieja de casa y la di eclesiástica sepultura como si fuera cristiana.

Púseme un luto muy de gobierno, para lo cual me vestí una saya negra de la misma vieja, y de unos griñones que tenía para vender, corté asaz una toca de luto muy honrosa, que del pan de mi comadre nunca fui escasa. Bajé al portal, puse dos o tres sillas de costillas en hilera, abroqué los tornos y arrimélos como quien arrastra banderas y voltea arcabuces y destempla añafiles y atambores en entierro de capitán general. Llamé al sacristán que me pusiese el

cuerpo en un féretro. Concerté a destajo todo el entierro y oficios, lo menos costoso que pude, diciéndole que mi abuela era pobre y que la comodidad que me hiciese lo pagaría en oraciones.

Él me dijo:

-Por cierto, señora, cuando más razón no hubiera que haber criado a v. m. su abuela con tanto recogimiento, que la primera vez que a v. m. la veo es ésta, bastara a creer que era una santa y que debo hacer cortesía.

Preguntóme que cómo no me vía él en misa. Yo le respondí que siempre me hacía mi abuela oír misa de alba, porque no me viese nadie y porque no tenía manto.

Él respondió:

-Pobre y honesta.

No le dije que había muerto sin sacramentos, sino que ella, por su pie, el día antes había confesado y comulgado, y aun dicho:

-Hija, ten cuenta conmigo, que mañana pienso ver a Dios.

Entonces el sacristán comenzó a decir a voces:

-¡Profeta, profeta!

Y fue a besarle el pie.

Yo le dejé besar, porque nunca fui amiga de desembotar a nadie. Llamé algunas vecinas, y todas decían que para ser una santa no había tenido otra falta sino haber sido desconversable. No me dio poco gusto este conque, porque con él me persuadí que era fácil persuadirles lo que les era difícil de averiguar, conviene a saber: que yo era nieta de la difunta y traída sólo para heredera. A las vecinas no les iba nada, y así me creyeron, de modo que me sobraban testigos para probar cuanto quisiera.

Tuvo soplo la justicia de la repentina muerte de la morisca y mandó a un alguacil viniese a hacer la diligencia y depósito, en el ínterin que parecía el heredero, según los derechos disponen. Entró el alguacil, pero yo no me turbé, y de propósito no le quise decir cosa alguna del ser yo nieta de la difunta, sino al descuido y como cosa asentada, entablé mi hecho. Y el modo fue que comencé a derramar unas lágrimas que enternecieran un Agamenón, cuantimás un alguacil, y con ellas en mí rostro, le dije:

-Mire, mi señor alguacil, mi desgracia, que se me murió esta bendita como un pájaro, confesada de ayer, como no han sabido mi mala suerte, no ha venido un ánima que me consuele, hasta ahora que vinieron estas señoras (Dios las dé salud) y v. m., a quien Dios prospere muchos años, como yo deseo. ¡Ay, mi señora abuela! ¡Ay, abuela mía! ¡Lumbre de los mis ojos! ¿Y qué haré yo sin vos? ¡Que me trujistes vos a vuestra casa para vuestro regalo después de haberos Dios llevado todos vuestros hijos y nietos, y sola yo he quedado para cubrir los vuestros ojos! ¡Mejor fuera que vos cubriéades los míos! ¡Ay, señor alguacil! ¡Mucho debo a Dios, que ya que a esta pobre la llevó Dios todos sus hijos y nietos, quedó sola esta triste nieta suya para cubrir sus ojos! ¡Que era ella una santa, un alma de paloma! ¿No es verdad, señoras vecinas, que era mi abuela una bendita?

Ellas respondieron todas juntas y a voz de uno:

-Sí, por cierto. No llore, señora, que su abuela está gozando de Dios.

Como el alguacil oyó todo lo que dije con inocencia, y que como cosa asentada me trataba como única nieta y heredera suya y que las vecinas decían lo mismo, no sólo no me embarazó la hacienda, pero dijo:

-Pues, ¿qué me traen engañado, supuesto que esta pobre doncella es la heredera?

Yo entonces, por asegurar más el caso, me volví al alguacil y díjele:

-¿Heredera yo, señor alguacil? ¡Negra herencia de cuatro trapos! ¡No me dé Dios salud si hay en mi casa un real en cuartos ni en plata con que enterrarla, sino vendo estos tornos y cachibaches! (Y decía verdad, que yo no tenía suyo real en plata ninguno, porque todo estaba en oro y no había plata ni cuartos).

Con esto se compadeció de mí el alguacil tanto, que para darme limosna echó el altabaque y sacó treinta reales. Maldita la blanca él puso de su bolsa, sino la diligencia sola, pero hartó fue para un alguacil.

Una cosa juraré yo, y es que si él entendiera lo de la morralla de la morisca, nunca él me creyera tan presto lo del abolorio. Pero la poca esperanza avivó su fe, en especial que mis tretas y eficacia en el hablar dio la vida al negocio, y tanto mayor, cuanto menor era mi miedo. Ca atento que la vieja era muerta, no tenía recelo alguno de que pudiese en el mundo haber quien me alcanzase en marañas. Con esto, me entregué en el cuerpo y aun en el alma de la hacienda y hice y deshice como quise en todo y por todo.

Ya eché mi viejecita en la fuesa lo más honrada y prestamente que yo pude, y a fe que me costó la burla buenos cinco ducados, pero guarde Dios al alguacil y buenas gentes que lo socorrieron.

Casi estoy por decir que aunque se ofrecieron algunas cosas de disgusto en este entierro, ninguna sentí tanto como el interrumpir la ganancia de las libretas, porque cree que cuando una codizuela va llevando rauda y corriente, da notable pena el ver que se perturba y que, por perturbarse, no hay dinero fresco cada día. Pero en fin, si duelos con pan son buenos, con dineros son rebuenos. Digo mi simplicidad, que para abonar mi atrevimiento y el meterme tan sin escrúpulo en la herencia, no tuve para conmigo otra excusa sino sólo el parecerme que aquella bruja -después del cabrón- me quería más a mí que a nadie. Otre necedad: no la dije misas, por parecerme que no la podía hacer mayor pesar que ofrecerle en muerte lo que tanto aborreció en vida. Otra simpleza: parecióme que si ella muriera con su lengua, mandara aquella hacienda a algún mal morisco, lo cual fuera como quien lleva armas a infieles, y, por tanto, me pareció a mí que era mejor ahorrar destes inconvenientes a España y meter en ella paz bien pagada y mejor merecida. Por esta causa, me pareció en el pleito de propiedad y herencia sentenciar en mi favor en vista y revista, y me hice poseedora inquilina, como dicen los escribanos. Lo que hay de culpa, Dios lo perdone; lo que hay de donaire, el lector lo goce.

¡No encontrara yo otras ochenta mil viejas como esta cada día, para que tan sin contrapeso me hicieran bien! Aunque mal digo sin contrapeso. Uno tuve muy a mi despecho, y fue que antes del entierro, y en el entierro, y después del entierro, me vi necesitada de echar algunos lagrimonatos mal maduros que me daban gran fastidio, porque llorar una persona sin gana, cree que sólo se puede hacer en dos casos: el primero, que sea mujer, y el segundo, cuando ve

el interés al ojo. Particularmente cree que forcejar a llorar a una mujer que le estaban retozando en el cuerpo cincuenta doblones de a cuatro, ya ves qué trabajo sería. Casi parece tan grande como la colisión del retozo de las dos hijas de Silva, que forcejaban en el vientre de su madre sobre cuál saldría primero. De verdad te digo que sólo por haber vencido el torrente del alegría y forzado el alma a llorar en ocasión tan sin ocasión, merecí los docientos ducados, porque te doy mi palabra que desde el día que mi padre me imprimió el jarro en las costillas, como viste arriba, hasta aquella presente hora, mis ojos no se habían desayunado de llorar, si no fueron aquellos dos sorbitos que lloré y pucheritos que hice en la jornada de Pero Grullo, que aun cuando mis hermanos pusieron en mi cara la verdadera señal de sus cinco dedos, no lloré, que soy muy ojienjuta.

No soy yo moza de los ojos cebolleros, como otras que traen la canal en la manga y las lágrimas en el seno, y en queriendo llover, ponen la canal y arrojan de golpe lágrimas más gordas que estiércol de pato. Allí eché de ver que el suelo de un pueblo hace mucha impresión en las condiciones y en el cuerpo, pues como Rioseco es y se llama seco, me pegó la sequedad a mis ojos y cerebro, o debo yo de ser sola la agraviada, pues otras le han hallado más húmedo para sí que yo le hallé para mí. Era gusto oírme las simplezas de niña inocente y tierna que yo decía en la iglesia, cuando, como tórtola cuitada, lloraba la muerte y ausencias de mi querida abuela. Daba gritos, y eran tan recios como si estuviera de parto, y tan altos, que no sé cómo no me subieron al cielo estrellado y me convirtieron en estrellas higadas y pluviales, como a las hermanas de Ícaro en la muerte y lloro de su loco hermano, que murió asado en el sol, cocido en el agua de las fervorosas lágrimas de sus hermanas. Debía de ser mejor hermano que los míos, pues le lloraban tanto, o debían de ser tan locas como él, que pretendió con caballos de cera vencer a los del poderoso Phaetón.

Con estas ceremonias y lloros, eché el sello y confirmé la opinión de ser mi abuela y aseguré mi herencia, que bien pienso yo que cuanto ha que hay lloraderas en el mundo -sean precisas, sean voluntarias, sean alquiladas, sean insertas-, no ha habido lloradora más bien pagada que Justina.

APROVECHAMIENTO

Nota las falsas lágrimas de una mujer, las astucias de una doncella, la codicia de una mozuela, sus embustes y mentiras, y todo te sirva de escarmiento y de aviso.

CAPÍTULO QUINTO

DEL SACRISTÁN IMPORTUNO

SEGUIDILLA CORTADA

Señor sacristán, vay con el dia-
Que no quiero honras que cuestan ca-

Ya que la gente, después del entierro, me trajo a mi casa y tuve segura posesión del arca del tesoro y del tesoro del arca, paseé la casa toda muy bien y vi el mueble, que era poco, pero no malo. Verdad es que los vestidos estaban más a propósito para sacar dellos polilla que dinero.

Estando mirandolo que en casa había, llamó a la puerta el sacristán, que era una sal; digo en el color, que en la gracia era una salmuera. Lindo talle para trasgo. El sacristán más

asacristanado que comí en toda mi vida. Era lego, soltero y bien soltero, aunque a los principios no se atrevió a soltar. Venía el bueno del hombre por el dinero del entierro, que eran cinco ducados, en honor y reverencia de los cinco sentidos corporales. Hablome con tres mil retruecanos y cortesías, dicho todo con una manera de angustia, que entendí que era segundo mortuorio a humo muerto. En resolución, él me dijo que entonces no quería más de un ducado y que poco a poco le iría pagando lo demás, que quería cobrar en tres tercios la deuda.

Yo le dije:

-Señor, la limosna de la sepultura no es alquiler de casa, que se paga a enviones, ni quiero dares ni tomares con sacristanes. No quiero censos de quita y pon con gente eclesiástica que anda cada día entre la cruz y el agua bendita. Ve aquí todo su dinero y váyase con la paz de Christo.

Él entonces, por complacerme, me dijo que si a mí me parecía, que él quería hacerme alguna baja.

Yo le dije:

-Señor sacristán, ni quiero que me haga baja ni quita. Tome su dinero y déjeme con mí sosiego. A cada cual haga Dios bien con lo que es suyo. V. m. no tiene otra renta sino su trabajo, y deste dinero lo menos es lo que a él le toca; no haga franquezas que le salgan al ojo.

No le dije a los ojos porque no tenía más que uno, y más que era el del cañón el que le faltaba.

Estuvo el sacristán bien importuno, y para mí lo era más, y en la presente sazón mucho más, porque me comían los pies por tornar a acabar de hacer escolta y visita general de las preseas que la vieja había dejado, y se fue haciendo más reverencias que hay en un convento de frailes.

Esotro día tornó tan sin vergüenza como si yo le hubiera pedido por amor de un santo que me viese. Díjome mil principios de cosas, y si alguna siguió, fue decir:

-Señora, véngola a preguntar si ha de hacer honras a su abuela.

Yo, entonces, hice el ademán del piojoso y, concomiéndome toda, le dije:

-¿Y de qué, señor sacristán? Las mayores honras que v. m. y yo la podemos hacer a mi honrada abuela es no hablar juntos, que yo sé della que disgusta mucho que yo hable con sacristanes. Eso de honras guárdese para los caballeros y ricos, que yo no tengo sino tres sillas y dos tornos, un jarrillo, un cántaro y dos cestos, y una triste ropa de cama y un vestido roto. ¡Mire si terné bien que hacer para ganar para pagar el entierro, cuanto y más hacer honras!

A él le pareció que era este buen pie para tomar la mano en proseguir su intento y hacer su oferta, y hízomela de hacer las honras a su costa y pensión; mas, por la cuenta, quería honrar a mi abuela en la iglesia y deshonorarla en su casa.

Yo, que le entendí la honorífica, le dije:

-¡Tate, señor sacristán! ¡Honrados días viva, que así me quiere cargar de honra! Yo se lo tengo a merced. Honra, el rey tiene harta, descuide de eso. Y, por hablar más claro, dígame,

señor honrador, ¿era él el que estimaba tanto la santidad? ¿Era él el que canonizó a mi abuela por profeta? ¿Eran estas las profecías? Pues crea que no se cumplirán en mis días. ¿Era él el que alababa la honestidad con que me crió mi abuela? Sola una excusa tiene, y es que así como lo que el león toca con la boca no queda de provecho, así castidad alabada de su boca no queda a su parecer sino para echar a mal. Diga, pensadero, ¿en qué pensaba cuando dio en pensar que a dos días muerta mi abuela he de perder lo que he ganado por espacio de tantos días?

No hay enamorado que no sea loco y confiado. Este pensó que yo le dilataba con esto la cura, y que decirle que mi abuela había solos dos días que era muerta, era darle póliza con plazos y esperanza para el tiempo de por venir. No me salió el sueño del perro. Dicho y visto No me cato, cuando desde allí a otros veinte días tornó con la misma demanda, tomando por terna el preguntarme si quería hacer el cabo de año de mi abuela. Aquí ya perdí pie para no hablar en copla, sino en el estilo de ambausán.

Díjele:

-Señor don besugo estrujado, no me enfade, que el día que enterré a mi abuela, acabé con sacristanes para todos los días de mi vida, y crea que un sacristán a media legua me huele a requiliternam y a neque especias, lo cual para un vivo tan ruin y pecador como yo es peor que regüeldo de descasado. ¿Adónde o en qué calendario halló que en veinte días se acaba el año, para venirme a acabar la vida sobre que haga cabos de años? Digo, que cuando el sol tornare atrás y concluyere su curso en los veinte días dentro de los cuales dice que es cabo de año, entonces daré a sus porfías cabo. Y no es poco decirle esto, que aunque sé que es imposible la condición, con todo eso, por pensar que pensará que le prometo algo, me animo a mucho, y avísale no me atraviese los umbrales, porque mi abuela me dejó casi concertada en Mansilla con un hidalgo honrado que tiene ya mi honra por su cuenta, y si viene y sabe que aquí entra a ofrecerme esas honras, crea que el menor pedazo será la oreja. Y mire lo que ha hecho en solos tres días que aquí ha venido, que por conservar mi honor, me es forzoso irme a Mansilla, y de hecho lo haré, que ya lo he dicho a mis vecinas y me aconsejan que lo haga.

Con esto, el sacristán voló, despedido de honras y provechos de cabo de año y de todos sus intentos. ¡Cuál iría su ánima!

APROVECHAMIENTO

Un loco amor lo menos que acarrea es deshonor.

Capítulo Sexto

DE LA PARTIDA DE RIOSECO

SÉPTIMAS DE PIES CORTADOS

Cual mercader codicio-
Que de Indias viene ri-
Cuya galera o navi-
Trae el dulce viento en po-
Ni más ni menos, Justi-

Rica, ligera y gozo-
De Rioseco va a Mansi-

Entre la hacienda que había en casa, encontré dos obligaciones: una, contra una morisca muerta, y otra contra otra viva, la cual yo conocía y aun la temía, porque ésta sabía muy bien que yo no era nieta de la vieja, sino que todo era trama, y para que no me descubriese, usé de este ardid.

Yo le dije:

-Hermana, veis aquí una obligación de seis mil maravedís que debéis a mi abuela. Ella me la dio y entregó para que cobrase de vos, pero creed que yo no os he de dar pena, porque espero que me haréis merced en otras cosas.

La morisca era astuta y entendióme, y hízose esta cuenta: si yo descubro que esta no es heredera, entrará la justicia en la hacienda, y ella, por vengarse, descubrirá lo de mi obligación para que de mí cobren el dinero, y por tanto me perderé, y si callo, no me hablará palabra. Visto esto, determinó callar, y calló más que una muerta, y yo callé porque ambas teníamos buen callar.

De los herederos de la otra morisca también pudiera yo cobrar, que abonados eran, mas no quise, porque no me pusiesen alguna objeción con que lo borrásemos todo, que esto de cobrar deudas es busca ruidos y descubre verdades.

A este propósito, dice la fábula que la paloma prestó al sapo, en prendas de la cola, la castidad, y que el sapo no teniendo de qué pagar y aun enfadado de verse tan casto, pidió a la diosa Venus le convirtiese en paloma. Ella lo hizo, pero por si el sapo se entonase, sacó dél un retrato y escondióle en las aguas del Danubio, para cuando se entonase, darle en los ojos con el retrato de quién fue, y que la confusión de ver quién fue y quién era le hiciese acortar de presunción. La paloma, viendo al sapo tan paloma como ella, pidióle su deuda y que le daría su prenda. Hubieron palabras en que vino a decir el sapo a la paloma que era tan bueno y mejor que ella. La paloma, corrida, quejóse a su madre natural, Venus, que la vengase de aquel agravio.

Ella e dijo:

-Anda, hija, y busca en las aguas el retrato del sapo, y con esto le convencerás para que torne la castidad que le prestaste, que poniéndole delante su figura, se acordará de lo que no tuvo y lo que tiene.

Fue la paloma y, como es torpe, jamás pudo descubrir el retrato, pero siempre iba y venía a buscarle, y de allí le quedó a la paloma que nunca cesa de andar solícita mirando y remirando el agua, por si halla allí el retrato del sapo para que le torne su castidad y aun su honra, lo cual ha sido causa que muchos cazadores maten palomas embebidas en mirar las aguas.

Veán aquí en qué para pedir deudas: en no cobrarlas y recibir afrenta, pues el sapo, tras no volver a la paloma su castidad, la dijo injurias y puso a pique de que el cazador la mate. Por eso no quise yo ser paloma en pedir deudas al sapo.

Bien creerás que con tan buena ayuda de costa concluiría bien mi pleito y sacaría sentencia en mi favor. Así fue, y tan favorable, que sólo mi generoso gusto pudiera hacer tal efecto, que, como dice el refrán, trae la bolsa abierta y entrásete ha en ella la sentencia.

Concluso el pleito, hice la almoneda (el almoneda), afeitando primero todo el ajuar y emprensando la ropa de lino, y como se vendía en parte oscura, pasó como cuarto falso. Debióme esto de valer otros trecientos reales, sin ocho ducados que pagué, porque los debía la vieja del alquiler de la casa, y aun para éstos hice que me tomasen para en parte de pago unos cachibachos que no podía vender, requiriéndolos que yo me había de ir a servir a Mansilla forzada de mi pobreza y que no había otra cosa de qué pagar. Entre otras cosas, les hice tomar en pago una albarda vieja de mi burra en tanto precio como si fuera nueva, mas ellos se conformaron, diciendo:

La mala paga siquiera en pajas, cuanto más en albardas.

Partí de Rioseco a Mansilla en burra propia, con sentencia favorable y con trecientos ducados, poco menos. ¿Qué te faltaba, Justina, sino sarna? Vine cantando las tres ánades, madre. No dejaba de tener algún recelo de cuán mal recibida había de ser. Bien se me ofreció enviar delante de mí presentes a mis hermanos y algún recado amoroso, mas no era yo tan cuerda que imitase a otro mejor que yo, al que por gran temor de su hermano, yendo rico y poderoso, le envió presentes para que dádivas ablandasen peñas. Antes, me pareció como a necia que tanto me perdiera y diera nota de que había ganado mucho en poco tiempo, que es cosa de mucha nota en mozas cual yo era, y aun no pudiendo esconder que el burro era mío, dije que me le había encargado una vieja, la cual, cuando se murió, me dijo se le vendiese y se le hiciese decir de misas. Y fue donoso cuento, que cuando mis hermanos me preguntaron la primera vez lo del borrico, estaba delante un clérigo, y como me oyó decir que le había de vender para decir de misas, me salió a la parada ofreciéndose a decirlas a cuenta.

Mas yo le dije:

-No señor, que han de ser misas con diácono y sudíacono, y en su aldea no hay lugar para tanto.

Si esto no digo, cogido me había el cura.

Entré en mi casa, recibieronme, vivía, y aun a penas. Con todo eso, me temían, por ver que me había sabido valer tan bien de Rey y de Iglesia, pues traje carta de excomunió para los ladrones de fuera y ejecutoria contra los ladrones de adentro. En virtud de la sentencia, nombré un curador a mi gusto, que era un hombre de armas a quien yo conocía muy de atrás y a la sazón estaba conmigo muy adelante en voluntad, y no le nombré tanto por finezas de amor, cuanto porque para defender mi hacienda y persona tenía armas y dientes contra aquellos galeotes, mis hermanos, cuya cólera creció con el nuevo enfado de la sentencia favorable.

Este hombre de armas era viudo y estaba de asiento en Mansilla y posaba en la misma casa de mis hermanos, y aun la sustentaba, no de comida, sino de juego. La voluntad que yo le tenía era sana y sincera, aunque no poca, que verdaderamente las mujeres, si no nos pervierten, sabemos querer sin ofensa de Dios mucho tiempo, sino que no nos entienden, que nosotras somos como mariposas, que queríamos tratar el fuego sin quemarnos. Con esta lectura acudía a él en todas mis necesidades, y aunque el hombre me amparaba de merced, con todo eso, me pareció que me importaba buscar marido que le doliese mi hacienda y me amparase de justicia, por lo cual determiné mudar estado y meterme en la orden de matrimonio.

Algunas amigas mías me daban modos de devociones para casarme, mas viendo que eran muchas dellas de risa, las dejaba. Hallé por mi cuenta que son más las recetas de devoción para casarse, que las que hay para dolor de muelas. Acuérdomme que hice azotar a una mujer

porque me dijo que madrugase la mañana de San Juan al punto que alboreaba, y que cual fuese la primer cosa que viese, tal sería mi novio. Madrugué, y lo primero que vi fue un borrico que venía rozando. Esperé otro poco, y pasó un sacristán capón. ¡Tómame la esperanza para bien matrimoniar!

Dejéme de esto y di en hacer las romerías cosarias, que son ir a las más lejos, parte por alejarme de aquellos verdugos insertos en hermanos, parte por poder decir que el marido traído de lejos es precioso. Imité en esto a la tórtola, que cuando está descasada, se aleja de su nido y no vuelve a él hasta venir enmaridada.

Esto de encontrar con buen marido es como quien compra melones, que ni el hombre sabe si el melón que compra está maduro o verde, ni si es todo pepita o todo carne. Sólo dice que el melón ha de tener tres cualidades: pesado, escrito y oloroso. Y a esta cuenta, buen marido encontré yo, porque en lo que toca a escrito, no había otro más escrito en España, pues lo estaba en más de veinte compañías de soldados, y a las menos había servido, y aun la frente traía escrita con cuchilladas; pesado, no lo era poco; oloroso, tampoco lo era, que de ordinario traía una poma porque no le oliese mal una fuente, y le duró la poma hasta que un día la jugó al treinta y uno, mas no por eso dejó de oler, que como quedó pobre, olía a pícaro a cien pasos, que todo es olor, o bien o mal.

APROVECHAMIENTO

Pondera el gran descuido de tomar santas devociones para encaminar a Dios el matrimonio santo, por lo cual hoy día tienen los matrimonios fines tan aviesos y desgraciados.

LAUS DEO

LIBRO CUARTO

De la pícara novia

CAPÍTULO PRIMERO

DEL PRETENDIENTE TORNERO LLAMADO MAXIMINO

REDONDILLAS DE SOLOS DOS CONSONANTES, DE MANO DE JUSTINA

Un Maximino de Umenos,
Por ir de menos a más,
Quiso, ni poco menos,
Poseer en mí lo más.

Fingióme ser, cuando menos,
Mendoza, Guzmán y aun más,
Mas todo fue por demás,
Porque era un pelón y aun menos.

Yo le dije: no haya más,
Señor mínimo de menos,
Que ni tengo amor de más,
Ni tengo seso de menos.

Y no me torne aquí más,
Señor tornero; a lo menos,
Visite mi casa menos,
Si quiere no tener más.

Dijo Umenos: a lo menos,
No me quitarás jamás
Que te quiera mucho más,
Cuanto me quisieres menos,

Si así procedes de hoy más,
Tal es lo más cual lo menos,
Ruégote vamos a menos
Y no me envides más y más.

Ni mates, ni mueran más,
Que Dios nos hizo de menos,
Y aun es poco más o menos
Lo que va de más a más.

Y si es extremo tu más,
Y es otro extremo mi menos,
Estima menos tu más
Porque valga más mi menos.

Que aunque yo te viera en menos
Y me viera a mí en lo más,
En mi más tuviera menos
Porque entraras tú en lo más.

Sube un poco más mi menos,
Baja un poco más tu más,
Y con eso, desde hoy más
Umenos no será menos.

Porque siendo tú algo menos
Y yo también algo más,
Creceré yo tanto más
Cuanto tú fueres de menos.

Aquesto me dijo Umenos,
Y trecientas cosas más,
Y aunque nunca me amó menos,
Nunca yo le quise más.

Dos cosas hay en los pueblos pequeños que no se pueden esconder: almoneda y moza casadera. Y como me olieron a víspera de novia, iban y venían pretendientes como la vanagloria.

El primer pretendiente mío (a lo menos, de los primeros) fue uno tan faltoso de hacienda y traza cuan sobrado de amor y buen despejo, mocito espigado, barbiponiente, bermejuelo, pintojo, espadachín, no mal talle, sino que tenía la cabeza chica, que parecía porra de llaves, señal de poco seso, y la cara hoyosa de viruelas, tal que parecía molde de picar botas. Llamábase Maximino de Umenos, y aun era menos de lo que parecía. Este, después de haber hecho algunas demostraciones, no tan costosas como graciosas, pensando que mi casamiento era de casta de quínola, que se hace sin descarte, o de ñublado, que se hace en el aire, me dijo, como cosa hecha, sin arengas ni exordios:

-Señora Justísima, si v. m. me quiere por su criado de las puertas adentro, para almohazar su mula, ensillar su yegua, lavar sus paños, coser sus sayas, y para otros oficios a esta guisa, aquí estoy, hágase su voluntad. Créame que no soy perdido sino de amores, y no por todas, sino sólo por voarced, a quien quiero por mi esponja.

En parte me cayó en gracia el denuedo del hombre.

Díjeme que me dijese qué oficio tenía. Él titubeó algo acerca deste punto, pero como era descaradillo, limpióse de saliva y de vergüenza y díjome:

-Una alma conjurada no puede negar la verdad, y así sabrá v. m. que no tengo un oficio, sino muchos, y son más que los del libro de Tulio. Mis oficios tienen tiempos, como el ganado pastos. Yo, al verano, torneo; al invierno, pongo en orden lanzas, garrochones y rejones para hacer lo que se ha de hacer en su tiempo, y aderezo garrochas pavonadas para toros, y aun si tomo un caballo entre manos, no hay quien dé mejor cuenta dél que yo. Hidalgo como el gavilán, que soy Mendoza, Guzmán, Cabrera, y de ahí arriba cuanto mandare. Soy vizcaíno, alavés, linda res y mozo que no me duermo en las pajas.

En esto último, bien sabía yo que mentía, porque me constaba que maldito el colchón tenía en su cama, sino que dormía ras con ras sobre las pajas de un jergón, a causa de que el colchón le tenía empeñado en casa de un sastre que le hizo coletos, ropilla y valones para seguir su pretensión. Yo bien adiviné que este mocito no traía caudal para ser admitido a tálamo y que todo era fruslería, mas con todo eso, no le quise responder de repente porque no me sucediese lo que a la diosa Delio, que queriéndola por mujer el dios Apolo, le desechó por verle que venía mal vestido, y a la ligera. Él pasó de largo, y cuando ella vio que llevaba tras sí todo el ejército del cielo por criados, arrepentida, juró hacer de ciertos a ciertos tiempos un gran llanto y vestirse de luto, y de aquí provinieron los eclipses y diluvios de Delio, que es la luna.

, yo no quise desechar a este pretendiente, lo uno, por lo dicho, que debajo de sayal hay al; lo otro, porque es ignorancia de damas casaderas despedir un pretendiente hasta que pique otro. Es cordura que nunca esté vacío el puesto, que taberna sin gente, poco vende. Mas ya que acudieron al reclamo otros opositores de más suficiencia y partes, yo, que estaba informada de las pocas deste barbiponiente espadachín, le llamé y dije:

-Señor, yo he pensado en aquel negocio que v. m. me dijo el otro día, y creo que conforme a la relación que v. m. me hizo, me engañaba en la mitad del justo precio. De veras que cuando v. m. me dijo que era torneador en verano, entendí que ocupaba v. m. el tiempo del verano en torneos y justas, y parecíame bien, porque el tiempo del verano, en el cual la sangre se dilata y los miembros se desencogen, es acomodado para los ejercicios belicosos, y yo no estoy mal

con personas de esa profesión. Mas según soy informada, el tornear v. m. en verano es que v. m. es tornero, y en el verano tornea trompos para los muchachos. Y me han dicho que el poner v. m. en orden lanzas y garrochones, es que en invierno no tiene qué hacer sino aderezar estos instrumentos a quien se lo paga. Y lo de dar cuenta del caballo, según me han dicho, es que v. m., si se lo pagan, engorda los caballos con zanahoria, pan de linaza y aceituna, que dicho en buen romance, es que v. m. es tornero de niños, garrochero de bobos y almohacén de caballos. ¿Es así como lo digo y la fama lo canta?

El bueno del alavés, que tenía muy poquita vergüenza, se quitó su sombrero y dijo:

-Sí, señora, lo mismísimo, está vusted en lo cierto; véalo voarced si le arma el mozo.

Cuando esto oí, quisiera pelarle las cejas de puro enojo, mas templéme considerando que él hacía como discreto en buscar su remedio como mejor podía, y que yo era libre para hacer mi gusto, y por no perder ocasión ninguna que fuese dél, le comencé a dar un poco de vaya, y volviendo el rostro al sesgo como se usa entre matraquistas de la hampa, le comencé a decir veinte cosas.

-Sor tornasolado (le dije), dígame por vida de ese banco de botonera y por esas barbas de oropel, ¿no halló otro oficio que más me cuadrase que el de tornero veraniego? Pues ¿tan amiga le parece que soy de maridos que tengan oficio de a pie quedo y de siempre en casa? Pues ¿no ve que siendo tornero de dos de queso, en faltándome qué hacer, le enviara por cuernos al Rastro para que torneara tinteros para toda la vecindad? Dígame, ¿tantos toros pensaba correr, siendo mi marido, que se ofreció de aderezar lanzas y garrochones con que torearlos? Consuélese con que sabe poner en orden caballos, que para cuando haya de salir de semejantes ocasiones tan avergonzado como corrido, estarle ha bien, y saldrá encima de esos caballos. Una cosa le quiero preguntar, y respóndame, que yo le doy licencia que me hable: ¿Por qué en aquella relación que me hizo de sus oficios, calidades y partes, no me dijo en qué le podía yo ayudar en aquel oficio de torneador veraniego? No hube bien preguntado esto, cuando el mancebillete me respondió sin maldita la pepita:

-Sora mía, yo la diré a voarced de lo que me había de servir si matrimoniáramos los dos. Habíame de hacer cordeles de cerro y amolar las puntas a los clavos de trompos y peonzas, porque los muchachos dejaran toda la ganancia en casa.

Aquí confieso que me enoje en un si es no es, y me desprendí dos alfileres de la paciencia, y sin ellos y sin ella, le dije:

-¡Muy pícaro de a ocho en cuarterón! Lo que ha de hacer es ir a buscar moza a Úbeda, donde son los buenos cerros, y busque una aguzadera de puntas de trompos en la manflota, que, Dios es mi padre, si otra vez me mira al rostro ni estampa el pie veinte y cinco pasos de mi puerta, le haga yo al trompero trompón, no sólo ir trompicando, pero tornearle las espaldas y sacarle la punta de la lengua por el colodrillo de esa cabeza de peonza.

Temióme sin duda el pretendiente, y imaginando que yo tenía de respuesta los diablos de San Antón, se encomendó al caballo de los pies.

¡Cosa rara, cuán en manos de una mujer está en coger y en descoger un hombre, ponerle hecho un ovillo y hacerle dar hebra! Así le metí a éste las cabras en el corral, como si yo fuera el gigante Golías.

Mas no me espanto que nos teman los hombres, que -como decía el señor don Carlos- aquel capitán es más temido que sabe mejor vencer con paga y amor la voluntad de sus mismos soldados, y como nosotras pagamos a nuestros Roldanes en moneda de a dos caras, adelantadas las pagas, no hay hombre que no nos tema.

Una vez oí en casa de unos caballeros, sobremesa, seguir este intento; y uno trajo a este propósito aquella pregunta común de que por qué causa a la fortaleza la pintan como mujer, y respondió diciendo que por la causa dicha. No me pareció cosa muy a propósito. Mejor dijo otro que salió con menos orgullo y más razón. Este prosiguió el intento, y dijo que para significar los antiguos cómo las mujeres somos valientes de acarreo y temidas cuando queremos, pintaron a la fortaleza en servicio de Venus, y que otro pintó a Venus que, yendo volando, arrebató la fortaleza y la llevó gran trecho a mal de su grado y la metió entre unos agrios peñascos convecinos de su jardín, y en estando en ellos, le quitó la capa a la fortaleza y la hizo que cavase y cultivase las peñas, plantando en su lugar árboles deleitosos, y edificase una fuerte torre; y añadió haber leído en muchos poetas que los más copiosos ejércitos del mundo los habían capitaneado mujeres, no por otra causa, sino porque la fortaleza viene a ser esclava del amor y las mujeres.

Y concluyendo la plática, dijo:

-No se espante nadie que las mujeres sean temidas, que pagan sus soldados adelantado, trazan sosiego y pelean sin peligro.

Este pretendiente se llamaba Maximino de Umenos, y sobre uno y otro apellido le dije algunos conceptos razonablejonazos, parte de los cuales puse al principio deste número, y parte está escrito en el envés de mi memoria, y, por no descogerla, me perdonarás el cuento.

APROVECHAMIENTO

Los que pretenden casarse en estos tiempos mienten en su calidad y casi en todo, siendo el contrato que con mayor verdad se debe tratar.

CAPÍTULO SEGUNDO

DEL PRETENSOR DISCIPLINANTE

LIRAS DE PIES CORTADOS

Un pelón desgarrado-
Que andaba amartelado por Justi-,
Por verse remedia-,
Pidió al dios Cupi-,
Le diese de limosna un buen vesti-.

El ciego de Cupi-,
Como ciego, pobre e inocent-,
Le dio un pobre vesti-
Más para penitent-
Que para ostentación de pretendient-.

Dio al triste amant-
Camisa, capirote y discipli-
Y, hecho disciplinant-,
Pasea su Justi-,
Mostrando en azotarse gallardi-.

En fin, de aquesta empres-
Salió el diciplinante remoja-
Y a toda furia y prie-,
Seguido de mocha-
Que le hicieron huir más que de pa-.

No se le puede negar al amor que es inventivo y que en trajes y disfraces tiene la prima. No trato del amor excelentísimo, porque en m casa llueve como en Toledo, de las tejas abajo, que no soy Ícaro, ni Phaetón, ni Simón Mago, ni marqués de las nubes, para que el vuelo de mi lengua y pluma suba medio coto sobre el caballete de un tejado. Digo, pues, que con justo título se le dan al amor de inventivo, pues muda y disfraza como quiere las gentes, porque quien es tan poderoso para en un instante trocar las almas, no es mucho que lo sea para trocar los vestidos, si no es que sean los vestidos del otro portugués, que se vistió para morir, y dijo:

-Ahora, máteme Deus, con condezaon que el día do juicio no me tire este vestido o truque, que eo quiero que co o meo me faga Deus ben.

Muchas cosas te pudiera decir por donde conocieras los raros disfraces y ensayos del amor, mas por ahora me contentaré con decirte uno de los más donosos que has oído, y es de un pretendiente mío que, no teniendo otro modo ni manera cómo hablarme, dio en vestirse de diciplinante para que no le faltase al amor librea que haya dado a los suyos.

En mi pueblo había un hijo de una lavandera viuda muy regalón y muy hijo de viuda. Éralo tanto, que él solo se sentaba a comer a la mesa y su madre le servía, como si fuera madre al uso de Jauja. Nunca la llamaba mi madre, sino la mi lavandera. Harto tenía la madre que afanar para sustentarle a él. El provecho que dél se tenía en casa no era sino sólo que, estando él en ella, jamás se endurecía ni tomaba de moho el pan, y para pasar dos azumbres de vino de un aposento a otro, no había menester bota, ni jarro, ni cuero. También había su madre dél otro provecho, y era que cada día, después de comer, la contaba un pedazo de la historia y descendencia de los Machucas, y concluía siempre diciendo:

-Lavandera mía, desta gente fue vuestro marido y mi padre, que sea en gloria. Hidalgo era, aunque pese a ruines hombres, que aunque le hicieron pechero, fue cosa injusta, y el rey nos debe todos los pechos mal llevados desde docientos años acá. Yo soy hidalgo, que en Castilla el caballo lleva la silla.

Con este cuento andaba la madre tan pagada, viendo que su hijo no era sólo hidalgo, sino becerro de hidalguías, y daba sus servicios por bien empleados en razón que de su linaje hubiese en el mundo un hidalgo. En fin, la pobre vieja andaba machucada y él muy pomposo por el lugar.

Tenía el mozo no mal talle, antes era alto, bien dispuesto y por extremo blanco, y de tan buenas carnes como mal espíritu. Púsosele en la cabeza casar conmigo. Gustara él para esta aventura hallarse muy vestido y arreado, mas no le fue posible por ninguna vía, porque aunque él quisiera hurtar algún vestido negro mal guardado, no le había en el pueblo, que por

entonces no vestían los de Mansilla paño guineo, ni tampoco era para el oficio de ladrón, porque por no llevar él una mala noche anduviera en cueros.

Esta ocasión de verse con tan poca ropa le detuvo de venirme a hablar cuerpo a cuerpo y decirme su razón. Sí que pasaba él con otros por la calle y miraba hacia mi ventana, mas tornando a mirarse, deshacía la rueda de los ojos y alentaba las del cuerpo para pasar de largo. Sin duda que le vi un día con unas calzas que, para no perderse el pie y pierna al embocarse en ellas, era menester una guía de hilo a hilo; los gregüescos tan repelados, que más traía gesto de toreador acornado que de pretendiente amoroso; sayo y capa de la misma suerte. Y con andar así, era tan poderoso para con él la descendencia de los Machucas, que forcejeaba contra la tempestad de sus trapos y pobreza, pretendiendo arribar al tálamo de Justina, la hidalga.

Vino Mayo, y con él un día florido, alegre y claro, fiesta de la Cruz. Este día se resolvió ponerse de librea para rondarme la puerta y decirme su razón, y la librea que tomó fue vestirse de diciplinante, y porque se declarase ser acertado jiroglíphico el de aquellos que por ley ordenaron que las mortajas de venta se colgasen a las espaldas del templo de Venus, madre del dios de amor, pues este idólatra de su cuidado descolgó este ensayo y mortaja del templo de Venus, que en su alma hizo para suplir la falta de un buen sayo.

Su discurso fue éste: «Las partes con que yo puedo competir son con que me vea mi buen cuerpo, disposición y blancura de carnes descubiertas, y aun será posible que el verter mi sangre la mueva a compasión.»

En cumplimiento deste propósito, se fue a la ermita que llaman de San Roque, y allí se vistió de una sábana de Ruan mía, la cual yo había dado a lavar a su madre. Comenzóse a azotar y andar a son. La traza del diciplinante era tan donosa como gallarda si cayera en otro sujeto. Dábase tres azotes en buen compás, y tras ellos, daba otros tres gallardos pasos con el azote sobre la espalda y los brazos puestos en asa. Como el diciplinante era sólo uno y el ruido tanto y el uso tan nuevo para aquella tierra, en un punto aparrochió todos los muchachos de la villa. Llegaron a mi puerta, y como no podía llamar al cerrojo, un poco antes de llegar avivó en tanta manera el ruido de los golpes, que entendí que me corría la calle algún desaforado caballo. Asoméme a la ventana, y como el diciplinante vio que yo le miraba, por me hacer favor, dobló la parada de los azotes y acortó la de los pasos, dándose a cada paso y medio seis azotes, y repicábalos a buen son. Cuando vi tal furia de azotes, tembláronme las carnes de miedo, y cierto que sospeché que eran azotes del otro mundo o que era el ánima de Pavón que andaba en penas por mi puerta. Quitóme deste miedo un muchacho que me dijo:

-Señora, Machín es, ¿no le conoce?

Entonces, viendo que era hombre de carne y sangre, y buena sangre, según él decía, naturalmente me compadecí dél, y sin mirar lo que decía ni lo que podía suceder, olvidada totalmente de que aquel era pretendiente mío, dije:

-¡Ay, el mi diciplinante, y qué llagado vas, y quién te pudiera socorrer y consolarte!

No hube bien dicho esto ni él oídolo, cuando, pensando que era hecho su casamiento y mi voluntad conquistada, sin más ni más, dejando la procesión de los muchachos en la calle, dio a uno el capillo y a otro el azote y se entró en mi casa, y subiendo a toda furia uno y otro alto, se puso en mi presencia.

Yo temí que así, hecho morcilla, me diese paz y huile, el cuerpo. Yo no sabía si reírme o enojarme en semejante ocasión. En fin, me reporté y le pregunté:

-Hermano, ¿quién sois, a qué venís, o qué queréis?

A esto me respondió:

-Señora, al quién sois, digo que soy un ave fénix; y si me pregunta a qué vengo, digo que a si me quiere mandar algo; y si me pregunta que que quiero, es si le está bien casarse conmigo.

Yo no pude tener la risa; soltéla, salió, y queriendo mi risa retozar, con el disciplinante desnudo, enfrióse y tornóseme al cuerpo. Con esto tuve lugar de hablarle y díjele:

-Por cierto, señor hidalgo nuevo, yo tenía lástima de ver sus carnes tan desangradas, pero ya más la tengo al seso que se le va que a la sangre que le corre. Y pues me habla por párrafos, haciendo una razón de tres esquinas, como bonete de entremés, yo le quiero responder con otra razón de tres gajos, como cuerno de ciervo o asador de boda, por los mismos casos. Hame dicho que es ave fénix, y mucho me pesara si lo dijera de veras, porque si se le antoja morir quemado, como suele el ave fénix, no querría me quemase esa sábana de Ruan que di a su madre para lavármela, y como sea verdad que esa sábana no se cortó de la tela del mantel de Plinio, el cual se lavaba y purificaba con el fuego, no querría que pensase su madre que quedara lavada mi sábana quemándola él con el fuego que promete. No debió de querer decir v. m. que es ave fénix, sino pelícano, y eso aun se puede creer, y yo lo creyera, si la sangre que saca a traición la sacara en somo del garguero, como dicen los de su tierra. A lo segundo que me dice, que viene a que yo le mande algo, digo que yo no he visto diciplinante tan bien mandado ni él ha visto más mala mandona de disciplinantes. No mando yo a gente en camisa, demás de que yo tengo escrúpulo de sacarle de un tan buen paso como lleva. A lo tercero, de casarse conmigo, la respuesta está en la mano; yo concedo que los hidalgos han de ser recibidos con sola la capa y espada y las hidalgas en camisa, pero no pide justicia que reciba yo a un hidalgo en camisa como si fuera mujer y sin la mitad de la buena sangre que yo tanto apetezco. No quiero yo amante que echa su amor en las espaldas, sino por el lado del corazón. Hermanito, tome su capirote y su azote, y trote. Mire que hace falta a tanto del bello muchacho que le aguarda, que no quiero yo que por mi culpa se deshaga la procesión de la Vera Cruz de Mayo, ni quiero, si hay falta de agua, tenga la culpa yo por hablar a la mano a un diciplinante tan devoto como él.

Ya tú ves con esta respuesta cuál se marchitaría el pobre diciplinante. Cree que si le vieras bajar las orejas y las escaleras, vieras el retrato de la quinta langosta. Tardó en bajar media hora, que un corrido corre poco.

En este comedio tuve yo lugar para hacer del ojo a un angelito de la vanguardia, que estaba fregando las escudillas, que hiciese lo que sabía. Entendíome, que en mi casa todos entendían a medio guiñar.

Ya que salió a la puerta, fue muy bien recibido de los muchachos que allí esperaban su advenimiento. Duró no poco la risa, y él tuvo por bien tornarse a incorporar el capillo, por no se ver más avergonzado. Tomó su azote, y dando un vehemente suspiro, alzó los ojos a mi ventana. Entonces, por sus méritos y pasiones, de la nube de una gran caldera descendió sobre cuerpo una gran chaparrada de agua de a medio hervir, harto limpia, pues limpiaba los platos, en que hubo para él y para los mochachos. Ellos, enojados de la mala vecindad, comenzaron a tirar barro y terrones al disciplinante, como si fuera encorozado. Él, con la cólera, quisiera

entrar a machucar la moza, mas ya ella había asegurado el paso, porque tenía echada la tranca, y por si replicase, el aldaba, y por si replicase, un canto.

Ya que no tuvo otro medio con que mostrar su enojo, echó tras los muchachos con intención de hacerlos disciplinantes de por fuerza. Mas ellos revolvieron sobre él con tanto brío que, como los ratones vencieron a los valientes de Rodas, le vencieron al valiente hidalgo, y fueron tan poderosos, que le echaron del pueblo así, en pelete, como estaba, y hasta hoy no ha tornado al pueblo.

Sabido el alboroto, vino la justicia. Tomóme el dicho. Yo dije que aquel hombre me había dicho que yo era un ángel y que aquella casa era cielo y cosas a este tono, y que yo me hice cuenta: mi casa es cielo, y este disciplinante de por mayo sin duda pide agua, y así mandé que se le echase porque no fuese corrido de que con tan recios azotes no sacaba agua del cielo de mi casa.

Diéronme por libre, aunque no había para qué, que yo me lo tenía a cargo, pues fui siempre más libre que el ave que canta siempre su nombre.

APROVECHAMIENTO

El loco amor vuelve los hombres locos y hace que con vergüenza y deshonor sea castigado quien le admite en su alma.

CAPÍTULO TERCERO

DE LOS PRETENDIENTES QUE NI QUIERO NI CREO

REDONDILLAS DE PIES ESDRÚJULOS

Aquí verás junto al tálamo
La celebérrima Phílide,
Y festejar a Amarílde
El amor con dulce cálamo.
Aquí verás la matrícula
De muchos míseros zánganos,
Que con almas de canícula
Tienen bolsas de carámbanos.
En fin, verás que amor, si es pobre y pícaro,
Alas da, pero son alas de Ícaro.

Así como en un cuerpo humano vemos que su hermosura no consiste toda en ojos, que eso fuera ser el hombre puente, ni toda en pies, que eso fuera ser copla, ni toda en brazos, que eso fuera ser mar, ni toda en manos, que eso fuera ser papel, sino que también requiere la hermosura que haya uñas, cejas, cabellos, vello y otros excrementos, así el conocer el honor de haber sido pretendida no consiste en que se conozcan los amantes admitidos tanto cuanto en que se conozcan los desechados, que son como excrementados. Estos han de honrar mi historia.

Estos desechados honran a las damas como espina a flor, como cabeza de tirano a pies de capitán, como cautivo acoyundado en carro de triumpho. Y créeme que pudiera hacer una historia entera de los varios sucesos que en mi breve doncellez me sucedieron, porque no hay duda sino que una moza, después que se embarca en el propósito de casar, es navío que compite con todos los vientos, derechos y traveses, altos y bajos, mansos y furiosos, y aun es como roca o muro de junto a mar, donde son tan frecuentes las olas, que por instantes unas a otras se van siguiendo el alcance, hasta que mansamente se quebrantan en la ribera, roca o playa arenosa; sino que hay olas que para ser apacibles es necesario que no salgan de madre y otras que para serlo es necesario que salgan de madre. Quédese así. Sólo haré, en general, alarde de mis aventureros pretendientes, porque decir en particular de todos fuera reducir a cuenta los átomos del sol, las estrellas del cielo, las gotas del mar y los mínimos de las cosas cuantiosas y continuas y los juramentos falsos de los mercaderes.

Unos de mis pretendientes poníanla gala en mostrarse graves, por parecerles que yo tenía algunas avenidas de toldo y entono grave. Estos pasaban por mi calle tan llenos de este almidón y tan embutidos de juicio, que parecían unos senadores de Atenas. De estos me reía yo mucho, considerando su corto entendimiento, pues no veían que el fuego corporal de las minas quita la gravedad a las rocas y peñas y las levanta desde lo ínfimo hasta la torre de Eolo, aligerando su peso, y ellos, siendo de pluma, presumen que el fuego interior de su amor los vuelve en piedras, peñas y rocas de gran peso.

No creo amor tan de a pie quedo, que es amor peñasquino, amor que para cuerdo es loco y para loco es cuerdo. No creo al amor, si ese es amor. Eso fuera creer que el amor sólo por bien parecer tiene saetas ligeras en las manos y en el cuerpo voladoras alas, y fuera pensar que el fuego enfría y la agua seca. No creo en el amor si ese es amor.

Otros daban en quererme enamorar por galas, y estos ponían todo su fin en ir muy entablados de espalda, a puro papel y engrudo; sobrepuestos de pantorrilla, a puro embutir calzas estofadas; asentados de planta, a costa de tacón delantero; borneadizos de empeña, a puro torcedor, y sobre todo descontentadizos de cuello, yendo siempre tomando el somorgujo hacia dentro, y finalmente, nunca contentos del asiento del vestido. Allí vi ser verdad que una de las necesidades que están en la lista de España es que el galán español siempre se anda vestiendo. Mas no creo en amor, si este es amor, si no es que pensemos haber sido acaso el pintar al amor desnudo y como niño que no se sabe ni puede vestir. Al amante de veras no le ha de sobrar tanto tiempo para acordarse de su vestido, ni ha de ser su amor tan garrapato, que se quede en el vestido del mismo amante sin salir afuera. Eso llamo yo ser Narcisos de sí mismos y no amantes de sus pretendidas. Es su amor fuego de tan poca fuerza, que los enciende por de fuera, como a ungidos con agua ardiente, y por de dentro los deja fríos. Estos son amantes de entre cuero y carne, requebradores de boca de estómago y aun estomagadores de boca.

Otros daban en representarse enamoradísimos y derretidos. Estos iban por la calle como absortos y asustados, haciendo de su corazón Vulcano, y de su frente cielo, y de sus ojos rayos con que abrasar mi casa y persona. Y si les parecía no tan a propósito este ensayo, luego que me vían, mudaban figura, trocando sus guiños locos en un mirar piadoso y tierno, y con él iban mansamente repasando el espejo de mis ojos, y al trasponer de la calle, se cosían como pulpos a un cantón, tan sesgos y enteros como si hubieran venido por cuerda como cohetes. Y si acaso yo al descuido les daba una onza de mírame Miguel, allí era el alcachofar el alma y regociar mi vista con tanto del meneo, que parecían sus rostros colas de mula rabona, ya ojiales, ya elevados, ya hacia un lado, ya hacia otro. Aún destos me reía más, y no creo en amor, si este es amor. Amor que, antes de llegar a su punto, representa los extremos de su última perfección, es como camuesa que sin estar madura huele y está amarilla; amor que sale

primero a los ojos y a los meneos que a las manos, no creo en él; manos muertas y ojos vivos es imaginación y chimera de amor. Si con este éxtasis de contemplación tuvieran obra realengas, era entrar por camino real, mas esotras veredas no las conozco. Reniego del amor, si ese es amor. Creer que en mirar ventanas echa el amor su caudal es creer que sin fundamento pintaron al amor con los ojos vendados. Es risa pensar que está atenido el amor a mírame Miguel. No creo en amor, si ese es amor. El amor chapado cierra los ojos y abre los puños, encarcela la lengua y desataca la bolsa; en fin, es calentura, que tiene el pulso en las manos.

Otros hubo que pensaron de Justina que se moría por Roldanes, y a esta causa pasaban por mi puerta con espadas de a más de la marca, hechos festones de armas, tozadas de instrumentos bélicos. Esto era de día que de noche todo era sacar lumbre de las piedras con los golpes de sus espadas, intentando ruidos hechizos. Uno destos me acuerdo pasó una vez, entre otras, por mi puerta, y antes de hacer su acostumbrada salva, comenzó a hilar y torcer los bigotes, metiendo el uno en la boca, mientras el otro se hilaba, y, torcidos ambos, dio un soplo que sirvió de goma para entiesarlos; tras esto, recorrió espada y daga y, finalmente, dando un rodeón al chapeo, alzó los ojos y dijo:

-Reina mía, ¿hale enojado alguno? Que, ¡vive Dios!, que le acabe.

Yo le dije:

-Si me hubiera v. m. de matar a quien me enoja, no hiciera v. m. testamento, pero con todo eso, viva mil años para hacer reír a las damas.

Con esto se fue él muy contento, y contaba por favor el ventanazo.

¡Oh, ignorantes, que pensáis que las damas viven de valentías y roldanajes! Eso es no saber que Cupido jamás ciñó espada ni daga, ni embrazó adarga ni escudo, ni empuñó lanza ni chuzo, ni jugó montante ni alabarda. Son dos cosas entre sí muy diferentes cursar valentía y profesar amor, que lo uno vive en el alma y es huésped del cuerpo, y lo otro vive en el cuerpo y sólo tiene por mesonera al alma. Es el amor humano, si está en posesión, noble, ahidalgado, manso, apacible, quieto, asentado y reposado. Pero la fiereza y braveza es rigurosa, avara, inquieta, impaciente, tirana, espantosa y formidable. De adonde saco que quien lleva el amor por estos cerros no conoce qué es amor, o es su amor cerril, que no puede ser domado menos que con albarda, y aún.

Ya quiero callar pretendientes de otras sectas por no hacer letanía de erradores. Callo los donaires que me decían algunos, tan fríos, que al llegar a mi ventana se volvían calamocos o pinganillos. No digo de los muchos billetes, que fueron en tanto número, que no se hacía empanada en el pueblo que no se sentase sobre ellos, ni ruceta de vieja que no se enmitrase con un roquero hecho dellos. Una moza tenía que ganó muchos ochavos a engrudar papel de estraza aforrado en billete, y a cuarto el roquero rayado con bermellón hecho de teja.

¿Qué diré de las músicas zorreras con que me hacían tornar a la memoria el olor del requieliternam con que me sahumaron en el entierro de Rioseco? Pues, ¿qué si contara los pretendientes rústicos que con su humilde bucólica aspiraban a la pretensión y cátedra de la pobre mesoneruela? Fuera un juicio contarlos. Mal digo fuera un juicio, antes fuera una gran locura. ¿Qué cuenta ni qué cuento he yo de hacer de amadores de estómago, indigestos de bolsa, mancos de manos, que piensan conquistar la torre de un corazón atacando el arcabuz de sólo papel de billete y pólvora de apariencias? Si no hay cosa que vale, no vale nada, y es tirar

sin bala, que por eso se dijo: «Quien dispara sin bala nunca mata.» Tales amantes, ni los creo ni los quiero.

¿Saben a qué los comparo yo estos amantes campanudos que hacen apariencias y no ofrecen? Parécenme que son como afinadores de órgano, que le templan y no le tocan; son como hombres de reloj, que amagan a quebrar la campana y sólo la hacen sonar; son como truenos, que hacen ruido y nunca daño; son como fuego, que guisa lo que no come; son, finalmente, como parras locas, que todo es hoja y el fruto no es ninguno. ¿De qué sirven accidentes sin sustancia, plumas sin carne, paja sin grano, apariencias sin verdad? Es disparate pensar que esto puede satisfacer a una mujer. Tal amor, ni le creo ni le quiero.

Sí que a las damas las despierta el gusto, pero luego se queda como pulso de desahuciado. Es el dinero el plus ultra con quien todo crece y pasa adelante. Gustamos las damas que haya pasajeros por nuestra puerta, que no es buen bodegón donde no cursan muchos. Pero no es ese el finis terrae, que ya la gallardía, gravedad, señorío -y aun el gusto y el amor-, por pragmática usual se ha reducido a sólo el dar. Decía un licenciado soleta, mi amigo, que se halló en la batalla gramatical en que salieron muchos verbos con las narices cortadas, que el amor se declina por sólo dos casos, conviene a saber: dativo y genitivo. El primero por antes de casarse y el segundo por postre. ¡El diablo soy, que hasta los nominativos se me encajaron!

En resolución, el arancel con que hoy se miden las cualidades y partes humanas es el dinero. ¿Quiéreslo ver? El dinero, para ser hermoso, tiene blanco y amarillo; para galán, tiene claridad y refulgencia; para enamorado, tiene saetas como el dios Cupido; para avasallar las gentes, tiene yugo y coyundas; para defensor, castillos; para noble, león; para fuerte, columnas; para grave, coronas, y, en fin, para honra y provecho, es dinero, que quien esto dijo lo dijo todo. Un sabio dijo que el dinero tenía tres nombres, el uno por fuerte, el otro por útil, el otro por perfecto; por fuerte, se llama moneda, que quiere decir munición, y fortaleza; por útil, se llama pecunia, que quiere decir pegujal o granjería gananciosa y paridera, y por perfecto, se llama dinero, tomando su apellido del número deceno, que es el más perfecto.

No anduvo mal este loador de la moneda; sin duda que era letrado o a lo menos escribano. De aquí podrás colegir mi seso y buen acierto, pues no andaba a lo loco, sino a lo cuerdo y aprovechado. Siempre tuve por doctrina cierta que los hombres, cuanto más calificados son, tanto son de mayor capacidad, cuanto más largos son de manos, que es señal que tienen grandes alas de corazón, pues les hace volar fuera de sí.

Somos las mujeres como astrólogos, que las malas o buenas calidades las conocemos por las manos. Si el amor gana por mano, bésole las manos, y si en otra parte hace su manida, ni le creo ni le quiero.

APROVECHAMIENTO

La mujer vana es terrero de necios en quien hacen suerte los locos y de poco seso, y el vano amante es vil esclavo, que en las minas de su propio cuerpo y alma cava el azogue y metales para pagar el verdugo de sus gustos, que es la mujer a quien sirve y el propio amor en quien idolatra. Y finalmente, no hay quien no compre el amor a dinero.

CAPÍTULO CUARTO

DE LAS OBLIGACIONES DE AMOR

HEXÁMETROS ESPAÑOLES

Tanto crece el amor cuanto la pecunia crece,
Que hoy día todo a él se rinde y todo le obedece.

Varias semejanzas y jiroblíficos dibujaron los antiguos para por ellos significar qué cosa es la mujer, pero casi en todos iban apuntando cuán natural cosa le es buscar marido para que la apoye, fortalezca, defienda y haga sombra, ca aun pintadas, no nos quieren dejar estar sin hombres. Unos, la dibujaron en la paloma, porque esta ave sin hembra conocida, jamás está en palomar ni la hembra sin el macho. Si así nos pareciéramos a ellas en tener la yel en el zancajo, no fuera malo. Otros, por la yedra, por cuanto esta planta jamás puede prevalecer sin tener parte de adonde asir, en tanta manera, que por asirse fuertemente a lo que topa, suele derribar los muros, a cuya causa establecieron las leyes que no plantasen yedra junto a los muros, lo cual he visto yo traer a propósito de que las mujeres hagan menos sombra en los muros de la república y demoronen menos cal. Bien aludieron a esto los que dijeron ser la mujer una planta que en ojos, frente, cabellos, manos y vestidos tenía raíces como de yedra para prender doquiera que acostase. Otros llamaron a la mujer tierra, otros agua, otros aire, otros fuego y otros cielo, y aunque esto fue dicho a diversos propósitos, conviene a saber: que por su bajeza y menoría, la llamaron tierra; por su parlería, ola, y por su fecundidad, mar; por su inestabilidad, aire; por su cólera, fuego, y por su hermosura, cielo. Pero todos estos epítetos convienen en que así como todas estas cosas buscan su centro y natural región para conservarse y el cielo polos y ejes en que apoyarse, así la mujer, naturalmente, apetece hombre que la defienda, y como salió del hombre, que es su centro, al mismo quiere tornar para adquirir su conservación, si ya no es que lo apliques a que una mujer dentro de una casa es junta la contrariedad de todos los elementos.

¡Hola, amigo, basta! Lo aplicado estaba bueno.

Viendo, pues, yo que allende de las comunes y generales obligaciones que las mujeres tenemos de ser varonesas y buscar varón, a mí me corría tan particular por el aprieto en que me vía, me casé con un hombre de armas a quien yo había nombrado curador y defensor en los negocios de mi partija. Este hombre de armas me armó, y si quieres saber cómo fue, no digo más sino que me miró y miréle, y levantóse una miradera de todos los diablos, semejante al humo de cal viva. Ahora, ¡qué cosi, cosi! Solía yo con este hombre hablar de la oseta y meter más ruido y armonía que gorrión en sarmentera; mas luego que le quise bien, nunca tuve palabras.

Sin duda es que diz que el dios de amor condena a los parleros a que saquen la lengua por los ojos y el corazón por las manos. Ya es verdad que en esto de sacar la lengua, siempre apelamos con las mil y quinientas. Pienso, sin duda, que la causa que movió a pintar al dios Cupido con dos saetas es porque el amor tiene dos tiros: el uno al corazón y el otro a traspasar la lengua. Y eslo tanto, que para mostrar su destreza se venda los ojos, como el diestro tañedor que para hacer ostentación de su arte no mira al juego del instrumento más que si fuera ciego.

En resolución, digo que como el verdadero amor nunca echa su caudal en palabras, al punto que en nuestras almas entró, vació el alma del aire con que se hacen las palabras, y metió en su lugar fuego con que abrasa los corazones. Era fuego y queméme, que ni soy Larins, ni Setin, ni Arboston, ni pabilo de la vela de Venus, ni mantel de Plinio, ni dedo de Pirros, ni cuerpo de Falisco para que el fuego no me queme.

Díjome Lozano su cuidado con tan pocas palabras y tan cortas, que daban bien a entender que más se hicieron para pensadas que para dichas, y como venían abrasadas del fuego de amor, salían tan estrujadas, que denotaban quererse tornar a su alma en saliendo por no se enfriar fuera della ni perder el espíritu interior con que las despedía el arco del alma por la cuerda de la lengua. Y si pocas razones manifestaron su cuidado, menores fueron las que sacaron mi consentimiento, que, en fin, es cosa constante que por pequeño que sea el eslabón, siempre es de más cantidad y más ruido que la del fuego que levanta la de la yesca en quien aprende. Sus palabras hicieron oficio de eslabón, y las mías, de amoroso fuego y yesca, de fuerza habían de ser tan pequeñas como lo es un sí quiero, que en ocho letras se concluye.

Ya no falta sino decir las gracias y partes de mi novio. Dirélas, y con ellas las tachas, que, en fin, no hay cosa criada sin chanfaina de malo y bueno, que aunque más digan de un hombre que es como un oro, nunca es oro acrisolado.

Era mi marido lozano en el hecho y en el nombre, pariente de algo y hijo de algo, y preciábase tanto de serlo, que nunca escupí sin encontrar con su hidalguía. Podía ser que lo hiciese de temor que no se nos olvidase de que era hidalgo; y no le faltaba razón, porque su pobreza era bastante a enterrar en la huesa de el olvido más hidalguías que hay en Vizcaya. Era alto de cuerpo, tanto, que unas damas a quien pidió licencia para entrar a visitarlas, se la dieron con que se hiciese un ñudo antes de entrar. Era algo calvo, señal de desamorado; ojos chicos y perspicaces, señal de ingenioso, alegre y sobrino de Venus; nariz afilada, que es de prudentes; boca chica con frente rayada, que es indicio de imaginativos; corto de cuello, que es señal de miserables; espalda ancha, de valiente; hollábase bien, más de punta que de talón, que es señal de celoso; no tenía un cornado, señal de pícaro y efeto de pobre. Dos cosas tenía por las cuales le podía despreciar cualquier mujer de bien: la primera, que jugaba el sol antes que naciese, y no digo yo el sol, que con quedarme a buenas noches se acabara, pero jugaba toda la noche; la segunda, que era muy amigo de pollas. En esto no reparaba tanto, por creer de mí que le supiera amansar, mas lo primero siempre me dio pena, porque no tenía más retentiva en el juego que si jugara a deber o a pagar sobre los montes de la canela.

Mas, ¿qué de tachas digo? Digo mal de la prenda y quedéme con ella. Caséme con él.

Pero diráme alguno:

-Pues, ¿cómo Justina, la tan guardada, la astuta, la que a todos engañaba y nadie a ella, se había de dejar engañar tan a ojos vistas en hacienda, en gusto y en dinero, y más en materia de casamiento, que es nudo ciego?

A esto pudiera yo responder que quien quiere bestia sin tacha, a pie se anda; o con el otro refrán que dice: «Es mucho don Diego, buen marido y caballero.» Pero quiero que me lean el alma y en ella un consejo digno de saber de todos, ora sean de nuestro bando picaral, ora sean de otra lampa, y, en resolución, quiero enseñar la vereda por donde camina el corazón de una mujer, que quizá me echará bendiciones alguno de los muchos que andan este camino.

Sepan todos cuantos quieren conquistar corazón de hembra que las menos se rinden a poder de pasión de amor o afición, porque en las mujeres las pasiones de amor no sólo son, como dijo el otro, reposadas y raposadas, sino son lentas y amortiguadas. Es su amor fruta que no nace en ellas, y si nace, no madura, si no es con humanas diligencias de regalos, importunidades y servicios. Es como fruta, que a veces madura en paja, otras en pez y otras en arena, y si hubiera fruta que madurara en la bolsa, era la comparación nacida.

Si quieres saber por qué caminos le viene a la mujer de acarreo el amor, yo te lo diré. Por una de tres razones ama una mujer. La primera y más principal es por dádivas e interés, por manera que, si estimamos calidades, partes, prendas y grandeza, es por pensar que es plata quebrada, por la cual hallaremos moneda e interés; en fin, que trocarnos la estima del honor por el valor del útil que deseamos. Nadie se espante de que yo diga lo mucho que puede con las mujeres el interés, pues natural razón lo persuade y patentes ejemplos lo declaran.

¡Oh, si atinase a contrapuntear este puntillo! Tres géneros de gente hay que, por tener avinculada la necesidad, pagan fuero a la avaricia: niños, viejos y mujeres. Los niños, porque ni tienen ni saben qué es tener; los viejos porque han menester tener mucho y no tienen nada; las mujeres, porque, además de que tienen el mal de los niños y los viejos, tienen extremo en antojos, con el cual pueden menguar el caudal imaginable. No te quejarás que esta razón ha salido mal hilada.

¿Quieres ver cuán codiciosas somos las mujeres? Pues repara que no hay mujer, por excelente que sea, que no regatee en lo que compra, aunque sea una reina. Nadie hay que se salga del número de las damas ni del da más; y si es verdad que al oro todas las cosas le obedecen, la mujer jamás cometió crimen lese majestatis contra esta obediencia debida al rey deoros. Así que el interés es la primera y principal cosa que acarrea nuestro amor. Esto bien claro va.

Perdonen las Alejandras; aunque no, no perdonen, que no ha habido más de un Alejandro macho, y hembra deste hombre ni deste humor, ninguna.

Lo segundo que nos rinde y obliga es ver que un hombre nos está sujeto, rendido, puntual, reconecedor de nuestras excelencias y hermosura, protestador de que es indigno siervo y nosotras reinas meritísimas. Este es gran punto, y su fundamento también es muy natural, y, si no me engaño, es éste: las mujeres nacimos esclavas y sujetas, y como por nuestros pecados todo el dominio y sujeción es aborrecible, aunque sea natural y para nuestro bien, ni cosa más amable que el mandar, viene a ser que no hay cosa de nosotras más estimada que vernos con cetro sobre las vidas y sobre las almas, aunque sepamos que ha de durar poco. Y lo peor es que no dura más el cetro que si fuese hecho de humo, y si lo es, humo es que nace de fuego de estopa. Esta es la causa porque preciamos tanto las agorradadas, los paseos, las estancias al agua, yelo, granizo, escarcha, nieve, relámpagos, truenos, torbellinos, turbiones, borrascas, rayos y peligros varios, en fe de que son esclavos nuestros, que si desto gustamos, es porque nos ensancha el verlos como a esclavos herrados con el sello de nuestra obediencia, aunque yo confieso que esto de servirnos los hombres, o no lo entiendo bien, o es el servicio del juego de quebranta hueso. Empero, vaya. Servir lo llaman, no le quitamos el nombre.

El tercer modo, también muy cosario para rendir voluntades mujeriles, es la importunación perseverante o perseverancia importuna. No lo digo por decir, sino porque es verdad notoria, y la razón lo es mucho más. Las mujeres nacimos para dar gusto, y no hay cosa que a nuestro natural más le contradiga que dejar a nadie descontento. Aquí prenden los muchos alfileres con que nos prendemos; aquí consiste el deseo de componernos y ataviarnos para dar gusto; de aquí nace favorecer a los atrevidos y escoger el más feo, por ser el más importuno.

Dirásme:

-¿A qué propósito tan larga arenga?

No te espantes, que para gran salto es menester tomar muy de atrás la carrera, y para excusar un tan errado casamiento es necesario poner tales fundamentos como los que has visto, y aun

plega a Dios no se nos caiga la casa. Digo, pues, que no te espantes de mi yerro, porque si alguno tuvo excusas, fue el mío.

Tres cosas he dicho que rinden una mujer: interés, presunción y importunidad. Interés, no dudes que le hubo, pues sin quien me amparara, ni mi sentencia era sentencia, ni mi hacienda fuera mía. Mi presunción no era poca, pues casando con hijo de algo, había de salir de la nada en que me crié. Demás de que era muy puntual sirviente, y, si se puede decir, me adoraba. Y lo que es importunarme, fue de modo que siempre me andaba haciendo arrumacos y formando querellas, diciendo las arengas comunes, conviene a saber: que me matas, que me acabas, toma este puñal y muera a tus manos, tigre, y todo lo demás que en semejantes ocasiones se suele necear.

Con esto desató mi corazón y me determiné meterme a caballera y mujer de algo. Quísome, quísele, ¿que se ha de hacer? Puso el fuego la codicia, atizóle la importunidad, soplóle la vanagloria; el diablo cayera. Y más, después que el amor es indiano y aun avestruz, que come metal acuñado.

De todos nuestros conciertos no dimos parte a mis hermanos, que ya sé el refrán que dice: «Quien sus propósitos parla, no se casa». Sé de cierto que si les descubriera mi pecho, antes me le atravesaran con lanzas, que dejármelas correr con este hidalgo, que ya se sabe que es natural la enemiga que tienen los villanos a los hijos de algo, que para dibujar los antiguos un villano, pintaban un montón de tierra, y para pintar un noble, dibujaban un sol. ¡Y qué bien, y qué a mi propósito! La tierra, con ser así que del sol recibe tantos bienes, procura, como villana, con sus vapores y exhalaciones tupir el aire y ofuscar y enturbiar la clara y hermosa luz de el sol; mas él, como hidalgo, trueca estos vapores en agua, con que se fertiliza la tierra villana, y paga su osadía con hacerse el sol estómago de sus indigestas crudezas y alquitara de sus exhalados vapores. Así el villano, con recibir de un hidalgo hombre de armas honra y provecho, siempre le aborrece y persigue.

allá fingió la fábula que riñeron los hidalgos y villanos animales y publicaron sangrienta guerra. Mas salió de concierto quedos, por ambos campos, las hubiesen. En nombre de los hidalgos fue nombrada el águila y de los villanos, el dragón. Salieron al campo. El dragón anduvo en todo como villano; lo primero, dijo al águila que, para pelear con armas iguales, había de ser la batalla en el suelo y que le había de prestar unas alas. Todas estas ventajas le dio el águila, y, en entrando en batalla, al segundo encuentro se retiró el dragón diciendo que no quería pelear más. Preguntando el águila que por qué causa lo dejaba, respondió:

-Yo lo diré. O me vences, o te venzo. Si me vences, muy bien es dejarlo. Si te venzo y te mato, ya sé que es condición de águilas venir cada día muchas a ver el cuerpo muerto de su especie hasta que del todo se corrompe, y aborrézcoos tanto, que más quiero no ser vencedor, que veros tan a menudo.

¡Mira hasta dónde llega el odio de villanos e hidalgos! Es tanto, que un día, de burlas, se lo dije a Nicolasillo, mi hermano menor, y me dijo que la maldición de Dios hubiese si me casase con hombre hidalgo. Por esta causa se lo encubrí a los demás, hasta que un domingo fuimos mi esposo y yo y mis hermanos juntos a la iglesia, y allí nos amonestó el cura.

Mis hermanos, cuando vieron nombrar Justina Díez, hija de Fulano Díez, con Fulano Lozano, embazaron: mirábanse unos a otros, y luego todos me miraban a mí.

Y parecióme ya mucha miradera, y, pardiez, no lo pudiendo sufrir, aunque estábamos en la iglesia, afirmé mis manos sobre las sobre arcas y la cabeza sobre el cuello, y en buen tono les dije:

-¡Yo soy! ¿No me conocéis? ¿Qué me miráis?

¡Mal era, en buena fe, que no les iba yo a ellos a dar cuenta de lo que yo hago! ¿Vistes ahora? ¡Buen aliño tuviera yo, para que me lo estorbaran! Lea, señor sacristán, y digan, que de Dios dijeron.

No me chistó hombre. Riñóme el cura, mas, como dijo la asturiana, vengué mi corazón. Con esto, y con ver que mi pandero estaba en tan buenas manos como las del hombre de armas, no boquearon palabra, sino que vomitaron hasta el postrer maravedí de mi hacienda.

Desde allí, comencé a cobrar bríos de hidalga, mas no por eso mis hermanos me tenían más respeto.

¡Mal haya el nacer villana y montañesa, que nunca sale la persona de capotes! Es lo que dijo el otro carnicero que no quiso adorar la imagen de Venus, porque supo que se había hecho de un tajón en que él cortaba carne, y dijo:

-Como la conocí tajón, no la puedo tener respeto.

Así que, como me habían conocido tajona, nunca me guardaban el debido acatamiento.

APROVECHAMIENTO

Una mujer libre a la misma Iglesia santa pierde el respeto y en ella se descompone, porque quien niega a Dios la posada de su alma y la tiene tan en poco que, de casa de Dios, la hace pocilga de demonios, tampoco atiende cuán digno es de suma reverencia aquel divino templo en que Dios está real y verdaderamente.

CAPÍTULO QUINTO

DE LA BODA DEL MESÓN

REDONDILLAS EN TROPEL

Casó Justina en Mansilla,
Y tañérone y cantárone
Y bailoren y danzárone.
Hubo cien mil maravillas
Y trecientas mil cosillas.

Nació el sol sin bemol,
Con cuernos de caracol,
Hecho harnero y trompetero,
Y su cara de pandero,

Y su gesto de perol,
Haciendo dos mil cosquillas,
Y trecientas mil cosillas.

La madrina muy aína
Y trecientas mil cosillas.
Fue el tocado barajado,
Y el velado lo echó a un lado.
La madrina se amohína,
Paga el jarro las rencillas
Y trecientas mil cosillas.

Colaciones de piñones
Y buñuelos y melones,
Y el bon vin de San Martín
Hecho un mastín con retintín,
De avellanas, dos serones,
De altramuces, mil cestillas
Y trecientas mil cosillas.

Un cantor y un atambor,
Y bailó el corregidor,
Y el sacristán sin bragas
Nos convidó a verdolagas,
Y todos al derredor
Hicieron mil maravillas
Y trecientas mil cosillas.

Ya que vino el día de mi casamiento, si no lo han por enojo, amaneció, y amaneció puro sol de boda, de suerte que era necesaria muy poca astrología para adivinar por el sol que se casaba Justina aquel día, porque salió el sol con su caraza de harnero, todo muerto de risa, dando porradas en las gentes, que son las cualidades de novios de aldea, según dijo el buen Cisneros.

Por la mañana me vinieron a tocar mis vecinas, y me tocaron más que si yo fuera portapaz. Fue tal la prisa de tocarme, que riñeron sobre mis toquijos, que en todo hay opiniones, hasta en tocar una novia. Lo que una tocaba, destocaba la otra, y ya que de común acuerdo estuve tocada como la Pandora, al gusto de muchos, entró la que había de ser mi madrina, tan ancha y gorda que no cabía por las puertas, y la primera diligencia que hizo fue quitarme el tocado al rodopelo, diciendo que nadie se metiese en oficio ajeno, y sobre esto, hubiera de abrasar la casa, quejándose que nadie se hubiese atrevido a tocar su ahijada, sin estar ella presente.

¡Desmelenada de mí, y si fuera ahora, tengo la cabeza in puribus!

Traía de su casa para tocarme un papel de alfileres, y creo que si como comenzó a tocarme, prosiguiera, entablaba para día y medio. Mas quiso Dios que vino la del corregidor Justez de Guevara, que me libró de las manos desta bada, que me tenía martirizada, y a pesar del diablo, que diz que si me hincaba un alfiler de a blanca por las sienes, había de callar, porque diz que las novias no han de abrir la boca aunque las abran a puro hincar alfileres, como si la novia no fuese persona el día que se casa. Así que entró la corregidera y dijo que muchos componedores descomponían la novia, y, por tanto, me dejasen a mí a mis solas tocarme a mi gusto, que era muy justo.

No quisieron más las vecinas para vengarse de la madrina, y en justo y en creyente, me metieron adentro y me libraron de sus manos. Ella, de acá afuera, me hacía algunas advertencias, y yo, por bien de paz, decía que todo lo que su merced mandase se haría, pero aunque esto decía, hice a mi gusto.

Acordóseme de la fábula de la cogujada y la garza, que apostaron cuál salía mejor tocada, y la cogujada se ayudó de muchas aves, y la garza sólo de su garzón, y salió la garza incomparablemente mejor tocada. Ansí mismo, el señor mi marido me ayudó a tocar su pedazo, y diz que salí bonita, si a Dios plugo.

Usábanse entonces unos garbos que parecían carrancas de mastín, y con uno dellos salí tan cuellierguida, lominhiesta y engomada como si fuera mujer de bocací desayunada con virotes. Dióme gran pena el verme obligada a ir tan cuellierguida y sujeta a falsas riendas, porque toda mi vida fui amiga de jugar bien de mis miembros. Ni sé cómo hay mujeres que gusten de ir de aquella suerte, que parecen hombres de paja sobre fuste de lanzón.

La comida fue buena y bueno el servicio, y con todo eso, hubo en ella algunos que comieron sin plato. Dióme gusto de ver que dos pelones de mi pueblo, con achaque de pan de boda, enviaban a sus casas cuanto podían a sus mujeres, y mirándome, decían como por donaire:

-Con licencia de la señora Justina.

Mas yo, porque no pensasen que el ser novia es ser boba y no ver nada, les decía, también por burlas, lo que pudiera pasar por veras, y era responder:

-Vaya en amor de Dios.

El vino no fue malo. Por señas, que algunos de los convidados, a tercera mano, se pusieron a treinta y una con rey, y a cuarta, hablaban varias lenguas sin ser trilingües en Salamanca ni babilonios en torre. Estos son los que honran las bodas, porque después de acabadas, dicen a los que les preguntan lo que pasó, que en la boda hubieron danzas, y que hasta la casa era volteadora, y que ardían setenta candiles por arte de encantamiento sin haber gota de aceite, y que hubo colaciones de letras y que a ellos les cupo la echis, y que todos los de la boda traían cascabeles, y ellos en la cabeza, y que todos los convidados vinieron de lejas tierras y hablaban con tal destreza que con sola la R decían cuanto querían, y cuentan mil maravillas con que pretenden hacer una boda tan famosa como la de Daphne, en cuyo casamiento se volvieron las piedras en vino.

La colación no fue mala, pues allende de ciertos melones de invierno que hicieron madurar a pulgaradas, hubo piñones mondados y en agua, que para en aquella tierra es el non plus ultra de los regalos; avellanas en abundancia, y aun agavanzas y altramuces, con un si es no es de turrón.

Yo, para reír, había mandado hacer unos buñuelos con tripa de estopa, y maldito el hombre dejó de picar. ¡Mira tú cuáles debían de estar sus almas, pues les hice hilar estopa con los dientes! Otros tenía hechos con pimienta, pero no los quise servir, por creer que era hacerme a mí la burla y ponerme a peligro de gastar otro tanto de vino. Lo de las estopas me dio mucho gusto, porque hubo hombre que con las estopas en los dientes se halló más embarazado y enredado que si tuviera entre los dientes el labirinto de Creta.

La madrina comía poco, porque con el enojo de los tocados se las juró a un pichel, porque tenía en el pico pintado un rostro semejante a la que sin su orden me había tocado, y con la

saña asió el pico y del pichel y dio tanto en él, que no le dejó, con ser de azumbre, gota de sangre. Mira tú cuál estaría para darme los consejos que suelen dar las madrinas. Yo me viera harto corrida si no proveyera la fortuna que esta se durmiera, a tan buen son, que al de su ronquido se dieron algunas zapatetas.

Una cosa muy calificada tuvo la boda, y fue que bailaron corregidor y corregidora y los corregidoricos y todo. Una hija del corregidor bailó bien, y recibiendo dello gran gusto su padre, la dijo que pidiese cosa de su gusto, aunque fuese la mitad de su reñón. Ella le pidió una cabeza de ternera y una caja de carne de membrillo y unas medias lagartadas. Mas él le dijo en su casa a solas:

-Hija, no lo decía por tanto. Cabeza, yo te la daré. Di tú a la moza de casa que vaya al Rastro por una de cordera tierna, y cata ahí una cabeza de ternera. Lo otro que pides no se usa en esta tierra ni pertenece a mi reino.

También el sacristán bailó su poquito y aun zapateó un si es no es, y aun algo más de lo que sus bragas requerían. A cada zapateta, repetía:

-A la gala de San Martín.

El bendito decíalo por honrar al patrón de la parroquia en que nos casamos, que se llamaba San Martín, mas algunos bellacos, maliciando que lo hacía el sacristán en honor y reverencia del vino, que era de San Martín, le comenzaron a arrendar, y tras cada zapateta, decían:

-A la gala de lo de Ribadavia, Cocua y Alaejos, que sustenta niños y viejos.

En lo que toca a bailar, yo creo que no ha habido boda, desde la de Hornachos acá, tan festejada con bailes. Fuelo tanto, que hubo persona en la boda que, no pudiendo bailar con las manos y pies, por legítimo impedimento que le vino y sobrevino -y otra vez vino-, ya que no pudo bailar, se echó a rodar por el aposento, y no sé si del peso, si del gusto, cantaban o rechinaban las vigas.

Una comedia hicieron los estudiantes de Mansilla de repente, y era la historia del rey Morcilla y las cortes del Malcocinado. La música fue buena, y cantaron el cantar de la bella Malmaridada, que fue pronóstico de mis sucesos. Pero dejemos esto de mis malas andanzas y varias aventuras y alojamientos en compañía de mi marido para el segundo tomo siguiente. Concluamos el cuento de la boda. Acabóse la fiesta y fuéronse a sus casas los bodeantes acompañados del tamborino y una hacha de tea, que es el uso de las bodas de los ilustres de nuestro país. Yo me quedé en mi casa con mi Lozano.

No te puedo negar que la noche de mi boda tuvo un poco de desconsuelo, y aun mucho. La causa yo te la diré:

Las doncellas que tienen madres o tías o otras mujeres a quienes toque el bien o el mal de una novia, sácanla de vergüenza en la noche de la boda, y la novia, confiada que tiene valedores, hace algunos desvíos, y como quien recela el salto, hace que se torna atrás, escóndese, concómese, y hace otras diligencias semejantes con que da a entender su inexpugnable entereza y hace estimarse y desearse.

Yo también quisiera hacer algunos melindricos a este tono y llorar de vergüenza de ver que había de dormir con hombre. Quisiera ir a la cama medio por fuerza, gritando, suspirando y

gimiendo, a fuer de las gentiles doncellas que lloraban su virginidad, pero aunque volví el rostro a una parte y a otra, no hallaba persona de quien poder fiar esta aventura.

Mis hermanas excusábanse por ser doncellas, y aún tenían entonces más envidia que dinero y no estaban para hacer mercedes, y de mis hermanos no había que hacer caso, porque este oficio de quitar vergüenzas es de mujeres y no de hombres, pues ellos antes las ponen que las quitan.

Vime confusa, porque si iba luego mal; si tardaba, peor, porque había en el mesón unos huéspedes que le convidaban a jugar a mi novio, y era mozo que si tantico me descuidara y se sentara a jugar, bien podía yo estarme cantando el socorred con agua al fuego toda la noche, porque él no era mozo que no se sabía sentar a jugar para menos que una noche, y aun cenando hizo dos o tres partidos. Miren si me descuidara y le soltara de la mano, cuál anduviera el mío. Por eso hacen mal las novias que se casan con hombres que las han visto mucho y aperdigado, porque al menor césped que se atraviere, se les empata el molino.

En fin, tanteando uno y otro, me pareció que no sólo no me estaba bien hacerme de rogar, pero lo que más convenía por entonces era rogarle yo tanto como si él fuera la novia. Y a fe que hizo harto, y vi que me quería mucho en que dejó por mí la baraja, que era su hembra, como él decía.

Yo bien sabía mi entereza y que mi virginidad daría de sí señal honrosa, esmaltando con los corrientes rubíes la blanca plata de las sábanas nupciales; pero sabiendo algunos engaños y malas suertes que han sucedido a mozas honradas, me previne, que si esto hubieran hecho algunas mujeres casadas con maridos tomines, no hubieran padecido tantos trabajos con sus maridos incrédulos y protervos, que les parece que no hay virginidad carbonizada que le baste para serlo ser confesadera, sino que por fuerza ha de ser mártile, sanguinolenta y morcillera. Y engañanse, que hay tiempos en que el haber precedido, de próximo, abundancia, causa esterilidad; lo otro, que hay sujetos abertices como prados concejiles; y otras tienen otras excusas, más para dichas entre sopa y brindes, que para escritas en papel.

Yo sé que mi marido no se quejará de mí en esta materia, cuanto y más que ingenio tenía yo para, si quisiera andar a engañar motolitos, vender quebrado por sano; mas no me dé Dios tal dicha. Con todo eso, ¡amigo, avisión!, que las invenciones de las mujeres para en semejantes casos son raras, porque tienen la experiencia por maestra, la necesidad por repetidora y la inclinación por libro.

Todo cansa. Dígolo porque cuando más gusto pensé tener, fue forzoso dar al sueño mi cuerpo, para que tuviese verdad aquel antiguo blasón que sacó el sueño en las justas de Marte, diciendo entre otras bravatas:

-Yo soy el primer novio de las damas y el que más estoy con ellas en las camas.

Y si todo cansa, aunque sea el sumo gusto, justo es que piense yo que la larga historia de mi virginal estado te dará fastidio.

Adiós, piadosos lectores. Los cansados de leer mi historia, descansen. Los deseosos de el segundo tomo, esperen un poco, guardando el sueño a la recién casada. Y crean que si los principios de mis infantiles años les han dado gusto, les será incomparablemente mayor saber las aventuras tan extraordinarias que en largo tiempo me sucedieron con gentes de varias cualidades, no sólo en el tiempo que estuve casada con Lozano, el hombre de armas, como se

verá en el libro primero, pero en el que lo estuve con Santolaja, que fue un viejo de raras propiedades, como se verá en el libro tercero y cuarto.

Era único el mi Santolaja, cuya muerte dio principio a más altas empresas, las cuales me pusieron en el felice estado que ahora poseo, quedando casada con don Pícaro Guzmán de Alfarache, mi señor, en cuya maridable compañía soy en la era de ahora la más célebre mujer que hay en corte alguna, en trazas, en entretenimientos, sin ofensa de nadie, en ejercicios, maestrías, composturas, invenciones de trajes, galas y atavíos, entre meses, cantares, dichos y otras cosas de gusto, según y como se lo dirá el citado segundo tomo, en cuyo primer libro me llamo la alojada, en el segundo la viuda, en el tercero la mal casada y en el cuarto la pobre. Libros son de poco gasto y mucho gusto.

Dios nos dé salud a todos; a los lectores para que sean paganos, digo para que los paguen; y a mí para que cobre, y no en cobre, aunque si trae cruces y es de mano de christianos lo estimaré en lo que es y pondré donde no lo coman ratones.

Soy recién casada. Es noche de boda. A buenas noches.

APROVECHAMIENTO

Generalmente, en el discurso de este primer tomo y en el de la mocedad de esta mujer, o, por mejor decir, desta estatua de libertad que he fabricado, echarás de ver que la libertad que una vez echa en el alma raíces, por instantes crece con la ayuda del tiempo y fuerza de la ociosidad. Verás así mismo cómo la mujer que una vez echa al tranzado el temor de Dios, de nada gusta, si no es de aquello en que le contradice, siendo así que sin Dios no hay cosa que merezca nombre de gusto, sino de pena mayor que los mil infiernos. Mas como Dios sea infinitamente bueno, de los Males saca bienes para los suyos y para su divino nombre, honra y gloria.

Todo lo que en este libro se contiene, sujeto a la corrección de la Santa Iglesia romana y de la Santa Inquisición. Y advierto al lector que siempre que encontrare algún dicho en que parece que hay un mal ejemplo, repare que se pone para quemar en estatua aquello mismo, y en tal caso, se recorra al aprovechamiento que he puesto en el fin de cada número y a las advertencias que hice en el prólogo al lector, que si así se hace, sacarse ha utilidad de ver esta estatua de libertad que aquí he pintado, y en ella, los vicios que hoy día corren por el mundo. Vale.

LAUS DEO